PAOLA BOUTELLIER

AÚN NO ES TARDE

Aún no es tarde

Paola Boutellier

A mis abuelos, Antonio y Maru, que dejan marcada su huella en mi vida. Ahora y siempre

Uno no reconoce los momentos realmente importantes de su vida hasta que es demasiado tarde.

AGATHA CHRISTIE

Prólogo

¿Alguna vez te has preguntado por el motivo de tu existencia? Volátil, sin duda. Yo me lo planteé varias veces debido a la muerte prematura de mis padres. ¿Por qué ellos? ¿Por qué en ese momento? Tenían prácticamente mi edad cuando ocurrió. Mi mundo se volvió oscuro. Llegaron días grises y sin sentido. Para una niña de ocho años, fue aterrador. Tuve que comprender la muerte incluso antes que las matemáticas.

A la fuerza, entendí que debía caminar sola de la mano de mi hermana pequeña y luchar por las dos. En realidad, por los cuatro, pues mis abuelos seguían desolados.

En mi opinión, las tragedias tienen solo dos funciones: convertirte en alguien más fuerte o enterrarte bajo tierra sin miramientos.

Elegí la primera, aunque aquellos últimos meses una espiral interior me hundía en el suelo sin poder evitarlo. Ninguna de las calamidades que me habían golpeado consiguió traspasar mis barreras. O eso creía.

Qué ilusa. Qué estúpida.

No solo lo habían logrado, sino que habían perforado todo mi ser. Volvieron a mí todas las dudas existenciales que me había planteado de niña.

Mis padres no pudieron vernos crecer. No dispusieron del tiempo necesario para disfrutar de su vida y de las nuestras. La de cumpleaños que les arrebataron... Pero me convencí de que así era el mundo, perverso y aleatorio. Había sido un accidente que podría haberle ocurrido a cualquiera.

Sin embargo, descubrir que los habían asesinado transformó

mi percepción de la realidad. Todo cambió. La rabia, la ira y la venganza se apoderaron de mi cuerpo de tal modo que el temblor de mis manos era más intenso a cada segundo. Mi planteamiento había dado un giro de ciento ochenta grados. Alguien les había arrebatado la vida de manera intencionada. ¿Cuál había sido entonces el motivo de su existencia? Si apenas les dejaron vivir...

Moví la cabeza atolondrada. Las lágrimas volvían a correr por mis mejillas. Esos pensamientos retornaban de noche, cuando me quedaba sola en la oscuridad de mi pequeño apartamento, ubicado en la ciudad de Londres.

En cuanto parecía que lo había superado, una estúpida ráfaga de recuerdos me azotaba de nuevo. No obstante, eso no era lo más grave, ni por asomo.

Estos últimos meses venían a mi mente los cadáveres de las personas que habían asesinado delante de mí, las que en parte me habían traído a este minúsculo habitáculo en esta enorme capital. Era como la premonición de que se repetiría. Porque así era, y esa vez me di cuenta de que podría haber sido yo. Todo este tiempo, el cuerpo inerte que veía y me asustaba por las noches era el mío.

En esta ocasión nadie me salvaría del dolor que me rodeaba a todas horas, a pesar de haber conseguido evitarlo durante los últimos meses. Ni siquiera él, por mucho que llevara años intentándolo, a mis espaldas y en silencio.

A fin de cuentas, algún día esto tendría que acabar, y para mí ese día quizá fuera hoy.

1

Enero de 2020

El silencio de aquella fría noche de invierno era sepulcral; sin embargo, poco le importaba. Quizá la embriaguez que recorría su cuerpo repelía las bajas temperaturas que se filtraban en el ambiente. Una densa neblina se cernía sobre Londres, lo que reducía la visibilidad incluso a unos pocos metros de distancia. Había salido del apartamento de aquel hombre arrogante con una ira descontrolada. Sabía que no podía renunciar y dejar que aquello la desconcertara. Su intención era patente: necesitaba que pagase por el sufrimiento que había causado a su familia. Por desgracia, se le había ido de las manos, y había bebido más de lo previsto en primera instancia.

A medida que andaba a paso ligero por las callejuelas de aquella lúgubre ciudad, empezó a preguntarse si había hecho lo correcto al acercarse a ese cretino. Después de la actitud que había mostrado hacía un momento, no le había hecho ninguna gracia tener que volver a verle, y mucho menos con la conducta de niña dócil y buena que había ideado para él. Deseaba que sucumbiera a sus encantos, como casi todos los hombres que había conocido. Para su sorpresa, él había trastocado cada uno de sus planes.

¿Quién se había creído que era?

Las habladurías sobre su fama de galán se quedaban cortas. Era un impertinente convencido de que su moral estaba por encima de la de los demás. Negó con la cabeza, rabiosa por lo que acababa de pasar, e hizo un ruido de incredulidad al volver

a pensar en ello.

Miró a ambos lados de la calle antes de cruzar y siguió por Crown Street.

—Dios mío, van como locos. Un día atropellarán a alguien —musitó más alto de lo que pensaba.

Con las manos enguantadas, se frotó los brazos que llevaba cruzados. El vaho de su respiración la ponía aún más de los nervios. Pasó por Bow Street y llegó al mercado de Covent Garden. Intentó recordar cuándo había sido la última vez que había paseado por las calles de la ciudad de madrugada o a horas tan intempestivas como aquellas. No pudo encontrar nada en su memoria, pues nunca las había recorrido de noche. Era la primera vez que caminaba por ese centro desértico donde hacía unas horas se habían reunido centenares de jóvenes y adultos, la mayoría para tomar unas cervezas.

Después de cruzar las galerías de Covent Garden, dobló a la izquierda. De pronto, dada la mala visibilidad, no pudo evitar tropezarse con la caja de un vagabundo que estaba allí tirado en mitad de la acera, tapado con mantas. Parecía dormir, pues no se inmutó, pero el corazón de ella comenzó a latir deprisa y aligeró el paso. Entre el frío que empezaba a calársele en los huesos, la oscuridad y la soledad que reinaban en la calle, supo que debía llegar a casa cuanto antes. Él había hecho amago de acompañarla, pero ella se había negado. Le había dicho que iba a coger un taxi, pero mintió. Solo quería que la dejara en paz.

En ese instante algo interrumpió sus pensamientos. Comenzó a oír pasos a su espalda. Al girarse no vio a nadie, pues la niebla se lo impedía.

—Estás paranoica, has bebido demasiado —se susurró para tranquilizarse.

Era consciente del silencio letal que imperaba, así que se concentró para que sus oídos fuesen más allá de sus propios pasos y pensamientos. Había algo detrás de ella, estaba segura.

¿Podría ser el vagabundo con el que había tropezado? No iba a quedarse parada para averiguarlo.

Entonces sintió un escalofrío. Agarró su bolsito con fuerza y echó a correr de la manera más discreta que pudo, aunque se dio cuenta de que hacía pequeñas eses por el camino. No quería que el pánico se apoderara de ella por unos fantasmas, pero era lo que estaba ocurriendo.

Notaba que los pasos a su espalda resonaban cada vez más fuertes. Fuera quien fuese, seguía su ritmo. Sin pensarlo ni un momento, se metió en un callejón, entre dos tiendas. De ese modo podría ver si alguien la seguía o si solo eran imaginaciones suyas, creadas por las altas horas y el denso manto de niebla.

Esperó unos minutos que le parecieron eternos y entonces suspiró tranquila. No había nadie, todo había sido fruto de su mente, agotada por la cantidad de acontecimientos de aquel dichoso día.

Dio la vuelta y miró hacia el callejón. Le sonaba de algo e intentó recordar. Todos los callejones londinenses tenían un aspecto espantoso, como sacados de una película de terror, así que aquel no era una excepción. Había un portal rojo a su derecha, parecía una casita abandonada. Se quedó mirando la puerta, oxidada y enmarcada por el ladrillo típico de la ciudad.

«Debería darme prisa y volver a...», pensó antes de darse la vuelta de nuevo.

No le dio tiempo a terminar su reflexión. En un abrir y cerrar de ojos, se estaba ahogando. Al principio no comprendía lo que pasaba, pero pronto fue consciente de que alguien presionaba su cuello con lo que parecía ser una cuerda. Quiso zafarse sin éxito. Golpeó al aire frenética, intentando acertar a su agresor con el bolso.

Sin embargo, era fuerte, y no solo la había pillado desprevenida, sino que la embriaguez que aún hormigueaba

por su cara la había dejado a merced de su cazador. Se maldijo por las dos copas de más antes de salir y por no haber llamado a un taxi en vez de volver a casa andando.

Procuró recordar algo de defensa personal que la ayudara a salir de aquel infierno. Tiró el bolsito al suelo y se llevó las manos al cuello para intentar apartar lo que fuera que se lo presionaba sin compasión. Ni siquiera podía gritar. La angustia empezó a consumirla. Se esforzó por zafarse una vez más hincándose las uñas en el cuello, sin éxito alguno. No había salida. Con el horror recorriéndole las entrañas, intentó tirar el cuerpo hacia delante para llamar a la puerta roja, por si alguien la oía y podía socorrerla. Pero tampoco lo consiguió.

Su tráquea comenzó a cerrarse y empezó a convulsionar por culpa del aire que no llegaba a sus pulmones. La angustia de sentir que la cabeza estaba a punto de reventarle... Necesitaba dar una bocanada de ese aire ya casi inexistente.

En ese postrer momento recordó a su padre con cariño; a su tío, que siempre había estado con ella. A sus amigas, aunque ya no tuvieran trato alguno desde hacía tiempo. Imaginó todo aquello que anhelaba en la vida y que ahora se le escapaba entre los dedos.

No quería morir. Lo último que notó fueron las lágrimas cayendo por sus mejillas al verse presa del pánico y el horror que le causaba aquel pensamiento que se estaba haciendo realidad.

Y el frío. El maldito frío de la triste y siniestra noche londinense que se apagaba al perder el conocimiento. Su vida pasó a un negro absolutamente atronador.

2

Mera

Enero de 2020

De alguna forma, verle había sido como abrir cicatrices que aparentemente habían sanado. Cuando Harry Moore apareció aquella noche en el umbral de su puerta, se dio cuenta de que le costaba respirar.

Los últimos tres meses su independencia le había ofrecido nuevas sensaciones desconocidas hasta ese momento: no tenía que estar pendiente de sus abuelos ni de su hermana —aunque al principio le pareció una desventaja, pues necesitaba saber de ellos a diario, hasta que terminó entendiendo que, por su bien, debía empezar a distanciarse de ellos—, podía descubrir lugares nuevos, disfrutar de no reconocer a nadie al pasear por la calle y no sentirse obligada a preguntar cómo había ido el día o inmiscuirse en asuntos ajenos, como hacían en Torquay.

Le gustaba sentirse una desconocida en una ciudad enorme. Todo el mundo tenía sus problemas y asuntos por resolver. En Londres también había escándalos vecinales, pero la vida era tan frenética que no podía pararse a averiguarlo.

A decir verdad, no todo había sido de color de rosa. Su hipoacusia moderada en el oído izquierdo se resentía de la vida londinense. Había empezado a acostumbrarse al audífono, pero aquella ciudad era unas cien veces más bulliciosa que su pueblo, al sur de Inglaterra, así que, cuando salía a la calle, el ruido le impedía escuchar bien las voces de otras personas.

Le sucedió al poco de llegar. Se había quedado sin batería en el móvil y, por supuesto, sin la posibilidad de ir al restaurante nuevo en el que había quedado con su amiga Dana. Sin GPS, se sintió como una hormiguita. Preguntó a una chica que pasaba por allí y que muy amablemente le indicó por dónde ir. El problema surgió cuando Mera no la entendió por culpa del ruido del tráfico. Confió en su técnica poco pulida de leer los labios, pero le pareció frustrante. Aun así, no le pidió a la muchacha que hablara más despacio o que se lo enseñara en su teléfono. Su orgullo no se lo permitía. Acabó llegando, pero tardó veinte minutos más. Eso sí, aprendió a llevar siempre una batería extra.

A pesar de eso, Mera se sentía muy feliz en Londres. Le gustaba su trabajo y la diversidad de culturas que había allí. Nada que ver con el ambiente en que había crecido. Así que cuando la noche anterior se había encontrado con los ojos de Harry, la alegría se había esfumado. Esperaba no tener que marcharse antes por alguna razón.

Por suerte, no fue así.

Harry era inspector de homicidios en Torquay. Años antes había trabajado en Bruselas, donde se hizo famoso por cerrar casos complicados y resolver asesinatos que, *a priori*, parecían imposibles. Por eso había llegado a la puerta del apartamento de Mera, para resolver uno más. En ese momento estaban en una cafetería de Tower Bridge, cerca de su casa, tomando un té negro para espabilarse.

—Entonces ¿quieres que intente enterarme de algo? —le preguntó ella mientras daba un sorbo a su taza.

Él negó al instante.

—No te preocupes. Solo quería saber si te encargabas de sucesos locales.

—Podrías haberme llamado y habérmelo preguntado sin más —le respondió ella.

—Cierto. Pero entonces no hubiese sido una sorpresa.

Ella sonrió.

La noche anterior, Harry le había contado que Luca, su hermano pequeño, le había llamado nervioso. Por lo que sabía, habían encontrado ahorcada a una de sus compañeras de trabajo en un callejón de Londres.

Precisamente Luca, que había sufrido tantas muertes en muy poco tiempo, y daba la impresión de que no podría soportar una más.

Harry había ido a visitar a su hermano para que le contara más sobre el caso.

—¿Vas a Scotland Yard? —preguntó ella.

—Sí. He llamado a un amigo del cuerpo y me ha dicho que me pase. Al parecer, en comisaría también se han enterado del crimen y quiere verme.

—¿Os conocéis?

Harry se encogió de hombros.

—Lo suficiente como para que se enfadara conmigo por quedarme en Torquay y no venir al centro de Londres. Me ofrecieron la plaza, pero la rechacé.

—Cierto, creo que me lo comentaste —respondió ella con una sonrisa nostálgica.

En realidad, recordaba muy bien aquella conversación, de las pocas en las que Harry había hablado con amor y cariño sobre su familia, el motivo por el que volvió a su pueblo natal.

Harry sonrió con dulzura. Estaba cambiado desde la última vez que se habían visto. Parecía más jovial y recuperado. Como si se hubiese tomado unas vacaciones esos meses. Quizá, aunque no quisiese reconocerlo, les iba bien mantenerse alejados el uno del otro.

—La realidad —dijo al tiempo que dejaba la taza de té en la mesa tras darle otro sorbo— es que necesitaba saber cómo estabas. Luca me dijo que no os habíais visto desde que te

fuiste de Torquay, y... bueno, solo quería saber si estabas bien —repitió.

—¿Y cómo sabías dónde vivo? —preguntó Mera.

Harry volvió a sonreír y se sintió algo estúpida al recordar la relación de su abuelo con el inspector.

—Has ido a la librería de los abuelos, ¿no?

—Es la única decente en toda Inglaterra.

Mera asintió y retomó la conversación:

—Bueno, preguntaré si alguien lleva este artículo, solo por curiosidad.

—Gracias —respondió el inspector—. Por cierto, no quiero meterme donde no me llaman, pero sería bueno que telefonearas a Luca. Seguro que se alegra de oírte.

Mera sintió una punzada en el pecho al escuchar su propuesta, pero no tuvo mucho tiempo para pensar en ella, ya que Harry recibió una llamada y descolgó de inmediato.

—Sí, soy yo. Buenos días, comisaria Larissa. ¿Cómo...? —titubeó, y se produjo un silencio.

Mera supuso que estaría hablando la comisaria, pero para ella era imposible percibirlo. Echaba de menos poder aguzar el oído lo suficiente como para escuchar los gritos que a veces se producían al otro lado del teléfono.

—Sí, de hecho, iba de camino a verla —volvió a asentir, y miró a Mera con frustración. La mujer no le dejaba hablar—. Sí, señora, allí estaré. —Colgó y se guardó el móvil en el abrigo.

—Parece que ya tienes trabajo, inspector.

—Ni que lo digas —respondió este con un suspiro. Pagó en la barra y se fue hacia la puerta antes de que Mera pudiera reprochárselo—. No te metas en líos, hazme el favor —le pidió antes de salir del restaurante.

Se quedó allí plantada viendo otra vez a Harry largarse con la frase en la punta de la lengua y la advertencia de no meter

las narices donde no la llamaban.

—Me da que esto ya lo he vivido antes —se dijo con fastidio, sabiendo lo cierta que era esa frase.

3

Luca

Enero de 2020

—Han encontrado el cuerpo de Baker ahorcado.

Al oír esas palabras, por un momento Luca sintió que se desvanecía. Estaba con el jefe de la revista *Stunned* en la que trabajaban, un magazín cultural. Era la primera vez que se adentraba en ese mundo, pero nunca imaginó que disfrutaría tanto. Aunque, por supuesto, no en aquel instante.

Volvió a mirar a su jefe tras comprender las palabras que acababan de salir de su boca, pero sin poder mandarlas a la parte de su cerebro que pudiera procesarlas.

—¿Cómo? —preguntó incrédulo.

Su jefe, James Wright, se puso a temblar, dejó el teléfono a un lado de la mesa que los separaba y golpeó el trozo de madera haciendo que los lápices saltasen en el aire.

—A nuestra compañera, Emily Baker, la han encontrado ahorcada en un callejón.

—No, no es posible...

James se frotó la calva brillante. No podía decirse que fuese un hombre guapo, pero la calva le favorecía, pues daba un aire atractivo a su físico.

—Es increíble... tengo que decírselo a los demás.

Luca se quedó petrificado, sin poder creerlo, mientras el jefe se dirigía a la puerta de la oficina.

—Moore, por favor, necesito que vuelvas con los demás. —

No se lo pidió, era una orden.

Entonces se dio cuenta de que, de modo inconsciente, había arrugado los papeles que llevaba en la mano. Completamente aturdido, se dirigió hacia su mesa y se quedó allí pasmado. No se percató de que su compañera Charlotte se le había acercado.

—Luca, ¿te encuentras bien? Estás pálido —le indicó ella algo asustada—. Oye, no te habrá despedido, ¿no? Sé que tu periodo de prueba acaba en unos días, pero has hecho un trabajo fantástico, de verdad...

Él movió la cabeza y le sonrió abatido. Charlotte era un tanto ingenua, una muchacha impulsiva y extrovertida que lo había acogido bajo su ala en cuanto llegó a la redacción. Se habían hecho buenos amigos, así que seguro que ella se había dado cuenta de que algo no iba bien.

Por suerte, el jefe salió del despacho y se aclaró la garganta nervioso, dispuesto a contar lo que había sucedido.

—Chicos, chicas... —dijo con la voz algo grave—, necesito toda vuestra atención. Por favor, dejad lo que estéis haciendo. ¿Falta alguien?

—Nora, de Administración —respondió uno—. ¿Voy a buscarla?

—Por favor. No tardes —le pidió.

Todos se quedaron en un silencio incómodo hasta que pasados un par de minutos llegó Nora y se apoyó en el arco que había en la entrada.

—Lo que os voy a contar es muy duro, y comprendo la gravedad del asunto —retomó—. No voy a andarme con rodeos. No hay una forma fácil de decirlo. —Miró a Luca un momento, buscando apoyo en unos ojos que ya conocían la verdad—. Esta mañana han encontrado el cuerpo sin vida de nuestra amiga y compañera Emily Baker.

Hubo expresiones de conmoción, preguntas sin respuesta y algún grito ahogado.

—¿Cómo es posible? Si estaba sana... —respondió Charlotte incrédula al lado de Luca.

La chica temblaba y las lágrimas caían por sus mejillas, así que sin previo aviso le cogió la mano y se la apretó. Ella ni siquiera pudo mirarle, no parecía estar allí.

—Lo estaba, sí. La han encontrado en la calle. Siento deciros esto, pero os enteraréis en cuanto salgáis por esa puerta. La han encontrado ahorcada en un callejón no muy lejos de aquí.

Charlotte gritó algo que Luca no entendió, pero la abrazó con fuerza. La muchacha enterró la cabeza en el pecho de él, aunque Luca seguía intentando asimilar la noticia. Algunos compañeros se miraron aturdidos, otros lloraban y el jefe tenía los ojos rojos.

Todos estaban en *shock*. La sala se había transformado en un funeral, y ese tema Luca lo dominaba a la perfección. Tras la muerte de tantos seres queridos en los últimos meses, aquello le resultaba perturbadoramente familiar. Odiaba tanto el sentimiento que emanaba de él que, cuando se percató de hasta qué nivel le había afectado, llamó a Harry después de que el jefe les dijera a todos que podían irse a casa.

Su hermano, que prometió no volver a dejarlo solo, se plantó aquella tarde en su piso de Londres. Se encontró a un Luca alterado, afectado, pero sobre todo triste. Como sabía que Harry era un reputado inspector de homicidios en toda Europa, le pidió si podía investigar lo ocurrido.

Le explicó a su hermano mayor qué clase de chica era Emily Baker para que se diera cuenta de que no era de las que se quitaban la vida. Estaba completamente seguro de que la habían asesinado. Era una chica preciosa, llena de vitalidad y

carisma.

Cuando Luca se tranquilizó, charlaron con una taza de té para Harry y una infusión para él. Su hermano le contó cómo iba todo por Torquay. Al sur, en la costa de Devon, había dejado a su madre y a su hermano, pero nada más a lo que tuviera aprecio. Mera, con la que había salido durante muy poco tiempo, estaba en Londres con él, aunque todavía no se habían encontrado.

Sospechó que Harry se moría de ganas por saber si ellos dos habían mantenido el contacto, pero era demasiado orgulloso para reconocerlo. Por un lado, le aliviaba que no se lo hubiera preguntado; no quería pensar en lo que Harry pudiese sentir hacia Mera después de tanto tiempo. Mejor dejarlo estar.

Por supuesto, en Torquay todo iba bien. Su madre seguía con la empresa familiar y, para sorpresa de nadie —sabían que Diana Moore era más inteligente que los dos juntos—, mantenía la empresa a flote con la ayuda de algunos de los trabajadores veteranos.

Después de que Harry pusiera al día a su hermano y se asegurara de que estaba más calmado, se despidió y prometió que volvería con noticias sobre el caso.

Cuando Luca cerró la puerta, se dirigió hacia la ventana del apartamento. Vio a Harry caminando tranquilo por la estrecha calle. Luca no lo admitiría, pero dormiría mejor sabiendo que Harry estaba allí.

Entonces recordó a Emily, los besos apasionados en aquella casa. En la cocina, en el salón...

Miró hacia su dormitorio.

Y hacia su cama. Allí donde habían dormido juntos y habían charlado durante horas. Donde se dio cuenta de que Emily escondía un monstruo lleno de ira y odio en su interior. Sintió un escalofrío al recordar los fríos y azules ojos de la chica. La última mirada que le dedicó con repulsión haciéndole creer que

había algo más en ella.

Fue a la cocina y se sirvió un vaso de whisky. No solía beber solo. No era una afición que le gustara, al menos no como a su padre. Sin embargo, rememorar aquello hizo que necesitara un trago con angustia y pesar. Al tomárselo de un golpe, sintió ardor y mareo a la vez. Se echó otro, y otro.

Volvió a la ventana con ojos lagrimosos y siguió observando la calle. Estaba vacía. Enero en Londres era más desértico de lo que cualquiera pudiera imaginar. A partir de cierta hora, el frío y la oscuridad lo invadían todo. Incluso los pensamientos.

¿Y si sus pesadillas se hicieran realidad?

Si no hubiese sido por Harry, probablemente estaría entre rejas. Era cierto que no había matado a John Barton, pero antes de que muriera se lio a puñetazos con él en su apartamento hasta dejarlo inconsciente. Si no hubiese parado a tiempo, habría sido culpable de su muerte. Eso hizo que se cuestionase si no tendría que haber acabado en la cárcel.

Necesitó mucha terapia —a la que en ese momento asistía online con la doctora Brown, y se llevaban a las mil maravillas — y reencontrarse con él mismo al dejar Torquay.

Pese a todo el esfuerzo y al intachable razonamiento sobre sus emociones y acciones, empezaba a plantearse si él había matado a Emily Baker.

4

Mera

Enero de 2020

El bullicio en London Bridge era cada vez más ensordecedor. Por suerte, ella lo oía como un ligero ruido de fondo que apenas la molestaba. Llegar a la oficina en metro se había convertido en una costumbre que nunca creyó que disfrutaría tanto. Le daba tiempo a pensar y a ver las caras de otras personas que, posiblemente, rara vez volvería a encontrarse. Disfrutaba del anonimato común entre toda aquella gente. Por eso, cuando Harry le habló de la muerte de la compañera de trabajo de Luca, sintió cierto alivio. No era que ella deseara el mal a nadie, ni mucho menos, pero por fin la fallecida era alguien con quien no estaba relacionada, y aquello la calmó. Hablar de muertes siempre es desagradable, pero de un asesinato, y que como extra conozcas a esa persona, no es algo por lo que a alguien le guste pasar repetidas veces y en un plazo corto de tiempo.

Al salir de la boca de metro, miró el reloj y se percató de que aún tenía unos minutos antes de que comenzara su jornada laboral, así que, como estaba a unos metros de la puerta del edificio, decidió parar en el *express bar* que había a medio camino. Londres había potenciado su adicción al café. El frenético estilo de vida londinense había ganado la batalla, con la comida preparada para llevar, la bebida en un vaso de cartón y comer andando.

Pidió el café y, mientras se dirigía a la puerta del trabajo, cogió el teléfono y llamó.

—Dime que no es tan temprano como dice el reloj —recriminó una voz al otro lado.

—Siento decepcionarte, pero la hora no miente.

—Oh, Dios, Mera. Cuéntame que va a explotar el mundo o algo así porque, si no, no vuelvo a descolgarte el teléfono hasta dentro de seis meses.

—Bueno, dicen que hay un virus chino en Wuhan que tiene a la población encerrada en sus casas. Nunca se sabe... —respondió ella resuelta.

—Ja, ja. Aunque un confinamiento no me vendría mal para dormir más —le reprochó su mejor amiga—. Ve al grano o escucharás mis ronquidos desde el otro lado.

—Ha venido Harry —le soltó ella. Al otro lado, el silencio de su amiga la delató—. Ya lo sabías.

—Sí. Bueno, sabía que iba hacia Londres. Lyla vuelve a trabajar con él en comisaría, así que le comunicó que estaría ausente unos días.

Hasta ese momento Mera no había recordado que Lyla y Harry volvían a trabajar juntos. Después de la mala experiencia en el periódico de su familia, Lyla Barton había vuelto a la policía. Se alegraba mucho por la chica, pues sabía que odiaba su trabajo en el periódico y lo mucho que le gustaba el cuerpo. Por otro lado, eso significaba que volvía a mantener un contacto estrecho con Harry Moore, más allá de los encuentros fortuitos en Torquay.

—No te dije nada porque no tenía ni idea de a qué iba. No imaginaba que pasaría a verte —respondió Dana al otro lado—. Ay, no es que piense que no quiera verte, sino que, bueno... ya sabes —argumentó nerviosa.

Mera sonrió al escuchar a su amiga.

—Te entiendo, no te preocupes. A mí también me

sorprendió. Ha venido porque Luca se lo ha pedido.

—Eso sí que me parece raro. ¿No se llevaban como el perro y el gato?

—Algo así. Pero han encontrado el cuerpo de una chica y resulta que es compañera de trabajo de Luca, así que supongo que está afectado.

—Dios mío —respondió su amiga sorprendida—, ese chico no gana para disgustos.

—Lo sé —suspiró algo abatida. Miró de nuevo su reloj y apresuró el paso hacia su oficina—. Oye, te dejo, que ahora sí que me toca trabajar.

—Mantenme al tanto de todo.

—Sí, no te preocupes. ¿Por ahí todo bien?

—Todo perfectamente. Fui a visitar a tus abuelos el otro día y estaba todo en orden.

—Genial, pelirroja, gracias. —Desde que se conocieron, la llamaba así, o «zanahoria», por su larga melena anaranjada.

—Anda, tonta, déjame dormir.

Mera volvió a sonreír y colgó. A paso lento, había llegado hasta la puerta del bloque de su oficina. Era un edificio de enormes cristaleras que se erigía grande y esbelto, casi más neoyorquino que londinense.

Al entrar, pasó el control de seguridad con la acreditación y dio los buenos días a las dos vigilantes, que respondieron con un movimiento de cabeza. Había bastante gente, pero eso no parecía agobiarla.

Subió hasta la quinta planta con el ascensor y, al abrirse las puertas, comenzó el caos. La gente iba arriba y abajo de la enorme oficina y no se paraba a mirar hacia otro lado. Ella saludó a un par de compañeros, pero decidió dirigirse a la mesa de una en concreto.

—Buenos días, Alisha.

Su colega se giró y la miró desde detrás de sus gafas de pasta

negras. Tenía unas pestañas larguísimas y una melena morena que casi le llegaba a la cintura. Alisha Ansari era una mujer india que había llegado a Londres a los cinco años de la mano de su padre. Mera la consideraba la chica más inteligente que había conocido.

—De todo menos buenos, me da a mí.

—¿Estás muy liada?

Alisha asintió con la cabeza.

—Y he entrado hace diez minutos.

—No te robaré mucho tiempo. Solo quería saber si te has enterado del caso de la chica que ha aparecido ahorcada.

—¿Por qué crees que estoy tan agobiada? —dijo con media sonrisa.

Durante los meses que llevaba allí, Mera había podido conocerla un poco. Alisha tenía un carácter peculiar. Protestaba a menudo de todo el trabajo que tenía, pero lo adoraba y solía hacerlo con una sonrisa. Le recordaba un poco a ella cuando trabajaba en el *Barton Express*, pero con mejor sentido del humor.

—¿Se sabe algo?

—¿Aparte de que a la muchacha la han encontrado ahorcada en un callejón? No, muy poco. Y mira que fue ayer... Ya sabes que sin autopsia confirmada no suelen decir mucho más. He enviado a Jenkins para que intente enterarse de algo.

—¿A Charles? —preguntó ella, aunque sabía la respuesta. El periodista era la mano derecha de Alisha en sucesos, y trabajaban muy bien juntos.

—Sí, irá a la rueda de prensa e intentará averiguar todo lo que pueda de Scotland Yard. Pero ¿a qué viene este súbito interés? —inquirió mirándola por encima de las gafas.

Mera se dio cuenta de la imagen que debía de estar dando. Aún llevaba el abrigo, la bufanda y el gorro. Ni siquiera se había quitado los guantes, y seguía con el bolso en bandolera.

—¿La conocías?

—Ni siquiera sé su nombre. Pero era compañera de trabajo de un amigo mío.

—¡No me digas! Pues creo que por ahora tienes más información que nosotros. Cuando sepa algo, te cuento.

—Gracias —le respondió ella conforme, y se giró para dirigirse a su mesa. En ese momento, una mano la agarró del brazo y volvió a encontrarse con los ojos de Alisha, pero ahora denotaban tristeza.

—Dale el pésame a tu amigo. Debe de ser duro, en esas circunstancias.

Mera asintió con la cabeza y sonrió a su compañera. Cuando se sentó a su mesa y se quitó la ropa de abrigo, se dio cuenta de que extrañaba algo, aunque le resultó tremendamente masoquista. Miró los dos archivadores que había allí al tiempo que encendía el ordenador. Tenía que terminar de transcribir un par de entrevistas de cultura.

Intentó centrarse y ponerse a trabajar, pero no podía dejar de echar de menos estar en primera línea de batalla, ni podía autoengañarse, pues sabía que en sus entrañas era más fuerte el deseo de averiguar qué había hecho que esa chica se ahorcase.

5

Harry

Enero de 2020

—Cómo detesto esta ciudad —gruñó para sí mismo mientras una marabunta iba a paso rápido en dirección contraria a la suya, interponiéndose a su paso.

Al salir de la estación de Westminster, se topó con el inmenso Big Ben. A pesar de lo mucho que le gustaba a la gente, a él, por el contrario, le parecía una simple atracción turística que se regía por la nostalgia londinense.

Tenía que subir esa calle para llegar al edificio del New Scotland Yard. Hacía años que no paseaba por allí ni entraba en aquel inmenso edificio, aunque, si debía ser sincero, al inspector todo le resultaba insultantemente enorme. La nostalgia no le atrapó al entrar. Había más gente de la que recordaba, y el ambiente parecía tenso. Se dirigió al puesto de seguridad, pero antes de abrir la boca alguien se le adelantó y le sorprendió a sus espaldas:

—¿El señor Moore ha decidido que somos por fin dignos de él?

Harry hizo una mueca de desagrado al escuchar esa voz carrasposa y se volvió ciento ochenta grados para saludar con aversión al emisor.

—Buenos días, Stewart —respondió, tendiéndole la mano.

—Benditos los ojos, muchacho. Bueno, ya no eres un muchacho, pero para mí siempre serás un crío sabelotodo —

dijo riendo a carcajadas, recolocándose el cinturón hacia arriba.

El oficial Stewart le recordaba al personaje de una mala película estadounidense en la que el policía solía sentir cierto desdén por su trabajo y zampaba rosquillas a todas horas, planteándose en serio por qué había elegido aquella profesión cuando no era el trabajo de sus sueños.

—La comisaria Hill me ha llamado.

—Uh..., ¿te has metido en un lío?

—Sí así fuera, tendría que darle el parte a mi comisario, no a ella.

Stewart miró a Harry incómodo y le dio dos palmadas en el hombro.

—No has cambiado, muchacho, el mismo humor agrio —le dijo entre dientes antes de darse media vuelta e irse.

El inspector suspiró con alivio al verle marchar. Sabía que, para muchos, no era bien recibido, y aunque quería convencerse de que no le importaba lo más mínimo, tenía que reconocer que cómodo no estaba.

Harry pudo por fin entrar y fue directo al despacho de la comisaria. Había muchos oficiales rondando con el famoso casco custodio en sus cabezas. El uniforme era lo que distinguía a la policía metropolitana de Londres en todo el mundo, la más famosa, por descontado.

Llamó a la puerta con decisión y respiró hondo justo antes de entrar al oír el permiso de la comisaria.

Larissa Hill era una mujer de sesenta años, pequeña, con el pelo muy corto, al estilo *pixie* (no sabía cómo recordaba ese tecnicismo de peluquería...; tendría que ver con alguna

conversación con su compañera Katy). Cuando la miró a los ojos, apreció unas pronunciadas arrugas de expresión y se fijó en el pelo canoso que sobresalía tímidamente por encima de los expedientes. Los años no habían pasado en balde por ella, y su carácter rudo y fuerte no la ayudaba, ya que endurecía sus facciones.

—Comisaria —la saludó Harry, tendiéndole la mano.

Hill se levantó, se dirigió hacia él y se la estrechó con fuerza.

«Maldita sea, con lo pequeña que es...», pensó al notar el apretón.

—Sabe, señor inspector, que aquí no pasa nada sin que yo me entere, ¿cierto?

—No osaría llevarle la contraria, comisaria —respondió con tono irónico.

—Precisamente. Me he enterado de que había pedido información sobre el caso que nos sorprendió ayer al amanecer. Pobre muchacha...

—Sí. Emily Baker, según tengo entendido.

—Exacto.

—Supongo que no ha sido un ahorcamiento sencillo —repuso él.

Ella negó con la cabeza y sonrió enseñando sus incisivos como un lobo hambriento.

—La cuestión es que Emily Baker era un ser querido de uno de los miembros del Partido Conservador que está ahora en el gobierno. Queremos total discreción sobre el asunto, y sé mejor que nadie que usted puede concederme eso. —Metió la mano en el bolsillo y le tendió un papelito con un número de teléfono.

—No la sigo, comisaria.

—Le recordaba más inteligente, señor inspector. No le he dado esto y, por supuesto, no lo hago con placer, nada más lejos de la realidad. Se lo advierto, no quiero que se interponga

en mi camino, pero por desgracia me veo obligada a ofrecerle que llame a ese teléfono y a pedirle que comparta inmediatamente conmigo lo que averigüe, por los viejos tiempos.

Esperaba que, después de terminar aquella frase, la comisaria le guiñara un ojo o le hiciera algún gesto de complicidad, pero no fue así. Con ella todo se hacía de manera imperiosa, sin cortesía. Harry seguía sin comprender, como mostraba su boca entreabierta, y pensó que lo más probable era que le hiciera parecer estúpido. Era lo último que quería con la comisaria delante.

—Para que vea mi buena fe, su amigo del departamento Forense le dará todos los datos de los que disponemos para que pueda empezar. Además, puede disponer de un pase como agente temporal para salir y entrar de Scotland —le soltó mientras le otorgaba una pequeña tarjeta gris—. Pero, de nuevo, déjeme recordarle que lo primero que tiene que hacer es llamar a ese número. En cuanto comience, no quiero que esta conversación vuelva a salir a la luz, ¿entendido?

—Creo que solo he comprendido eso último.

—Este teléfono le ayudará a entenderlo todo, inspector —repuso.

La comisaria Hill volvió a sonreír de manera voraz, cambiando la expresión tensa y amenazadora que sostenía a una mucho más apacible a medida que le daba las instrucciones a Harry.

—Y ahora largo. Si ya me desagradaba su presencia, imagínese ahora que es más viejo.

Harry bufó.

—Mira quién habla —susurró sin querer mientras abría la puerta.

—¿Cómo?

—Que gracias, como siempre —contestó al tiempo que huía

de aquel sitio.

Ya se le había olvidado lo desagradable que era estar en el mismo lugar que ese pequeño ser al que habían nombrado comisaria de la policía de Scotland Yard. En cierto modo, se reafirmó en que había escogido bien cuando decidió volver a casa, pues así no tenía que verle el semblante a diario.

Alguien descolgó en cuanto sonó el primer tono.

—¿Inspector Moore? —respondieron al otro lado.

—Sí, soy yo. ¿Con quién tengo el placer de hablar?

—Mi nombre no es importante. Necesitaría verle. ¿Le parece bien dentro de media hora en el Storey's Gate Café que hace esquina con Saint James? Me han comentado que hoy tendría usted el día libre.

—No sé quién le ha dado esa información, pero no suelo tener citas a ciegas. Necesito un nombre y el motivo de tanto secreto. Si no, no me personaré en ningún sitio.

Harry sabía que iría al punto de encuentro de todos modos, aunque solo fuera para ver quién estaría allí, a pesar de no saber su nombre. Sin embargo, no era su primera opción. Quería averiguar con quién se encontraría y no tener que buscar a un fantasma de voz grave.

Al otro lado se hizo el silencio. Tras unos segundos, el sonido volvió con un suspiro ahogado.

—Está bien, señor Moore, me parece justo, ya que yo dispongo de su identidad, pero le sugiero discreción.

«¿Es una amenaza?», pensó Harry.

—Mi nombre es Liam Baker, y necesito su ayuda.

6

Harry

Enero de 2020

Llegó a la cita cinco minutos más tarde de la hora acordada con Liam Baker. Habían quedado que lo reconocería por su maletín azul. Por un momento, observó a través de la ventana al hombre que quería verle con tanto ahínco. No era tonto, sabía sumar dos más dos. Si la comisaria le había dicho que la víctima era el ser querido de un pez gordo y le había dado el número de una persona que decía apellidarse igual que la fallecida, resultaba evidente que iba a pedirle algo que Scotland Yard no podía ofrecerle. Tampoco creía que él pudiera disponer de muchos más datos de los que tenían en comisaría, así que no tenía muy claro qué quería de él aquel hombre.

A pesar de que en la cafetería muchos hombres fueran trajeados y llevasen maletín, lo identificó rápido y no solo por el color azul de este. Liam Baker estaba notablemente nervioso y tenía los ojos hinchados. Las marcadas ojeras de su rostro hacían imaginar lo poco que había dormido. Tenía el pelo claro, rondaría los cincuenta años y, a pesar de su aspecto demacrado, parecía de aire jovial. Un tic en la pierna derecha lo delataba mientras removía su expreso mirando de un lado a otro, esperando a Harry. Era un hombre esbelto, demasiado erguido para estar sentado. Miró el reloj por segunda vez en menos de treinta segundos y entonces Harry decidió entrar.

—¿Señor Baker?

El aludido se giró de inmediato e hizo una mueca de alivio.

—Ya pensaba que no vendría.

—Lo siento. No recuerdo tan bien Londres como imaginaba —respondió con cierto sarcasmo.

Se estrecharon la mano a modo de saludo y Harry, antes de sentarse, pidió una taza de té al chico de la barra.

—Cuénteme, ¿qué necesita de mí?

—No le gusta que se vayan por las ramas, por lo que veo.

—Con sinceridad, señor Baker, creo que a poca gente le gusta. A todo el mundo le encantaría saber qué quiere el otro sin preámbulos, el problema es que socialmente ir al grano está mal visto. Las normas sociales me parecen ridículas y una pérdida de tiempo. Y es demasiado valioso para malgastarlo.

El señor Baker asintió convencido y se aclaró la garganta.

—Verá, mi hermano tiene una posición bastante elevada en la cúpula del actual Partido Conservador, y ahora mismo no necesita un escándalo.

—Creía que era usted el integrante del partido.

Baker negó con la cabeza.

—No, es mi hermano. Yo me dedico a actividades más lucrativas y menos expuestas. La realidad es que nuestra querida Emily... —Se le hizo un nudo en la garganta al pronunciar su nombre—. Nos dijeron que había sido asesinada, pero mi hermano pidió que la investigación fuese lo más privada posible, como si quisiera enterrarla sin ningún tipo de explicación. No quiere que se monte un escándalo y mantiene un trato excepcional con la comisaria Hill. Así que tuve la idea de contratar a un detective privado.

—Siento decepcionarle, pero no soy detective privado.

—Eso tengo entendido, señor Moore.

—¿Y cómo se ha enterado de que estaría aquí?

—Pura casualidad. Cuando ayer estuve en Scotland Yard oí hablar de usted a la comisaria Hill con un compañero. Así que

investigué un poco.

—Entonces sabrá que trabajo para la policía de Devon —le contestó, haciendo hincapié en que no iba a trabajar de manera privada.

—Sí. Pero también sé que es más que eso. Usted resolvió casos de asesinos en serie en la zona central de Europa cuando estaba empezando, y se le da bien averiguar dónde se esconde un asesino. Es usted un Sherlock Holmes moderno.

—Prefiero que me compare con el personaje ficticio belga de bigotes. No obstante, considero que se ha formado una idea de mí sin conocerme.

—Quizá.

—No puedo inmiscuirme en el caso. Es de Scotland Yard.

—Tengo dinero.

—No necesito ni quiero —recalcó— su dinero.

—Entiendo —dijo dando un sorbo a su café.

El camarero les llevó la taza de té que Harry le había pedido y este gruñó como agradecimiento cuando la puso sobre la mesa. Aquella conversación no le estaba haciendo gracia. No imaginaba por qué querría meterse en un asesinato que no tenía nada que ver con él.

—Mire, inspector Moore. Necesito saber qué le pasó a mi Emily. Entiendo que tenga reparos, pero le pagaré los días de servicio que hagan falta. Pida la documentación precisa a sus compañeros y verá que hay algo raro. La asesinaron, y no quieren descubrir qué pasó. La comisaria cree que mi hermano le pidió su contacto por discreción, para quedarse tranquilo. Pero en realidad fui yo el que me presenté allí con esa excusa y le pedí a la comisaria que le diera mi teléfono. Mi hermano jamás hubiese aceptado, y es algo que sigo sin comprender.

—¿Su hermano tenía algo en contra de la chica?

Baker negó con la cabeza.

—En absoluto. Tenían sus diferencias, como cualquier padre

e hija...

—Un dato bastante revelador, señor Baker.

—Quiero pedirle algo, inspector. Vea la información del forense que atañe a Emily e investigue un poco. Por mi parte, intentaré enterarme de por qué en Scotland Yard hacen la vista gorda. Siento que la comisaria Hill no es trigo limpio.

Aquello pilló desprevenido a Harry, y por un instante se quedó petrificado. Larissa no era una mujer transparente, y desde que la conocía siempre había pensado que tenía un lado bastante oscuro. Sin embargo, debía reconocer que amaba su trabajo por encima de cualquier cosa y persona.

—No creo que pase nada raro en Scotland Yard.

—Lleva mucho tiempo fuera, señor inspector.

—Permítame que me repita, señor Baker, ¿por qué debería interesarme este asunto?

El señor Baker se encogió de hombros y por primera vez sonrió con aire de diablo, como si tuviera un as en la manga que aún no había dejado sobre la mesa, esperando el momento oportuno para la jugada maestra.

—Por el mismo motivo que llamó a su compañero, el forense, para obtener más información.

—Por favor, ilumíneme —respondió retándole mientras daba un sorbo a su té, que se le antojó demasiado frío para su gusto.

—Por su hermano, por supuesto. Alguien que hace pocos meses estaba en el punto de mira como sospechoso de asesinato y que pregunta por el dudoso suicidio de una compañera de trabajo podría tener el foco en él. Resulta, como poco, curioso.

A Harry se le heló la sangre.

—¿Qué clase de información cree que tiene?

—La que encuentro y me parece útil. Por favor, no lo tome como una amenaza. Solo quiero que comprenda que, si lo investiga, será beneficioso para ambos.

Baker le dio el último sorbo al café y dejó unas cuantas libras

sobre la mesa antes de levantarse.

—Ya sabe cuál es mi teléfono. Tiene veinticuatro horas para notificarme su decisión. Espero que sea la correcta, porque los círculos en los que nos movemos pueden ser muy hijos de puta, señor Moore. A veces uno se cansa de bajar la cabeza y necesita plantarles cara.

El señor Baker se perdió tras la puerta de la cafetería y dejó a Harry allí plantado. Aún estaba algo aturdido por la conversación, pero había sacado varias cosas en claro, o al menos eso creía.

La primera, que Emily Baker era hija de alguien con poder en el Partido Conservador.

En segundo lugar, sentía que el señor Baker sabía algo de la policía metropolitana de Scotland Yard que a él se le escapaba. No obstante, tenía parte de razón: Harry no pasaría aquello por alto, y le interesaba saber qué ocultaba —según Baker— Larissa Hill.

En ese momento, a Harry le vibró el móvil. Se dio cuenta de que el número era el mismo que había marcado una hora antes. Era un mensaje, y llevaba una foto adjunta. Reconoció de inmediato a Luca con la cara algo seria mientras una chica rubia hacía la foto a modo selfi, sacando la lengua a la lente. Ella parecía divertirse; él, hastiado.

Si no quieres que salga perjudicado, deberías ponerte en marcha

—Maldito chantajista... —repuso Harry indignado.

La sangre le hervía por enésima vez. Al final, todo se resumía a aquel miserable mensaje. A pesar de las conclusiones a las que había llegado, el único motivo que le haría moverse sería su hermano. Por desgracia, Luca, sin preverlo, volvía a verse envuelto en otro asesinato, lo que hizo que Harry se preguntase si ese patrón constante era una advertencia de que la oscuridad

rondaba sin compasión alguna a su hermano pequeño.

7

Mera

Enero de 2020

El frío de Londres le estaba calando los huesos. Salir a tomar el aire en enero no era muy buena idea, pero ese día quería almorzar fuera en vez de en la oficina. Necesitaba un poco de aire fresco. Lo que no recordaba era que ese viento gélido le cortaba la respiración y le entumecía todas las partes del cuerpo, sobre todo la mano derecha, que sujetaba el móvil en la oreja.

—Abuelo, deja de preocuparte, por favor.

—¿Cómo no quieres que me preocupe, *darling*? —le reprochó Steve a su nieta.

—No tenía que habértelo contado —suspiró ella.

Al otro lado del teléfono estaba el abuelo Steve. A pesar de tenerlo a unos trescientos cincuenta kilómetros de distancia, estaba más cerca de lo que hubiese pensado antes de mudarse. Sus abuelos la llamaban cada dos días, y el que no lo hacían, Emma, su hermana pequeña, les tomaba el relevo. Aunque la chica prefería las videollamadas, por descontado. Parecía que la nueva generación de jóvenes adultos era más partidaria de verse las caras que las anteriores. Y eso a Mera la ponía de los nervios, pues ya le costaban las llamadas, prefería mensajearse. La excepción la hacía con ellos y con su amiga Dana.

—Tú me lo cuentas todo. Además, ya me extrañaba a mí que Harry fuera así por las buenas.

—¿Tanto odia Londres para venir solo por las malas? —suspiró ella al darse cuenta de que, efectivamente, era así—. Le llamó su hermano.

—Ya, bueno, ese es otro. ¡Lo tiene abandonado!

—Abuelo, sabes que no se llevan bien, y nosotros no somos quiénes para meternos en sus rencillas familiares. No nos corresponde.

—Por el amor de Dios, son hermanos. Ya va siendo hora de que se lleven bien, y ya sabemos lo mucho que Harry ayudó a Luca en el pasado.

Mera suspiró por decimoctava vez, por lo menos. No las había contado, pero estaba segura de que se acercaban a ese número. No había manera, el abuelo defendería a Harry a capa y espada. Tenía una predilección por él que rozaba el paternalismo.

—*Darling*, escúchame. Lo que tienes que hacer es no meterte en líos. Haz tu trabajo como siempre y a casa. Hace mucho frío, y si hay alguien suelto asesinando a jóvenes no me quiero imaginar... —soltó Steve dejando que su voz se rompiera un poco, incapaz de terminar la frase.

Mera lo detuvo en seco antes de que siguiera.

—Abuelo, respira. Estaré bien, te lo prometo. No me meteré en líos, lo observaré todo de lejos —mintió.

—Nada de observar —contestó tajante.

—Bueno, ¡tendré que mirar hacia algún lado! Estoy medio sorda, pero no me pidas que ahora me quede también ciega, abuelo. —Se carcajeó de su propia ocurrencia.

Steve se unió a ella riéndose al otro lado, y luego recuperó su tono serio y le dijo:

—Chiquilla no te metas con tu oído, que tienes otro que va de escándalo. Ya quisiera yo que alguno me fuera al cien por cien —le reprochó—. Te dejo, tu abuela tiene el té en la mesa y no quiero que se enfríe. Te manda besos, *darling*.

—Yo también os los mando de vuelta. Os quiero —se despidió con ternura.

A veces, cuando terminaban esas llamadas, sentía un ataque de nostalgia difícilmente reparable a corto plazo. Según le había contado Emma, los últimos días el abuelo había tenido la tensión alta y le preocupaba su estado de ánimo. No quería achacarlo a que era porque ella se había ido de casa, pero en su interior sabía que tenía parte de culpa.

—¿Mera? —la llamó una voz familiar.

Se dio la vuelta y se encontró cara a cara con Luca Moore, sonriente. Tenía un vaso de café en la mano, a buen resguardo dentro de un guante de color azul. Llevaba un abrigo negro muy caro. De inmediato recordó sus gustos abrumadores para ella, como la primera vez que vio su Tesla en el aparcamiento del trabajo o los jerséis de cachemira que solía llevar.

—¡Luca! —exclamó ella con una mueca de sorpresa y felicidad sincera.

No había cambiado ni un ápice. Seguía con su cabellera de rizos dorados y unos ojos penetrantes. Se le veía algo más delgado, pero se mantenía esbelto, incluso con las ojeras marcadas bajo los ojos, algo que recordaba de la última vez que se habían visto, hacía tres meses. Cuando se despidieron en Torquay, Luca no estaba pasando por un buen momento, tras el asesinato de su mejor amigo y la muerte del hijo que nunca supo que había tenido. Esa fue una de las razones por las que no siguieron juntos.

Luca necesitaba sanar de los traumas y fantasmas de su pasado, y ella no podía ayudarle más de lo que ya lo había hecho. Al verlo ahí de nuevo entendió que, tras enterarse de lo que le había pasado a su compañera, volviera a costarle dormir y las ojeras aún no se hubiesen marchado.

—Pasaba por tu lado y no me había percatado de que eras tú hasta que he oído tu voz. Me alegro de verte por fin.

«Por fin» se repitió en su cabeza, haciéndola sentir terriblemente culpable. Luca la abrazó sin previo aviso y aquello hizo que se relajase al instante. Tenía ese don de gentes, y pensó en las veces que los abrazos de él la habían hecho sentir en casa. Su comida casera, sus charlas llenas de confidencias... No había rencillas entre ellos, a pesar de haber pasado tiempo desde la última vez que se habían visto, y más sabiendo que estaban en la misma ciudad. De modo que se sintió algo culpable al comprobar su reacción, y decidió disculparse.

—Perdóname, he estado liada buscando piso, con el trabajo... En realidad, no sabía cuándo vendrías por aquí y tampoco quería que te sintieras obligado a verme —comenzó a argumentar de manera atropellada. En su vida se había notado tan nerviosa hablando con alguien—. Tampoco es excusa, lo sé.

Él la detuvo en seco con la mano para que dejase de hablar.

—Lo entiendo, de verdad. Yo me sentía igual, no te preocupes. Me alegro de saber que estás bien.

Alguien tosió junto a Luca. Hasta ese momento, Mera no había reparado en la chica que estaba a su lado, a pesar de que era considerablemente alta.

—Perdona, con el entusiasmo al verte he sido un maleducado —se disculpó girándose hacia la chica—. Esta es Charlotte, una compañera de trabajo. No sé qué haría sin ella —dijo sonriendo a la muchacha de manera cómplice. Ese gesto despertó algo en Mera. No sabía qué, pero tampoco quería averiguarlo en aquel momento, y lo apartó de su mente de manera radical—. Íbamos al pase de prensa de una galería que está cerca.

Mera tendió la mano a la chica a la que, de primeras, parecía haberle sentado mal que Luca olvidara su presencia un instante, aunque cambió de gesto en cuanto la presentó y mostró una dentadura preciosa al saludarla.

—Encantada. Siento que estropeo un momento. Llámame

loca.

—Para nada, no te preocupes. Es que encontrarse en Londres viniendo de un pueblo siempre sorprende —le dijo a Charlotte para que no se sintiera de ese modo—. Suena interesante, lo de la galería.

—Estamos en la revista *Stunned*. Es diferente a lo que había hecho antes, pero si te soy sincero me gusta no tener que trabajar bajo la inmediatez de las noticias de prensa, no te voy a engañar.

—Te creo. Siempre me pareció que te agobiaba un poco, y lo entiendo. No sé cómo no se me cae el pelo por el estrés —contestó a su favor, recordando que Luca había dejado su anterior puesto en Londres por la competitividad de los artículos en el periódico donde trabajaba—. Por cierto, he estado con Harry esta mañana —soltó a bocajarro, omitiendo descaradamente que se había presentado en su casa la noche anterior. En cierto modo, pensó que ese dato podría confundir a Luca.

—Ah... —Se quedó algo estupefacto y se sintió incómodo.

Mera continuó para suavizar la última frase:

—Quiso ver cómo estaba. Siempre va a ver a mis abuelos a la librería, y ya sabes lo pesados que son.

«¿No encontrabas un argumento más insustancial, Mera?», se reprendió en su mente.

—Me ha comentado lo de vuestra compañera. Lo siento muchísimo, de veras... He preguntado en el periódico para ver quién lo lleva, pero no saben demasiado, por no decir nada. —Al terminar la frase, se dio cuenta de que Luca había cambiado su semblante sonriente por uno más triste y apagado, olvidándose de lo anterior.

—Sí, ha sido un *shock* para todos... Te lo agradezco, Clarke —le dijo él echando la vista al suelo.

Hacía mucho que no la llamaba por su apellido.

—Está siendo horrible... —susurró Charlotte a su lado con los ojos lacrimosos.

Mera escuchó muy bajo el comentario de la chica, y de manera inconsciente se tocó la oreja en la que llevaba el audífono. Odiaba esos momentos.

—Era muy buena chica, ¿verdad, Luca? Y el alma de la fiesta, tenía luz propia.

Luca se limitó a asentir. No parecía estar muy de acuerdo con la afirmación de su compañera, y se creó un silencio incómodo. Mera aprovechó para mirar el reloj y despedirse.

—Es tardísimo. Tengo que volver al trabajo, y no me gustaría ser el motivo de que llegaseis tarde al vuestro. Ha sido un placer, Charlotte. Espero que todo mejore y que la próxima vez que nos veamos podamos conocernos un poco más. Luca, para lo que necesites, estoy aquí —le ofreció mirándole a los ojos con ternura—. Te lo digo muy en serio. Llámame cuando estés más libre.

La mirada de Luca solo mostraba agradecimiento y cariño hacia Mera, que ya se dirigía de nuevo a su trabajo.

Jamás hubiese imaginado que su encuentro con Luca sería tan apacible. En su mente había creado una película que transcurría entre quejas y miradas de reproche. La realidad era que no sabía por qué había llegado a pensar algo así. Él siempre había sido un chico indulgente y compasivo que había estado a su lado en los peores momentos. Incluso cuando Luca estaba mal, intentaba no dar lo peor de sí.

Entonces recordó la de veces que le había pasado lo mismo con otras personas. La de ocasiones que una persona cree que sabe cómo se comporta otra por el mero hecho de imaginarse

la peor situación...

Pensó en llamar a Harry cuando saliera del trabajo. Aún no tenía información que pudiera ayudarle, pero le sentaría bien tener una cara conocida en casa. Quería dejar atrás el incómodo pasado común que a veces la atormentaba, y construir una relación de amistad que pudiera ser favorable para los dos. Aunque la realidad tenía otra cara, y era que se sentía algo inútil y necesitaba ayudar a esos dos hermanos a averiguar qué estaba pasando. Su imperiosa curiosidad la hacía retorcerse si se quedaba de brazos cruzados. Por supuesto, decidió que, al salir del trabajo, compraría más té y vino. No se decantaba por uno de los dos, ya que aún no sabía en qué situación y con qué ánimo se encontraría al inspector más famoso de Inglaterra.

8

Harry

Enero de 2020

Volver a New Scotland Yard no era lo que más le apetecía en ese instante, aunque era cierto que le parecía más insoportable pensar en una alternativa para recabar la información que necesitaba. No quería entrar en pánico con la foto que le había enviado ese tal Baker, pero el malestar se había apoderado de su cuerpo. Tendría aún más sentido que Luca le hubiese llamado, no porque le hubiera afectado la muerte de su compañera —que estaba completamente seguro de que lo había hecho—, sino porque la relación con ella quizá hubiese sido algo más de lo que él pensó en un primer momento.

No iba a dudar de su hermano. Nunca lo había hecho y no iba a ser la primera vez. Sin embargo, la forma en que había abordado el tema no era la mejor posicionada a su favor.

Cuando entró de nuevo en el edificio, el ambiente parecía algo más calmado que la última vez. Bajó las escaleras de la derecha y respiró hondo. El pasillo estaba vacío, a excepción de un par de hombres que había al fondo. El más delgado y alto levantó la mirada y saludó impetuosamente a Harry con la mano.

—¡Dichosos los ojos, inspector Moore!

Harry sonrió al escucharle y se acercó a ellos.

—Esta ciudad me da alergia —respondió a modo de saludo.

—Dame un abrazo, amigo mío —le pidió el hombre con

cierta nostalgia.

Henry Astwell había sido el mejor amigo de Harry mientras estuvo en Bruselas. Parte del tiempo lo pasó con él, y vivieron y presenciaron calamidades que ningún ser humano tendría que ver jamás. Astwell era algo mayor que el inspector, pues ya había superado los cincuenta, pero su aspecto resultaba juvenil, quizá porque se trataba de un hombre alto y delgado, o por esas gafas de niño intelectual algo repelente que se ajustaban a la perfección a su cara imberbe. A Harry no le pasaron por alto las nuevas canas que poblaban el pelo de su amigo, aunque, a excepción de estas, sentía que el tiempo no había pasado por él.

—Les dejo solos. Creo que tienen mucho de qué hablar y yo demasiado que trabajar —les anunció el hombre que estaba junto a Henry.

—Disculpe, inspector Hastings. Este es mi amigo, el inspector Moore —les presentó amigablemente Astwell.

Hastings estrechó la mano que Harry le tendía y asintió con la cabeza a modo de saludo. Sin decir nada más, se dirigió hacia la salida de aquel tedioso pasillo.

—Vaya... ¿he interrumpido algo?

Astwell restó importancia al asunto:

—Para nada. Él es así, un hombre de pocas palabras.

—Y yo que pensaba que ese era yo.

—Amigo, en Londres siempre habrá alguien más antipático y con peores modales que tú.

Harry sonrió por la ocurrencia y acto seguido entraron en el pequeño despacho de Henry.

—¿Te tratan bien por Torquay? —le preguntó mientras cogía una taza de detrás de su escritorio—. Tengo el té preparado, así que puedo tomarme un descanso bien merecido.

Harry asintió.

—No puedo quejarme. Aunque, a decir verdad, empezó a

ponerse interesante hace unos meses.

—Lo sé, lo leí en la prensa. Siento lo de tu padre, por cierto.

—Gracias —contestó sin más.

No había pensado en la muerte de su padre más de lo necesario. Que alguien como Astwell —que conocía todas las penurias que había pasado con su padre desde niño— le diera el pésame, parecía más un alivio.

—¿Y tu mujer y tu hijo? —preguntó Harry.

—Pues mejor que bien. Matt empieza la universidad, y mi mujer está encantada de que volvamos a tener la casa para nosotros solos.

—Si tú apenas apareces por casa...

—Por eso —sonrió cómplice—. Anda, déjate de bobadas. A ti te gusta ir al grano. Pregunta lo que quieras y yo respondo.

—Emily Baker.

—Eso no es una pregunta.

—Llevas el caso de Emily Baker, ¿verdad?

—Si te refieres a si me encargo de la autopsia, sí. Estoy en ello, ya lo sabes. Por eso estás aquí, no me vengas con preguntas tontas.

—¿Algo curioso?

—Muchas cosas. La primera es que el inspector que estaba en la puerta lleva su caso y no tiene intención alguna de investigarlo.

—Y por supuesto no se suicidó.

—En absoluto.

Harry no le rebatió. Confiaba en las capacidades de Astwell. Este le tendió la taza de té, bebió un sorbo y continuó el interrogatorio:

—Cuéntame, ¿causa de la muerte?

—Sabes que voy a decírtela, no tengo ningún problema. Además, fui con el equipo forense a recoger pruebas y el cadáver aún estaba allí. Pero ¿cómo es que Hill te deja campar

a tus anchas por aquí?

—Parece que no les interesa que esta investigación trascienda. La chica es hija de un pez gordo y no quieren escándalos. De modo que le han pedido amablemente que busque un detective privado. —Harry lo remarcó haciendo unas comillas en el aire con las manos.

—Larissa estará exultante de alegría —respondió con tono irónico.

Harry puso los ojos en blanco.

—La información que manejo es que hace dos días encontraron a la chica ahorcada en un callejón de Londres.

—Sí. La encontró la camarera de la cafetería que da al callejón. Tengo entendido que a la pobre mujer le dio un ataque de ansiedad.

—No me extraña —repuso Harry.

—Lo cierto es que era relativamente fácil averiguar que no había sido un suicidio. Emily Baker, mujer de treinta y un años, uno sesenta de estatura —empezó a decir con tono profesional, de manera automatizada tras años de trabajo—. Tenía dos surcos en el cuello, uno encima del cartílago tiroides y el otro a nivel de este.

—Es decir, la estrangularon y montaron el teatro del ahorcamiento.

—Eso es. De todos modos, seguimos con la autopsia, pero en este caso lo tengo claro. Me parece que o el asesino es un poco tonto o quería drama.

—Puede ser. A muchos les gusta dejar marca con un escenario. No podemos reducir opciones. ¿Sabes con qué la estrangularon?

Astwell asintió.

—Parece que con una cuerda corriente. Dicho de otro modo, estrangulación por lazo. Además, había signos de violencia, como heridas provocadas por uñas clavadas en el cuello de la

víctima. Las han llevado a analizar, y son de la víctima. Opuso resistencia, aunque no mucha.

—¿En qué te basas?

—En la concentración de alcohol en sangre y en que este aún estaba en su estómago. La fase de absorción no se había completado, así que calculo que iba ebria cuando sucedió. La pillaron desprevenida.

—Qué desgraciado... —profirió Harry meneando la cabeza.

—Pero no hay signos de violación. Solo la estrangularon, y esa fue la causa de la muerte. *Post mortem*, la subieron a la cuerda y montaron la pantomima del ahorcamiento. La marca del lazo con el que la encontraron es un poco más reciente, pero es un detalle insignificante.

—Comprendo —repuso Harry pensativo—. ¿Qué dice del caso nuestro amigo, el inspector Hastings?

—A decir verdad, no comparto su opinión. Lo del teatro del suicidio lo supe al ver el cadáver. Cuando nos has visto, estaba informándole de cómo iban los análisis.

—¿Y tú qué piensas?

—Pues que no he visto mucho movimiento de interrogatorios ni especial interés en los análisis... Nada en absoluto. Me da que cuanto antes cierre el caso el juez, mejor para ellos.

—No lo entiendo —dijo Harry visiblemente cabreado—. ¿Van a dejar suelto a un asesino con tal de no armar revuelo?

—Pienso igual que tú, amigo mío.

Harry se frotó la cabeza, angustiado. Había algunas irregularidades en Scotland Yard, pero dejar un asesinato en el limbo no era una de ellas.

—¿Sabes por dónde empezar? —preguntó Henry al apreciar que Harry llevaba unos minutos en silencio.

El inspector observó a su amigo mientras se levantaba de la silla. Miró a su alrededor y suspiró. En ningún momento había querido estar allí, no le gustaba, pero un halo de moralidad y

empatía por la muerta le provocó la imperiosa necesidad de averiguar qué le había ocurrido. La justicia que parecía que no iba a obtener le quemaba las entrañas. A esa pobre chica aún le quedaban sueños por cumplir, mucha vida por delante y gente con la que disfrutarla.

—Creo que sí —le respondió solemne.

Empezaría por Liam Baker, Luca y su entorno laboral. Estaba seguro de que podría conseguir algo.

—¿Había cámaras en la zona?

Astwell negó con la cabeza.

—No, la única es una cámara de tráfico que no enfoca a la acera ni al dichoso callejón, y encima estaba rota.

Harry volvió a asentir mientras asimilaba la información.

—Estamos en contacto. Infórmame de cualquier tema reseñable que veas útil.

—Por supuesto, ¿por quién me tomas? —le replicó sonriente Astwell.

—Gracias por todo, Henry.

—No tienes por qué darlas.

Harry salió de Scotland Yard dispuesto a encontrar respuestas coherentes a las dudas que tenía. Había muchas cosas que no comprendía y estaban en el límite entre ser un reto o una pérdida de tiempo. Pero primero necesitaba otro té.

9

Junio de 2003

El calor aún no había llegado a Hertford a pesar de la época del año en la que se encontraban. Estaba en silencio, haciendo las tareas de clase en su habitación, para que su padre no se enfadase. La casa olía a humedad; habían pasado un invierno horrible debido a su mal estado.

A pesar de ello, la niña solo quería concentrarse en sacar una nota decente y no tener que aguantar otra regañina. Su madre llevaba varios días enferma en la cama. Parecía que el catarro no la dejaba y la alergia no la ayudaba a solventar la situación. Su hermano mayor le llevaba algún caldo caliente e intentaba hacer algunas tareas del hogar mientras la niña se dedicaba a sus estudios.

El día transcurría en medio de un silencio atronador por el miedo a despertar al monstruo que, en aquel instante, estaba pegado al televisor. Las noches eran lo único que podían disfrutar con normalidad, cuando él se marchaba al trabajo y ellos respiraban tranquilos y sin terror. Pero esos momentos se les hacían muy cortos entre tanto infierno.

—Hormiguita —dijeron detrás de su puerta, y un estremecimiento le recorrió la espina dorsal. Así era como él la llamaba.

—Dime, padre —contestó ella con la cabeza gacha escuchando cómo entraba con cierto sigilo y se dirigía hacia ella.

—¿Dónde está la estúpida de tu madre? Se pasa el día

vagueando, y yo cansado de trabajar toda la jodida noche —le preguntó con asco.

Ella encogió los hombros y siguió mirando el papel antes de contestar.

—Creo que sigue enferma en la cama —dijo con voz temblorosa.

Entonces él se acercó a la niña y le tocó la cabeza. Esta se congeló al notar el contacto y contuvo la respiración.

—Más te vale ser alguien de provecho, no como ella. —Y sin poder evitarlo, él empujó su cabeza con vehemencia contra el escritorio, haciendo que chocara.

No se inmutó. Ni siquiera iba a llorar. No podía darle esa ventaja. Verla rota y sin fuerzas para seguir. Su madre, por el contrario, se pasaba las noches llorando. Sus gritos de impotencia cuando él la golpeaba eran suficientemente dolorosos para los dos niños, y no permitiría que hubiese más en la casa. Su hermano y ella tendrían que mantenerse unidos y fuertes hasta que la ira de su padre pasara. Solía hacerlo después de desahogarse con su madre y acto seguido, cuando él se marchaba, salían a su rescate e intentaban animarla. Sin embargo, hacía tiempo que nada lo hacía. Nada la hacía sonreír, no había nada por lo que quisiese vivir.

Cuando él dejó su habitación, la niña puso rumbo al baño. Al levantarse, notó un pequeño mareo y se agarró a la silla. Se recompuso lo más rápido que pudo consiguiendo ir hacia el baño. La nariz le sangraba y empezaba a molestarle de verdad, aunque no estaba rota, y eso suponía un alivio. Un pequeño chichón asomaba en su frente, pero tampoco era para tanto. Al menos quería convencerse de eso. Se acercó al lavabo y se echó agua fría en la cabeza y en la nariz, lo que redujo el dolor. Entonces empezó a rugir la bestia. Con pisadas silenciosas, se acercó a la puerta para escuchar lo que ocurría aquella vez.

—Creo que voy a llamar al médico... —dijo su madre en un

hilo de voz muy débil.

—Nada de médico, ¿me oyes? Todo lo que tienes es que no eres una mujer de verdad. Por y para tu casa —vociferó—. ¿Ves normal que el crío tenga que hacernos la comida a todos? Lo vas a volver maricón —le gritó con desprecio.

—Pero qué estás diciendo... —respondió ella temblorosa.

—Espero que esto te sirva de lección y que, cuando vuelva mañana, estés de pie haciendo que esta casa deje de ser un estercolero.

La puerta se cerró de un golpe. Los gritos de su madre volvieron a resonar en todo el caserío. Con cada azote, un nuevo temblor recorría su pequeño cuerpo, y se percató de que había empezado a llorar. Las lágrimas corrían por su rostro, e intentó deshacerse de ellas desesperadamente, sin éxito. Salió del baño con cierta valentía y se dirigió hacia el lugar del escándalo, pero una mano la agarró por el brazo y la arrastró a su habitación.

—Será mejor que no entremos —le dijo él.

—Tenemos que hacer algo... —sollozó ella.

Su hermano negó con la cabeza. Sus ojos marrones se clavaron en los de ella, buscando complicidad. Él sabía que no debían intervenir. La última vez, había acabado con un brazo roto y el estómago lleno de hematomas que un médico pasó por alto porque el chico los había justificado argumentando que se había caído de la bicicleta en el campo. Sabía mentir muy bien, mucho mejor que ella, y a veces le sorprendía ver la facilidad que tenía para hacerlo. Desde aquel momento, el chico decidió que no volvería a intervenir. Le había costado recuperarse, así que optó por cuidar de su madre y de su hermana en vez de enfrentarse al diablo.

—¿Crees que algún día la dejará en paz? —repuso ella, inocente.

Él volvió a negar.

—¿Y si nos escapamos los tres? —volvió a preguntar, esperanzada.

—No creo que mamá pueda ir muy lejos...

Se fijó en el chichón que le escocía más que minutos antes. Le acarició la cara con ternura y la abrazó. Ella se acurrucó en sus brazos, dejando que las lágrimas volvieran a brotar. La complicidad que se profesaban los dos hermanos era lo único que los mantenía a flote, imaginando que algún día acabarían con todo. Se quedaron así unos minutos que se les hicieron eternos, hasta que su padre puso rumbo al bar donde trabajaba. No los buscó, lo que agradecieron en silencio, y el golpe en la puerta les advirtió de que se había marchado.

Corrieron hacia la habitación de su madre y, cuando llegaron, la niña pensó que estaba viendo un cadáver por primera vez. Tenía la cara pálida y llena de sangre; estaba tirada en la moqueta del suelo, como si fuera un despojo. Con cierto temor, comprobaron que respiraba e intentaron levantarla para tumbarla en la cama con el mayor cuidado posible. Antes, su madre pesaba mucho y les costaba cargar con ella. Sin embargo, hacía ya unas semanas que la tarea les había comenzado a resultar sencilla. Al principio pensaron que era porque habían fortalecido sus músculos con la práctica, pero ahora conocían el verdadero motivo: su madre estaba consumiéndose. Los huesos empezaban a sobresalir y la grasa había desaparecido casi por completo.

La pesadilla volvía día tras día sin poder escapar del horror y sin querer reconocer que su madre no se estaba muriendo, sino que la persona que había prometido quererla y cuidarla la estaba matando.

10

Mera

Enero de 2020

Llevaba ya un tiempo en videollamada con un joven escocés que residía en Wuhan, China. Había contactado con él a través de Twitter, red social en la que el chico colgaba la experiencia que estaban viviendo con un virus que, al parecer, se había producido allí y temían que se propagara.

—¿De verdad no os dejan salir? No me imagino a un país inmovilizado.

—Aquí son muy estrictos. Mucha gente se largó en cuanto supo que iban a pedirnos que nos confinásemos.

—Vaya... pero ¿estáis bien?

—Sí. Vivo con un compañero de piso, y estamos bien. Solo esperamos que no se extienda.

—¿Crees que puede llegar a pasar o piensas que es un caso aislado?

—No sabría decirte... Ojalá no se extienda. Esto parece el apocalipsis.

La conversación se alargó más de lo previsto. Al principio le pareció un artículo muy tonto, para salir del paso, pero al charlar con el escocés se implicó.

Acabó la videollamada, volvió a escuchar la grabación que había hecho y comenzó a esbozar el texto. Se metió de lleno en su trabajo sin darse cuenta de que empezaban a sonar truenos en la ciudad. La lluvia caía sin cesar, lo que avivó aún más la

concentración de la periodista, aunque la perdió al oír el timbre de la puerta.

Mera pegó un bote en el asiento y se levantó enseguida. Miró por la desgastada mirilla y sonrió mientras abría.

—¿Charles?

—Dime que tienes algo interesante que contarme que no sea sobre asesinatos —respondió este suspirando.

Mera sonrió al tiempo que asentía con la cabeza y le dejó pasar al interior del pequeño apartamento.

—¿Cómo puedes permitirte un apartamento en Londres tú sola? Si nos pagan fatal...

—Bueno, no me pagan tan mal. Aun así, tengo ahorros —le explicó sin entrar en detalles sobre la herencia de sus padres fallecidos y la casa que su hermana y ella habían vendido para quedarse con sus abuelos. Gracias a eso tenía un colchón más que considerable.

—Pues a mí me pagan una miseria —repitió este indignado —. Traigo pastas para el té.

—Perfecto —respondió animada.

Charles Jenkins era uno de los pocos compañeros con los que tenía suficiente confianza como para que se presentara en su casa sin motivo. Se pasaban horas hablando de todo y de nada, de la vida en general. Era un chico con un humor muy inglés que rozaba el sarcasmo. A Mera le encantaba tener al lado a una persona que le aportara otros puntos de vista sobre la vida.

—No te pagan una miseria, exagerado. Estamos en un periódico de prestigio.

—Bueno, esa es tu perspectiva porque vienes de un pueblecito —replicó él locuaz.

—Anda, trae esas pastas. Te voy a contar lo que sé de lo de Wuhan.

Mera fue comentándole las vivencias que le había explicado el escocés con el que acababa de entrevistarse. Charles, a su

vez, dejaba escapar algún ruido de sorpresa y otros de interés.

—Pues me parece más interesante que estar esperando información de algo que no me van a dar.

—¿Hablas de la muerte de la muchacha de ayer?

—Sí. Sin la autopsia, solo me confirman quién es, dónde fue y poco más.

—¿Piensan que fue un asesinato o un suicidio?

Charles se encogió de hombros.

—«Lo estamos investigando», «Hasta que no tengamos los análisis de la autopsia no queremos sacar conclusiones» —recitó el chico en modo automático, imitando, supuso Mera, al oficial que le había dicho esas palabras—. Y así todo el rato.

—¿Al menos has averiguado quién es?

—Por supuesto, ¿por quién me tomas? Sé hacer bien mi trabajo. La verdad es que la chica era una muchacha de buen ver —dijo con media sonrisa mientras Mera ponía los ojos en blanco—. ¡Oye, es que me gustan las rubias!

—Por suerte para mí —dijo ella entre risas.

—Voy a ignorar lo que acabas de decir —tonteó él—. Era de buena familia, su padre es ministro del Gobierno liderado por el Partido Conservador y ella trabajaba en una revista de arte y cultura llamada *Stunned*.

Por supuesto, Mera disponía de ese último dato gracias a Luca. Pero hizo como si no supiera nada sobre el tema.

—¿También era periodista?

—No. Por lo que me han dicho, llevaba la parte de producción de reportajes.

—¿A quién has entrevistado?

—A su jefe. Para serte sincero, es un tipo bastante borde, aunque entiendo que no debe de estar pasando por un buen momento. La oficina parecía un cementerio.

Un escalofrío recorrió a Mera cuando escuchó aquella palabra. Miró por la ventana la oscuridad que alcanzaba las

calles, y un rayo se vislumbró en el cielo. Por un momento, su mente le jugó una mala pasada y la trasladó a un cementerio rodeado de cuervos y lápidas, la mayoría abandonadas, sin nadie que llorara a sus dueños. Estaba entre todas ellas y de pronto el cielo tronó fuerte. A lo lejos, colgada de un árbol, una chica rubia con los ojos sin vida y la cara convulsionada debido a que un lazo la ahorcaba.

—¿Mera? —la llamaron a lo lejos, y ella volvió en sí.

—Perdona, no sé dónde estaba.

—Acabas de ponerte pálida. ¿Seguro que estás bien?

Ella sonrió y asintió a su invitado.

La tarde transcurrió sin la mayor importancia, y Charles decidió que era el momento de volver a su casa.

—Mañana te veo. ¿Quieres que comamos juntos?

Entonces recordó que se había propuesto mandarle un mensaje a Harry para que cenara con ella y le contara todo lo que sabía sobre el tema. A su pesar, no había podido sacarle mucho a Charles. Al verle aparecer por la puerta, creyó que había sido un golpe de suerte y que podría sonsacarle algo que la ayudase. Por desgracia, iba bastante errada.

—No sé si podré, ha venido un amigo de Torquay.

—Sin problema —respondió él.

Se despidió y salió del apartamento.

Mera se quedó en el umbral viendo a Charles bajar las diminutas, estrechas y desgastadas escaleras. Seguro que en algún momento alguien acabaría teniendo un tropiezo peor de lo esperado.

Al entrar, cogió su móvil y empezó a juguetear con él, dubitativa. No quería molestar a Harry, pero deseaba que le contara cómo le había ido el día. Su parte más temeraria necesitaba implicarse en aquel asunto y, sobre todo, ayudar a sus amigos. Pero volvió a preguntarse si no estaría molestando al inspector.

Tras varios minutos dando vueltas por el salón, tecleó con toda la seguridad que le permitieron sus dedos:

Te apetece algo de cena en casa?
Así me pones al día

«Ya está, ya lo he enviado. Tampoco ha sido para tanto», pensó.

Hoy terminaré tarde, lo siento
Voy a ver a Luca

La decepción de Mera se reflejó en su rostro al ver la respuesta de Harry. Acto seguido, se percató de que había vuelto a escribir a los pocos segundos.

Mañana? Tengo mucho que contarte, y esta vez puedo hacerlo. No trabajo de manera oficial

Oficial?

Mañana te lo explico todo, te lo prometo

Se dirigió a su cuarto y tiró el móvil encima de la cama. Comenzó a desnudarse algo cansada mientras sus ojos se paraban a observar su piel pálida y los lunares que la surcaban. Pensó en que no había vuelto a estar con nadie desde Luca, y que tampoco había tenido tiempo para pararse a reflexionarlo. No le apetecía. Sabía que no quería a nadie cerca, a pesar de que Charles le hubiese dejado caer la propuesta. Era atractivo, y él lo sabía, pero no deseaba volver a tener algo con alguien del trabajo. Entre toda esa maraña de pensamientos, le vino a la mente la compañera de Luca, una mujer que no volvería a tener citas ni a pasar el rato con sus amigos. Imaginó lo triste

que se sentiría ella si le pasara algo tan horrible a Charles o a Alisha, y suspiró recordándose la suerte que tenía. Después de ponerse el pijama, volvió a coger el móvil y escribió a Harry:

Hasta mañana entonces

Intentó pensar en todo lo bueno que tenía en su vida para alejar las pesadillas que regresaban a ella de forma recurrente. No obstante, cabía esperar que aquella noche la tormenta que azotaba fuera la perturbara aún más al cerrar los ojos para no dejarla soñar.

11

Harry

Enero de 2020

Metió el móvil en el bolsillo derecho del abrigo. A pesar de llevar guantes, tenía las manos gélidas y entumecidas. Imaginaba que, si se los quitaba, podría apreciar en ellas un tono ligeramente morado. Caminaba por la calle observando a la muchedumbre que iba a un ritmo frenético. Él se negaba a acelerar el paso. Pese al frío, no sentía la necesidad de correr, como los demás. Debía aclarar varias ideas.

En cinco minutos había quedado con Baker en la calle, y Harry iba a llegar puntual a su cita. Necesitaba resolver algunos temas, como: «¿Tiene información sobre la autopsia?», «¿Querría que la verdad se hiciera pública si él descubriera al asesino de su sobrina?». Tenía bastante claro que Baker era un chantajista, y que lo más probable fuera que tuviera unas normas que Harry debería acatar.

Al llegar al número que le había dicho, se dio cuenta de que era una tienda de segunda mano, aunque por el escaparate podría ser cualquier comercio que incluyera desorden visual. Entró por curiosidad. A lo mejor Baker estaba allí por algún motivo que se le escapaba. Al fin y al cabo, no lo conocía de nada.

El espacio lo dejó sin aliento. Al cruzar el umbral apreció una luz muy poco frecuente que resplandecía a través de los cristales del local que le maravilló. A decir verdad, le recordaba

de manera sutil a la librería de los Clarke —los abuelos de Mera—: sabían construir de manera magnífica un ambiente familiar, nostálgico y especial en un espacio reducido al que pocos podrían sacarle tanto partido. Se sintió impresionado al vislumbrar pequeñas maravillas: lámparas que parecían sacadas de *Las mil y una noches*, relojes *vintage* que recordaban a una era anterior e incluso joyas que se asemejaban a las de la monarquía británica.

—¿Desea algo, señor? —preguntó un hombre mayor detrás de un mostrador de lo que parecía madera maciza y bien restaurada.

Él negó con la cabeza.

—Creo que me he equivocado. He quedado en esta ubicación con una persona, pero supongo que se ha confundido. Perdone la molestia.

Entonces el hombre, algo encorvado pero con paso decidido, se acercó hacia la puerta que tenía detrás de él. Con una mirada perspicaz, sonrió a Harry y abrió la puertecita.

—Inspector Moore, creo que su acompañante está en mi trastienda —le explicó con complicidad.

Por un momento, Harry pensó que estaba soñando. El lugar parecía sacado de un cuento, pero lo que le hizo plantearse la ensoñación fue que el anciano supiera su nombre.

No pudo más que asentir en silencio y entrar por la puerta que aquel hombre le sujetaba con cuidado. De pronto, el estrecho vacío perdió el encanto de la tiendecita. El señor cerró la puerta tras de sí, dejando a Harry solo y a oscuras. Apenas se vislumbraba una luz tenue al fondo, donde parecía haber unas escaleras que bajaban a algún lado.

—¿Señor Baker? —preguntó sin obtener respuesta.

Harry comenzó a andar por el pasillo. Con las tablas de madera crujiendo a su paso, llegó hasta las escaleras de donde provenía la luz y las bajó con cuidado. Aun así, no pudo evitar

un pequeño coscorrón en la parte alta de la frente al golpearse con el techo. No se percató de que la presencia de las escalerillas bajaba considerablemente la altura del lugar.

«Esto debe de ser una cámara oculta sin gracia», repuso para sus adentros.

Cuando llegó abajo se encontró al señor Baker detrás de una mesa cuadrada y sentado en una silla de madera, tecleando en un portátil a gran velocidad. Tenía un aspecto parecido al de esa mañana, solo que algo más cansado y un tanto despeinado. Levantó la cabeza cuando notó su presencia.

—Señor Moore, ya creía que se había perdido.

—Podría haberme indicado que para llegar hasta usted hacía falta pasar por la cueva de Alí Babá —dijo con tono irónico.

Baker sonrió y le señaló un sillón verde que había a su lado para que se sentara. Harry le hizo caso.

—Supuse que lo encontraría sin problemas, al igual que le habría despertado el interés por el caso de mi sobrina.

—¿Lo dice por el chantaje sobre mi hermano?

—Por favor, no quiero que piense que le estoy amenazando. ¡No es mi intención!

—Pues digamos que sus proposiciones no dejan indiferentes.

—Solo quería darle un pequeño empujón motivacional para trabajar conmigo. Eso es todo.

Harry gruñó incrédulo.

—Dígame, ¿ha sido mi mensaje lo que le hizo cambiar de opinión?

—De ningún modo.

—Ilumíneme pues.

—Me parece como poco curioso que la comisaria y el inspector que lleva el caso no quieran averiguar de manera inminente por qué asesinaron a su sobrina y hayan querido encubrirlo con un suicidio.

Entonces Liam Baker mudó su semblante y dejó paso a uno

que de primeras reflejaba sorpresa, pero se convirtió en dolor.

—No quería creerlo...

—¿Cómo que no quería creerlo? Esta mañana estaba convencido de que la habían asesinado.

—Sí, pero no imaginaba que la policía había cerrado los ojos al caso para no investigar, y menos teniéndolo tan claro —respondió dolido.

—El forense no ha dejado dudas al respecto. Se ven los signos diferenciales entre el estrangulamiento previo y el ahorcamiento *post mortem* —afirmó de manera profesional. Sin embargo, al percatarse de la mirada perdida de Baker, suavizó sus palabras—. Lo siento mucho, señor Baker, le acompaño en el sentimiento.

—No, ni se le ocurra —repuso con un dedo amenazante—. No se atreva a decir que lo siente cuando no es así. Esta estúpida sociedad nos ha enseñado a ser educados antes que sinceros, y hemos interiorizado frases para ciertos momentos, pero esas palabras están completamente vacías. Nadie puede empatizar con tu dolor hasta que no lo percibe como suyo.

—Tiene toda la razón. Déjeme recordarle que perdí a un sobrino hace unos meses, y aunque es cierto que no sabía de su existencia, el golpe de la muerte fue más certero de lo que pensaba hacia mi persona. Me afectó más de lo que pudiera imaginar, ¿sabe? Así que es cierto que no puedo conocer la relación de afecto que mantenía con su sobrina, pero sé lo que es una pérdida. Y nada ni nadie podrá consolarlo, ni siquiera el tiempo. Este solo nos ayuda a olvidar ciertas cosas para que, a la larga, no sean tan agonizantes y podamos convivir con ello.

Liam Baker miró a Harry con asombro y cierta disculpa. Durante un momento, había encontrado en él, sin quererlo, a un consejero, o más bien, a una persona con la que compartir la pérdida y la desesperanza.

—Gracias —contestó sincero.

—No tiene que dármelas —dijo con una mueca que intentaba parecer una pequeña sonrisa, aunque no lo consiguió—. Lo que sí es cierto —retomó— es que tiene mucha suerte. Soy curioso por naturaleza, y mi inquietud por llevar la contraria a la comisaria Hill me hace ser, para su fortuna, la persona ideal para averiguar qué está pasando.

—Eso y su carrera como inspector.

—Por descontado. —Esa vez Harry soltó una carcajada y el ambiente por fin se distendió—. Dígame, señor Baker, ¿sabía si su sobrina tenía algún problema con alguien? ¿Andaba metida en asuntos... —no quería ofenderle, pero tenía que sacarle información— de apuestas de dinero, drogas, ambientes digamos algo oscuros?

—¡No, ni hablar! —repuso alzando la voz—. Mi sobrina era ejemplar. Es cierto que siempre ha sido una muchacha atrevida, vanidosa, y déjeme decirle, algo arrogante. No tenía un carácter que gustara a todo el mundo, pero era una muchacha familiar y bien educada.

—Entiendo —asintió—, pero debe darse cuenta de que necesito algo para empezar.

—¿Y si ha sido un asesinato aleatorio? Es una muchacha preciosa y a distancia se aprecia que tiene dinero.

Harry negó con la cabeza.

—No tiene signos de violación y tampoco le robaron nada del bolso. Está intacto. Es cierto que no podemos descartar la teoría de un asesinato aleatorio y sin contacto previo con la víctima, pero me resulta raro. De todas formas, estoy abierto a cualquier situación.

—Sí, claro. Usted sabe mejor que nadie cómo proceder en su trabajo. Aun así, voy a darle una lista de personas que la conocían, la dirección de su trabajo y la de su apartamento. Justo estaba en ello cuando ha llegado.

—Se lo agradezco, eso me agilizará bastante el trabajo.

—Debo decir que conoce de primera mano a la persona con la que debe comenzar. —Baker guardó un silencio incómodo. Le dio a una tecla del portátil y una impresora que había detrás de ellos, de la que Harry no se había percatado, empezó a imprimir—. Su hermano, por supuesto —concluyó al tiempo que se levantaba y le ofrecía la hoja con la lista que había creado para él.

—Eso déjemelo a mí—respondió restándole importancia—. Por cierto, ¿cuál es el motivo de la pantomima de esta tienda con el sótano?

—A veces, señor inspector, es mejor dejarse llevar por la belleza que nos rodea y, bajo la tiendecita en la que estamos, hay un lugar lleno de ella.

—¿Y por qué me ha traído aquí? —le preguntó nuevamente.

—Si quiere que deje de ponerme místico, en realidad de joven venía aquí a comprar con mi sobrina. A ella le encantaba. El anciano que dirige la tienda terminó convirtiéndose en un buen amigo, y en los momentos de soledad siempre viene bien tenerlos cerca.

Harry no sabía si le convencía esa respuesta, pero quiso quedarse con ella. En realidad, aunque él se resistiera, debía reconocer que a veces también sentía la imperiosa necesidad de rodearse de la belleza que relucía en la gente a la que amaba.

12

Luca

Enero de 2020

Harry permanecía sentado en su sofá tomando la taza de té que le había llevado minutos antes. Seguía preguntándose cómo no escupió el líquido que, con total seguridad, estaría achicharrándole la lengua. La mirada que su hermano mayor le estaba dirigiendo desde que había entrado en su apartamento era tan inquisitiva como la de su padre. Se detuvo a apreciar la cara de Harry y observó con detalle las semejanzas entre ambos. El rostro ancho y anguloso con aspecto más varonil y rudo que el suyo; el pelo, que a diferencia de su rubio dorado, el de su hermano era más oscuro. Las arrugas que empezaban a marcarse en su piel hacían de él la viva imagen de su padre de joven, al que Luca recordaba con temor. Intentó quitarse esa imagen de la cabeza.

—¿Vas a decir algo? —repuso Luca confuso.

—En todo caso, estaría bien que tú me contaras todo lo que sepas de Emily Baker.

—Ya te lo conté la otra noche —suspiró—. Era una compañera de trabajo a la que le tenía un gran afecto. Nada más.

—Y yo los martes y los miércoles me dedico a hacer croché.

Luca arqueó una ceja, perplejo.

—¿Me he perdido algo?

Harry se levantó del sofá y fue hacia Luca, que estaba

apoyado en la isleta de la cocina americana que tenía delante de él.

—Al parecer, soy yo el que va sin rumbo —contestó con cierta indignación, pero sin levantar un ápice la voz. Sacó el móvil de su abrigo, se lo tendió a Luca y le enseñó una fotografía.

Este se quedó de piedra. Se reconoció al instante en aquella imagen. Estaba junto a Emily que, divertida, sacaba la lengua. Por el contrario, él reflejaba indignación en su cara. En esa foto no estaba para bromas, pero Emily quería hacérsela para subirla a sus redes sociales. Y él, como siempre, fue complaciente... o al menos unas pocas horas más después de aquello. Esa fue la noche que discutieron, la noche que Emily murió...

—Sé que ahora la gente joven no respeta mucho el espacio personal...

—Harry, solo nos llevamos unos años.

—Suficientes. Por esa foto entiendo que había algo más.

—¿No lo dirás por mi cara de hastío? Además, ¿de dónde narices la has sacado?

—Te lo diré cuando te lo ganes. Antes necesito que me cuentes todo lo que sabes de ella.

Harry lo retó. Luca le miró con cierto reproche. En realidad, le había pedido que le ayudase con el tema de Emily, aunque esperaba que fuese de otra forma. No sospechaba que volvería a echarse a la espalda el título de hermano mayor protector y a tratarlo como un crío. No. Después de todo lo que había pasado durante años —las palizas de su padre, las mentiras de su madre y el mirar hacia otro lado por su parte—, no iba a permitir que lo tratara así.

—¿Eres consciente de cómo te estás comportando? No soy un crío, Harry, y te recuerdo que esta es mi casa. Te llamé para pedirte ayuda y consejo, no para que a la primera de cambio

me acuses... ¿de qué? ¿De no contarte mi vida privada? Esperaba que, como hermano, respetaras lo que deseo o no confiarte.

Harry ni siquiera parpadeó mientras Luca hablaba. Ni un gesto en el rostro le mostraba algún tipo de emoción en él.

—Está bien —cedió—, lo siento. Estoy algo estresado.

Los hombros de Harry se relajaron y Luca echó el aire que hasta ese momento no sabía que había estado conteniendo en su pecho.

—Siempre estás estresado.

—*Touché*.

—¿Qué está pasando, qué has averiguado?

Harry le volvió a sostener la mirada. Antes de contestarle, fue a por su taza de té y le dio un sorbo largo.

—Tenías razón. No se suicidó, quisieron que pareciera un suicidio. O no, aún está por ver, es otra posibilidad. La realidad es que la estrangularon con una cuerda y después la colgaron en el callejón. Con mi amigo forense he llegado a dos posibilidades: una, que fuese un asesino muy torpe, que el crimen no fuera premeditado y que, actuando a la desesperada, pensara que si la colgaba podría hacerlo pasar por un suicidio; y dos, que quizá sea la firma del asesino y quiera montar ese teatro.

—¿El teatro?

—Sí. A muchos criminales les gusta dejar una firma, como si fueran artistas. En su mente retorcida, para ellos eso es belleza.

Solo de pensarlo, a Luca le entraron escalofríos.

—Dios mío, ¿quién puede hacerle eso...? —Entonces se calló de inmediato.

Recordó el carácter de Emily que, al principio, le había pasado desapercibido. Rozaba la hipocresía, la soberbia, incluso el abuso. Estaba seguro de que su cara había revelado sus pensamientos, porque Harry parecía haberse metido en su

mente.

—¿Sabes de alguien a quien no le agradara?

Luca suspiró.

—Ojalá «agradar» fuese la palabra. Pero antes, ¿de dónde has sacado esa foto?

—Es una larga historia, hermanito... Me la envió Liam Baker, el tío de la víctima, como aliciente para que me incorporase a la investigación.

El hermano pequeño se quedó de piedra, y por un momento intentó pensar en ese nombre y rebuscar en su mente si alguna vez había oído hablar de él o habían coincidido.

—¿Cree que fui yo?

Harry negó con la cabeza.

—Lo dudo mucho. En realidad, solo quiere saber qué ha pasado con su sobrina. Casi me ha contratado como detective privado.

—Entiendo...

Siendo sincero, no comprendía nada. Imaginaba que si su cabeza estaba hecha un lío con tantas circunstancias y sucesos inconexos, la de Harry, que ni siquiera conocía a Emily, debía ser todo un enigma.

—Verás, Emily era una chica ambiciosa, atrevida... Inicialmente me llamó la atención su carácter fuerte. Era muy buena en su trabajo y destilaba belleza y buen hacer. Comenzamos a vernos más, y sé que ella quería algo más serio, o al menos eso parecía, pero, cuanto más la conocía, más reticente estaba...

— ¿Y e s o?

—Te prometo que al principio no me di cuenta. De hecho, creo que lo hacía cuando yo no estaba cerca. Sin embargo, lo vi en varias ocasiones. —Luca se sentó en la silla alta de la isleta de la cocina—. Era una abusona. Primero pensé que solo hacía comentarios despectivos sobre sus compañeros de trabajo. Más

adelante, escuché palabras bastantes más denigrantes. Había gente que le tenía cierto temor.

—¿Temor a una muchacha de metro sesenta? —dijo con ironía.

—Como si el físico fuese lo que temíamos nosotros de papá... —le recordó a Harry—. No. Me puse a investigar y descubrí que su tío era el dueño de la revista, que su padre era político... Nadie podía llevarle la contraria. Tenía más poder de lo que aparentaba en el trabajo. Todos lo sabían.

—Ahora me cuadran algunas cosas —repuso Harry apuntándolo todo mentalmente.

—Las chicas se llevaban la peor parte. No tenía amigas, solo amigos. Con el tiempo me di cuenta de que los chicos solo estaban con ella porque les parecía atractiva o porque pensaban que podría posicionarlos. No sé cómo la gente la aguantaba.

—Esto que me dices me gusta más.

—¿En serio?

Harry se encogió de hombros.

—Lo siento. Como inspector, me acerca más a la verdad. Que no sea un ser de luz que irradiaba paz mundial hace que, al menos, el asesinato por alguien cercano sea plausible.

—La verdad, no me extrañaría.

—Entonces comenzaré por eso, por tu trabajo. Mañana iré a hacer interrogatorios.

—No sé si es lo más acertado.

—Hablaré con tu jefe, no te preocupes. Soy muy profesional —le dijo, guiñándole un ojo.

A Luca no le gustaba nada la idea de tener a su hermano revoloteando por el trabajo, pero sabía que era el camino lógico para empezar a investigar, pues no sabía de Emily más que lo que él le había contado o lo que le había dicho su tío. Eso le recordó algo.

—¿Qué te dijo Liam Baker?

—Quería justicia por la muerte de su sobrina y, al parecer, Scotland Yard no va a ofrecérsela.

Luca mantuvo una ceja levantada, visiblemente confuso, esperando a que Harry le aclarase el asunto.

—Yo tampoco comprendo por qué la policía de Londres no hace su trabajo. Según me dijo la comisaria, querían discreción por ser hija de quien es, pero eso no hace que el inspector que lleve el caso se esté rascando los huevos —dijo Harry con asco.

—¿Besas con esa boca sucia a nuestra madre? —le preguntó Luca irónico, imitando la frase del Capitán América de Marvel.

—Y lo que no sabes... —repuso el mayor—. Mañana te veo —concluyó mientras se levantaba y se dirigía a la puerta.

Pero antes de abrirla, se volvió de nuevo hacia Luca y le dijo con el dedo alzado:

—Y nada de secretos, ¿está claro? Somos un equipo, por el amor de Dios, suficiente hemos pasado. Confiemos el uno en el otro.

Luca asintió y dejó que Harry se fuera sin decir nada más.

No estaba seguro de si podía cumplir su palabra. Entre ellos había una brecha de secretos y sentimientos ocultos que en ese momento creyó insalvable.

13

Luca

Noviembre de 2019

Llevaba una semana intentando adaptarse a su nueva vida. Londres había sido su hogar durante muchos años, incluso más que Torquay. Sin embargo, la vuelta a la capital lo había descolocado. Podía ser por el cambio sustancial en su vida que había sido perder a un hijo que no sabía que tenía —y había intentado asesinarlo, pero había matado a su amor de la infancia, es decir, a la madre del muchacho— y que este también hubiese asesinado a su padre, Edward Moore. Pero no solo eso, su abuelo también había muerto —de muerte natural, por suerte, dadas las circunstancias— y todo aquello le había marcado de una forma trascendental. Seguía yendo a terapia con su psicóloga, la doctora Brown, a la que había cogido ya cierto cariño y aprecio. Pero ni siquiera con sus consultas se sentía cómodo en Londres.

Prometió no llamar a Mera —pues sabía que ella también estaba en la ciudad— hasta que no se sintiese a gusto consigo mismo; para su cabreo, preveía que sería bastante más tarde de lo que pensaba. No quería que ella cargara con sus traumas pasados y, sobre todo, pretendía volver a ser él de nuevo, estar al cien por cien, para mantener una relación con ella. Fuera la que fuese. No le importaba.

Mientras ponía rumbo a su segundo lunes de trabajo, se preguntó por qué no había cogido un paraguas. El cielo estaba

encapotado y, para sorpresa de nadie, llovería durante todo el día, con esos nubarrones acechando.

Al llegar a la empresa, le recibió una de sus nuevas compañeras: Emily Baker. Era cierto que había entablado más amistad con Charlotte, una chica muy sociable y algo curiosa que le hacía reír con sus ocurrencias y le ayudaba en el nuevo empleo. Sin embargo, Baker era atractiva y acaparaba las miradas. A simple vista, era una mujer apasionante. Tenía que reconocer que una parte de él solo quería divertirse, intentar olvidarse un poco de Mera y despreocuparse de los sentimientos que siempre rondaban por su mente.

—¿Con fuerzas para otro *round*, Moore? —le saludó Baker.

—Por supuesto —le respondió él al tiempo que dejaba la mochila en la mesa.

—Se me hace raro ver a un tipo como tú con una mochila de adolescente —dijo entre risas, con cierta ternura.

Luca miró su mochila. Como ya no iba en coche al trabajo, sino a pie, le parecía más cómodo ir andando con ella a la espalda. Se negaba a llevar maletín. Cuando empezó la carrera, su alma de periodista deportivo siempre iba con una mochila cómoda y efectiva.

Luca se encogió de hombros.

—Nunca es tarde para que aprecies la utilidad antes que la superficialidad.

Emily le sacó la lengua.

—Lo dices porque te hace un tipo guay. —La última palabra la acompañó con un suspiro.

Él se echó a reír y se sentó en su silla. Emily se dirigió hacia su despacho y dejó aroma a rosas por toda la oficina. Sin querer, Luca se quedó embobado mirándola hasta que le sacaron de su ensoñación.

—Oh, dime que no eres otro de los que han sucumbido ante los encantos de Emily —le pidió Charlotte divertida mientras

removía el té con un palito de madera.

Luca sacudió la cabeza a modo de negación. Seguro que se había sonrojado con descaro.

—Qué va, no soy tan fácil.

—Pues tu cara dice lo contrario —repuso ella mientras le daba un par de palmaditas en el hombro.

—Si me conocieras, sabrías que llevo razón.

—Bueno, el tiempo lo dirá —aseguró ella con convicción—. Voy a hacer algo de provecho, que se me acumula el trabajo. ¿Te veo en el almuerzo?

—No, creo que me quedaré por aquí. Quiero ponerme al día.

—Buena suerte, novato —le deseó mientras iba para su mesa.

Pensaba que necesitaba cantidades ingentes de no solo buena suerte sino también de habilidad para recordar los procedimientos del nuevo trabajo. Una revista no era un periódico. Se mimaban muchísimo más los artículos y se requería más tiempo de investigación. Había pasado toda su vida profesional entre noticias rápidas y, para qué engañarse, algún que otro enlace *clickbait* que le pedía su primer jefe cuando era más joven. En ese momento tenía que esforzarse para enfocarlo todo de una manera más precisa y ordenada, y eso le costaba. Aquel método de trabajo le recordó a Mera. A pesar de haber nacido para el periodismo rápido y eficaz, ella era todo organización y metodología.

Se frotó el pelo con desesperación y se centró en el trabajo. Horas después, levantó la vista hacia el gran reloj que tenía delante y se percató de que había pasado toda la mañana. ¿En qué momento había ocurrido aquello? De hecho, muchos compañeros ya no estaban en su silla y habían salido a comer. Luca sacó su almuerzo. Llevaba una ensalada que se había preparado con cosas que tenía en casa y un trozo de empanada de carne que le había sobrado del fin de semana. Dio gracias por saber cocinar, aunque fuera mínimamente, y, mientras

revisaba el texto que había estado escribiendo, empezó a comer.

—Venga ya, Moore. Es muy triste que comas así —dijo alguien a su espalda.

De nuevo Emily Baker.

—No encuentro mi voz en este artículo. Me cuesta escribir sobre arte. La verdad es que nunca lo he hecho y suelo ser demasiado directo —repuso con la boca llena.

—Tampoco vas a encontrarla mientras comes. Date un respiro, en serio. Hay que despejar la mente. Si no, vas a entrar en un bucle constante de escritor impostor.

—Ni que estuviera escribiendo una novela...

—El síndrome del impostor lo tenemos todos. Existe en todos los trabajos, no solo en el artístico. El hombre que en su tienda no vende suficiente, el profesor que no consigue sacar el máximo de sus alumnos..., y así en cada profesión.

—Bueno, en este caso es cierto.

Emily le quitó de las manos el táper del almuerzo.

—¡Eh! —gritó molesto.

—Tranqui, no te lo voy a robar, aunque huele fenomenal. Pero al menos vente a la sala de descanso conmigo. Comemos allí juntos y calientas esta empanada. Por el amor de Dios, ¡una empanada fría es un sacrilegio!

Luca puso mala cara, pero terminó haciéndole caso. Se sentía mal por dejar su puesto de trabajo. Creía que debía esforzarse más que los demás, ya que era nuevo. Sin embargo, como averiguaría tiempo después, Emily ejercía esa influencia en las personas. No sabía si era su forma de hablar, su seguridad innata o su cara de niña dulce, pero al final se hacía lo que ella pedía.

Ya en la sala de descanso, comiendo entre risas, un par de compañeros se unieron a la conversación. Uno se sentó al lado de Emily y el otro delante.

—Nuestra Emily es un caso —repuso el que estaba a su lado, siguiendo la charla—. Hoy come en la sala de descanso, pero en su agenda siempre hay una reserva en un restaurante de lujo. Pero claro, la novedad... —concluyó con tono malicioso mirando a Luca.

Este se quedó pasmado al oír el comentario, que fue de todo menos discreto.

—Oh, Thomas. No digas tonterías. A veces me gusta juntarme con la plebe —repuso ella restándole importancia de forma natural—. A esta revista, la clase se la doy yo, y me necesitáis cerca.

—Esa es nueva —repuso el otro.

Entonces Luca se dio cuenta de que el que había hablado daba un pequeño salto, y Emily sonreía con superficialidad, visiblemente nerviosa. Comprendió que le había pisado, ya que, como lo tenía delante, llegaba a su pie. Charlotte apareció por la puerta en ese instante.

—Vaya, ¿hay reunión? Me la he perdido.

—Qué va, solo estábamos terminando de comer.

Charlotte asintió con una sonrisa y se dirigió hacia la máquina a por otro té.

—¿Cómo ha ido la mañana? —le preguntó.

—Con dolor de cabeza —respondió Luca.

Los demás comensales siguieron conversando sobre el reportaje de algún famoso del que se encargaba Emily al que Luca no conocía, así que se puso a hablar con Charlotte mientras esta esperaba su infusión.

—En realidad, debería irme contigo a trabajar —dijo Luca mientras se levantaba.

Entonces notó que Emily le tiraba un poco del jersey hacia abajo, pidiéndole que se acercara para decirle algo. Él lo hizo y ella se dirigió a su oído para susurrarle:

—No me dejes con estos dos energúmenos. Acompáñame un

rato más. Te prometo que te ayudaré con tu artículo.

Le sonrió con dulzura, y a Luca le pareció que hacía pucheros.

Se maldijo por dejarse llevar por su dulce semblante y asintió. Charlotte le hizo un mohín con la cabeza indicándole que no le importaba.

Luca miró a Emily de nuevo, y esta le devolvió la sonrisa. No sabía qué le pasaba con esa chica, pero parecía que lo tenía atrapado. Pensó que esperaba conocerla más para ver si en realidad era un simple encaprichamiento físico o sentía algo.

Lo que Luca no sabía era que el tiempo de Emily se estaba agotando más rápido de lo que podía imaginar.

14

Mera

Enero de 2020

Aquella mañana se le había hecho eterna. Estaba deseando salir de allí para ver a Harry y que le contara lo que sabía. De modo que fue a su jefe y le pidió trabajar en el artículo en casa después de comer, ya que quería ver si podía entrevistar a otras personas que supieran lo que estaba pasando en Wuhan.

—Clarke, ¿de verdad crees que es necesario? Escribe lo que te ha dicho ese muchacho y da tu punto de vista. No creo que se precise mucho más.

—En serio, Tim, dame unos días. ¡Aquello está siendo histórico! ¿Te imaginas que nos encerraran aquí?

—Como dirían los estadounidenses, este es un país libre.

Mera suspiró por el comentario. Además, Tim hablaba bastante bajo. Cuando lo conoció pensó que era el único jefe de redacción que no gritaba al hablar y le fastidió bastante. A medida que pasaba el tiempo, se dio cuenta de que no solía darle artículos y noticias que obligasen a salir a la calle.

Con temor, comenzó a preguntarse si sería por su déficit auditivo. Lo tenía bastante controlado, pero la sensación de que Tim se comportaba así por culpa de este se iba acrecentando. Cada vez que proponía alguna noticia —como un simple accidente de tráfico— y requería ir a preguntar fuera, siempre le ponía trabas. La última vez le cedió su noticia a Charles, y eso la cabreó. Así que, casi desde que entró por la puerta del

edificio, se encargaba de internacional. La ilusión del principio duró poco, porque vio que no requería salir de la oficina. Por un lado, pensó que era por saber español. La realidad es que pocos ingleses hablaban español fluido, y ser bilingüe le daba ventaja frente a otros. No obstante, aquella hipótesis se resquebrajó cuando se percató de que todo lo que tenía que hacer era investigar por ordenador o entrevistar por videollamadas.

Así que solo le quedaba verlo de dos formas: su jefe la quería en internacional por un motivo que se le escapaba, bien fuera el idioma u otro, o, por el contrario, no quería arriesgarse a poner a una persona medio sorda en el bullicio de Londres para informar.

Apostaba por lo segundo. Y ella sabía que era capaz de cualquier cosa. Ni siquiera le había preguntado cómo podía afectarle a su forma de trabajar, sino que descartaba la idea, y eso la ponía de los nervios. Como si las personas con algún tipo de discapacidad no pudieran integrarse en su trabajo... Era injusto, y pensó en la cantidad de personas que se veían como ella —o peor— cada día de su vida. Tenía que demostrar que la situación no la superaba, pero al fin y al cabo solo llevaba un par de meses en el nuevo periódico. Así que pensó que ilustraría su buen hacer con hechos, no con palabras.

—Cuarenta y ocho horas. Y, si no, me pongo a trabajar en lo de la chica que apareció ahorcada hace unos días y ayudo a Charles —le dejó caer ella.

Esperaba ver algún gesto en su cara que le diera una pista de qué pensaba de la propuesta.

—No creo que Charles necesite ayuda con el tema. Pero si echas de menos sucesos, puedes preguntarle. Termina lo de Wuhan, que es internacional, y lo quiero en dos días.

Ella asintió, era plausible.

—En serio, Clarke —le dijo sin levantar la vista del

ordenador—. Cuarenta y ocho horas.

—No te arrepentirás —le prometió.

Salió del edificio bastante más contenta de lo que pensaba y mandó un mensaje a Harry. Este le contestó de inmediato y le prometió que se verían en Hyde Park en media hora. Estaba deseando saber qué le deparaba el inspector.

Harry se hallaba de pie, mirando el frío lago Serpentine de Hyde Park. Pese a los escasos cinco grados que hacía en aquel instante, no tenía la menor intención de alejarse del agua. ¿Acaso estaba loco? Mera pasó por el arco del puente y observó los cisnes y los patos que nadaban en el agua. Sentía la nariz roja por el gélido aire, a pesar de que una enorme bufanda la envolvía y no dejaba a la vista más que sus ojos. Entonces Harry se dio la vuelta al sentirla a sus espaldas. Comprobó que estaba equivocada: la cara del inspector mostraba la misma consternación por el frío.

—¿No había un sitio más cálido para vernos? —preguntó ella a modo de saludo al tiempo que se frotaba los brazos para entrar en calor.

—He supuesto que a estas alturas del año por aquí pasa poca gente, así que merece la pena. Después nos iremos a por un té bien caliente —repuso, y con la mano derecha le hizo un ademán para pasear.

—Por cierto, ¿dónde te alojas?

—En The Tower. De joven, cuando tenía que hacer algún trabajo para Scotland Yard, me gustaba quedarme ahí. Es céntrico y un hotel de verdad.

Mera se indignó frunciendo sus cejas oscuras.

—¿En serio? Creía que estabas con Luca. Mi apartamento es

pequeño, pero siempre puedes contar con mi sofá cama.

Harry negó con la cabeza.

—No te preocupes. El primer día lo pagué yo, pero esta mañana me han informado de que me han pagado la habitación para toda una semana. Al parecer, ha sido la amabilidad del señor Baker.

—¿Baker? ¿Como la chica que...?

Harry asintió.

—Efectivamente. Su tío, para ser más concreto. Quieren que trabaje como detective particular y averigüe qué le pasó a Emily Baker. La cuestión es que en Scotland Yard no prestan mucha atención al caso y me han puesto una excusa. Una simple excusa. Me huele todo a podrido.

—¿Más que en Torquay? —preguntó ella de nuevo.

—Bastante más. Allí al menos conocía a la gente, el lugar... Aquí no.

Mera cayó en la cuenta de que solo le hacía preguntas al inspector. Se fijó en los árboles medio desnudos que los acompañaban por el camino y cómo el viento los azotaba. Acto seguido, miró a Harry, que seguía en silencio, y apreció su rostro cansado.

—¿El forense qué dice?

—Que murió estrangulada y que la colgaron *post mortem*. He hablado con Luca y, al parecer, no le tenían mucha estima en el trabajo. Iré esta tarde.

—¿Por qué no has ido esta mañana?

—Quería investigar a la chica. Tiene fotos en Instagram casi cada día de la semana. Se quería muchísimo.

—¿Y eso es malo?

—Bueno, no sé. Un post diario de uno mismo poniendo cara interesante me resulta vanidoso —argumentó él un poco a la defensiva—. En un rato me reúno con el jefe de Luca, que me ha citado a las tres. No sé si querrá verme a solas para no

preocupar al personal.

—Es posible —supuso Mera—. ¿Crees que la asesinó alguien de su entorno?

Él se encogió de hombros.

—Es una opción. También puede que sea una muerte aleatoria, pero me resulta raro que, en ese caso, no hubiera un motivo sexual. Y no se ha encontrado nada que lo indique.

Mera se metió la mano en los bolsillos, pensativa. Harry tenía razón, como siempre. Pero ahorcar a alguien después de haberle asesinado le parecía espeluznante.

Habían llegado a la estatua de Peter Pan. Aunque la mirada del niño estaba fija, como la piedra que era, daba la impresión de juzgarles con dureza. Mera retiró la mirada y la dirigió hacia el lago de nuevo, exhalando fuerte.

—¿Estás bien? —preguntó él.

—Sí —respondió ella con rapidez—. Es espantoso.

—Todos los asesinatos lo son. Es como si el alma de la persona que asesina se rompiera en mil pedazos y ya no tuviera remedio.

Mera decidió sentarse un momento en uno de los bancos que había delante de la estatua, cerca del agua. Harry se quedó de pie, mirándola.

—En la redacción, la noticia la lleva mi compañero Charles. Es un buen amigo, así que lo que me cuente te lo iré comentando. Aunque dice que desde Scotland Yard no sueltan prenda. Le he pedido a mi jefe que me deje trabajar con él en la noticia, pero aún no me lo ha autorizado.

—Te dije que no te metieras —le regañó.

—Y no me he metido, solo he curioseado —dijo con una sonrisa.

Entonces miró el reloj y se dio cuenta de que era algo tarde para la cita de Harry.

—Venga, anda, te invito a un té y vuelves a las andadas de

detective privado.

Dio un pequeño brinco, se levantó del banco y se puso a caminar. Harry la miró sonriendo y la siguió. Por un instante, parecían haber vuelto a los viejos tiempos. Sin reproches ni malas miradas, compartiendo momentos juntos, aunque fuese en medio de otro asesinato.

15

Harry

Enero de 2020

Recibió un mensaje del jefe de Luca, James Wright, en el que le decía que se encontrarían en un bar cerca de la Universidad de Londres, no en la oficina. Cuadraba con la idea de que no quisiera que nadie le viera allí.

Aun así, le parecía surrealista. En algún momento, Scotland Yard tendría que interrogar a los compañeros de trabajo de Emily para seguir la pista de su asesinato... ¿O es que no tenían intención de hacerlo?

Harry se frotó las manos enguantadas y, al suspirar, vio que el vaho salía de su boca sin remedio.

—Joder con el frío de Londres —farfulló.

Aunque sabía que en Torquay hacía un tiempo parecido, pensaba que en la ciudad el aire era mucho más gélido.

Entró en el garito sin pensárselo más. Había pocas personas distribuidas entre las pequeñas mesas y la barra. La mayoría estaban en pareja o solas. Por suerte, cuando se sintió algo perdido, un hombre levantó la mano desde el fondo del local. Esperó que fuese Wright, pues no quería hacer un ridículo espantoso. El sitio olía a rancio con un toque de limón. No sabía explicar el olor que resultaba de aquella mezcla, pero era algo parecido a eso. Y no le gustaba. Era como si quisiesen mitigar con el limón la verdadera mierda que escondía.

—¿Inspector? —preguntó el hombre.

Harry asintió y le dio la mano a modo de presentación. James le pidió que se sentara.

—¿Quiere tomar algo?

Harry negó. No quería perder mucho tiempo en aquello y prefirió ir al grano antes de que se hiciese más tarde.

—Dígame, ¿en qué puedo ayudarle?

—Estoy investigando para un cliente —recalcó la palabra «cliente»— las circunstancias que pudieron llevar a suicidarse a la señorita Baker. —Lo soltó de ese modo para ver la reacción de James, y no parecía alterado, pues debía de suponer que el inspector iba a preguntarle por ese asunto.

—Entiendo. ¿Y qué necesita saber?

A Harry le sorprendió la buena disposición de aquel hombre. Esperaba más preguntas antes de comenzar el interrogatorio habitual, o una charla animada de por qué él tenía que plantearle ciertas cuestiones incómodas sobre una muerta.

—¿Desde cuándo trabajaban juntos?

—Pues... desde hace unos cuatro años. Emily empezó como relaciones públicas de la revista. Conseguía reportajes y la gente adecuada para ellos. La muchacha tenía excelentes contactos, y eso nos aportó mucho. Era muy buena y, poco a poco, se fue metiendo en la producción de los reportajes. Era fantástica, muy organizada y con don de gentes —contestó nostálgico.

—¿Había buen ambiente en la oficina? ¿No notó que estuviese deprimida o descontenta?

James lo miró sorprendido y negó en rotundo.

—Ni hablar. Emily era una persona muy extrovertida y se trataba con todo el mundo. En la oficina siempre ha habido muy buen ambiente, aunque al final tenía un cargo alto, era responsable de otros compañeros, y ya se sabe, que una joven sea jefa a veces ofende a los muchachos.

—¿Usted cree?

James se encogió de hombros.

—Sí, bueno. A veces creemos que evolucionamos como sociedad, pero siempre se respira en el aire la espinita del hombre que necesita ser más y mejor que una joven que acaba de llegar.

—¿Lo vio concretamente en alguien?

—No. Pero sé que despertaba ese sentimiento, un poco de envidia. Lo normal en todos los trabajos. Pero nada destacable.

James seguía restándole importancia a lo que decía, pero Harry no estaba tan seguro de que no fuese reseñable. Examinó a James que, al contrario de él, parecía más jovial al terminar su jornada. Estaba tranquilo, aunque había algo de nostalgia en sus palabras.

—Inspector Moore, ¿por casualidad está usted emparentado con mi empleado? ¿Es él quien le ha contratado? —Al pronunciar esa última palabra, James hizo un gesto de comillas con las manos.

Harry no quiso darle explicaciones ni contarle la verdad, así que asintió a su pregunta de buena gana.

—¡Ahora lo comprendo! —exclamó con júbilo—. Luca tenía una relación especial con Emily —puso un tono condescendiente—. Ya me entiende. En la oficina, intento hacerme el que no se entera de nada, pero esas cosas siempre llegan a oídos de todos. Por lo poco que pude observar, Emily estaba encantada con Luca. Creo que lo tomó como un reto personal. Todo hombre caía rendido a sus pies, y en parte, creo que ese era uno de los motivos por el que algunos chicos, y sobre todo las chicas, le tenían algo de envidia. Era una mujer joven, guapa y con alma de líder, muy ambiciosa. ¡Ya hubiese querido más de uno tener ese espíritu! —dijo levantando el vaso hacia arriba, haciendo un pequeño brindis en el aire por la fallecida.

—No me ha quedado claro, señor Wright —inquirió Harry—.

¿Qué es entonces lo que comprende?

Harry se cruzó de brazos y observó a James mientras se bebía la copa de un trago. Hasta ese momento, su aspecto era el de un hombre relajado y algo triste, pero ahora parecía más deprimido a medida que hablaba de Emily.

—Que si Luca terminó enamorándose de la preciosa Emily, entiendo que quiera esclarecer el asunto de su suicidio. Nadie querría que la persona con la que tiene encuentros amorosos apareciese muerta, y menos de esa manera...

—¿Usted cree que tenía motivos para suicidarse?

—Le he dicho que no —respondió, esa vez con tono cortante.

—Veo que es un hombre inteligente, señor Wright, y que se da cuenta de las relaciones humanas que lo rodean. A mi parecer, un buen observador —lo agasajó—. Quiero pensar que tiene otra idea, una que se aleja del tema de la muerte por voluntad propia.

James tragó saliva y miró a Harry con los ojos vidriosos.

—Cree que la mataron, ¿verdad?

—Solo le he preguntado qué piensa usted, sin preámbulos.

Wright suspiró cansado. El aspecto distendido y animado que tenía desapareció por completo. Se quedó mirando su vaso mientras hablaba con el inspector.

—Asesinar a alguien así es horrible... No quiero pensar por lo que debió pasar Baker justo antes de acabar sin vida. Tuvo que ser terrible, y no me imagino a nadie de mi oficina haciendo algo semejante... —Después miró fijamente a los ojos de Harry —. ¿Por qué la policía no está interrogando y usted sí? Si pensasen que había sido un asesinato, tendría la revista patas arriba.

Ahí estaba la pregunta, había tardado en aparecer.

—La situación, por desgracia, no es tan simple. Pero lo harán, tarde o temprano. Yo voy algo más rápido. Por supuesto, si alguien se niega a hablar conmigo, está en su derecho. No

llevo el caso de forma oficial, pero intentaré esclarecerlo y ayudar a la policía.

James volvió a asentir mirando el vaso vacío.

—Está bien, le daré el nombre de alguno de los chicos que tenían más trato con ella. Luca también podría dárselos, pero supongo que yo los conozco más. Han estado más tiempo con Emily, y podrían decirle quién encaja en ese perfil que quizá le tuviera cierta inquina.

—Se lo agradezco —dijo Harry con amabilidad—. Si me disculpa, se me hace tarde. Puede mandarme la lista al móvil sin problemas. Si pudiera ser, antes de que acabe el día.

Wright asintió y Harry se despidió. Hasta cierto punto había sido un encuentro provechoso. Su percepción sobre Emily Baker era la de un jefe encantado. Parecía una empleada modelo y con don para lo suyo. Harry sabía que aquello era un arma de doble filo... Las envidias y rencillas entre los compañeros podían ser un aliciente. Aunque él también creía que no debía ser el motivo para asesinar a alguien, al instante pensó que había gente que mataba por mucho menos. Sin un propósito.

Simple y llanamente, por placer.

16

Junio de 2003

Después de la última vez que su padre había atizado a su madre sin compasión, parecía que el ambiente se había calmado. Los niños pudieron descansar un poco, aunque no sin un ojo detrás de la espalda, por si la ira volvía a recaer sobre ellos.

Su padre empezó aparecer poco en casa sin dar muchas explicaciones, y aunque necesitaban el dinero, lo agradecían inmensamente. Se le olvidó por completo la amenaza que le había lanzado a su mujer de tener la comida y la casa lista, pero los niños intentaron dejarlo todo limpio y recogido, y la comida recién hecha con lo que encontraban en la alacena antes de que él volviese. Así no tenía excusa para arremeter contra su madre, que cada día estaba peor.

Entonces al chico se le ocurrió una gran idea. Parecía que su padre solo iba a casa a dormir por las mañanas, cuando ellos estaban en el colegio. En cuanto ellos volvían de la escuela, él les soltaba un insulto diferente, se marchaba y ya no volvían a saber de él hasta el mediodía siguiente. Por ese motivo, el muchacho decidió llamar a la única amiga que recordaba que tenía su madre, la vecina de unas casas a la derecha de la suya. Tomó la agenda telefónica a escondidas y marcó el número. De forma escueta, le contó que su madre estaba enferma y que su padre se había ido al trabajo, y le pidió si podía acercarse a ayudarles. La mujer, algo inquieta, aceptó al instante, aunque con un tono de voz de preocupación latente.

Era buena idea, pero la niña seguía teniendo miedo por si su padre volvía antes de tiempo.

—¿Crees que ayudará a mamá? —preguntó en un susurro.

—Seguro que sí. Siempre es muy amable con ella y es la única que nos pregunta cuando lleva tiempo sin verla.

—Porque mamá dice que estudiaron juntas, pero puede que sea por simple cotilleo —le comentó ella como si ese dato fuese el más relevante y le diera la razón.

—No. Creo que se preocupa de verdad. El otro día, cuando salí a comprar, lo vi en sus ojos. Me preguntó por ella con un tono dulce y amable.

La niña seguía sin estar segura. A favor de su hermano, tenía que reconocer que no se fiaba de nadie. ¿Cómo iba a hacerlo? Estaban allí abandonados a los golpes y los insultos de aquel monstruo que no les daba ni un respiro. Solo tenían trece años y, a veces, pensaba en cómo sería la vida cuando cumplieran la mayoría de edad. ¿La cumplirían? Si no los mataba él antes, por supuesto.

Cuando la mujer llamó a la puerta, su hermano le pidió a la niña que se quedara en su habitación, asegurándole que él se encargaría de todo. Ella no alcanzaba a entender por qué, ya que era tan capaz como él de actuar de la mejor manera para que no se llevaran a su madre. Porque en realidad ese era su miedo. Que alguien se la llevara. Y no sabía si era por el egoísmo de no querer que tanto ella como su hermano se quedaran solos con su padre o porque, con ese mismo egoísmo y oscuridad, la tomara con ellos y empezara a golpearles con la misma intensidad que a ella. No creía poder soportarlo. Así que dentro de la indiscutible cobardía con la que actuaba, no podía pensar en su madre fuera de esa casa sin ellos. Pese a eso, le hizo caso y se quedó detrás de la puerta medio abierta de su habitación, poniendo el oído e intentando escuchar el máximo posible de la conversación.

—Gracias por venir, señora —oyó que decía su hermano.

—Claro que sí, jovencito. Dime, ¿qué le pasa a tu madre?

—Verá, es que...

«No titubees —pensó ella—. Si no, comprenderá que estás mintiendo y buscando una excusa estúpida».

—El otro día se cayó por las escaleras. Iba adormilada por los antibióticos del resfriado que ha cogido. Intentamos levantarla y meterla en la cama, pero sigue bastante dolorida. —Esa vez la voz surgió firme y con seguridad, y la niña lo tomó como una victoria.

—¡No me digas! —exclamó la otra entre la curiosidad y la preocupación.

—Sí, venga usted a verla.

Los pasos se acercaron, y entendió que iban hacia el dormitorio de sus padres. Hacía unos momentos había ido a verla y estaba dormida... No sabía si seguiría en trance.

—Pero Lauren, cariño... —repuso ella—, ¿qué ha pasado?

Entonces la niña comprendió que su madre estaba hablando, pero de una manera tan débil que no llegaba a oírla. Se quitó los zapatos y se quedó en calcetines para que la madera bajo sus pies crujiera lo menos posible y hacer el mínimo ruido. A hurtadillas, salió de su habitación y se acercó a la de su madre lo suficiente para seguir escuchando.

—¿Cómo va a ser esto una caída? —repuso contrariada.

La madre balbuceaba, pero ella seguía sin entenderla.

—No puedo creerlo, hay que llevarte al hospital.

—¡No! —exclamó su hermano y el silencio se hizo latente. Ella se tapó la boca para no chillar la misma negativa—. No, por favor. Aquí la cuidaremos bien, solo necesitamos la medicina adecuada y... bueno, algo de dinero para la comida —pidió el chico avergonzado.

Sabía que si su hermano se lo pedía era porque en el bote que su madre tenía escondido —y que ellos guardaban a buen

recaudo— ya no quedaba nada. Incluso procuraban estirar todo lo posible la ropa que a los dos les estaba ya algo pequeña. Los calcetines rotos intentaban arreglarlos cosiéndolos. Su madre les había enseñado a hacerlo hacía unos meses.

Pasados unos minutos que le parecieron eternos, por fin volvieron a hablar.

—Está bien —dijo la vecina—. Lo hago porque tú me lo pides, Lauren, pero no pienso dejar que ese cabrón se salga con la suya —repuso con asco.

Nunca había oído a nadie hablarle a su madre con tanto cariño, jamás. Ni siquiera a su padre en tiempos mejores. Al final, iba a ser verdad que eran buenas amigas, aunque ella no supiera muy bien qué significaba aquella palabra, ya que nunca lo había vivido ni experimentado en su propia piel. Lo más cercano a una amiga era su hermano, aunque reconocía que solo porque vivían el mismo infierno juntos y se comprendían mejor que cualquier otra persona. Sin embargo, si los demás chicos y chicas de la escuela se enteraran, seguramente se reirían de ellos o se compadecerían, no habría término medio. Y algo sí sabía de la amistad: no podía basarse en la pena.

—Toma, muchacho. ¿Dónde está tu hermana?

En cuanto la escuchó, se fue directa a su habitación, se sentó en la silla del escritorio, abrió el primer libro que encontró e hizo ver que leía. Las pisadas se hicieron aún más fuertes, avisando de que iban en su busca.

—¿Querida? —la llamó con dulzura.

—¿Sí? —dijo ella intentando sonar lo más tranquila posible.

—¿Estás bien?

—Sí, señora, estudiando.

—Me alegro —repuso y entró a la habitación—. Te dejo aquí algo más de dinero, aparte del que le he dado a tu hermano. Escóndelo bien. Le he dicho que mañana, antes de volver a casa de la escuela, le daré medicamentos.

—Muchas gracias —dijo ella sin levantar la vista del libro. Sentía que, si miraba a los ojos a aquella mujer, su rostro mostraría su angustia, pánico y dolor. Quería llorar y decirle que les sacara a los tres de allí, pero debía ser fuerte. Porque al menos parecía que, con la vecina de su lado, todo iría mejor. Su madre se recuperaría.

—No hay de qué. Cualquier cosa, ya sabéis dónde vivo —concluyó tocándole el hombro con suavidad.

Sin embargo, ella lo notó como un calambre. El contacto con otra persona le hizo sentir un escalofrío atronador en cada milímetro de su piel, y se apartó al instante.

Nadie podía tocarla. De manera inconsciente, le recordaba a él. Una mezcla de repulsión, miedo y asco se apoderaban de ella cuando la tocaban.

Si la mujer se dio cuenta no dijo nada, porque salió en silencio de su habitación y oyó cómo se marchaba de la casa mientras seguía conversando con su hermano. No obstante, ella ya no escuchaba. Era un parloteo sin sentido. Solo podía pensar en el miedo a que volvieran a tocarla y en la pesadilla que su madre había estado viviendo y en la que aún aguantaba, a pesar de apenas quedarle vitalidad en el cuerpo, que seguía apagándose a gran velocidad y sin remedio.

17

Mera

Enero de 2020

Se encontraba en la típica cadena de cafeterías que había en cada esquina de la ciudad para terminar su artículo. Había estado hablando con una familia de Wuhan. El hombre era español y su esposa, oriunda de allí. Tenían una hija de unos siete años. Cuando comunicaron que iban a cerrar el país, quisieron coger el primer vuelo hacia España, pero estaba todo saturado y tenían miedo por la pequeña, así que decidieron quedarse en casa.

A Mera le parecía claustrofóbico. Llevaban pocos días encerrados, pero no podía imaginar lo que sentirían. La pequeña parecía llevarlo bien, según le había dicho el padre, pero ellos hacían malabares para teletrabajar y estar con ella. La suerte era que los dos eran informáticos y podían hacerlo todo desde casa. En mitad de la videoconferencia, la mujer le había dicho algo en chino a su marido. Como evidentemente Mera no lo entendió, él se lo tradujo:

—Mi mujer dice que tiene miedo por su hermana pequeña. Es enfermera en un hospital y apenas puede coger el teléfono de lo saturados que están. Le asusta que pueda enfermar.

Ella había asentido y lo había anotado todo en silencio. Después, les agradeció la charla y se despidió de la niña en español, ya que la pequeña hablaba los idiomas de sus padres con fluidez.

Al finalizar la videoconferencia, había cerrado el programa muy cansada. Quería hacer un artículo muy humano que llegara a la gente, pero no sabía si lo ideal sería dar la voz de alarma. Debía reconocer que poca gente se pararía a leer su artículo si no le ponía un título alarmista o, como mínimo, llamativo.

En realidad, debía centrarse en terminar aquello y ponerse a trabajar con Charles. A veces, al echar la vista atrás, se daba cuenta de lo mucho que había cambiado su trabajo. Hacía unos meses, llevaba adelante un periódico local ella sola, y durante años había sido redactora jefa. Sin embargo, ahora era una periodista más —sin menospreciar su puesto, claro—, pero en un periódico de prestigio en el que jamás hubiese soñado trabajar. Eso implicaba que estaba a merced de un cargo mayor y que no era ella la que decía qué artículos escribir. En ese momento le fastidiaba lo suficiente como para no disfrutar con lo que estaba.

Miró el reloj del ordenador y se dio cuenta de que ya pasaban diez minutos de la hora que Charles le había dicho que iría a tomar algo con ella. No solía ser puntual, y aunque lo sabía, era algo que no le agradaba de él. Siguió redactando hasta que Charles apareció un rato después.

Mera miró dramáticamente su reloj de muñeca y le recriminó:

—Por un momento he pensado que ya te vería mañana en la oficina.

—Lo siento de veras —dijo apurado—. Se me ha hecho tarde.

—Siempre se te hace tarde, Charles. Esa es una excusa barata.

Él la miró abochornado.

—Tienes razón, pero no tardo tanto. De verdad que lo siento. —Parecía que iba en serio—. Estaba con una amiga que me estaba contando sus problemas y se me ha echado el tiempo

encima.

Mera levantó una ceja e hizo una mueca burlona.

—¿Una amiga?

—Ya sabía yo... —dijo él entre risas, algo más tranquilo—. Sí, como si fuera de la familia.

—Vale, vale —dijo ella parándole con la mano—. No seré yo la que quiera sacarte información personal. Eso sí, pagas tú, que el alquiler me tiene la cuenta bancaria llorando.

—No me extraña. Eso te pasa por ser tan quisquillosa y no compartir piso en el centro de Londres.

Ella le sacó la lengua. Charles pidió un café para él y otro más para Mera, además de dos trozos de tarta.

—Por cierto, le he pedido a nuestro jefazo que me dejara trabajar contigo en la noticia de Emily Baker —le soltó Mera cuando les llevaron la comida.

—¿Y eso? —balbuceó el otro con la boca llena.

—¿No te has dado cuenta de que nunca me da algo con lo que trabajar en la calle?

—Bueno, eso es lógico. Estás en internacional. ¿Quieres viajar?

Mera negó con la cabeza.

—No es eso —respondió antes de dar otro sorbo al café—, aunque ahora que lo dices no estaría mal. Habría que proponerlo.

Charles se rio de su ocurrencia y le contagió la risa.

—En serio, todo lo que hago es investigar a través del ordenador.

—¿Y qué tiene eso de malo?

Suspiró exasperada.

—Joder, Charles.

Él la miró sorprendido y se percató de que nunca antes la había visto cabreada o molesta. En esa nueva vida, Mera se había prometido tener buena disposición respecto a todo, más

de la que ya tenía, e intentaba ser la mejor versión de sí misma. Pero hacía un tiempo que ese tema le quemaba poco a poco las entrañas, y decidió que era la hora de revelarlo, al menos a él.

—¿Que qué tiene de malo? Somos periodistas, investigamos, somos curiosos por naturaleza. No me puede encerrar en una torre cual princesa de cuento porque tenga una mínima discapacidad.

Charles la miró confuso y le cogió la mano derecha, que descansaba sobre la mesa.

—Venga ya, Mera. Espero que no pienses de verdad que te da un trato diferente por tu sordera.

Mera quitó la mano en cuanto le oyó. Desde que había empezado a convivir con su déficit auditivo, la palabra «sorda» y sus derivados le molestaban más de lo que pensaba. No era sorda, de eso estaba segura. El problema era que se sentía una hipócrita porque sabía que también ella había usado esa palabra alguna vez. Incluso de broma. Por ejemplo, cuando alguien no la escuchaba o estaba en su mundo, como su amiga Dana, su hermana pequeña o sus abuelos. Pero aún no había vivido en sus carnes lo que significaba. Y no entendía el porqué de tanto enojo, pero para ella esa palabra era como una patada en el culo.

—No tengo sordera —le replicó ella—. Tengo un déficit auditivo, hipoacusia, para ser más técnica —aclaró—. Entiendo que haya muy poco conocimiento sobre el tema, pero es moderada, solo en un oído, Charles. Ni siquiera en los dos. Y aunque a veces me suponga más dificultad —no pensaba reconocer que en ese momento le estaba ocurriendo por el ruido de la cafetería—, te escucho. Mantengo conversaciones a diario y, sinceramente, ¿en qué mundo vivimos en el que todavía se cuestiona el trabajo de esa forma? No me ha dado la más mínima oportunidad, no puede basarse en nada más que en el dichoso aparato que llevo en mi oreja y en lo que pone en

el historial médico.

Charles había empezado a ruborizarse. De inmediato, Mera se arrepintió de todo lo que había soltado. Sabía que su compañero era buena persona y que no pensaba que no pudiese hacer su trabajo. Lo conocía lo suficiente como para comprender que no era un intolerante, en todo caso, algo ignorante sobre el tema. Resultaba normal, a ella también le había ocurrido, incluso a su familia, que no sabía cómo tratarla después del accidente que la había dejado así. Era raro que alguien comprendiera la situación o supiera cómo reaccionar en ese caso, y todo era culpa de la sociedad, que los invisibilizaba. Como, por desgracia, tantos otros problemas.

—Joder, Mera —soltó él—. Lo siento muchísimo, no era con esa intención. Soy un imbécil, perdóname.

A ella se le ablandó el corazón al instante.

—No hay nada que perdonar. Solo necesitaba soltarlo —dijo haciendo una mueca con los labios que esperaba que se tornara media sonrisa, aunque le costaba.

—¿La he cagado? —preguntó él en serio—. Oh, Dios. La he cagado —repitió—. Mera, te considero una amiga, no una compañera de trabajo. Y ahora me siento un amigo de mierda. Pero te prometo que intentaré enmendar mi error.

—No tienes que hacer nada.

—Oye, déjame terminar —la detuvo—. No te falta razón, por supuesto. Así que no voy a hacerme el dirigente y defender una causa que no me pertenece a mí, sino al tonto de nuestro jefe, pero haré lo que esté en mi mano para que te dé trabajo de campo. Todos somos periodistas y merecemos cubrir cualquier noticia que nos emocione.

—Gracias. La verdad es que me gustaría investigar lo de Emily Baker contigo. ¿Te importa?

—Para nada —dijo al tiempo que negaba con la cabeza—, pero apenas dan detalles... Te lo había dicho, ¿no? Creo que sí

—se respondió pensativo—. ¿Y esa insistencia en lo que le pasó a la chica?

Ella se encogió de hombros. Ya había pensado en una respuesta para darle si se le presentaba la oportunidad, así que la mentira le surgió de manera muy natural:

—Hace unos meses pasó algo parecido en Torquay. Desapareció una chica de edad similar y cuando la encontraron... Bueno, apareció sin vida. Mejor te ahorro los detalles.

—Creo que algo leí, aunque recuerdo más el caso de... ¿Barton era? El director de tu periódico. Eso sí que fue un buen escándalo.

El escalofrío que notó al oír el apellido de John le resultó horripilante. Al instante recordó la cara de él tan cerca de la suya que vomitar le pareció una buena opción. Su jefe, John Barton, había intentado abusar de ella —y seguramente de muchas más mujeres de las que jamás sabría—. Sin embargo, no pensaba revivir a John después de haberle enterrado; no en ese momento.

—Sí, es normal. Fue peliagudo. Pero Aletheia Lowell fue la primera chica que apareció muerta, en septiembre del año pasado. La cuestión es que investigué ese caso y el de Barton en mi periódico —se mordió la lengua al decirlo—, bueno, en mi anterior puesto de trabajo, y se me daba bastante bien. En realidad, siento como que necesito ayudar en estos casos.

Charles asintió. Comprendía a su compañera. Seguro que pensaba que Mera había sido sincera, aunque la realidad no era esa. A una parte de ella le daba pavor volver a investigar un caso de asesinato. Sabía que esa vez ella y sus seres queridos no podían estar involucrados en el caso, pero muy a su pesar tenía la corazonada de que alguien de su alrededor saldría perjudicado. ¿Por qué no iba a sentirse así? Las dos situaciones similares que había vivido tuvieron ese final.

¿Por qué lo hacía, entonces? No lo tenía claro. Reconocía que Harry y Luca eran un aliciente más que suficiente para ponerse a investigar. Quería ayudarles, y se dio cuenta de que su parte curiosa necesitaba salir. Eso, sumado a reclamar su derecho a cubrir un reportaje o una noticia fuera de la oficina para restregárselo por la cara a su jefe de manera triunfal, hacía que la balanza se posicionara en el lado de la investigación del caso.

—Pues no se hable más.

—Antes tengo que terminar lo de Wuhan.

—Oh, por Dios. ¿Aún con eso? —Se carcajeó y aprovechó para soltar la tensión que seguía sintiendo—. Un buen virus nos hace falta para sanear a la civilización.

—Oye, no lo digas muy alto, que allí lo están pasando mal. No quiero ni imaginarme si viniera para acá.

—Bah —le respondió haciendo un gesto teatral—. Aquí eso no llega.

Mera no estaba tan segura. Veía el peligro más cerca que los demás.

—Supongo que el desconocimiento hace que o tengamos mucho miedo o lo pasemos por alto descaradamente.

—Creo que el ser humano tiende más a lo segundo.

Y qué verdad era.

18

Luca

Enero de 2020

Londres. La ciudad gris en la que las personas comen andando, viven trabajando. Al caer la noche de enero, sus aceras se encuentran desiertas, deshabitadas, solo con el sonido de la lluvia, sin más vida que el agua.

Sin vida. Como Emily Baker hacía unas cuantas madrugadas.

Luca observó el cielo serenamente mientras las gotas caían desde el cielo con desesperación. En la mano izquierda sujetaba el móvil, posado en su oreja. Al principio había comenzado a escuchar a su madre con buena disposición para, más tarde, desconectar del monólogo que ella estaba ofreciéndole.

La relación con ella había mejorado bastante desde que él volvió a la capital, y su madre, a pesar de extrañarle, había empezado a vivir como nunca. Lejos del recuerdo del fantasma de su padre —su marido—, ella había rejuvenecido. Se divertía con sus amigas y estaba más tiempo fuera de casa, pero jamás dejaba pasar más de un par de días sin saber de su hijo pequeño. A Harry siempre le regaló una independencia que Luca envidiaba, aunque sabía que su hermano mayor deseaba la atención que su madre le profesaba a él.

Ninguno estaba contento y en paz con su vida. Imaginaba que era la maldición que recaía sobre la familia Moore.

Mientras hablaba con su madre, pasaron por su lado varias decenas de personas de todo tipo: estudiantes, parejas jóvenes,

algunas familias e incluso gente de edad avanzada. A Luca siempre le había llamado la atención ver a los ancianos solos, sin acompañantes, recorriendo aquellas calles. Por delante de la puerta del Museo de Londres pasaban miles de personas al día, pero en enero la zona estaba mucho más tranquila, y a él le encantaba pasear por allí. Cuando entró, el guardia de seguridad que había a su izquierda parecía estar a punto de quedarse dormido, y no sabía si estaría preparado para hacer su trabajo si alguien incumplía las normas. No se le veía muy diestro, tampoco espabilado.

No le gustaba hablar dentro del museo, así que prefirió quedarse en la entrada. Ya había intentado ignorar el par de llamadas de su madre, pero, dada la insistencia, no podía dejarlo pasar una tercera vez.

—Entonces ¿con tu hermano todo bien?

Eso fue lo único que captó de la conversación. Su cerebro estaba entrenado para reaccionar cuando le tocara responder.

—Todo lo bien que se puede estar con Harry, sí.

—Eso es que no.

—No, mamá. Digamos que nos toleramos, que ya es algo. Además, lo llamé yo, ¿recuerdas?

—Pues eso es lo que me preocupa. No estarás metido en un lío, ¿no?

A la lista de las innumerables cosas que era su madre, había que añadir vidente o medio bruja. Las dos eran válidas.

—No lo estoy.

—Ya, claro.

Luca expulsó todo el aire que pudo por la boca, como si fuera un adolescente.

—Cariño, yo solo quiero que estéis bien.

—Estamos mejor que hace un año. Ahora nos hablamos.

—Bueno, piénsalo así: si has llamado a Harry para pedirle un favor o porque lo necesitas, ¿cómo crees que se siente tu

hermano cuando solo le llamas por interés?

—Útil —bufó.

Se mordió el labio inferior. No había caído en eso. ¿Harry se sentía utilizado? Nunca lo había pensado y, para ser sincero, su hermano siempre le sacaba las castañas del fuego.

—También, por supuesto. Siempre se ha sentido en deuda contigo por irse de casa y dejarte a merced de vuestro padre. —Su madre suspiró al otro lado y a Luca le dio un vuelco el corazón—. Pero deberías pensar que algún día puede cansarse de no recibir nada a cambio. Incluso la persona más fría y distante necesita que le demuestren cierta dulzura, por ínfima que sea.

—Ya, bueno —repuso él—. Lo hablaré con la doctora Brown cuando lo necesite.

De ese modo su madre daba por concluida la conversación. Era más fácil sacar a colación a su psicóloga que recibir lecciones de su madre. Dejarlo en manos de la profesional que ella le había recomendado hacía que no le diera consejos. Se sentía un poco mal por ello, pero no podía hablar con su madre de su familia, y no sabía si en algún momento de su vida podría normalizarlo hasta ese punto. Necesitaba quedarse con ciertos pensamientos solo para él.

—¿Y a Clarke ya la has visto?

Agradeció que su madre no pudiera ver la expresión que acababa de reflejar su rostro. La confusión que le produjo la pregunta casi le desestabilizó y le hizo tropezar sobre sí mismo, pues no paraba de caminar en círculos desde que había comenzado la llamada. La relación entre su madre y Mera era nula. Los pocos meses que estuvieron juntos en esa relación —aunque ni siquiera podía etiquetar de ese modo lo que mantuvieron—, su progenitora intentaba menospreciarla por todos los medios. No le caía bien y, por supuesto, nada tenía que ver con Mera, sino con la relación que sus madres habían

mantenido en el pasado. Por eso, cuando le preguntó por ella le pareció, como poco, excepcional.

—¿Tú preguntando por Mera? ¿Quién eres y qué has hecho con mi madre, Diana Moore?

Ella bufó al otro lado del aparato.

—Querido, la educación siempre por delante.

—Siempre, menos cuando se trata de Mera —le replicó—. En serio, ¿a qué viene la pregunta? —insistió.

—Digamos que me encontré a sus abuelos hace un par de días. Iba yo dando un paseo con mi amiga Ruth York. ¿La recuerdas? La enfermera. Me suele ayudar con la compra. Ya sabes que odio hacerla online, con lo que disfruto yo de los paseos.

—¿Con el frío que hace?

—Es cuando mejor vienen. Te despeja las fosas nasales.

—Ni que lo digas.

—Bueno, no me despistes —le regañó—. La cuestión es que vi a su abuelo un poco... ¿cansado? No sabría decirte... Recuerdo a ese hombre con mucha vitalidad y energía. Supongo que será la edad, pero no pude evitar preocuparme. Sé que él y su mujer son la única familia que les queda, a ella y a su hermana. Y otra cosa no, pero ese hombre es intachable. Se le quiere mucho en Torquay.

A Luca se le encogió el corazón al oír a su madre. Con la mano libre, se masajeó las sienes.

«Lo que faltaba», pensó con una latente preocupación.

—¿Crees que está enfermo? —le preguntó a su madre.

—No sé, cariño. Tampoco quiero ser pájaro de mal agüero. Pero no estaba como siempre, puede que fuese la edad. Por eso te he preguntado si habías visto a Mera, por si te había comentado algo.

Irremediablemente, los cotilleos encantaban en Torquay. Tal vez a su madre le inquietase el estado de salud del abuelo

Clarke, pero si se paraba a pensarlo podría ser que gran parte tuviera que ver con estar aburrida y enterarse de algún chismorreo.

—Hemos hablado, pero no hemos tenido la oportunidad de ponernos al día. Así que no lo sé. De todas formas, no seas tremendista, hazme el favor —le pidió.

—No, por supuesto que no. ¿Por quién me tomas?

Como si no la conociera. Había guardado los mejores secretos de la ciudad. Pero, para preservarlos, primero tenía que averiguarlos, y su madre era la persona idónea. Aun así, no quiso ponerse en lo peor y dejarlo correr. Cuando volviera a encontrarse con Mera le sacaría el tema y le preguntaría por la familia.

Acabaron de hablar y colgó a Diana Moore tras esa llamada que le había parecido interminable, aunque solo habían pasado diez minutos. El vigilante había empezado a mirarle de reojo con descaro, suponía que deseando que se fuera o que volviera a entrar en la galería sin causar molestias. Cuando Luca se dio cuenta de que seguía mirándole, lo saludó con la cabeza, pero este no le contestó.

Se prometió que intentaría dejar la mente en blanco y disfrutar del museo. Bajó hacia la planta menos dos, donde estaba su amada Sainsbury Gallery, dedicada al continente africano. Quería dejar ese nivel para un día más tranquilo y, al ver que nunca llegaba la oportunidad, decidió que lo visitaría en cualquier momento libre.

Paseó por la galería y se encontró con una pieza extraordinaria: la máscara de marfil de Benín. Tenía esculpido en marfil —de ahí su nombre— el retrato de la poderosa Idia, la reina del imperio de Benín del siglo XVI. El cuello del impasible rostro estaba decorado con una gargantilla y escarificaciones que resaltaban dos tiras de hierro alargadas que tenía incrustadas en la frente. Lo que más le impresionaba

era la tiara que rodeaba la cabeza de la reina.

Entonces sus ojos se posaron en el rostro frío y sereno de la preciosa pieza y se estremeció.

Decidió seguir recorriendo la sala y apreciar otras obras maravillosas de ese continente. Unas las había visto en internet; otras no las conocía. La gente pasaba y las admiraba. Algunas personas murmuraban y otras se detenían, se cruzaban de brazos delante de la obra que les llamaba la atención y la contemplaban un rato. Miró su reloj y se dio cuenta de que había pasado allí más tiempo del que se había propuesto, así que se dispuso a salir. Pero antes volvió a ver la máscara de Benín. Esa vez, la impresión que le produjo fue totalmente diferente a la anterior. No sabía si su subconsciente estaba jugándole una mala pasada. En aquel instante la sala se quedó vacía, como si quisieran dejarle intimidad junto a la reliquia y hacer que el momento fuera mucho más inquietante.

Para él, la mirada de la máscara estaba fija en sus ojos, como si le intentase decir algo. Por unos segundos, sintió que Emily Baker le miraba desde el más allá, juzgándole y castigándole por haberla dejado morir.

19

Harry

Febrero de 2020

El hombre que se encontraba delante de él tenía unos treinta y pocos. El jugueteo que se llevaba con un cigarro en las manos le estaba poniendo de los nervios. No comprendía cómo aún no lo había destrozado. No tenía los dientes amarillentos por la nicotina ni parecía muy diestro al darle caladas.

Supo de inmediato que no se trataba de un fumador habitual. Más bien parecía uno de los que lo hacían por ansiedad. Thomas Walker no era atlético, pero tenía un aire resultón. De hecho, en cuanto el inspector lo vio, le recordó al príncipe Harry de Inglaterra, pero en una versión más regordeta y un poco descuidada («un poco» era una manera amable de decirlo).

Aquella vez Harry le había dado las coordenadas a su acompañante para verse en aquel lugar, cerca de St. James, en un bar que no estaba del todo mal. Walker le estaba esperando en la puerta con una expresión de nerviosismo evidente.

—Inspector —lo saludó dándole la mano abrigada con un guante de punto. Harry le correspondió—. Tengo un poco de prisa, así que, si pudiera ser breve, se lo agradecería. Prefiero no entrar para no alargarlo mucho —soltó atropelladamente.

—Claro, lo entiendo. No le robaré mucho tiempo, se lo prometo —le contestó con amabilidad—. Disculpe que le haya hecho quedar aquí, pero creo que es mejor que en su oficina.

—Sí. En mi opinión, cuanta menos gente haya merodeando en conversaciones ajenas, mejor. Y más en una revista. Allí todos somos cotillas de nacimiento y, como verá, me incluyo en el adjetivo. Es una tontería negarlo.

Harry asintió con educación.

—Entiendo. Porque verá, no soy tonto. Puedo ser algo impaciente y un poco torpe al hacer cualquier tipo de movimientos que requieran algo más que andar, pero tonto no soy. Así que —prosiguió después de intentar dar una calada al cigarro que le produjo una tos absurda— entiendo que Emily no se suicidó, como uno puede llegar a pensar cuando le dicen que han encontrado a una persona colgada de una soga. No, por supuesto que no. Si no, un detective no estaría haciendo preguntas sobre su muerte. Así que a la pobre diabla la asesinaron —sentenció de forma rotunda mirando su cigarro.

Harry volvió a asentir. Walker querría irse pronto, pero por lo poco que había visto, ofrecía un perfil muy dispuesto a hablar sobre el asunto. Eran los favoritos de Harry. Le divertía escuchar a la persona y no tener que formular las preguntas. Por lo común, solía hablar más si no se la interrogaba. Se sentía más cómoda y, por norma general, contaba cualquier detalle que, aunque *a priori* no pareciera relevante, podía llegar a serlo cuando intentara encajar ciertas piezas del puzle.

—Cuando alguien muere en extrañas circunstancias, como en un oscuro callejón de Londres, comprenderá que hay que investigarlo.

—Por supuesto, por supuesto —repitió—. Da escalofríos, como si de nuevo hubiera un Jack el Destripador suelto por nuestras calles, acechando a las jóvenes indefensas, ¿verdad? Aunque he de decirle que Emily puede que estuviera indefensa en ese momento, pero no era una muchacha inocente, que digamos. —Harry levantó una ceja, curioso—. No me malinterprete. Nadie se merece lo que le han hecho. Solo digo

que puedo llegar a entender los motivos por los que alguien... tenga arrebatos de ira a su alrededor.

—¿Reconoce que la víctima tenía enemigos?

—Oh, no. Bueno... —respondió dubitativo—, yo no diría enemigos, pero no caía bien. Ya sabe, era una mujer muy segura de sí misma, y además nos enteramos de que estaba un poco enchufada. Ganaba más del doble que cualquiera de nosotros y ni siquiera lo necesitaba. Solo le gustaba fanfarronear.

—¿Fanfarroneaba de su dinero?

—No de forma explícita. Alguna que otra frase, o la manera de comportarse. La ropa que, aunque yo no entienda, sé que era cara. El pelo siempre perfecto, no sé. Esos detalles de los ricos se notan.

—Comprendo. Sin embargo, permítame la pregunta, porque no me ha quedado claro, señor Walker. ¿No era una muchacha inocente porque le gustaba fanfarronear de lo que tenía?

—Uf, no. A ver cómo se lo explico sin que me malinterprete —dijo mirando su reloj en señal de apremio—. No voy a llegar a mi cita, inspector. Me está entreteniendo. Seré breve.

A Harry le apetecía decirle que se estaba entreteniendo solo y, para colmo, no le estaba dando nada relevante, solo opiniones subjetivas y sin peso. Por fin, Thomas apagó el cigarrillo en el cenicero de una de las mesas de la terraza del bar, a las que no se habían llegado a sentar.

—Uf, es que está fatal hablar mal de los muertos. Se supone que eso no deberíamos hacerlo. Es rastrero, ya no pueden defenderse, y mancha su última imagen. No quiero ser de esos. Pero es que Emily no era buena persona.

A Harry le pareció ver que en la frente de Walker había una gotita de sudor. En pleno enero. Era interesante lo nervioso que estaba aquel hombre.

—Solía tratarnos como a seres inferiores, nos hablaba muy

mal. Al principio parecía una chica llena de dulzura y muy simple. La típica rubia que te alegra la vista. —Harry intentó que no se le escapara un suspiro de exasperación—. Como le decía, puede sonar mal, pero cuando llegó a la revista parecía una Barbie dulce. A medida que fueron pasando los días, empezó a tratarnos como si no supiésemos hacer nuestro trabajo. Por no hablar del *bullying* que hacía a las chicas. Sobre todo a Olivia. Pobre Olivia...

—¿Qué le decía?

—Olivia es de tez negra. No se puede decir que sea negra, ¿no? Ya no sé qué palabras pueden ser racistas, inspector. Perdóneme, no quiero sonar mal.

—No se preocupe. —Harry iba a caer en la desesperación con cada nueva frase que soltaba Walker, pero parecía estar llegando a algún lado.

—Verá, pasaba por su lado y hacía movimientos con la nariz como para indicar que olía mal, que su ropa estaba muy pasada de moda... La ridiculizaba. Y todo esto entre risas, ya sabe. Un «ja, ja» detrás de una frase horrible siempre apacigua el ambiente. Pero llegó un punto que no lo hacía. Más de una vez vi a Olivia salir del baño llorando. Pobre muchacha.

Harry recabó en su memoria y pensó en los nombres que le había dado el jefe de Luca para interrogar a sus compañeros. Olivia Musa estaba entre ellos. Excelente haber comenzado con Thomas. Empezaba a formarse una idea de la situación y en adelante podría hacer otro tipo de preguntas algo más directas. O, en todo caso, saber cómo enfocarlo.

—¿Y cree que era por el color de su piel? ¿Piensa que Emily era racista?

—No lo pienso, se lo aseguro —respondió con rotundidad.

—¿Algún detalle que no le haga dudar de esa información?

—Se lo he dicho, inspector, son pequeños detalles. Ahora no caigo en nada relevante, son cosas a las que a uno se le olvidan

por completo. Pero se saben. Supongo que si me hubiese pasado a mí, sabría darle más detalles. ¿Ha hablado ya con mi compañera?

—No. Usted es el primero con el que hablo. Pero espero que ella pueda comentármelo.

—Por favor, no diga que se lo he dicho yo —le pidió.

—No revelo mis fuentes —mintió. Era cierto que no solía hacerlo, pero aquello no era un trabajo oficial, y si necesitaba que Olivia le contara algo, tenía claro que no tendría problema en comentarle quién le había ofrecido esos datos.

—Estupendo, se lo agradezco. Me abochornaría que mi compañera pensase que voy contando chismes de ella por ahí.

—Bueno, creo que es comprensible. Estoy haciendo preguntas sobre alguien que ha muerto. Lo normal es intentar formarme una imagen de la víctima. Nadie es un santo, señor Walker, todos somos humanos, con nuestras luces y sombras. Así que no se preocupe. Prefiero que me cuente cómo fue Emily Baker desde su punto de vista, aunque no sea del todo perfecto, en vez de mentir y decirme que era una hermanita de la caridad.

—Oh, eso no se me ocurriría —negó con una risa algo más calmada. Harry pensó lo mismo. Empezaba a pensar que, a pesar de las numerosas disculpas que Thomas le estaba dando cada vez que hacía un comentario sobre Emily, solo lo hacía para quedar bien delante de él. No parecía un hombre de los que se guardan nada—. No obstante, tengo que decirle que Emily era mucho más sombría de lo que parecía.

—¿Sabía si mantenía alguna relación? —se aventuró a preguntar.

—Oh, era un pajarito libre. Le encantaba tontear con los chicos. Pero es cierto que cambió su actitud cuando llegó el nuevo, Luca. Luca Moore —repitió—. Le será fácil recordar su apellido, señor inspector. Es como el suyo, ¿no?

Harry no pudo evitar una media sonrisa y asintió con la cabeza. Le parecía encantador que la gente no se percatara ni tuviera idea alguna de que Luca y él eran hermanos. En Torquay era muy difícil que no se supiera, pero fuera de allí todo resultaba más fácil y detonaba una cierta privacidad de la que nunca antes había gozado.

—Debo irme ya, señor inspector —repuso él—. Mi mujer me matará.

El inspector no lo tenía por un hombre casado. De hecho, le miró la mano y comprobó que no llevaba alianza.

—Oh, perdone. No sabía que estaba casado. No le he visto anillo.

—Ah, ya —dijo este, de nuevo nervioso—. Es que desde que me casé he ganado unos cuantos kilos y no me entra.

—Vaya, qué pena. —No es que pensara eso realmente, pero no quería dejarle marchar y que pensase que no le creía—. Antes de irse, ¿en qué sentido Emily cambió de actitud cuando llegó Luca?

—Intentó ser más amable. Creo que para agradarle. Supongo que el muchacho se pondría algo difícil y se lo tomaría como un reto. Pero ella seguía siendo igual. A la pobre Olivia le hacía los comentarios en privado, se lo aseguro. Ha llegado a mis oídos. Y bueno, desde que Luca entró a trabajar en la revista, no volví a verla coquetear con ningún chico. Ni en la cena de Navidad, donde cada año montaba un espectáculo. Supongo que le gustaba de verdad.

—¿Cree que se enamoró de Luca Moore?

—Oh, sí. Completamente. ¿Por qué si no iba a intentar cambiar su comportamiento insolente y rastrero? Al menos, a esconderlo de él.

—Puede ser. Y ese tal Luca —dijo intentando no sonar muy evidente—, ¿le correspondía?

—No sabría decirle, no lo conozco mucho. Me parece que

ella estaba bastante más volcada en él. Creo que Luca, justo antes de que Emily muriera, había empezado a ver que no era una niña buena —terminó diciendo. Sacó el móvil y lo miró un instante—. Lo siento, señor inspector, ahora sí que me voy. Ha sido un placer. Espero haberle sido de ayuda y que encuentre al hijo de puta que lo hizo.

—Eso espero. Ha sido usted muy amable, señor Walker. Le rogaría que no fuera contando por ahí que voy haciendo preguntas. Ya sabe, mejor llevar la investigación de la forma más discreta posible.

Thomas asintió conforme y se marchó calle arriba. Harry le vio coger el paquete de cigarrillos de su abrigo y encenderse otro. Aquel movimiento le extrañó. No le cuadraba mucho ir con prisas a algún sitio y ponerse a fumar. Y más en ese hombre, que no parecía muy diestro. Así que el inspector decidió seguirle a una distancia prudente. Había algo que no encajaba en aquel personaje. Quince minutos después, cuando Harry ya casi iba a darse por vencido y seguir su camino, Thomas se detuvo frente a una cafetería y entró. Harry pensó que estaría esperándole su supuesta mujer, pero, aun así, se acercó al local y miró dentro con el menor descaro posible. Su sorpresa fue ver al señor Walker con otro hombre al que no conocía de nada. Su sospecha de que le estaba mintiendo con el tema de su mujer parecía cierta. Aunque tampoco quería obcecarse con ello. Puede que hubiera varias explicaciones coherentes. Como que estuviera incómodo con la conversación y lo primero que se le hubiera ocurrido hubiese sido lo de la mujer. Al fin y al cabo, a la gente no le gustaba que la interrogaran, y mucho menos por un asesinato. Otro motivo podía ser que tuviera que hacer esa parada antes de llegar a casa y en ese caso sí que podría hacérsele tarde.

Sin embargo, Harry lo estudió con detenimiento. Su expresión corporal había cambiado. Estaba más tranquilo,

visiblemente relajado.

Había muchos motivos por los que Harry sabía que aquel hombre no le caía bien. No era alguien con quien le gustaría tomarse un par de cervezas o un buen té. A pesar de ello, le había ofrecido dos cosas. Una, que Emily Baker no caía nada bien a sus compañeros de trabajo.

Y otra, que Thomas Walker era un mentiroso.

20

Luca

Diciembre de 2019

—Entonces ¿te gusta? —repuso Charlotte incrédula, con aire divertido.

A Luca no le resultaba gracioso que le hablara así, a pesar de que a ella le parecía de lo más entretenido. Le recordaba a las situaciones en el patio de la escuela cuando tu mejor amigo de ese momento se entera de que te gusta la chica más guapa de clase y no tienes ninguna posibilidad con ella. Ese último mes, Charlotte había sido una gran ayuda en la revista. Le había facilitado la vida en varios aspectos y presentado a muchos compañeros de trabajo, además de integrarlo en el grupo, por decirlo de alguna manera. Se lo agradecía enormemente. Sin embargo, a veces sentía que se reía de él cada vez que decía algo sobre Emily o esta rondaba cerca de él.

—Déjalo, no se te puede decir nada —le reprochó él.

—Es que me resulta un tanto cómico. Es verdad que los dos sois dos niños ricos, aunque ella está más malcriada que tú, todo hay que decirlo. Pero tenéis personalidades opuestas —argumentó ella.

Luca se encogió de hombros.

—Me tenías que haber conocido antes. Era mucho más galán y sinvergüenza.

—Te creo. Doy mi mano derecha por ello, y a mi mano le tengo mucho cariño. Aun así, no te veo en una relación con

doña perfecta —sonrió—, sobre todo con ese pelo despeinado que llevas siempre. Acabará echándote gomina y domándolo.

Charlotte se lo tomaba todo a broma, y eso estaba bien. Sin embargo, a él ya comenzaban a desesperarle esas conversaciones. Estaba seguro de que Emily quería estar con él, y la realidad era que lo estarían si no fuese por su insistente negativa. Le proponía diversos planes, desde ir a comer juntos, pasear al salir del trabajo o invitarle a su casa. En fin, le sobraban los planes semanales con la chica. Y ella no se cansaba precisamente.

—Bueno, ya veremos —respondió él mientras le daba el último sorbo a su té en la cafetería Pret a Manger en la que estaban.

Habían quedado con un diseñador de moda jovencísimo en diez minutos. Era un chico con un estilo impresionante que se había hecho famoso con sus vídeos en YouTube y, ahora, con su perfil de TikTok, pues se hacía vídeos en segundos para mostrar el progreso de algunas de sus prendas. Para Luca, era demasiado pronto para ponerle la etiqueta de «diseñador». No obstante, Charlotte no pensaba igual. Decía que el talento comenzaba joven y que, si ya se podía ganar la vida con sus diseños, tenían que ponerle nombre y apellido.

Cuando llegó el chico, lo saludaron con la mano y se acercó enseguida. Parecía muy emocionado y para nada nervioso.

—¡Buenos días! ¿Matt... Mateo? —preguntó Charlotte.

—Mateo Domínguez —respondió él con acento español—. Aquí suelen llamarme Matt. Entiendo que en inglés mi nombre es más complicado —explicó con una amplia sonrisa—. No me importa, Matt también suena bien.

—No, no. Mateo, pues —contradijo Charlotte—. Tu verdadero nombre es importante, y si quieres que sea tu marca, ¡que aprendan a decirlo! —repuso ella.

Mateo sonrió y asintió con la cabeza.

Mateo era mexicano. Había llegado a Londres con dieciocho años y la esperanza de quedarse allí gracias a un futuro prometedor después de estudiar diseño de moda. Le dieron una beca y sus padres intentaban pagar lo máximo posible. Cuando vio que era muy caro, se puso a trabajar como dependiente en una tienda. A los veintidós años, ya era toda una estrella en las redes sociales. Eso era lo que Charlotte y Luca habían averiguado antes de verle. Empezaron con las preguntas cuyas respuestas ya sabían para entrar en calor: edad, estudios... Mateo tenía una personalidad muy marcada y mucho desparpajo, controlaba las entrevistas. Ya debía de llevar unas cuantas, estaba seguro.

—¿Crees que esto de las redes sociales tiene futuro para alguien que quiere ser diseñador? —le preguntó Luca, que no tenía ni idea del tema.

—Por supuesto. Al final, esto es una ventana enorme para darme a conocer al mundo. Un escaparate internacional. Eso hace que se diferencie de una tienda local en la que solo te ven al pasear por la calle. Por otro lado, se necesitan ingentes cantidades de creatividad para crear el contenido y, la verdad, ¡de eso no me falta! Aunque es cierto que algún día preferiría trabajar solo con mi patronaje y mis diseños... Pero hoy ninguna marca vale nada si no tiene presencia en las redes. Los jóvenes son el público del futuro, y los que ya pueden comprar o tienen el poder adquisitivo necesario para decidir en qué gastar su dinero también están en las redes sociales. Es muy complicado encontrar a alguien que hoy no las tenga. Si no, se considera un rarito.

Lo decía como si él no fuese joven, y eso hizo sonreír a Luca. Después recordó su perfil de Instagram, al que apenas subía fotos, y supuso que entraría en esa imagen de «rarito» para Mateo o al menos, de viejo. Las dos le valían.

—Estarás cansado de que te pregunten si ganas dinero con

las redes sociales... —Charlotte no lo preguntó, lo afirmó para que él continuara con la conversación.

—Sí, por supuesto. Creo que es porque hay mucho secretismo alrededor del tema porque no saben cómo funciona. Es un trabajo como otro cualquiera. Dedicas tiempo a crear contenido, entretener y educar. Ahora estoy haciendo vídeos fáciles para ayudar a hacer patrones desde un nivel principiante.

A Luca le pareció una idea buenísima. El chico sabía de lo que hablaba y manejaba un saber estar exquisito. Sin embargo, los prejuicios hacían que seguramente Luca, si no trabajara en la revista y hubiese visto a Mateo por las calles de Londres, lo hubiera tachado de, como mínimo, peculiar. Y de no saber qué hacer con su vida.

Llevaba el pelo con tirabuzones de color azul eléctrico. Un jersey blanco de punto y una *bomber* satinada que parecía de los años ochenta que proyectaba luz propia. Los pantalones eran de pinzas y los combinaba con unas Converse de plataforma. Luca estaba convencido de que toda esa fusión de ropa a él le quedaría de pena. Pero Mateo parecía enriquecer su presencia gracias a su manera de vestir.

—Si te parece, podríamos hacer un bonito reportaje a doble página. Podríamos hablarlo con Emily. Le encantará tu estilo, y me parece que esta entrevista no te haría justicia en una página solo con texto —repuso Charlotte.

Luca estaba de acuerdo con la idea de su compañera. Y seguro que a Emily se le daría genial sacar todo el potencial de Mateo.

—Perdonad que os pregunte: ¿Emily Baker?

—Sí —contestó Luca—, ¿la conoces?

—Oh, no. No personalmente —dijo él—. Solo por Instagram. —Mateo tragó saliva un momento y se quedó en silencio. Charlotte y Luca se miraron esperando algo más por parte del

chico—. Nada, es que me encanta su cuenta. Tiene un estilo impecable —argumentó.

Charlotte le dio la razón y sonrió con vehemencia, pero Luca no estaba tan seguro. Al principio no parecía que fuese porque le fascinaran las fotografías de Emily, no parecía estar entusiasmado por conocerla. Daba la impresión de lo contrario.

—Pues lo comentamos con ella en la siguiente reunión y te confirmamos al e-mail que tenemos, ¿verdad?

—Sí. Aunque tardo en contestar, como habéis comprobado. Si queréis os doy mi número de teléfono. Mucho mejor para estos casos. Así me localizáis más rápido y concretamos un día... si al final vuestra compañera decide hacerme el reportaje.

—Por supuesto —contestó Luca—. Seguro que sale. Nos encanta tu trabajo y a nuestros lectores les fascina conocer historias nuevas.

Mateo sonrió y le dio su número a Charlotte, que se encargó de apuntarlo en su móvil y mandarle un mensaje para que la guardara también a ella.

El joven se despidió y agradeció la entrevista. Se levantó y los dejó solos. Luca miró a Charlotte, que pidió otro té y un cruasán para llevar antes volver a la oficina.

—¿Te has dado cuenta? —preguntó con Luca con apuro.

—¿De qué?

—Cuando hemos sacado el tema de Emily... No parecía entusiasmado por su «estilo impecable» —dijo, rememorando las palabras exactas.

Charlotte se encogió de hombros.

—Seguramente le impondrá un poco. Es el efecto que causa Emily en la gente. Y en las redes sociales supongo que más. Siempre se idealiza a las personas.

A pesar del argumento coherente de su compañera, Luca no estaba del todo de acuerdo con ella. Quizá llevara razón, pero en la mirada de Mateo había algo que no le había gustado en

absoluto. Como si cuando el nombre de Emily había hecho acto de presencia sus ojos marrones se hubiesen ensombrecido y hubieran tomado un color mucho más oscuro del que tenían. Al irse, había dudado de si Baker aceptaría hacer su reportaje.

Luca miró a Charlotte, que se levantó para pagar y le hizo un movimiento de cabeza para que retomasen sus obligaciones en la redacción. Luca suspiró abstraído, con el pensamiento en la conversación que acababan de mantener. Al ver a Charlotte relajada y tan parlanchina como de costumbre, se convenció de que estaba montándose películas en la cabeza y lo dejó estar.

Al llegar a casa después del trabajo, escribió a Emily. Ella le había mandado un mensaje para decirle que aquel día estaría fuera de la oficina, pero que si le apetecía cenar con ella, que se sintiera libre de escribirle en cualquier momento. Luca miró a su alrededor. Su apartamento estaba bien. Mejor que bien. Su padre lo había comprado hacía años con visión de futuro. Lo estuvo alquilando durante un tiempo y así tenía otra fuente de ingresos. Ahora era suyo. No tenía que pagar nada por él. Por un instante, pensó en Mera. ¿Estaría compartiendo piso? ¿Le pagarían bien en su trabajo para vivir independizada?

A lo mejor podía proponerle que compartiera piso con él. Tenía dos habitaciones. Después negó con la cabeza al pensar en lo absurdo que era aquello. La echaba de menos, pero no tenía ni pies ni cabeza llamarla después de dos meses y decirle que se fuese a vivir con él. ¿Qué le diría?

—Sería para compartir gastos. De hecho, no tienes ni que pagar el alquiler.

No. Mera era demasiado orgullosa para aceptarlo. La independencia era algo incuestionable. Así que lo dejó estar. Se tumbó en su enorme cama y dejó escapar todo el aire que pudo mientras sostenía el móvil entre las manos.

Debía pasar página. Ella tampoco le había escrito, y quizá era lo mejor para los dos. Pensaba que Mera aún sentiría algo

por su hermano, Harry. Lo presentía en sus miradas cuando se reencontraban a pesar de estar con él, lo que le producía una quemazón irremediable. No podía evitarlo, y eso le frustraba.

¿Estaba siendo un estúpido? Era probable. Varios indicios se lo sugerían. Podía serlo por no llamarla, mostrar interés y explicarle lo mucho que deseaba verla. O también podía dejar de pensar en ello y seguir adelante. Puede que Mera deseara lo segundo. Pero ¿y si también ella estuviera en la misma tesitura y ninguno fuera lo suficientemente valiente para dar el primer paso?

No se trataba de valentía o de cobardía, sino de orgullo. Y eso era peor aún. Luca gruñó de impotencia mientras su cabeza se debatía. Había repetido mentalmente varios insultos sobre su persona, y había estado mirando varias fotos en el móvil en las que aparecía con Mera. Como un tarado adolescente.

Así que no lo soportó más y decidió hacer algo. Algo que dejara a Mera fuera de la ecuación, y aunque sus sentimientos por ella no iban a cambiar —y mucho menos de la noche a la mañana—, optó por seguir adelante.

Marcó el número de teléfono, y al otro lado escuchó una voz de chica que le saludaba con aire meloso y provocativo.

—¿Emily? Estoy libre esta noche. ¿Dónde te apetece que nos veamos? —le preguntó decidido.

Incluso sin verla, por la respiración y el silencio de la chica al otro lado del aparato, se dio cuenta de que ella estaba esbozando una sonrisa por la victoria. A partir de ese momento, la vida de Luca comenzó a cambiar por culpa de Emily Baker.

21

Mera

Febrero de 2020

Por fin había llegado el fin de semana, y esa vez cuadraba con el inicio del mes. El problema era que se le antojaba tedioso. No le gustaba febrero. Resultaba muy frío, corto y lo percibía sin sentido alguno. Era un tránsito entre el frío polar y la primavera que acechaba en el bonito mes de marzo. En conclusión, un mes que solo molestaba y hacía el invierno más largo.

Ese día Mera había prometido que lo pasaría con su amiga Dana y su novia Lyla. Sin embargo, les pidió retrasarlo unas horas. Quería ver a sus abuelos y a su hermana, así que se dispuso a hacer una videollamada. Pero antes se preparó un buen chocolate con pastas. Hacía mucho que no se daba el capricho. Además, cogió una mascarilla hidratante de aguacate y se la puso en la cara. A decir verdad, le daba un poco de asco tener el pringue tanto rato sobre la piel, pero después terminaba agradeciéndolo. Se colocó los auriculares para que su déficit auditivo no le supusiera un problema y pudiera escuchar perfectamente. Nadie sabía el gran alivio que le suponían aquellos aparatitos. Una vez listo el ritual, pulsó el botón verde de llamada.

—Puaj, ¿podría pasarme con mi hermana? —repuso Emma haciendo un gesto de asco.

—Muy madura —repuso Mera sacándole la lengua.

—¿Ya ni te adecentas para hablar con tu familia?

—¿Cuándo me he adecentado para estar con vosotros?

—Pues también es verdad —respondió su hermana con una risita maliciosa.

Emma estaba guapísima. Aunque se veían a menudo por ese medio y solo hacía tres meses que no se encontraban en persona, cada vez estaba más bonita. El pelo rubio le había crecido algo más y sus ojos azules y grandes brillaban.

—¿Dónde está mi niña? —dijo una voz por detrás.

Su abuela Harriet apareció en pantalla. Su cara irradiaba felicidad cuando veía a su nieta mayor. Mera pensó en cuánto la echaba de menos a diario. El confort de tener cerca su presencia. Su olor, sus caricias en el pelo cuando estaban viendo la televisión. La abuela era todo dulzura.

—¡Hola, abuela! ¿Cómo estáis?

—Bien, hija, como siempre. La librería está algo más solitaria. Ya sabes, pasadas las Navidades da un pequeño bajón, pero nada del otro mundo.

Mera asintió. Era lo normal en esas fechas. También les servía para cerrar antes y tener más tiempo para ellos.

—¿Y el abuelo?

Emma miró a su abuela y esta sonrió a su nieta pequeña. Después volvió la mirada a la pantalla donde se encontraba Mera.

—Descansando, cariño. Ha sido una semana muy larga, hace frío y está lloviendo bastante. Le he pedido que se vaya a la cama con un buen té y lea tranquilo. No quiero molestarle.

Mera arqueó una ceja. Esperaba hablar con su abuelo, aunque comprendía que estaría agotado.

—Claro, dale besos de mi parte.

—Por supuesto, cariño. Llámale mañana, que estará ya descansado. Seguro que me regaña cuando le diga que no le he avisado.

—Conociéndole, no lo dudes ni un instante.

La abuela sonrió. Después le hizo las preguntas rutinarias de la semana: dónde había comido, si iba bien de dinero y en qué estaba trabajando. Mera le respondió a todo.

—Pobre Harry, otra vez envuelto en un asesinato.

—¡Pero si es su trabajo! —exclamó Emma.

A su hermana pequeña Harry nunca le había caído bien, y cada vez que lo nombraban intentaba por todos los medios que los que la rodeaban se dieran cuenta.

—Sí, hija. Pero debería estar en Torquay, y eso es extraoficial. No creo que ahora mismo esté haciendo lo que desea.

—Pues no —contestó Mera—. Aunque es inspector. Supongo que es de esos trabajos que no puedes dejar nunca. Siempre va contigo.

—¿Hablas de ti o de Harry? Porque sé de una que es una obsesa del trabajo —contestó su hermana de forma elocuente.

Mera le echó una mirada asesina. Siempre le buscaba las cosquillas, hasta cuando estaba fuera. La abuela se despidió. Quería leer un poco antes de ponerse con la cena, y Emma le contó que iba a salir con unos amigos.

—Espera, quiero enseñarte la ropa que me voy a poner —le dijo a su hermana, subiendo el ordenador escaleras arriba, hacia su habitación.

—¿Desde cuándo quieres enseñarme lo que te vayas a poner?

Emma le dijo que se callara poniéndose el dedo índice sobre los labios. Mera no comprendía muy bien a su hermana, pero decidió hacerle caso hasta que llegó a la habitación, esperó a que cerrara la puerta y su hermana comenzó a hablar.

—No quiero que la abuela sepa que te lo he contado —empezó a decir—. Está muy rara.

—Pero ¿qué ocurre? Me estás preocupando, Emma.

—No lo sé, la cuestión es que no lo sé. Veo al abuelo un poco

cansado, es verdad. La abuela dice que no le pasa nada, que solo necesita descansar. Sin embargo, me ha mirado raro cuando has preguntado por él. Y te ha contado toda esa farsa del frío y el trabajo.

—Bueno, hace frío y están trabajando toda la semana, ¿no?

Emma asintió.

—Ella también lo hace, pero está bien. No sé, al abuelo lo noto raro. Ya sabes que es pura energía y que se pasa el día arriba y abajo.

—¿Quieres que vaya para allá?

—¡Ni se te ocurra! —exclamó ella—. Sería peor, sabrían que te lo he contado. A lo mejor es una tontería.

—¿Desde cuándo lo notas así? ¿Esta semana?

—No... —respondió la pequeña, y se hizo un silencio mientras pensaba en la respuesta—. La verdad es que no recuerdo ver al abuelo siendo él mismo desde lo del hospital. ¿Te a c u e r d a s?

¿Cómo olvidarlo? El abuelo había sufrido un buen susto. El causante había sido un ataque de ansiedad, o eso habían dicho los médicos. Todo empezó con la carta que Alan Moore, su amigo de toda la vida y abuelo de Harry y Luca, le había dejado antes de morir. Ahí le pedía que le perdonara todos los errores del pasado y le confesaba que su hijo, Edward Moore, era el causante de la muerte de los padres de Mera.

El abuelo estaba devastado. Al día siguiente le entregó a su nieta mayor la carta. Le había dolido mucho leerla, había sido horrible leer cada palabra escrita en aquel papel y, aún peor, contárselo más tarde a su hermana pequeña. De hecho, eso hizo que Emma estuviera un tiempo sin hablar con ella.

Era cierto que el abuelo Steve no volvió a ser el mismo. Dejó de ser tan risueño y positivo. Se volvió más precavido con sus nietas y algo más callado. Más ermitaño.

—Puede ser, pero nos dijeron que solo había sido un ataque

de ansiedad. Por lo demás, estaba bien.

—Sí, lo recuerdo.

—Emma, ese día el abuelo leyó la carta de Alan —se sinceró.

Mera le había dado la carta a Emma y se lo había contado todo. Sin embargo, recordó que nunca había llegado a decirle, a ella ni a la abuela, que el abuelo terminó en el hospital por ella.

Observó que su hermana, en tan solo unos segundos, pasaba de la confusión a la ira y luego a la aceptación.

—¿Por qué no me lo dijiste cuando me diste la dichosa carta?

—Te prometo que se me olvidó.

Y era cierto. Con todo lo que había pasado después de aquello, en ese momento estaba intentando sobrellevar su nueva discapacidad auditiva.

Al principio pensó que Emma volvería a enfadarse, pero su hermana comprendió que lo había hecho sin pretensión alguna.

—Bueno, está bien —aceptó—. Ahora todo tiene mucho más sentido que antes.

—¿Tú crees?

—Claro. El abuelo está deprimido. No creo que lo haya superado.

—Supongo que es normal.

—El abuelo me dijo una vez que la peor enfermedad es sufrir por amor. No sabes cuándo puede curarse y peor aún, cuándo dejará de doler. Porque te transforma y te cambia por completo, te convierte en una persona diferente. Para bien y para mal, dejas de ser lo que eras.

—¿Y eso cuándo te lo dijo el abuelo? —preguntó Mera intrigada, esperando que su hermana le contara algún desamor por una vez.

Emma sonrió algo nostálgica y miró a su hermana con dulzura.

—Cuando Harry decidió dejar de hablarte y tú estabas mal.

Yo no llegaba a entender por qué tú te sentías tan triste, así que fue su manera de darme una explicación.

Mera se quedó de piedra, algo avergonzada y sin saber qué decirle a su hermana. No recordaba haber estado tan mal. Su mente había borrado todo aquello. Tampoco era que hubiesen estado juntos alguna vez, pero ella lo malinterpretó y él puso tierra de por medio.

—Así que supongo que habrá que dejarle tiempo y espacio —concluyó su hermana.

—Yo creo que el abuelo es un romántico —respondió intentando quitarle hierro al asunto.

—Digo yo que por algo llevará con la abuela toda la vida.

Mera volvió a sonreír a Emma y se despidieron. Antes le pidió que vigilara al abuelo, y que si había algo que la preocupara la llamara de inmediato y cogería el primer tren a Torquay. No iba a pensárselo ni medio segundo. Tratándose de su familia, no tenía ni una duda en dejarlo todo por ellos.

Aunque Emma había terminado la conversación diciéndole que probablemente no fuera nada, Mera ya no podía dejar de pensar en el abuelo.

Le martirizaba imaginar que pudiera estar más triste por su culpa, por haberse ido de casa. ¿Había sido una mala nieta? Si estaba planteándose aquello, la dependencia emocional de su familia se le estaba yendo de las manos. Sacudió la cabeza para eliminar ese pensamiento.

Mientras se quitaba la mascarilla de la cara y se vestía, no podía dejar de dar vueltas a las palabras de su hermana. Miró por la ventana y se dio cuenta de que podía ponerse a llover en cualquier momento. ¡Qué sorpresa, siendo Londres! Fue al armario y cogió el jersey más calentito que tenía y su chubasquero amarillo. Miró el móvil y vio que Dana ya le había mandado un mensaje con la ubicación para encontrarse en media hora.

Suspiró. Iba a llegar tarde, pero por primera vez no le importaba mucho. Deseó por un instante quedarse todo el día sola en casa alimentando su reciente angustia, aunque sabía que era peor opción y que no la ayudaría en nada.

Entonces leyó otro mensaje de Dana:

Espero que no te importe. Lyla ha invitado a Harry a unirse con nosotras

A pesar de que no lo reconocería jamás, aquello le hizo abrir la puerta de casa con más ganas. Se sintió un poco estúpida, porque en realidad deseaba ver a su mejor amiga. Sin embargo, se dio cuenta de que necesitaba distraerse, y estaba segura de que el inspector hablaría sobre la investigación.

Cuando el aire gélido le dio en la cara, se recolocó la bufanda de modo que le tapara la mayor parte sin perder la visión. Empezó a andar, recordó la explicación de su abuelo a Emma y sonrió mirando al frente. El amor te convierte en una persona diferente.

Para bien o para mal.

22

Harry

Febrero de 2020

Olivia Musa vivía con un par de compañeros de piso al norte de Londres. Harry tuvo que tomar Victoria Line y bajar en la estación Seven Sisters para llegar a donde le había indicado la muchacha. Estaba al sur de Tottenham. Al llegar al pequeño portal, marcó una numeración que le había dicho la chica y entró por el estrecho pasillo. Era diminuto. Había olvidado por completo lo que significaba vivir en Londres sin ser de clase alta. Su hermano y Mera tenían mucha suerte. La vivienda en la capital estaba por las nubes, y compartir piso era la única forma de vivir allí para la gran mayoría de la población.

Al subir las escaleras, se encontró con dos puertas blancas, una frente a la otra al final del pasillo. Harry le mandó un mensaje a la chica para avisarla de que estaba allí. Esperó con paciencia y, a los pocos minutos, una cabeza morena se asomó por la puerta de la izquierda.

Olivia era una chica muy alta. Harry pensó que podría llegar a medir metro ochenta, así que se sorprendió cuando la vio.

—¿Inspector Moore?

—Encantado. Señorita Musa, ¿verdad? —preguntó él de forma cordial.

Ella asintió con la cabeza y le dejó pasar.

—Yo me voy ya, así les dejo tranquilos —repuso un chico que había aparecido de la nada e intentaba pasar entre ellos

por el estrecho pasillo.

Era muy rubio y pecoso. Parecía llevar prisa.

—No me gusta eso de que la poli esté en casa, da mal rollo —repuso este mirando a Harry mientras iba escaleras abajo.

Harry enarcó una ceja confuso a Olivia y esta sonrió algo avergonzada.

—No se lo tenga en cuenta. Paul es así. Yo prefiero que no haya nadie para contarle lo que precise. Ni él ni mi compañera Elisabeth nos molestarán.

—¿La ha echado también?

—¡Por supuesto que no! —exclamó la chica entre avergonzada y algo indignada—. Trabaja en un bar y se ha ido hace un rato.

Harry asintió complacido. Si debía elegir, también él prefería estar a solas con Olivia. Cuanta menos gente supiera que iba haciendo preguntas, mucho mejor.

Ya en el interior, otras diminutas escaleras enmoquetadas llevaban hacia el piso de arriba. Harry suspiró lamentándose internamente y siguió a Olivia. Llegaron a la primera planta, en la que había tres puertas blancas parecidas a la anterior, pero la chica siguió subiendo escaleras.

—Es el siguiente piso. Aquí solo están nuestras habitaciones, y la mía no es muy grande. Será mejor ir al salón.

Harry asintió sin rechistar, aunque por dentro deseaba haber quedado en una cafetería. Se había malacostumbrado a las casas de Torquay o a un buen ascensor en un edificio con apartamentos independientes.

Al llegar, Olivia le indicó que se sentara en el pequeño sofá de dos plazas y le ofreció un té. Harry asintió, y la muchacha fue a coger la tetera. No tenía que ir muy lejos, pues la cocina formaba parte del pequeño salón, o viceversa. En realidad, convergían en una. Le sirvió el té en una exquisita taza de madera. Harry se quedó mirando el objeto antes de darle un

sorbo. Era la primera vez que usaba ese material para tomar el té.

—Era de la familia de mi padre. Viene de Nigeria —dijo ella con tono de orgullo.

—Me encanta, estoy harto de la porcelana —repuso él a su favor.

Ella rio por lo bajo con dulzura.

—¿Es usted nigeriana?

Harry dio por supuesto que, si no lo era, lo serían sus padres. Era una mujer de tez muy oscura y pelo rizado. Aunque lo llevaba recogido en un moño alto, Harry vio varios pequeños tirabuzones rebeldes intentando escapar de la goma que los sujetaba.

—En parte. En realidad soy muy inglesa. Nací aquí. Mi madre es de Stratford-upon-Avon. ¿Hay algo más inglés que el pueblecito donde nació Shakespeare? —le preguntó ella con cierta ironía—. Mi padre es nigeriano. Vino aquí muy joven a estudiar y conoció a mi madre. Lo demás, es historia.

—Comprendo.

—Venía a preguntarme por Emily Baker, ¿no?

Harry asintió.

—Prefiero que vayamos al grano. No es un asunto que me interese, y me da mala espina.

—Es normal. Me han comentado que su compañera era un poco difícil, ¿no?

Olivia suspiró como si estuviese muy cansada.

—Con que difícil, ¿eh? —repitió ella—. Es una forma muy elegante de decirlo.

—¿Cómo la definiría usted, señorita Musa?

—Como una racista sin escrúpulos. Vanidosa, un tanto hipócrita, y siempre se salía con la suya. Era una niña mimada y privilegiada. Y sé que está mal que diga todo esto ahora que está muerta, pero tiene que saber algo, señor inspector: el

mundo es un lugar más bonito sin Emily Baker en él.

Harry la observó unos segundos y se bebió el té mientras esperaba algún otro comentario por parte de Olivia. Se frotó los ojos frustrada y volvió a mirar al inspector.

—Comprendo que lo que estoy diciendo es horrible, de verdad —insistió Olivia, esa vez con los ojos humedecidos por las lágrimas—, pero era una chica muy cruel.

—Eso me han contado —dijo Harry para tranquilizarla—. No se preocupe, este interrogatorio no es ni mucho menos oficial. Digamos que solo quiero hacerme una idea de cómo era y cómo trataba a la gente de su alrededor. Entiendo que para su círculo cercano podía ser una santa, pero para otros podía no serlo tanto. Debe saber que si estoy haciendo esto, señorita Musa...

—Olivia, por favor.

—Claro, Olivia—aceptó. La verdad es que se le hacía muy raro no tutear a una persona tan joven—. Como decía, Emily Baker ha sido asesinada, así que tengo que saber cuántos enemigos tenía y por qué.

—¡Oh! —exclamó ella muy sorprendida—. Claro... Entonces eso me deja en una situación...

—No se preocupe, la sinceridad es clave. Si usted no ha tenido nada que ver, no debe preocuparse en absoluto por contarme su versión de los hechos.

—Bueno, pero ¿con sinceridad? Podría tener muchos motivos para hacerlo. Por supuesto, la odiaba. Me hacía la vida imposible. He estado yendo a terapia porque tuve depresión. Casi cambio de trabajo...

—¿Qué te hacía Baker?

Ella negó con la cabeza.

—Era como si hubiese vuelto al instituto. Se metía conmigo por mi altura, mi forma de vestir... Me dejaba en ridículo. Hacía comentarios sobre mi olor corporal... ¡todo mentira, por

supuesto! Ella se lo pasaba en grande.

—¿Y no pensaste en denunciarla en recursos humanos?

—Claro que sí. Fui incontables veces, incluso hablé con el director, James. El problema es que él la tenía en demasiada buena estima y, por si fuera poco, me enteré de que era un pez gordo. No se podía hacer mucho.

Al oír a Olivia, Harry no pudo evitar cabrearse cada vez más. No podía creer que aún estuvieran en ese punto. Siempre había alguien por encima de la ley, por supuesto.

—¿Y qué hiciste cuando te diste cuenta de que no iban a poner remedio a esa situación?

Olivia se encogió de hombros.

—Me avergüenza confesar que me chantajearon y cedí. Me aumentaron el sueldo. Dijeron que era por el gran servicio realizado en la revista, pero sabía que era para que cerrara la boca y no les denunciara bajo ningún concepto. —Olivia se tapó la cara con las manos y siguió hablando—: Necesitaba el dinero. Tenía que pagar el alquiler y quería comenzar a ahorrar. Ahora lo pienso y sé que hice mal. Debí haberlo denunciado y haberle plantado cara.

Olivia estaba devastada. En su mirada, Harry vio un destello de vergüenza y cabreo con ella misma.

—Tenía miedo. Tampoco sabía si el hecho de no aceptar ese aumento que me proponían afectaría a mi carrera. Que me hicieran una mala recomendación... Sé que Emily tenía buenos contactos. Y no quería echar a perder mi futuro por una niña mimada. Así que cogí el dinero. Pensé que, al menos, ella pararía. Tenía que haber imaginado que no sería así.

—Lo siento —fue lo único que salió de Harry en aquel momento.

—Está de más decirlo, pero yo no la maté. Sé que alguien lo hizo y no me extraña, pero inspector, yo no fui. Supongo que eso es lo que diría el asesino —respondió encogiéndose de

hombros.

—¿Dónde estuviste esa noche, Olivia?

—Aquí, en casa. Al día siguiente era laborable. Mis compañeros podrán decírselo. Cenamos, vimos un capítulo de *The Crown*, que por cierto, se la recomiendo si le gusta el drama intenso, y nos fuimos a dormir. —Olivia suspiró. A Harry le gustó el inciso de la serie, pero no era precisamente la que más le atraía—. Nunca me hubiese atrevido a hacerle algo a Emily. Pero me alegro de que alguien sí. Duermo más tranquila sabiendo que está muerta.

Harry la entendía. La ansiedad y la presión que sentían las personas que sufrían acoso eran inhumanas. Aún tenía que comprobar la coartada de Olivia, pero le costaba imaginar que hubiese sido ella.

—¿Sabes de alguien que pudiera haberlo hecho?

Olivia negó.

—No creo que a nadie que conozca se le pasase por la cabeza matar así, a sangre fría. Luca, un compañero con el que llevaba un tiempo saliendo, discutió con ella la semana pasada. Ya no estaban en su burbuja de amor. Supongo que el muchacho se dio cuenta de lo hipócrita que era. —Olivia, pensativa, dio un sorbo a su taza y por un instante abrió más los ojos—. Bueno, sé de un par de compañeros que estaban obsesionados con ella. Emily era muy precavida a la hora de escoger sus relaciones amorosas y más de uno estaba cabreado. En concreto, Thomas Walker y Ben Carter.

—¿Thomas Walker no está casado?

Olivia se carcajeó con la ocurrencia del inspector.

—¡Por supuesto que no! ¿Quién le ha dicho eso? Lleva obsesionado con ella desde que entró a trabajar allí, y Ben también. La ironía es que ambos son muy amigos.

—¿Por casualidad tienes alguna foto de ese Ben?

—Algo debo de tener en mi móvil de la cena de empresa. Si

no, lo busco en las redes sociales.

Olivia cogió el móvil y comenzó a buscar. Harry acababa de constatar, sin querer, que Walker mentía, y eso era un buen punto a su favor. Tenía que dibujarse un mapa de las personas que conocían a Emily y ver cómo se llevaba con cada una de ellas. Debía aclararse antes de dar otro paso. En su egoísmo, se sentía solo, y echaba de menos a su compañera de comisaría, Katy, que estaba siempre a su lado, ayudándole y dando sentido a sus ideas. Estaba seguro de que Mera la sustituiría a las mil maravillas. Además, también iba a ver a Lyla, oficial de la oficina de Torquay.

Olivia encontró lo que buscaba y enseñó el móvil a Harry. Este hizo una mueca que le provocó una media sonrisa.

—Es este —afirmó la chica.

Harry miró la foto y asintió.

—Gracias, Olivia. Ha sido un placer conocerte. Siento haberte molestado, pero me ayuda mucho saber el máximo posible sobre Emily.

—No se preocupe. Lo entiendo. Cualquier cosa, tiene mi teléfono.

Harry se terminó el té con un sorbo largo. Volvió a agradecerle a Olivia su amabilidad y se dirigió hacia la puerta del salón.

—Inspector —le llamó ella antes de que saliera—. Si encuentra al asesino, dele las gracias de mi parte por haber quitado de en medio a un ser como Baker.

—Sabes que no puedo hacer eso.

—Usted piénseselo —dijo ella con una sonrisa, cruzada de brazos.

Harry se dispuso a bajar las estrechas e interminables escaleras, seguido por Olivia. Cuando llegaron al final, Harry se despidió con un escueto movimiento de cabeza y cerró la puerta de casa de la chica. Era una joven muy guapa, con

rasgos exóticos y, además, muy inteligente. Podía comprender por qué Emily se había cebado con ella. No solo tenía una connotación racista, sino que, en la imagen que se había formado de la víctima, era también vanidosa. Así que la envidia podía ser uno de los motivos por los que acosaba a la joven.

Harry terminó aquel pequeño interrogatorio con cierto aire de felicidad. Le apetecía tener cara a cara a ese tal Ben Carter. Ya lo había visto antes. En esa cafetería en la que Thomas Walker se había reunido con otro hombre. Y casualmente era Ben.

23

Mera

Febrero de 2020

El abrazo con Dana duró una eternidad. A pesar de tener el chaleco amarillo empapado por la lluvia estridente que se cernía en la calle, ella la apretó fuerte contra sí. A Mera le llegó el olor a lavanda de su pelo pelirrojo.

—Ya creía que no vendrías —repuso su amiga.

—Casi le da un tic en el ojo aguantando las ganas de llamarte, pero le pedí que esperara unos minutos —dijo Lyla divertida.

—Me ha costado horrores. No aguanto a Harry —replicó ella con desesperación.

—¿Ya está aquí?

Las dos asintieron y le mostraron con una señal que había ido a pedir algo a la barra. Cuando Mera miró hacia allí, se encontró con los ojos de Harry y le indicó que pidiera un café para ella.

—Bueno, pues ya está aquí Mera. De todas formas, ese hombre no es tan terrible, su humor está mejorando. Hazme caso, he trabajado con él unos años. Es un corderito comparado con cuando le conocí —argumentó Lyla.

Mera se rio y se sentó a la mesa junto a ellas. Se recogió el pelo húmedo en un moño y escuchó a la pareja mientras la ponían al día. Entretanto, Harry llegó con dos tazas. Dana y Lyla ya estaban servidas.

—¿Cuándo piensas volver, Harry? —le preguntó su compañera.

—Pues tengo un mes de vacaciones. Hacía años que no me las cogía. Pero seguro que con Katy en comisaría estáis más contentos que conmigo. No me lo niegues.

—La duda ofende.

—¿Cómo está mi subinspectora favorita? —le preguntó Harry a Lyla refiriéndose a Katy.

—Muy tranquila. La verdad es que, desde que te fuiste —dijo, dirigiéndose a Mera—, la ciudad está muy tranquila.

—Oh, gracias —repuso la aludida—. Lo tomaré como un cumplido.

—Puaj, el café aquí está asqueroso —soltó Harry.

—No lo está —le contestó Mera mientras daba un sorbo al suyo—. Pero tú lo odias. ¿Por qué te has pedido uno?

Harry miró a las mujeres de la mesa y puso una cara traviesa.

—Me espera una noche movida de hipótesis y de recabar información.

—¿De qué hablas? —preguntó Lyla.

—Se está haciendo el interesante —suspiró Dana.

Entonces el inspector explicó a las recién llegadas a la ciudad la situación en la que se encontraba. Sin entrar en muchos detalles, les contó lo básico: estaba investigando por su cuenta un homicidio que habían intentado hacer pasar por un suicidio.

—No sé si es buena idea. ¿Quieres participar en esto? —le preguntó Dana a Lyla, sabiendo que hacía poco acababa de pasar por el asesinato de su hermano mayor.

—Por supuesto. Soy policía. En eso consiste nuestro trabajo —le contestó a su novia. Después Lyla miró a Harry y le pidió —: Dinos qué tienes por ahora.

Harry les comentó todo lo que sabía sobre James Wright, Thomas Walker y Olivia Musa, y sobre los tres interrogatorios de los compañeros de trabajo de Emily Baker.

—A mí, el Walker ese me parece un mentiroso de mierda —soltó Dana.

A Mera se le había olvidado que su amiga no tenía filtro. Decía lo que se le pasaba por la mente y hablar bien no era su punto fuerte.

—Lo es —coincidió Harry—. Es la persona que más me llama la atención. Tampoco imagino el motivo por el que decidió mentirme sobre lo de estar casado. Es demasiado estúpido. Se puede averiguar de manera muy simple.

Mera se quedó pensando en lo que el inspector acababa de contarles.

—¿Todos tienen coartada? —preguntó Lyla.

—Tengo que verificar la de Olivia. Y la de Thomas es junto a Ben. Estoy deseando conocerle.

—Esos dos no parecen trigo limpio —aclaró Lyla—. Además, para estrangular a alguien se requiere cierta fuerza y presión. Cualquiera de los dos cuadraría más que Olivia, aunque esta tuviera más motivos.

—Tú tienes una potencia interesante, eso es una tontería —contradijo Dana a su novia—. Y recuerda que el inspector ha comentado que Emily iba ebria, así que era un blanco fácil para prácticamente cualquier persona.

—Estos casos más agresivos suelen ser por parte de un hombre —insistió Lyla.

—Es cierto—coincidió el inspector—, aunque no puedo descartar nada. La chica no parecía estar rodeada de buenas amistades.

—Resumiendo —quiso concluir Mera—, Emily Baker fue estrangulada en Goodwin's Court e intentaron hacerlo pasar por un suicidio. Suponemos que el asesino puede ser un hombre, dada la fuerza necesaria para ahorcar a alguien, pero no descartamos a las mujeres. Es hija de un ministro y trabaja en *Stunned*. Sus compañeros han afirmado que era una persona

vanidosa, acosadora y digamos que poco amigable. El problema es que uno de esos relatos es de un chico que está algo dolido porque la víctima lo había rechazado y sabemos a ciencia cierta que ha mentido un poco en su relato. Por ahora, eso nos deja solo con el interrogatorio de Olivia Musa.

—Y el de Luca —añadió Harry.

—Cierto, pero no nos has contado el de tu hermano —afirmó Dana, muy interesada.

A Mera no se le había pasado por alto ese detalle. Harry había ido a Londres por petición de su hermano, pero aún no les había contado la información que él le había podido ofrecer y que podía ser, como poco, aclaradora en su visión de la víctima.

—Bueno, la verdad es que Luca está en una situación peliaguda.

Las tres chicas se miraron confusas.

—¿Otra vez? —Fue lo único que pudo salir de la boca de Mera al escuchar a Harry.

El inspector suspiró y clavó sus ojos en los de ella. La miró como si le pidiera disculpas por lo que iba a contarle a continuación.

—Luca se veía regularmente con Emily. Por lo que tengo entendido, no eran pareja, pero habían estado juntos.

—Vaya con el rubio, ¡qué rápido ha pasado página! —vociferó Dana cabreada.

Mera la miró con cierto reproche. Sí, le había dolido lo que acababa de oír. Pero era inevitable. Hacía ya meses que Luca y ella habían tomado caminos separados, y aunque era cierto que ella no había intentado tener ni una cita con cualquier otro hombre, escucharlo de la boca de Harry le había provocado una punzada de dolor extra. Al comprobar la mirada de desaprobación de Mera, Dana le correspondió con un «¿qué?» en voz baja, sin comprender qué había hecho mal.

Harry carraspeó para continuar con su relato.

—La cuestión es que Luca me puso al tanto antes de que interrogara a los demás. Él me comentó que empezó a alejarse de Emily porque, cuanto más la conocía, más le parecía una acosadora. Sin embargo, Olivia me ha dicho que los vio discutir antes de morir —estas últimas palabras las recalcó, dejando claro que no le gustaba nada—. Eso es algo que tendré que hablar con mi hermano, pero ya me avisó de que él quería alejarse de ella.

—¿Sabes qué hizo Emily la noche en que murió? —preguntó Mera.

—No. Después de hablar con Ben, quiero simular lo que hizo aquel día. No puedo ponerme en posición oficial y levantar sospechas, por eso voy preguntando a la antigua usanza.

Mera sonrió a sus compañeros de mesa. Dana negó con la cabeza al mirarla y Lyla se las quedó mirando a las dos sin entender muy bien, igual que Harry.

—Ni se te ocurra, sé lo que significa esa sonrisa. ¿No has tenido suficiente ya?

Ella negó.

—Está bien, inspector —dijo Mera dirigiéndose a Harry—. Los periodistas tenemos un beneplácito no escrito en el que se nos permite investigar sin problemas. Ya sé que nos odias un poquito, pero ahora seremos tu salvación.

—Me he perdido —respondió él.

—Lo haremos a mi manera —le confirmó—. Juntos averiguaremos qué le ocurrió a Emily Baker. En calidad de periodista, uno puede ser todo lo entrometido que le salga de las narices.

24

Harry

Febrero de 2020

El metro se había convertido en su mayor tortura. Echaba de menos su antigualla de Mercedes; a pesar de que necesitaba un nuevo arreglo cada semana, lo llevaba a todos lados y le aportaba independencia y soledad para pensar. El gentío de Londres no le daba esa opción, así que aspiraba a conducir su coche por una Inglaterra mucho menos poblada.

Sin embargo, esa vez el camino se le antojó un poco más dulce. Había pensado que necesitaba estar solo, así que le pareció irónico que, en cuanto Mera le propuso investigar con él, su cuerpo se relajara un poco. Solo un poco. Lo suficiente para decirle que sí. Necesitaba otra cabeza pensante, y aunque no quería que ella sufriera ningún daño, hacía tiempo que había llegado a la conclusión de que él no tenía ni voz ni voto para las decisiones que tomara la periodista. Tiempo atrás las había tomado por ella y no salieron bien. Así que esa vez iba a dejar que le ayudase con total libertad. Al no estar oficialmente como inspector, sino que estaba usando sus vacaciones, se convenció de que las pasaría con Mera.

Iban de camino a un bar del Soho para reunirse con Ben Carter. Solía tener un ambiente de club antiguo y, a pesar de estar un poco desaliñado, al inspector le parecía pintoresco. Esa vez sabía a quién buscaba porque ya lo había visto antes. Esperaba que esa charla arrojara algo de luz sobre el asunto y

le diera un poco más de perspectiva.

—Ben sabe que soy inspector. Se lo comenté cuando me puse en contacto con él. Si no hubiese sido así, Walker se lo habría contado sin filtro —le recordó a Mera.

—No pasa nada, mejor no cambiar la versión —aconsejó ella —. Estoy algo emocionada, nunca he estado haciendo preguntas con un inspector.

Harry se encogió de hombros y le restó importancia.

—Nada del otro mundo. Solo hay que mirar un poco más allá cuando habla el susodicho. Hay detalles significantes.

Mera asintió conforme y se pusieron en marcha hasta llegar a la parada de metro correspondiente. Bajaron las escaleras, dejando atrás el frío de la calle, y Harry intentó coger aire puro antes de entrar en la oscuridad de lo que le parecía un corredor sin salida. ¿Había comentado ya ese día lo mucho que odiaba el metro?

Al salir, el cielo encapotado de Londres hacía que la sensación térmica fuera más baja. Desde días atrás no se veían los rayos de sol, y ya se extrañaban. Además, empezaba a caer la noche y el frío era más latente. En breve cerraría el centro, así que tenían que darse prisa.

Entraron en el abarrotado club y se dirigieron hacia la zona más tranquila, en la que había unas mesas con pocas personas. Allí encontraron a Ben tomándose una jarra de cerveza. No parecía esperar a nadie, pues estaba inmerso en escuchar a la pianista que les deleitaba con una pieza movida.

Harry le hizo una señal a Mera para advertirle de quién era y, cuando llegaron a la altura de Ben, el inspector carraspeó.

—¿Señor Carter? —preguntó Harry con voz grave.

El aludido miró hacia arriba, dejó la jarra en la mesa de manera abrupta y los miró con media sonrisa.

—Ya creía que no vendría, inspector.

—Harry —dijo él tendiéndole la mano—. Ella es Mera, periodista.

—Oh, encantado —repuso él—. Tenía sed y no podía esperar más. Supongo que lo entenderán.

—No se preocupe —repuso Mera, aunque Harry miró al chico con disgusto.

Se sentaron delante de él —ya que Ben había escogido una mesa para cuatro— y le miraron mientras seguía bebiendo.

Mera observó a Harry confundida, pues parecía que a aquel hombre tanto le daba la compañía. Ben era un chico esbelto y corpulento. Pelo rubio y ojos marrones. A pesar de que *a priori* parecía atractivo, sus facciones eran, en conjunto, feas. No era un chico guapo, ni siquiera interesante. Parecía la antítesis de su compañero Thomas. Mientras que el segundo era regordete pero con cierto atractivo, el que tenían delante parecía salido del gimnasio aunque sin rastro de cierta armonía en su rostro.

—Pues díganme, ¿en qué puedo ayudarles?

—¿Qué estuvo haciendo la noche que murió Emily Baker?

—Estaba en casa de Thomas.

—¿Con su mujer? —respondió Harry de manera inmediata.

Ben Carter se atragantó al escucharlo.

—Eh... sí, claro.

—Espero que no sea tan zoquete como para mentirme usted también, señor Carter —empezó a decir el inspector—. Como verá, es fácil averiguar una mentira tan evidente por parte de su compañero Walker. ¿Quiere usted decirme por qué se le ocurrió la genial idea de mentirme?

Ben dejó la cerveza de nuevo y miró a los dos con apuro. Harry fijó los ojos en él sin pestañear ni una sola vez. Quería intimidarlo.

—Entienda —siguió Mera— que se está llevando a cabo una investigación. Los periódicos también queremos dar la crónica y, tarde o temprano, se sabrá cualquier mentira que hayan podido soltar los testimonios porque no concuerden con el resto de la información que obtengamos. Usted verá —dejó caer.

Mientras ella hablaba, Harry no apartaba la mirada de Ben que, en ese instante, escuchaba a su compañera con la boca abierta. El inspector dio por hecho que ese hombre era lerdo o se lo estaba haciendo.

—¡Está bien! ¡Estúpido Thomas! —exclamó—. La verdad es que no sé por qué le mintió. Estaba muy nervioso por el interrogatorio. Se pone fatal, incluso en una simple entrevista de trabajo, le da la histeria. No sé. La cuestión es que me contó que le había dicho que tenía una mujer para escapar lo antes posible de allí. ¡Ya podía haber dicho que había quedado o que tenía que hacer unos recados, el muy imbécil! Supongo que su cabeza de neandertal debió pensar que si decía que tenía mujer no se enterarían de que estaba colado por Emily.

—Entonces, señor Carter, dígame qué hizo esa noche.

—Estuve en casa de Thomas. Esa es la verdad. Su compañero de piso estaba de viaje de negocios y me invitó a pasar el fin de semana.

—¿Cuándo fue la última vez que vio a Emily con vida? —preguntó Harry.

—Uf, bueno... da igual.

Por un momento, Ben Carter les pareció desesperado.

—Le prometí a Thomas que no diría nada, pero total, es peor que se enteren después.

—Efectivamente —reafirmó Mera, intentando que hablara.

—Emily estuvo con nosotros. Y James también, nuestro jefe. Y varias personas de la oficina.

—¿Luca Moore también? —preguntó Harry.

—No, por supuesto que no. De hecho, Emily estaba muy mosqueada con él. Creo que acababa de venir de su casa o algo así. No sé qué ocurrió. La verdad es que aquella noche estaba de muy mal humor. Ya de por sí Emily era insoportable, pero imagínense en ese momento, justo después de pelearse con el príncipe azul.

A Mera se le escapó una risa que intentó contener al instante, aunque Ben no se percató. Harry sonrió.

—¿Qué relación tenía usted con Emily Baker?

—Normal. No sé. Yo hacía mi trabajo y ella el suyo. Soy el secretario del jefazo. En realidad, no me caía mal, lo que pasa es que los amigos tenemos que apoyarnos. Sabía que Thomas iba detrás de ella desde hacía un tiempo, pero Emily no quería saber mucho de él. Aparte de eso y de las veces que me la encontraba por la redacción, no tengo mucho que decir de ella.

—Acaba de decir que era insoportable —apuntó Harry.

—Sí, lo era. Pero no conmigo. Era caprichosa y algo vanidosa, pero hoy en día ¿quién no lo es? Era guapa y tenía el mundo a sus pies, incluido al jefe. Yo también sería insoportable en su situación.

—¿No diría que era una acosadora?

—¿Una acosadora? ¡Pero de qué habla! —le respondió a Mera.

—Sí. Tenemos constancia de algunos testimonios que aseguran que trataba muy mal a ciertos compañeros.

—Bah, tonterías —contestó quitándole importancia con un gesto de la mano—. Ella era así, decía comentarios tontos. Nada importante.

Harry se encendió.

—¿Me está diciendo que Olivia Musa no recibía acoso por parte de Emily Baker?

—Yo... no lo veo así. Bueno, es que me parece una chiquillada. Somos adultos, cada uno se toma los comentarios

como quiere. Si consigues que no te afecten porque esa persona no te importa, ¿qué más da lo que diga? Puede que metiera cizaña alguna que otra vez con Olivia, pero, como le digo, no me parece relevante.

—A su compañero, Thomas Walker, le pareció vital contármelo.

Harry no quería sacar la baza de quién le había comentado qué. Como sabía que eran buenos amigos, esperaba hacer que recapacitase. No obstante, la expresión corporal de Ben seguía siendo la misma. Pausada y descuidada. Tras haber aclarado la mentira de Walker, había perdido el interés.

—Thomas estaba resentido con Emily. No me extrañaría que se lo tomara todo de manera más dramática. Cualquier cosa que la pusiera de peor persona le servía para agarrarse a ella, y así no se sentía tan mal por que le hubiera rechazado.

—Comprendo —dijo Harry dándose por vencido.

—La verdad es que no sé qué le ve. Yo me acosté con ella el año pasado y tampoco fue para tanto. No fue a más, y solo fue una vez, ¡menos mal! No tenía ganas de mentir a Walker más de lo necesario —se sinceró encogiéndose de hombros—. Era guapa, pero no mi tipo. Una pena.

Harry miró a Mera. Se había quedado boquiabierta con las palabras de Ben. A Harry no le sorprendía. Se había encontrado con personas mucho peores que Carter. Solo era un hombre insulso y egocéntrico que miraba por su ombligo. Algo que, por desgracia, abundaba bastante, en su opinión.

—Para concluir, señor Carter, que se nos ha hecho tarde, la noche en que murió Emily se encontraba usted con el señor Walker. ¿Tiene alguna forma de probarlo? Como el señor Walker nos ha mentido, le estaría muy agradecido si nos diera una prueba de ello.

—¿Sirven nuestras partidas a la PlayStation? Son online, y supongo que se quedan registradas. Las jugamos cuando se fue

todo el mundo. Aquella noche también nos echamos algunas fotos, aunque no sé si saldrá Emily. Íbamos algo pedo.

Harry asintió y le pidió que se las mandara.

—¿Esa mentira le traerá problemas a Walker?

—No se preocupe. Si no tiene nada que ocultar relacionado con el asesinato, no habrá problemas. Pero que no vuelva a hacerlo. Cuando pueda, páseme la lista de las personas que estuvieron en el piso esa noche.

—Claro —respondió Ben.

Mera y Harry se despidieron y se dirigieron a casa de ella. Estuvieron callados hasta que entraron en el metro.

—Vaya tío más palurdo —comentó Mera indignada.

—Bastante. Al principio pensé que era una fachada, pero creo que es así.

—Le da igual la muerte de su compañera. Y aún más, la lealtad hacia su amigo.

—Eso parece. No me gustaría tenerlo como tal —repuso Harry—. Lo importante es que ya sabemos qué hicieron. Esa noche estuvieron todos juntos, excepto Luca. Tengo que hablar con él. No quería que me influyera e ir ya con una idea preconcebida sobre sus compañeros, pero ahora que con los otros testimonios me he forjado mi propia opinión, me gustaría comentarla con él.

—Sí, será lo mejor —acordó Mera—. Entonces, esa noche Emily estuvo con Luca, supuestamente discutieron, se fue a la fiestecilla del piso de Walker y, más tarde, salió de allí y la asesinaron. ¿Crees que ha podido ser alguno de ellos?

—Quizá. En eso tendremos que trabajar.

—Ben me parece demasiado troglodita para asesinar a alguien.

—Por desgracia, señorita periodista, esos son los peores. No los ves venir y, además, encaja en que la estrangulara con fuerza bruta y que se pusieran tan nervioso que lo hiciera pasar

por un suicidio, sin saber, por supuesto, que es muy fácil averiguar si se hace pasar una cosa por otra.

—Entonces ¿Ben ha pasado a ser el primer sospechoso de la lista?

—Está compitiendo con Thomas Walker, no voy a negártelo.

Ambos se adentraron en el vagón del metro y prosiguieron el camino en silencio. Tenían que reflexionar y, ante todo, descifrar quién había asesinado a Emily, pues, por lo que habían descubierto, nadie la tenía en buena estima.

Harry suspiró e intentó imaginarse a Emily por las calles de Londres. Alguien la sorprendía por detrás y la estrangulaba hasta matarla. ¿Y después?

Sospechó que la había engullido la fría y penetrante oscuridad.

25

Julio de 2003

En casa todo había ido mejor desde que la vecina y amiga de su madre había aceptado ayudarles hacía ya un mes. Sin embargo, Lauren seguía enferma. A pesar de la medicación que le llevaban a escondidas de su padre, no conseguía reponerse.

Cada vez que un moretón tendía a desaparecer, llegaba otro con el que su progenitor decidía marcar con orgullo su piel. Al menos no la tomaba con ellos, que intentaban ocultarse e ir en busca de su madre para ayudarla cuando él se iba.

Entonces ¿por qué había mejorado la situación? En realidad, porque alguien estaba al tanto de esta. Y su madre se sentía algo protegida. Aunque fuese *post mortem*. Si les pasaba algo, alguien sabría qué había sucedido. Además, tenían dinero para comprar la comida y la ropa esencial. Pero, sobre todo, las medicinas de su madre. Eso era lo principal.

El problema radicaba en que pronto empezarían las vacaciones de verano y estarían en casa todo el día, sin posibilidad de escapar del infierno. La noche anterior su madre había sugerido a la bestia, entre susurros, que los niños podían pasar el verano fuera de allí. Con unos familiares, en Londres.

Ellos se escondieron en el cuarto del niño para escuchar una respuesta. Su hermana tenía miedo de que su madre le preguntara. Seguro que la respuesta sería un rotundo no. O algo mucho peor.

Por desgracia, nunca se equivocaba, y fue algo mucho peor. Arraigado el sentimiento de culpa, los dos hermanos lloraron

juntos mientras se abrazaban y escuchaban el griterío, insultos y golpes a diversos muebles que su padre daba por toda la casa. Esa vez, había destrozado el mobiliario del salón. Una silla, varios jarrones y un par de marcos con sus fotografías. Su madre había recibido dos guantazos que le cruzaron la cara y le partieron el labio. Después, la tormenta se marchó.

El niño fue corriendo a auxiliar a su madre y a suplicarle que no volviera a hacer algo semejante. Él jamás tendría clemencia con ella, pero a ellos pocas veces los había tocado. Podrían soportarlo.

Ella sabía que no podrían, pero su hermano no quería dejar sola a su madre. Le martirizaba el hecho de separarse de ella y que un día, al llegar de la escuela, se la encontraran muerta. Nunca se lo había contado, pero la niña una vez había leído su diario. Le avergonzó leerlo, sabía que no debía y que se trataba de algo privado. Pero creyó que era un cuaderno corriente hasta que se puso a leer y ya no quiso dar marcha atrás.

A pesar de que su hermano pensara que tenían que salir de allí juntos, también con su madre, ella solo quería escapar. Lo había sopesado muchas veces, aunque todas había llegado a la misma conclusión: no sin él. Y no sabiendo que su padre podría encontrarles en algún momento.

Inhaló y exhaló profundamente volviendo a la realidad. Estaba en el patio del colegio sentada con un bocadillo. Era la hora de la comida y veía pasar a grupos de niños divirtiéndose o jugando a la pelota. Su hermano se hallaba delante de ella con su mejor amigo. Lo conocía bien, y aun cuando parecía que estaba distraído, en realidad estaba pendiente de ella. Ella no tenía amigas ni amigos. Lo había intentado, pero terminaban sabiendo que algo no iba bien. Su personalidad no era como la de los demás.

Cuando alguien decía de ir a su casa a jugar o a estudiar, ella se negaba en redondo. Pero también lo hacía cuando la

invitaban a otra casa. Tenía miedo de que su padre se enterara y la tomara con ella al volver. Tampoco hablaba mucho y, cuando lo intentaba, era sobre los estudios o los libros que leía en la biblioteca. Así que durante los descansos se dedicaba a dibujar y a leer, y los libros y los lápices se convirtieron en sus mejores amigos. Podría decir que se sentía sola, pero en cierto modo, no quería estar de otra forma. Le costaba soportar que le rozaran la piel o que estuvieran cerca de ella, a no ser que fuera su hermano o su madre.

Sin embargo, no le importaba lo más mínimo que la tacharan de rara, ni tampoco se sentía sola. Le apaciguaba esa calma en la que nadie pudiera introducirse. Su burbuja, suya personal, la que no pudieran traspasar desde el otro bando. Uno donde no la conocían en ninguna de sus facetas. Por supuesto, eso no hacía que no se diese cuenta del cuchicheo en los pasillos de la escuela o, por el contrario, el silencio al pasar al lado de otro alumno. Le ofrecían las dos caras de la moneda sin un término medio en el que la saludaran o tuvieran un mínimo de preocupación por ella. Los profesores tampoco hacían nada por cambiar el comportamiento de sus compañeros. Estaba segura de que miraban hacia otro lado. Porque no era nadie. No era relevante. Solo les importaba que sacara buenas notas y que no se quejara de nada.

Eso era lo que se decía de manera constante: que le resultaba indiferente y que no necesitaba a alguien cerca. Aunque a veces no estaba tan segura. Cuando veía a su hermano con su mejor amigo en el patio del colegio y se reían juntos. Al leer sus libros y reconocer en ellos la unión de amistad de algunos personajes, lo que les daba el valor y el coraje necesarios para seguir. Ella no tenía algo así. Se aferraba a su hermano, pero en cierto modo nunca sería igual, porque él no estaba con ella por elección, sino por obligación. Responsabilidad y compromiso de parentesco. De sangre. Aquella que corría por su casa y salía

a borbotones por la puerta, vaticinando dolor y sufrimiento. Eso era lo que los unía, y no estaba segura de que, si un día les dieran a elegir entre huir o quedarse juntos, ambos se eligieran el uno al otro.

El timbre sonó alertándoles de que les tocaba entrar en las próximas clases. Vio que su hermano iba hacia la puerta contraria, ya que le tocaba en el ala del edificio que se hallaba delante del suyo. Él, al ver que le miraba, se despidió alegremente con la mano, demostrándole que estaba con ella. En realidad, a esas alturas del año ya no hacían mucho. Acababan de pasar los exámenes finales y estaban ocupados con trabajos extra para terminar con lo que les quedaba esa semana. Muchos compañeros ya ni iban a clase. Se habían ido de vacaciones de verano o preferían quedarse en casa. Ella no tenía esa opción, ni mucho menos la ansiaba como el resto. Deseaba que las clases fuesen eternas para no tener que volver a casa. Recorrió los pasillos medio vacíos y llegó al aula que le tocaba. Literatura inglesa. En esa ocasión se habían embarcado en una charla profunda sobre el bien y el mal en los libros. El profesor les explicaba que, en realidad, todos tenían sus matices y que, aunque la literatura se había esforzado en recrear a gente con una naturaleza humana muy cruel desde su nacimiento, su comportamiento venía dado por diversos factores sociales que les habían marcado en su vida.

Al menos, esa era su opinión, y quería que los muchachos debatieran el tema propuesto. Los pocos compañeros que quedaban en clase rebatían a su maestro. De todas formas, ella pensó que todos los que estaban en esa aula eran críos que no podían comprender el tema. Era complejo, e incluso a ella, que se creía más madura y elocuente que el resto del alumnado, le parecía peliagudo. Sin embargo, sus compañeros estaban enfrascados en el tema, comentándolo y proponiendo diversas películas y libros a modo de ejemplo: los de literatura juvenil

famosa, como la saga de Harry Potter, o algo más adulto, como *El señor de los anillos* de Tolkien, todos ellos con luchas épicas y algo romantizadas entre el bien y el mal.

Por supuesto, su pensamiento difería mucho con el del docente. Nada tenía que ver con lo que él iba argumentando. Se negaba en rotundo a pensar que las personas se volvían oscuras y brutales por la vida que habían vivido. Todo el mundo tenía elección, podía decidir qué hacer con las experiencias vividas a lo largo de su existencia.

Ella lo sabía, lo tenía en casa. Creía en ese mal puro que nacía junto a la persona. A su padre no lo habían hecho así las circunstancias. Eran una familia feliz, su madre era una buena mujer y ellos intentaban ser la mejor versión de ellos mismos. Sin embargo, a él nunca le bastaba. Solo quería beber hasta dormirse y, si no, lo que le hacía sentir mejor era golpear a su madre.

El mal no se hacía, venía dado por nacimiento. Y nadie que no lo hubiese vivido podría certificarlo. Pero ella sí. Su hermano y su madre también podían confirmarlo. Mientras tanto, en aquella aula seguían sobre la mesa debates absurdos sobre el bien y el mal.

—¿Y tú qué piensas? —le preguntó su maestro, señalándola.

El rubor subió por sus mejillas. No quería decir lo que pensaba. No podía dejar un atisbo a lo que ocurría en su casa. Tenía que ser fría al contestar e intentar no responder de manera impulsiva. Así que titubeó antes de hablar.

—Creo que hay personas malas sin razón, profesor —dijo ella —. Por ejemplo, matar a alguien nunca es justificación, por muchas cosas horribles que te hayan pasado.

—Bueno, claro. Pero a lo que me refiero es que, en su mente retorcida, podría hacer ciertas cosas porque las justifica por alguna experiencia.

—¿Qué experiencia puede justificar un asesinato?

—No hablo solo de asesinar. Pueden ser otras opciones en las que no quiero entrar aún, sois menores. En la literatura encontramos otras, como la tortura.

Ella se encogió de hombros.

—Sigo pensando que todos podemos elegir. En mi opinión, si hablamos de maldad, es porque se nace con ella. Nadie puede culpar a otra persona por ser así de horrible.

El profesor estuvo de acuerdo con su argumento y preguntó a otro alumno. El resto de la hora pasó tranquila, al igual que las siguientes clases. Al salir, se encontró con su hermano en la puerta, pues la esperaba para volver a casa.

—¿Todo bien hoy?

Ella asintió agarrándose a su carpeta y quiso compartir con él sus pensamientos.

—¿Crees que papá es malo por nuestra culpa o por algo que hicimos, o él ya era así?

Su hermano la miró sin saber muy bien a qué se refería.

—¿Qué quieres decir?

—Pues, eso... —insistió ella—. ¿Recuerdas alguna vez que fuese feliz con nosotros?

Él la tomó de la mano y asintió.

—Estoy seguro de que lo fue, pero me cuesta recordarlo. No tendría explicación que mamá hubiese seguido en casa con nosotros si pensaba que era así desde el principio.

—Mamá puede equivocarse. ¿Cuántas veces nos han dicho en clase que todos cometemos errores?

—Lo sé, pero esto es diferente —repuso su hermano.

No lo era, pero no quería discutir con él. Debería haber recordado que idolatraba a su madre y que, ante todo, creía que lo que ella estaba haciendo y soportando era lo mejor para ellos.

Quería decirle que abriese los ojos para darse cuenta de que su madre no mejoraría, que se estaba muriendo delante de ellos

y que, después de aquello, no quedaría nadie para protegerles que no fuesen ellos mismos. Porque esa maldad que les rondaba acechaba en su casa agazapada, esperando el momento oportuno para devorarles cuando más débiles estuviesen.

26

Mera

Febrero de 2020

Resultaba raro pensar que Harry pasaría la noche en casa, sobre todo si era para investigar un asesinato. De camino, pusieron muchas ideas en común. En cuanto llegaron al pequeño apartamento, Mera sacó su corcho de la universidad —que, evidentemente iba con ella a donde fuera— y empezó a escribir nombres en papeles que iban recortando, como si fuera un capítulo de *CSI*. Se sentía en una película o serie de asesinatos. Sumado a la excitación que le causaba la posibilidad de hacer justicia a través de una investigación, hacía que la emoción no dejara paso al cansancio acumulado de toda la semana.

Harry iba dándole más nombres y ella iba escribiéndolos a medida que los decía. Le pasaba el papel y este lo colocaba en el corcho que habían colgado en la pared del salón. Habían tenido que quitar la tele y dejarla con sumo cuidado encima de la cama de Mera para tener más espacio y no romperla mientras seguían con la investigación.

Harry se quedó mirando los papeles y después le pidió a Mera un puñado de pósits. En ellos fue escribiendo algunas preguntas cuya respuesta se le escapaba y los fue colocando con los nombres.

—Tenemos a Emily Baker, la víctima de treinta y un años asesinada de madrugada —dijo, señalando el papelito central.

Acto seguido señaló al lado de esta, donde se leía LIAM BAKER y la palabra «tío» entre paréntesis. Junto a este se encontraba el nombre de Jack Baker y, de igual forma, la palabra «padre» escrita.

—Liam Baker es su tío. He podido averiguar que el padre, al que ni conocemos ni ha dado señales de vida, es Jack Baker, un político del Partido Conservador. ¿Por casualidad sabes algo de él?

—Muy a mi pesar, no tengo ni idea de quién es —repuso ella.

—Pues aunque sea inspector, tú eres la periodista en un periódico de prestigio.

Ella se encogió de hombros.

—Eso ha sido un golpe bajo —respondió entre dientes—. De todas formas, intentaré averiguarlo. No es complicado.

De inmediato, tomó su pequeña libreta de topos negros y apuntó el nombre con una interrogación, para que no se le olvidara investigar a aquel hombre.

—Después tenemos su círculo de trabajo: James Wright, su jefe; Thomas y Ben, sus compañeros, a cada cual más insoportable; y Olivia Musa. —En estos nombres había un pósit indicando que ya habían sido interrogados.

—¿Tienes ya los nombres de todas las personas que estuvieron en casa de Thomas?

Él asintió.

—Una persona más. Abigail Davies. La descarto porque se fue antes de que llegara Emily, según lo que ha escrito Ben en la lista que me ha pasado. Lo comprobaré, pero no la considero prioritaria. Por otro, tengo el nombre de Charlotte, una compañera. No me han dicho que estuviera esa noche, pero quería interrogarla, como a los demás.

—Sí, a Charlotte la conocí el otro día.

Harry puso cara de no entender lo que le estaba diciendo.

—Me encontré a Luca e iba con ella. Pero no crucé muchas

palabras, solo le di el pésame por la pérdida de su compañera. También era la primera vez que veía a tu hermano desde que llegué, así que no estuve muy atenta.

—De todas formas, tendremos que preguntar a todo el mundo. Si ella tiene más relación con Luca, a lo mejor nos puede dar otra versión cercana a la de él que no tengamos porque no puede ser objetivo consigo mismo.

Mera se quedó mirando el tablón y se sentó en el sofá.

—Sabemos que esa noche Emily estuvo en casa de Luca. Después de una pequeña discusión entre ambos, se fue a casa de Walker y, cuando decidió irse de allí ya ebria, la sorprendieron y la mataron.

—Sí. Puede que las personas que estuvieron en esa casa fueran las últimas en verla. Es crucial saber cómo estaba Emily o qué tipo de conversación mantuvo con ellos en aquel momento, por si nos da alguna pista.

—¿Sabes dónde vive Walker? —preguntó Mera.

Harry asintió. Ben Carter le había pasado la dirección junto con la lista de nombres.

—Genial. ¿Qué te parece una excusión de noche, con el frío de Londres en pleno febrero, para seguir los pasos de Emily antes de que la asesinaran?

Harry le sonrió.

Llegaron al portal del edificio de Thomas Walker. El frío le entumecía las manos a Mera; se dio cuenta de que los guantes no le servían de mucho. El inspector se mostraba impasible, como si dentro de su gabardina llevara una especie de calefacción encendida. Ella se tocó la nariz, insensible al contacto. Pensó que seguramente había pasado a un tono

rosado chillón y deseó que no se transformara en morado. Su mirada se dirigió hacia el cartel pegado en la esquina del edificio: DRURY LANE WC2. Constaba de seis plantas, incluyendo la baja, y se podían observar unas escaleras de incendios que recorrían la construcción. Los ladrillos estaban bastante desgastados si se comparaban con los de los bloques que había a su alrededor, que tenían mejor aspecto.

—¿Aquí vive Thomas?

—Sí. Esta es la dirección.

—¿Por qué lado crees que fue Emily al salir?

—Viendo dónde está su casa... —El inspector sacó el móvil y abrió el mapa de la ciudad. Tenía varios puntos destacados que Mera no logró distinguir, pero sonrió al verlo algo perdido. Harry, sin levantar la mirada, le contestó antes de seguir—: Como comprenderás, no me conozco Londres de memoria. Esto es más fiable.

—Pero si no he dicho nada... —protestó ella con falsa indignación.

—Creo que fue hacia abajo, hasta Russell Street, y se metió por Covent Garden... Tendría sentido. Al salir de allí, para llegar a su casa tenía que pasar por New Row, una de las entradas donde está el callejón en el que la encontraron. Pudieron pillarla allí desprevenida. Vivía en un ático una calle más abajo, en pleno Soho de oficinas —respondió el inspector completamente concentrado en el dispositivo. Acto seguido, cuando se convenció, le indicó el recorrido a Mera.

—No pienso preguntar cuán caro sería su piso.

—Mejor no. Pero viendo cómo ha acabado la pobre muchacha, al final todos vamos a la misma pocilga.

Mera arrugó la nariz y comenzaron a andar por el camino que Harry había supuesto como si aquella fatídica noche lo hubiese recorrido con Emily Baker.

Bajaron hasta Russell Street y cruzaron por el Royal Opera

House. Las calles ya estaban vacías. La zona del Soho y el teatro era el lugar donde la gente solía salir a tomar algo y a divertirse al finalizar la jornada laboral. A partir de las seis de la tarde, los ingleses se echaban a la calle para socializar. Pero a esas horas, cerca de las doce de la noche, se vaticinaba la calma estridente antes de la tormenta. La periodista no iba a reconocerlo, pero la sensación a cada pisada era, como mínimo, de inquietud. Pensó en el valor que debía de tener Emily para pasear sola por aquellas calles a las tantas, y creyó que era un punto que destacar de su personalidad.

Pasaron por el mercado de Covent Garden. A pesar del ambiente festivo que solía tener, con sus puestos y tiendas cerrados su aspecto era sombrío y algo desolador, como si la alegría se hubiese apagado.

—¿Crees que cruzó por el mercado?

Harry asintió.

—Si iba sola, supongo que querría acortar camino. No tiene sentido que diese toda la vuelta, y más con el frío que hace.

—Cierto. Pero rodear el edificio tampoco supone tanto tiempo, ¿no? Es por considerar las dos opciones.

—Sí. Lo he sopesado. Deben de ser cinco minutos más. De todas formas, no es muy relevante. Si no hay testigos... Todo está tan solitario que no tiene importancia.

Mera asintió con la cabeza y terminaron de cruzar el mercado. Acto seguido anduvieron por New Row y, a mitad del camino, al llegar a la altura de la librería Waterstones, Harry dobló por la calle de su izquierda. El cartel del edificio de ese lado rezaba BEDFORDBURY. El inspector se adentró en la calle. Todos los locales eran tan pintorescos como los anteriores. Cada uno tenía un color particular. A pesar de que la noche no les dejaba apreciarlos bien, se podía percibir uno blanco, otro verde, otro rosa chillón... La acera de enfrente estaba completamente desierta. No había ningún local delante. Un

pasadizo con las columnas negras pintadas con el ladrillo típico de Londres advertía de lo siniestro que era adentrarse en él. Justo encima de la puerta invisible que dejaba el hueco para entrar, podían leerse con claridad los números 23 y 24.

Entraron juntos en el callejón. Era muy estrecho, y el ladrillo, de un tono asalmonado. Podían verlo bien porque a su derecha había un par de pequeños focos encima de una puerta rojo chillón que parecía una vivienda particular.

«¿Cómo alguien puede vivir aquí?», pensó Mera.

Dos pasos más adelante el estrecho callejón se convertía en un espacio mucho más ancho, pero estaba en total penumbra. El frío recorrió los huesos de Mera, aunque eso no era nada comparado con la imagen desoladora que presentaba. Era como si la hubieran sacado de una película de terror. Las ventanas de lo que parecían escaparates de tienda sobresalían de los ladrillos de la pared del callejón. Solo dos pequeñas farolas alumbraban la penumbra de una manera tan tenue que apenas daban luz, complicando la visión.

Entonces la periodista se acordó de algo:

—¿Este callejón no es el de Harry Potter?

Harry la miró sin comprender nada.

—¿El de qué?

—El de las películas de Harry Potter.

—Te estás riendo de mí —repuso Harry muy serio.

—No, en serio, ¿por qué iba a hacerlo?

—Me pillaron algo mayor esas películas —se defendió Harry.

—Pues llevas el nombre del protagonista —le contestó ella con los dientes castañeteando. Se adentraron aún más en el callejón, pero pudieron apreciar más bien poco bajo la luz del farolillo—. Sí, creo que es este. Qué mal rollo.

—Dímelo a mí, que no sé ni de qué estás hablando.

—No creo que sea importante, ¿no? ¿Simple casualidad?

—Opino que no debemos descartar ninguna hipótesis. Pero

no debería significar nada. Solo es un sitio oscuro y sin un alma en la calle, como muchos en esta ciudad y en Inglaterra en general. Escogería este sitio al azar.

Mera asintió con la cabeza y señaló al farolillo más grande, que estaba en medio del callejón. Harry asintió. Sabía a lo que se refería. Ahí colgaron a la muchacha. Ya no había nada que lo indicara, pero no imaginaba otro sitio donde pudieran hacerlo.

—¿Cómo la colgaron aquí? Es inhumano.

—A modo polea. Como ves, tiene un par de escalones —señaló al suelo. Mera no se había dado cuenta. El farolillo estaba al lado derecho de una puerta con dos escalones para entrar—. A modo polea con la cuerda. La pasas por encima, haces un nudo y tiras. Así no es necesaria una fuerza extrema. Es un punto de apoyo suficiente para levantar a alguien.

Ella observó el escenario con detenimiento e intentó imaginárselo sin vomitar. Aún le costaba comprender cómo alguien podía tener la suficiente sangre fría para cometer semejante atrocidad. Quitar la vida era algo impensable, pero escenificarlo de una forma tan violenta le parecía abominable.

Mera volvió a la acera delante de la entrada del callejón. Tenía otra salida en un extremo, pero regresó al punto de partida. En ese momento vio a un hombre tirado en el suelo; no se había percatado antes. Era un vagabundo que dormía entre cartones y mantas. Le dio un tirón a Harry haciéndole una señal.

—No pienso molestar a ese hombre a estas horas. Pero bien visto. Volvamos mañana y esperemos que esté. Puede que nos aclare algo.

Ella estuvo de acuerdo y pensó en llevarle algo de comida al hombre. Le partía el alma verlo allí en plena noche de febrero y, a su vez, le aterrorizaba que pudiera hacerles algo. Era un miedo intrínseco que tenía desde niña; le inquietaba salir de

noche puesto que, una y otra vez, le habían advertido de podían hacerle daño, aunque ese hombre fuese un pobre diablo que solo buscaba un sitio donde dormir y comer. Nunca se sabía... Siempre le quedaría la duda.

—Bueno, creo que tomó esta dirección —siguió Harry—. La única cámara que veo que nos puede servir para observar qué hizo Emily es la que hay antes de la casa de Walker. Eso nos puede decir a qué hora salió de allí.

—Ya, pero ellos también pueden confirmar eso, ¿no?

—Por supuesto. Y ahí podríamos ver si alguno miente —argumentó el inspector.

Volvieron sobre sus pasos algo más rápido e intentando que el frío no calara más aún en sus huesos. Su vaho se unía a la neblina que se estaba creando a su alrededor.

—¿Te quieres quedar en el sofá? Por mí no hay problema, de verdad. Mi desayuno no es como el bufet libre de un hotel, pero algo se puede hacer.

Harry bufó.

—Tu abuelo debió enseñarte a cocinar hace mucho. Qué pena que no hayas salido a él —se mofó.

—Me quedé con la peor parte. Soy igual de obstinada que él.

—No se me ocurriría ponerlo en duda ni por un momento.

27

Luca

Febrero de 2020

La incertidumbre era un sentimiento atroz para él. Había estado varios días intentando resistirse a lo que le provocaba una vez más el no saber qué le había pasado a alguien a quien apreciaba.

La realidad era que nunca había querido a Emily, pero eso no lo convertía en un asesino. Pero era cierto que se lamentaba por todo lo que no había hecho. O por lo que debió hacer mejor. Nunca pensó que no tendría tiempo para decirle a Emily que podía ser buena persona, cambiar de actitud.

¿Le habría hecho daño? ¿Se había muerto con la sensación de un desencuentro amoroso? Esperaba con todas sus fuerzas que no hubiese sido así. Que se hubiese ido en paz con todo lo que tenía.

Reflexionar sobre eso le hacía llegar a la evidencia de que no era así. En absoluto. ¿Cómo iba a irse en paz alguien a quien habían asesinado para, después, colgar su cuerpo moribundo a la vista de cualquiera?

Emily lo hubiese odiado. Esa exposición de vulnerabilidad, de evidencia ante todos. A lo mejor por eso su padre ocultaba la realidad a los medios: a petición expresa de su hija, si hubiese podido comunicarse con él, lo hubiese querido así.

La noche se cernía sobre su apartamento, y a pesar de tener solo una lámpara encendida en el salón, la luz le martilleaba la

cabeza. Sus pensamientos iban y venían a una rapidez insólita y lo abrumaban. Había pasado la tarde viendo fotografías de Emily y de él. Se había metido a Facebook, donde los compañeros de trabajo habían colgado varios mensajes en el muro de ella: «Te echaremos de menos», «Hay otro ángel en el cielo», «Descansa en paz» y un montón de variantes que significaban lo mismo. La muerte convertía en mártir a todo el mundo. En parte, le alegraba que se quedaran con esa imagen de Emily, aunque no sabía si alguna vez había llegado a exteriorizar una faceta dulce y benevolente. Si lo analizaba, la primera impresión de ella fue esa. Conoció una parte encantadora y gentil con cierto aire de picardía.

Volvió a repasar los mensajes de su muro y después se centró en las fotos. No había entrado nunca en el perfil de Emily, más allá del día que la agregó. Ella solía estar más en Instagram y a él no le gustaba mucho esa red social. Se sentía muy mayor —aunque sabía que no lo era— cuando la gente de su alrededor subía contenido a stories o como quiera que las llamasen. Al parecer, ese contenido no duraba más de veinticuatro horas, entonces ¿para qué lo subían? Para Luca, no tenía sentido. Sin embargo, en Facebook podía ver las instantáneas con calma, como si fuera un pequeño álbum de fotografías digitales. Se percató de que Emily había subido un par de fotos con él: en la fiesta de Navidad y la que Harry le había enseñado antes. Supuso que por eso la tenía el tío de Emily. Al final, todos podían acceder a ellas una vez que se dejaba la privacidad al descubierto.

En esa fotografía vio a un Luca aburrido, hastiado y sin interés por la chica. A decir verdad, eso era lo que ocurría, pero le dolía horrores haber mostrado esa faceta suya delante de ella justo antes de morir. Se sentía mal, y después de lo que había pasado en los últimos meses, la culpa no le abandonaba ni un instante, incluso sabiendo que no era responsable de todo lo

que había acontecido.

Apartó el móvil a un lado y se dirigió a la ducha. Pero entonces el aparato sonó.

—¿Charlotte?

—Perdona que te moleste a estas horas.

Escuchó la voz temblorosa y preocupada de su amiga al otro lado del teléfono.

—No pasa nada, estaba despierto. ¿Qué ocurre?

—Es que no sabía a quién llamar y... estoy un poco nerviosa.

—No te preocupes, de verdad. ¿Estás bien?

—Sí... bueno, no. Prefiero contártelo en persona. ¿Te importa venir a mi casa?

—No hay problema. ¿Y tu compañero de piso?

—Se ha ido unos días con su familia, así que estoy sola.

—Vale, está bien. Cojo un taxi y estoy allí en un momento... ¿Seguro que estás bien?

Charlotte jamás había llamado a Luca a deshoras y mucho menos con el tono con el que acababa de escucharla. Su voz sonaba dubitativa y parecía estar aterrada. A pesar de intentar por todos los medios que Luca no lo notara, era irremediable que así fuera.

—¡Charlotte! ¿Estás bien?

Luca entró en casa de la chica y la abrazó con cariño. Estaba en pijama, con un moño despeinado y el rostro algo demacrado. Charlotte cerró la puerta e invitó a Luca a sentarse en el pequeño sofá.

—Siento haberte asustado. No sabía a quién más acudir...

Él seguía sin comprender nada, pero asintió ante la afirmación de su amiga y la dejó continuar.

Ella fue hacia el mueble de la cocina y cogió un sobre blanco que le tendió con cierto miedo. Se percató de que las manos de la chica temblaban.

Luca miró el sobre y lo abrió. Al ver su contenido, comprendió al instante por qué Charlotte estaba así. Como si de un *collage* se tratara, las letras de diferentes formas y colores recortadas y pegadas en el folio mostraban una clara amenaza a su destinatario: SI CUENTAS ALGO AL DETECTIVE, SERÁS LA SIGUIENTE.

—Me ha llamado Olivia y me ha contado que un detective está haciendo preguntas sobre la muerte de Emily —comenzó a decir Charlotte—. Aún no he hablado con él... pero mañana iba a hacerlo.

—¿Sabes quién mató a Emily?

Charlotte negó con la cabeza.

—En ningún momento pensé que la hubiesen matado. Hasta ahora, claro.

—¿Entonces? No tiene sentido, sabes algo que los demás no saben.

—No paro de darle vueltas. Y lo único que puede ser es que ese día la vi discutir con Walker y con nuestro jefe, James...

Al ver que Charlotte estaba temblando, Luca le pidió que se sentara.

—Tranquila, no te preocupes. Estoy aquí.

Ella asintió y se dejó abrazar por Luca.

—Siento mucho decirte esto, pero vi a Emily besándose con James. No quería decirte nada porque no me correspondía y tampoco sabía qué clase de relación teníais.

Luca se quedó perplejo. Jamás hubiese imaginado a Emily con James. ¿Cómo había podido hacerlo? En todo momento parecía que Emily solo había tenido ojos para él... incluso cuando él no estaba interesado.

¿Había llegado a conocer alguna vez a Emily Baker?

—No pasa nada, no éramos exclusivos ni nada por el estilo.

Pero me sorprende, no te lo voy a negar. No tenía ni idea... ¿Cómo lo supiste?

—La semana antes de su muerte los pillé en el despacho. Intentaron disimular y hacer como si nada, pero yo ya los había visto.

—¿Crees que podría ser James?

Ella se encogió de hombros.

—No lo sé, no tengo ni la más remota idea —dijo con lágrimas en los ojos—. Hasta hace poco pensaba que había sido un suicidio. Pero entre los interrogatorios del detective y esto...

—Charlotte, el detective es mi hermano, Harry Moore —le aclaró él para tranquilizarla—. No te preocupes por nada. Solo está haciendo trabajo de campo e intentando conocer mejor la situación de Emily. Esto —dijo cogiendo la amenaza— debes explicárselo para que sepa cómo actuar y tendrías que contárselo todo tal y como estás haciendo conmigo. Es de vital importancia, ¿entiendes?

La muchacha asintió aún con cierto nerviosismo. Luca la abrazó para intentar sosegarla.

—Está claro que el asesino cree que sabes algo de él de suma importancia que podría destapar algo.

—O la asesina —dijo Charlotte—. Nunca se sabe, ¿no?

Luca asintió y le llegó a la memoria el recuerdo de una madre matando al que era su hijo.

—Nunca se sabe.

Siguieron charlando un rato más hasta que Luca le prometió quedarse allí en el sofá. Llamaría a primera hora a Harry y le pediría que hablara con Charlotte lo antes posible.

Al menos en ese momento, la persona que había cometido el crimen acababa de dejar claro que haría lo necesario para que la verdad siguiera oculta en lo más profundo de aquel callejón de Londres en el que mató a Emily.

28

Luca

Diciembre de 2019

La luz entraba tenue a través del espacio que dejaban las cortinas entreabiertas. Los primeros rayos del sol eran los favoritos de Luca. Inspiró y miró hacia su lado izquierdo, comprobando que Emily seguía allí. Respiraba de forma pausada y tranquila mientras dormía profundamente. Siempre había anhelado dormir a pierna suelta, pero desde que tenía memoria, no se recordaba sin estar en alerta a la hora de irse a la cama. Cualquier movimiento hacía que su mente regresara de donde quisiera que el subconsciente le llevara cada noche.

Cuando Emily le invitó a su casa, no creyó necesario llevarse las pastillas para dormir. Hacía meses que las tomaba y le iban bien, pero no quería dar una impresión equivocada a la chica. Así que prescindió de ellas para ese momento.

Fue hacia la ventana en bóxeres y disfrutó con curiosidad de las vistas desde el ático en el que se encontraba en pleno barrio del Soho. No esperaba menos de ella: su apartamento decía todo lo que era. Su gusto por el arte, su elegancia y, ante todo, su estatus, algo que a Luca no le interesaba en absoluto. Había vivido toda su vida encerrado en una mansión gracias a su padre. Al estar en ese sitio, habían vuelto los fantasmas que no quería rememorar. Su compañera por una noche le recordaba un poco a él, pero si hubiese elegido el camino que su padre deseaba. Tenía claro que Emily era el ojo derecho del suyo —

esa constituía la mayor diferencia entre ellos—. Se trataba de una chica privilegiada que había aprovechado las oportunidades de su familia, hacía lo que deseaba cuando se le antojaba y tenía cierto descaro y frescura que Luca reconocía en él mismo. Al menos en el que era meses atrás, antes de todo lo que le había ocurrido hasta ese momento. Antes de la muerte de Daniel, de su abuelo, de su padre y de su mejor amigo.

El recuerdo de todas aquellas pérdidas le abrumó e hizo que se le formase un nudo en la garganta que nacía en sus entrañas, así que no tardó en recoger su ropa y vestirse de la manera más silenciosa y rápida posible, dejando a la chica entre las sábanas. No quería volver a hacer daño a nadie, y solo imaginaba una y otra vez que él era el responsable de toda la destrucción que había aparecido a su alrededor. Ese pensamiento oscuro que rondaba por su cabeza no hacía más que recordarle por qué debía alejarse de la gente que amaba.

Como imaginó durante todo el camino matutino hacia el trabajo, aquella mañana el encuentro con Emily no fue agradable. Pensó en enviarle un mensaje de disculpa por la repentina huida a hurtadillas de su casa, pero no le gustaba ser hipócrita y, mucho menos, hacerlo a través del teléfono. Le parecía impersonal y algo cobarde. Si podía elegir, prefería ser sincero, aunque tampoco quería que la chica se formase una imagen equivocada de él.

Sentado ya en la silla, suspiró entre aquella encrucijada mientras Emily aparecía a golpe de tacón por la oficina. Su paso era firme, fiero y con cierto desdén. Estaba cabreada, y eso lo hacía sentirse más culpable aún, si cabía. Eso sí, se había encargado de que aquella mañana fuese presa de todas las

miradas. Iba despampanante a la vez que elegante, y el perfume que dejaba a su paso hacía que cualquier alma en aquella sala volviera la mirada hacia ella.

—Buenos días —saludó la chica fríamente mirando al frente.

No se dirigió a nadie en particular, solo soltó el saludo en el aire. Algún compañero le respondió, pero Luca no tuvo tiempo ni de pensarlo. Ella se metió en su despacho y cerró de un portazo. ¿Desde cuándo él se dejaba avasallar así? Nunca había sido tímido, al contrario, a veces se pasaba de sinvergüenza. No obstante, desde que había llegado a Londres, no hacía más que esconderse en su caparazón. No se reconocía. Pensó que en la siguiente cita debía hablar del tema con la doctora Brown y preguntarle si había visto en él un cambio o, si por el contrario, solo era notable la transformación en su manera de relacionarse en el nuevo trabajo.

—Madre mía, Baker viene calentita esta mañana —dijo Walker entre risas—. Así habrá pasado la noche.

—¿Perdona? —preguntó Luca con notable aspereza y voz grave.

—¿Tú también, Moore? —rio por lo bajo—. Me refiero a que se habrá levantado con el pie izquierdo. ¿No la has visto? Aunque, por lo que veo, no ha sido la única.

Luca suspiró y asintió a su compañero. Nadie sabía nada y estaba malinterpretando los comentarios, así que intentó relajarse. Thomas solo pretendía hacerse el gracioso, como siempre. Por supuesto, distaba mucho de serlo, y se acercaba más a un mono de feria al que solo quería que prestaran atención un rato por sus payasadas.

Se quedó mirando hacia la puerta del despacho de ella y decidió que, si no tenía mucho trabajo —ya sabía que apenas tenía, porque le habían cambiado una entrevista—, hablaría con ella a la hora de comer y así podría aclarárselo todo de la mejor manera posible. Al menos, antes de que algún inocente

fuese la diana de la furia de aquella mujer por su culpa, y nadie deseaba ver a Emily enfadada.

Horas más tarde, Luca se encontraba frente a Emily en una cafetería Starbucks que había cerca de la oficina. La muchacha apenas se había dignado a mirarle a la cara, pero, a regañadientes, había aceptado la invitación de Luca. No a comer, pero al menos en un descanso un par de horas después.

—Mi tiempo vale oro, Moore —repuso visiblemente asqueada.

Él advirtió que solo lo llamaba por el apellido cuando estaba mosqueada. Y vaya si lo estaba. Una parte de él no pudo por menos que sonreír al escucharla.

—¿Te hace gracia que pierda mi tiempo contigo?

—No, por supuesto que no —la contradijo él con rapidez—. Lo siento —se disculpó—. Es solo que no esperaba que me dieras la oportunidad de explicarme a pesar de lo de esta mañana.

—Ah, ¿te ríes de que esté aquí como una estúpida esperando una explicación coherente a tu plantón?

Luca negó con la cabeza.

—No me malinterpretes. —Al oírle, las mejillas de Emily se encendieron de rabia—. Me refiero a más aún. Dios, hoy no tengo el día ni las palabras correctas —repuso él con torpeza—. Quería decir que entiendo que estés mosqueada por lo de esta mañana. Yo no soy así. Al menos, si voy a irme, suelo comunicarlo antes de cruzar la puerta.

Emily emitió un gruñido y cogió su vaso de té matcha para darle un sorbo. No iba a interrumpir a Luca. Le dejaría explicar su ridícula excusa hasta que se aburriera.

—Me levanté pronto, no quise despertarte y... —Aquello no iba a ninguna parte, así que fue por la vía directa—. No quiero hacerte daño.

—Oh, creía que no serías tan imbécil como para decir el famoso «No es por ti, es por mí».

—Pues parece que sí —respondió Luca, avergonzado. Se llevó la mano al pelo rizado alborotándoselo como acto reflejo.

—Esto es increíble. ¿Es que una ya no se puede divertir? Vamos, Luca, no pensarás que soy la típica chica que se enamora el primer día y vive entre nubes de algodón... —argumentó—. Bueno, puede que viva en esas nubes si me apetece, porque podría hacerlo, pero no es el caso.

Luca levantó una ceja confuso.

—Lo que pretendo decirte y dejarte claro es que si quieres irte de mi casa después de acostarnos, vete. No me importa. Pero dímelo. Yo no quiero nada serio y está claro que tú tampoco —se sinceró mientras le señalaba—. Lo que me gustaría es que fueses tan transparente como lo estoy siendo yo. Me atraes, nos divertimos y punto. ¿Te parece bien? Aquí nadie se ha enamorado. Ya somos mayorcitos para los cuentos de hadas, y si sucede, pues damos parte al otro y aquí no ha pasado nada.

Notó que él mismo se sorprendía. Luca siempre había sido muy expresivo, así que pensó que Emily estaba viendo cómo calaban sus palabras a medida que iba soltándolas.

—Supongo que he malinterpretado la situación —respondió, encogiéndose de hombros—. De todas formas, no es solo eso. A mis espaldas llevo una mochila cargada de traumas...

Emily le detuvo en seco con la mano extendida en el aire.

—Unos que no quiero saber. No me interesan. Ni a ti los míos, por supuesto. Para eso estamos, solo para divertirnos. ¿Entendido?

Luca recordó algunas de sus aventuras amorosas en Londres. Entre su primer amor, Aletheia y Mera, el último, hubo años y años de esa manera de relacionarse que relataba Emily. Lo había olvidado por completo. Sus pocos meses en Torquay le

habían cambiado de una manera tan radical que ni siquiera había pensado que podía volver a tener una relación sin preocupaciones. Sin ataduras. Sin sentirse culpable una y otra vez.

—Entendido —fue lo único que pudo expresar.

La chica hizo una mueca con la boca que parecía una sonrisa, pero incluía un enigma inquietante que despertó en Luca ansias por desentrañarlo de forma inminente.

En ese momento la vio más bonita de lo que ya era. Mientras que la idea de alejarla de él iba diluyéndose por completo, comprendió que había algo más en Emily que no conocía y que deseaba identificar con el tiempo. Y aunque una parte de él sabía que la chica tenía algo oscuro, intentó fijarse solo en lo que necesitaba. En aquello que le ayudaba a evadirse del dolor que sentía dentro. Vio así un lugar donde refugiarse de la tormenta que intentaba emanar de manera imperiosa desde su interior. No es que Emily fuese precisamente la calma, pero tenía tal fiereza en la mirada que hacía que la de él reposara como un cachorro asustado ante sus ojos.

29

Harry

Febrero de 2020

A la mañana siguiente, Harry se plantó a primera hora en Bedfordbury para buscar al hombre que dormía entre mantas la noche anterior. Mera tenía que trabajar, así que fue solo y le llevó un montón de comida proporcionada por ella, que se sentía algo culpable por la condición de aquel viejo diablo. Le había ayudado mucho. Había conseguido despejar su mente y hacerse un esquema mental de la situación.

Y no solo eso. También había observado el horror en los ojos de Mera al ver el camino que supuestamente Emily recorrió antes de su muerte. Si ella iba asustada estando junto a él, comprendió que Baker podía haber sentido el mismo temor, y eso le cabreaba aún más, puesto que cabía la posibilidad de que hubiese sido cualquiera que no tuviese nada personal contra la chica. Solo estaba en el lugar equivocado en el peor momento posible. Si los monstruos paseaban a sus anchas con el sol brillando, cuando caía y entraba la noche podían dejar fluir sus fantasías más terribles y ejecutarlas sin piedad. Nadie se percataría de ello, puesto que en la siniestra quietud se les permitía campar a sus anchas mientras el resto del mundo mira hacia otro lado, donde la luz lo cobija de cierta forma.

El hombre seguía en el mismo sitio. Llevaba un aspecto dejado y sucio, y estaba envuelto en sus mantas. Delante tenía un cartel en el que ponía que necesitaba dinero para comer.

Harry se acercó con delicadeza y le ofreció la bolsa de alimentos. El hombre lo miró con desconfianza.

—En realidad no es mío. Es de parte de una amiga que le vio ayer. No es buena cocinera, pero le aseguro que ha puesto su alma en esta comida —le dijo de forma pausada.

El vagabundo se destapó con la mano derecha y cogió la bolsa que Harry sostenía y le ofrecía de buen grado.

—Dios la bendiga. Y a usted por traerla hasta aquí —repuso mirando el interior de la bolsa—, aunque algo de dinero también me vendría bien.

El inspector esperaba que dijera aquello y asintió al hombre.

—¿Sabe? Yo también lo creo. Pero antes de dárselo me gustaría hacerle unas preguntas. Si es tan amable de responderlas, le daré el dinero. Le prometo que será suficiente para unos días.

—¿Se está riendo de mí?

—No, señor. Todo lo contrario. Le ofrezco un cambio. Información por dinero. Los ojos de un hombre de calle valen mucho más que los míos, se lo aseguro.

El vagabundo siguió mirándolo con desconfianza.

—¿De cuánto estamos hablando?

—Cuarenta libras.

—Setenta.

—Cincuenta.

—Está bien, está bien —gruñó el hombre.

Harry sonrió triunfante. Era mucho más joven de lo que había creído al principio. Después del rato que llevaba mirándolo se había dado cuenta de que tenía una expresión jovial escondida tras la suciedad y un pelo enmarañado y desaliñado.

—Dígame, ¿qué quiere saber de un alma en pena como yo?

—Puede que no lo recuerde, pero necesito que haga un esfuerzo. Habrá visto y oído muchas cosas, por lo que puedo

entender que sea complicado lo que voy a pedirle. —Harry hizo una pausa teatral, lo observó con detenimiento, comprobó que el hombre le prestaba toda la atención posible y prosiguió—: ¿Recuerda a la policía rondando por la muerte de una muchacha en este callejón? —preguntó señalando hacia el hueco en la pared.

El hombre abrió muchos los ojos antes de responder.

—Oh, sí, sí. Fue terrible. Uno ve muchas cosas, pero me acerqué enseguida al oír los gritos de la mujer que la encontró. Así que la vi. Esa pobre muchacha colgada como una marioneta. Parecía una muñeca...

La mirada del hombre se quedó fija en un punto. El inspector imaginó que estaba rememorando el horrible momento.

—Sí. Tuvo que ser terrible. ¿Así que esa mañana estuvo aquí? ¿Eso quiere decir que también había pasado la noche en esta calle?

—Ya sé lo que va a preguntarme. Y le diré lo mismo que a los oficiales que vinieron aquella mañana. Yo no sé nada de nada.

—¿No escuchó ni vio pasar a la chica o a su agresor?

—Noté que alguien se tropezaba con mis cartones. Era una chica, porque la oí maldecir entre dientes. Podría ser ella, pero también cualquier otra... Después oí otros pasos. No puedo asegurarle nada, no abrí los ojos, seguí intentando dormir. Bastante tengo con lo mío.

Comenzaba a enfadarse. No era lo que Harry quería, pero necesitaba que recordara algo. Lo que fuese. Si había podido diferenciar entre dos personas pasando por su lado en un periodo corto de tiempo, cabía la posibilidad de algo más.

—Entonces ¿es posible que fuesen la chica y su agresor?

El hombre se encogió de hombros y se arropó un poco más entre las mantas, como si se escondiera. Miró a ambos lados de la calle y le pidió al inspector que se acercara.

—La noche era terrible. Muy fría. Yo apenas tenía movilidad entre las mantas para no dejar resquicio al viento. Pero creo que sí, que eran ellos. El problema es que más tarde escuché un par de voces. Y no parecía que estuvieran mal ni gritando. Eran una chica y un muchacho hablando. No daba la impresión de que fuese a matarla, ¡ni mucho menos!

—¿Pudo escuchar algo?

Su testigo negó con la cabeza.

—No, lo siento. Es todo lo que puedo decirle. Me despertaba y me volvía a dormir, así que no sé si mi información le servirá de ayuda.

—¿Le dijo algo de esto a la policía cuando vinieron a preguntarle?

—Les conté lo primero que le he relatado a usted sobre las dos personas que pasaron cerca de mí. Lo otro no. Lo recordé horas más tarde y puede que me confundiera, pues estaba adormilado.

—Comprendo —respondió Harry satisfecho.

Al menos había sacado más información de la que se había figurado en un primer momento. Bastante más, de hecho.

—¿Es usted policía?

—Algo así —repuso Harry mientras sacaba el dinero y se lo ofrecía al vagabundo—. Siento haberle causado alguna molestia, pero me ha sido de gran ayuda charlar con usted. Ante todo, siento también que encontrase a la víctima en esas condiciones. Tuvo que ser terrible.

El aludido afirmó con un movimiento de cabeza.

—Al principio pensé que la mujer que gritaba estaba loca, porque lloraba y balbuceaba en el sitio mientras señalaba al aire. Cuando fui a ver qué diantres le pasaba y la vi allí suspendida... La muchacha vomitó y yo lo hice justo después. El rostro... eso era lo peor... Tenía un color... y los ojos...

Harry sabía a lo que se refería. La congestión de la cara solía

ser muy acusada en la estrangulación. De hecho, era uno de los motivos por los que el ahorcamiento no era la causa de la muerte de Emily. Se podía diferenciar, ya que en la persona que se ahorca —o a la que ahorcan— el rostro tiene un aspecto pálido y mucho más apacible. Se diría que es una forma más bonita de morir. En contraposición, la estrangulación es más violenta y sobrecogedora de ver, sin lugar a dudas. Atroz, como quien comete el crimen. Da a entender la fiereza y la monstruosidad de terminar con el aire de la víctima.

Por eso el inspector odiaba que civiles o gente no acostumbrada a tratar con cadáveres —sobre todo en ese estado— se tropezasen un día cualquiera con la crudeza de la peor cara del ser humano. La mayoría de las veces esos encuentros poco fortuitos hacían que se replantearan su vida. Por un lado estaba bien recordar que nadie es inmortal y que, por supuesto, en cualquier momento puede llegar una desgracia. Sin embargo, el inspector deseaba que no hubiese sido de ese modo. No así, no de manera tan despiadada.

Antes de despedirse del hombre, Harry recordó algo.

—Señor, ¿recuerda cómo eran las voces? Lo que sea, cualquier detalle, aunque le parezca intrascendente.

El hombre se quedó mirando al inspector y pareció que intentaba recordarlo con todas sus fuerzas.

—No podría decirle... La chica tenía una voz dulce y algo aguda... ¿Puede ser? Supongo que como todas las jóvenes. La voz del hombre también era jovial. Ahora que lo pienso, él parecía enfadado. Sin embargo, ella no. Al menos es lo que percibí por el tono de voz de ambos.

—¿Su voz no era de asustada o de enfadada?

—Enfadada seguro que no. No sabría decirle si asustada, pero no me dio esa impresión. Ya le digo que no me llamó la atención como para despertarme.

Harry asintió conforme, le dio las gracias y se dispuso a

marcharse. Tenía suficiente. Bien era cierto que no podía confiar plenamente en la palabra de aquel vagabundo, pero quería agarrarse a algo. Un hombre estuvo con Emily la noche que murió. En aquel callejón, y estaba disgustado. Era su hipótesis desde un principio, pero en ese momento casi estaba confirmado.

Nada como un buen testigo de a pie para relatar todo lo que los ojos de un detective no han podido ver.

30

Mera

Febrero de 2020

Después de dar un par de vueltas a su último borrador sobre el artículo del confinamiento en la ciudad de Wuhan, decidió por fin enviárselo a su jefe para que lo revisara. Había trabajado en él más de lo que creía. Como había entrevistado a más gente de la que esperaba, y después de varios testimonios, una parte de ella sospechaba que ese asunto podía ir a más y una inquietud latente se instaló en sus pensamientos. Aun así, se dispuso a desecharlos, al menos hasta que no fuese realmente preocupante. Si llegaba aquel virus, estaba segura de que tardaría más de lo que decían al otro lado del mundo.

Cuando su jefe le dio el aprobado, llamó a Charles para ponerse con la investigación de Emily Baker. Él le reconoció que había averiguado más bien poco y que estaba a punto de tirar la toalla. Acababa de empezar con unos casos de drogadicción. Al parecer, su compañero se interesó por las muertes por sobredosis que tenían su epicentro en Escocia y que se estaba yendo de las manos por parte de las autoridades.

—No sabía que estabas con esto —repuso Mera cuando se lo comentó entusiasmado.

—Llevo tiempo leyendo sobre el tema. Cada vez es peor. He ido a una clínica en la que están aumentando los casos de manera considerable, ya no por mes, sino hasta por semana. Ha muerto mucha gente por el uso indebido de drogas. Y quería

comparar el caso de Escocia con Inglaterra. Me parece, como poco, curioso.

Mera se quedó perpleja.

—Es interesante, sí. Pero creía que solo te encargabas de sucesos locales.

—De vez en cuando, nuestro jefe es benevolente y flexible. Si un tema se atasca, nos da algo que nos guste para reavivar nuestra llama de periodista intrépido —respondió de manera dramática.

—¿No vamos a trabajar juntos en el caso de Emily Baker? —preguntó ella algo confundida.

—Sí, por supuesto —contestó alegre—. Solo te explicaba en qué ando metido ahora mismo, pues tengo muy poca información respecto al asesinato del Soho.

—Vamos, que estás excusándote por ser un mal periodista —bromeó ella.

Charles le sacó la lengua fingiendo un enfado que no existía.

—Lo más relevante que tengo es que están esperando los resultados de otra autopsia para verificar si hay indicios de ADN del agresor. En el primer examen no han hallado restos de otra persona. Tampoco de violencia. No fue violada ni parecía haber un motivo sexual.

—¿No te parece raro?

—¿Por qué lo dices?

—Si fuese un asesinato aleatorio, lo suyo es estrangular simple y llanamente. En general, ¿esta clase de gente no lo hace para sentir control sobre la víctima? Eso conlleva siempre violencia y control sexual.

—Sí, pero ¿quién ha dicho que sea aleatorio? Comprendo que la policía baraja esa opción. Pero creo que el asesino conocía a la víctima.

—Estoy de acuerdo. Me parece un buen argumento a la ausencia de la agresión sexual.

Charles asintió para darle la razón.

—Has estado investigando, ¿eh?

—Sí. Ya te comenté que me interesaba el caso.

—Pues tengo poco más. Me vendría bien algo de ayuda, y así saco lo de la drogadicción. ¿Te parece bien si te envío lo que he recogido y me vas informando con lo que averigües?

A Mera se le iluminó la cara. Contar con la información de la que disponía Charles e investigar sin dar explicaciones a su compañero era el combo perfecto. Así podría ir por libre con Harry.

—Muchas gracias, Charles.

—Ya te dije que me comprometía a que estuvieras en esto. Me encantará ver cómo le cierras la bocaza al tirano de nuestra oficina.

—Lo estoy deseando. —Y con ese anhelo concluyó que debía llamar a Harry para que la pusiera al corriente y viceversa.

Mera se quedó esperando en el Pret de Tower Bridge, solo una calle más allá de The News Building. Pidió un café, se sentó y se puso los auriculares para aprovechar el rato antes de que Harry llegara y hablar con su familia. En la imagen apareció su hermana. Llevaba una coleta rubia estirada y una sudadera gris.

—¡Llamas al abuelo y no a mí! —repuso indignada.

—No te hagas la ofendida, que tienes que ser de las pocas de tu generación que ignora los mensajes.

—La verdad es que es muy propio de mi generación no contestar y responder por redes sociales, pero tú eres una antigua.

Mera suspiró y escuchó una voz que se acercaba hacia su

hermana.

—¿Alguien ha dicho «antiguo»? Porque me parece una falta de respeto.

Acto seguido apareció su abuelo detrás de su hermana Emma.

—Se refería a mí —confesó Mera entre risas.

Su abuelo le sonrió desde el otro lado, apartó a su hermana y cogió el teléfono de forma que solo se le veía un ojo y la mejilla.

—Abuelo, aléjalo un poco. Como lo tenía Emma antes.

—Sí, sí, así lo hago...

Mera negó con la cabeza mientras veía al abuelo batallar con el dispositivo. Al darse cuenta de que no tenía remedio, prefirió seguir con la conversación.

—¿Cómo estás?

—Mejor, hija, mejor. Me siento cansado, pero la edad, ya sabes.

—¿Y la abuela?

—Ha ido a comprar verduras y algo de fruta. Le he dicho a tu hermana que la acompañe, pero tu abuela se ha negado.

Mera asintió. Sabía de lo que hablaba. Ella se quedaba más tranquila al ver a su hermana junto a su abuelo. Tenía un surco oscuro bajo los ojos y se le notaba agotado.

—¿Tú qué tal estás?

Mera le comentó por encima lo que pasaba y concluyó confesándole que estaba esperando a Harry en la cafetería. La mirada de Steve se iluminó.

—Me alegro, *honey* —dijo con total sinceridad—. Hay veces que el pasado pesa demasiado para seguir cargando con sus bártulos.

—Yo no cargo con nada, abuelo...

—Anda que no, todos lo hacemos. Eres muy joven para entenderlo, pero es así.

Mera se quedó mirando a la pantalla un rato.

—A ver si puedo ir a veros en breve. En cuanto terminemos con la investigación, voy un fin de semana.

Steve negó con la cabeza.

—No, cariño, tú disfruta de tu vida en la gran ciudad. Ya vendrás cuando estés más tranquila. Te echamos de menos, pero llevamos muchos años sin dejarte un poco de espacio. Hazlo por nosotros y recorre cada sitio de Londres.

Mera asintió.

—Te quiero, abuelo.

—Y yo, hija mía, yo más.

Mera sonrió con dulzura al escucharlo. Había estado tan enfrascada en la conversación que no se había percatado de que una figura estaba plantada de pie, frente a ella. Harry había llegado y la miraba con cariño.

—Oh, lo siento. Estoy hablando con mi abuelo.

—¿Es Harry? —se escuchó al otro lado del teléfono—. ¡Déjame saludar!

—Abuelo, por favor...

—*Honey*, te quiero con todo mi corazón, pero no te crie como a una maleducada, así que más te vale voltear ese dichoso aparato.

Mera refunfuñó y le ofreció a Harry el auricular derecho. Este la miró extrañado hasta que vislumbró a Steve en la pantalla que le mostraba ella.

—Señor Clarke, qué alegría verle.

—Cada día se te notan más las arrugas, Harry, cada día te pareces más a tu abuelo —dijo este a modo de saludo.

Harry sonrió. Mera recordó que al inspector siempre lo comparaban con su padre, y eso era algo que aborrecía. Sin embargo, al hacer referencia a su abuelo, algo en su semblante cambió. Como si le hubiesen regalado el mayor cumplido.

—Lo que le decía, una alegría —bromeó—. ¿Todo bien?

—Sí, muchacho, todo estupendamente. Espero que no os metáis en muchos problemas y cuídamela, ¿eh?

Mera estaba a punto de replicar. No necesitaba que la cuidasen, y mucho menos Harry, después de todo. Sin embargo, algo en su interior le recalcó que era mejor no llevarle la contraria al abuelo.

—Siempre, señor Clarke —respondió solemne el inspector.

Steve se despidió de ambos y ella colgó. Harry puso su té para llevar en la mesa y se sentó frente a ella para darle un reporte de lo que había conseguido hablando con el sintecho.

—¡Eso es una noticia buenísima! —exclamó entusiasmada mientras él bebía un gran sorbo de su té.

—Bueno, es solo un dato relevante, aunque de una procedencia algo dudosa —repuso modesto.

—¡Vamos, Harry! Ese hombre nos ha dado algo valioso. Ahora sabemos que era un hombre y que, además, estaba enfadado con ella.

—Mejor aún, un hombre que la conocía —aclaró este.

La cafetería se hallaba abarrotada. Había comenzado a llover de forma torrencial. Pocas veces caía el agua con esa fuerza en Londres. Por norma, la lluvia estaba entre la llovizna y una constante caída sin mucho vigor, haciendo del paraguas un elemento prescindible. Así que aquella energía por parte del agua había pillado por sorpresa a los ciudadanos que iban andando tranquilamente por las calles. La solución más factible era refugiarse en la primera cafetería hasta que pasara la tempestad. Por eso Mera tenía que apretarse el audífono cada dos por tres, ya que no paraban de escapársele palabras de la boca de su acompañante. Sin embargo, por las que conseguía captar, entendía la frase completa sin necesidad de pedirle a su interlocutor que se las repitiera. Esa situación empezaba a ponerla de los nervios y había notado que sus exclamaciones de felicidad sonaban más estridentes de lo habitual.

—¿Qué te hace pensar eso?

Harry comenzó a hablar, pero esa vez en un volumen más bajo. Eso hizo que Mera tuviera que echarse hacia delante de manera disimulada.

—... más conveniente —terminó de explicar.

Mierda. Se mordió el labio con impotencia. No había logrado captar nada hasta las dos últimas palabras. El inspector la miró sin comprender y ella, en un gesto nervioso, volvió a apretarse el aparato como si fuera un tic automático.

La sorpresa llegó cuando el inspector se levantó y se puso a su lado de inmediato. Él la miró y le sonrió con dulzura. Harry tomó la mano que presionaba su oído y la entrelazó con la suya. Se dio cuenta de que estaba rígida e inflexible. Pero él siguió como si nada.

—Si la víctima no mostraba irritación o miedo en la voz cuando la del hombre parecía enfadada, sería lo más conveniente.

Mera se quedó petrificada. Él no había requerido ningún tipo de explicación, pero en su magnífica empatía le había otorgado la complicidad suficiente para que no necesitase mencionarle lo angustiada que se sentía por no haber podido oírle bien, por no haber seguido la conversación como antaño. La impotencia que sentía en esos momentos le impedía pedirle que repitiera las palabras.

Harry lo había visto en sus ojos; aunque ella se resistía, al final lo miró con estos anegados en lágrimas. Cuando una de ellas resbaló por su mejilla, él se la limpió con torpeza con el pulgar. El inspector no era el mejor en movimientos románticos y delicados, pero ese demostró más para ella que todos los años que habían pasado juntos.

—Nunca te avergüences de ser quien eres, Mera —le pidió él.

Asintió con una inevitable rojez en las mejillas. Pensó que una quinceañera se vería con más talante que ella en ese

instante. Cuando estuvo a punto de agradecérselo, Harry cambió su posición de inmediato, retiró su mano de la de ella y dejó paso al detective, obviando todo lo anterior.

—De todas formas, ningún juez dará por válido este pobre argumento —pronosticó.

Ella carraspeó al darse cuenta de que el momento había pasado y se recompuso.

—Es muy débil. Pero menos da una piedra. En cualquier caso, podemos seguir una de las hipótesis que barajábamos.

—¿Cuál de ellas, señora periodista?

—Emily Baker murió estrangulada por un hombre que la conocía. Uno que estaba enfadado con ella. La siguió desde la casa de Thomas Walker y aprovechó el lugar más oscuro y recóndito para estrangularla. Después la colgó para intentar hacerlo pasar por un ahorcamiento. Tendría sentido, ¿no? Sobre todo porque, al no ser un asesino profesional, no sabría lo fácil que es para la policía identificar si fue intencionado o no.

Harry sonrió orgulloso de la explicación.

—Yo agregaría algo más, aunque debo decir que esto es totalmente de mi cosecha.

— ¿Y es?

—La persona que mató a la chica estaba con ella en casa de Walker.

—Eso cierra bastante el círculo. ¿De verdad piensas que fue alguno de ellos?

Harry asintió y dio otro sorbo a su té, para después dejar el vaso vacío encima de la mesa. Miró a un lado y a otro cerciorándose de que nadie estuviera escuchando su conversación.

—En esa pequeña fiesta entre supuestos amigos y compañeros se encuentra el asesino de nuestra querida Emily Baker. Sé que solo es una intuición, pero el motivo de su

muerte suena a venganza por doquier.

31

Julio de 2003

El verano caía rotundo en Inglaterra. Los días de colegio habían finalizado y, con ello, muchos ingleses habían comenzado sus vacaciones de verano. Había pocos días de calor extremo, pero ese era uno de ellos. Su padre también disfrutaba de unas jornadas de vacaciones. Siempre decía que el bar no le daba descanso, pero parecía que había podido aprovechar los días que le correspondían. Eso significaba que o los seguía pasando donde quiera que fuera cuando no estaba en el trabajo ni en casa o decidía quedarse con su familia para torturarla más aún. Por eso su madre hacía un esfuerzo extra. Se levantaba temprano, preparaba el desayuno e intentaba que todo estuviera ordenado en casa. Tanto su hermano como ella ayudaban lo máximo posible en las tareas, dado que en verano los cuatro pasaban toda la jornada bajo el mismo techo.

Su padre llevaba un par de días de mejor humor gracias a las notas de ambos. Habían conseguido calificaciones excelentes y eso había relajado el ambiente. A pesar de ello, la niña no quería ni podía bajar la guardia. Tenía la absoluta certeza de que, después de los maravillosos días de paz y calma, en cualquier instante la tempestad regresaría mucho más violenta y cruda que en días pasados. Había ocurrido antes, justo el día de Navidad. Su padre parecía gozar de muy buen humor hasta que el alcohol matutino hizo efecto, dando por concluida la bonita velada invernal. Rompió los regalos y ridiculizó a su hermano, haciendo que su madre saliera en su defensa y

recibiera varios golpes por ello.

Por eso llevaban en casa encerrados desde que su padre había decidido quedarse allí con ellos. Nadie se atrevía a salir. Su hermano, que había visto a su padre de buen humor en el desayuno, había intentado preguntarle en voz muy baja si podía ir un par de horas a casa de su mejor amigo, pero, por supuesto, para sorpresa de nadie este se negó en redondo argumentando que debían estar en familia durante las vacaciones.

Era la hora de la comida y estaban todos alrededor de la mesa. La niña levantó la mirada de su plato y la dirigió hacia Lauren, su madre. Ambas habían preparado juntas un pastel de carne con patatas asadas de la mejor manera posible. No sabía cocinar muy bien, pero su padre insistió en que su hermano debía hacer tareas más pesadas con él en la parte trasera del jardín. Eso les dio algo de ventaja a ellas, que debían ir un poco más lentas dadas las escasas fuerzas que tenía su madre últimamente.

Aquel día, Lauren había hecho un esfuerzo titánico para levantarse de la cama. Cuando tosía, se encogía y estremecía por partes iguales. Se había quejado de dolor en las costillas cada vez que lo hacía y los hematomas en su estómago no menguaban, así que eso la preocupaba el doble. Por lo general, solían desaparecer con el paso de los días.

El timbre de la puerta la sacó de su ensoñación e hizo que los pequeños se irguieran y se quedaran rígidos.

—¿Quién narices es ahora? —vociferó su padre, y se giró hacia el niño—. No habrás sido capaz de decirle al estúpido de tu amigo que venga a convencerme, ¿verdad?

Su hermano se apresuró a negar con la cabeza en silencio.

El timbre sonó otra vez y su padre se retiró con rabia de la mesa, haciendo que se tambalease la silla en la que estaba sentado. Se dirigió a la puerta, posó un ojo en la mirilla y

gruñó para sus adentros antes de abrir.

—¿Sí? —preguntó él de mala gana.

—¡Oh! Buenas tardes, Helmer. No sabía que estabas en casa. —La voz de la mujer que se hallaba al otro lado parecía sorprendida.

—Es mi casa. ¿Dónde creías que estaría?

—Pues no te he visto últimamente por aquí —dejó caer.

—¿Estás vigilándome, mujer?

Su madre se levantó de inmediato al oír la conversación. La mujer que había detrás de la puerta era la vecina que tanto les había ayudado durante ese último mes. Su padre no debía saber que había visitado la casa, y mucho menos que conocía el estado en el que se encontraban. Acto seguido, tanto la niña como su hermano se quedaron detrás del arco del salón, observando la escena en silencio y con cautela.

—Por supuesto que no, es un pueblo pequeño. Ya sabemos que trabajas mucho. —Se notó ironía en su voz—. Oh, Lauren —saludó al ver a su madre.

Esta estaba en el umbral de la puerta, unos pasos por detrás del hombre, con los brazos cruzados.

—Un placer verte por aquí. ¿Necesitas algo? —preguntó su madre con dulzura y cuidado.

—Eh... sí —titubeó—. ¿No tendríais por casualidad un par de manzanas? Vienen invitados a casa y he pensado en hacer un pastel en el último momento.

—Con dos manzanas no tendrás suficiente, ¿no? —repuso Helmer receloso.

—No, claro que no. Tengo más, pero me faltan un par para completar la receta.

Helmer rechinó los dientes, visiblemente molesto.

—Lo siento, querida, no nos quedan a nosotros tampoco —le anunció Lauren.

La vecina la estudió con descaro. Ellos sabían que solo se

había acercado a la casa para comprobar cómo estaban. No era usual ver a su padre allí tanto tiempo.

—Pues lo siento mucho. Una buena mujer siempre debe estar preparada para cualquier imprevisto —soltó su padre a la recién llegada, y se dispuso a cerrarle la puerta en las narices. Entonces un pequeño pie se interpuso entre la puerta y el umbral de esta antes de que se cerrase.

—Oh, bueno. ¿Vivimos ahora en el siglo XIX, Helmer? —dijo la vecina desde detrás de la puerta.

Su padre abrió de nuevo con ganas y le gritó sin modales:

—¿Qué mierda quieres?

—Quiero que sepas que la gente habla, y que tengas cuidado con cómo tratas a las personas. Cuando menos te lo esperes, acabarás muy mal.

—¿Estás amenazándome? ¿Desde que te hicieron oficial de pacotilla te crees mejor que el resto? Te he visto en mi bar con tu compañero, así que deja de vigilarme, zorra.

—Insultar o amenazar a un oficial se considera una infracción penal, Helmer. Ten cuidado con lo que dices.

—Necesitarías a alguien que confirmase que he hecho algo semejante y yo solo estoy hablando con mi vecina, ¿verdad, Lauren?

La mujer miró a la aludida suplicante. La niña pensó que todo estaba empezando a tornarse de un negro horripilante. Todos iban a salir mal parados. Cerró los ojos apretándolos con fuerza, deseando que todo pasara rápido. Notó la mano de su hermano cogiendo la suya y le susurró que estuviera alerta.

—Helmer, déjala. Aquí no ha pasado nada. Siento no tener las manzanas que necesitas, Larissa. —Al terminar, ella misma se encargó de cerrar la puerta.

Lauren tocó el hombro de su marido y le susurró que fueran a comer, restando importancia a la situación y a su vez con una mirada llena de miedo. Lo peor llegó después. Al otro lado de

la puerta, Larissa gritó:

—Como vuelvas a tocarle un pelo vendré con mis compañeros, Helmer. Y ellos no son benevolentes.

El silencio fue ensordecedor. Tanto que los pasos de la vecina alejándose se oyeron a la perfección.

—Helmer —suplicó la madre.

Fue lo último que salió de su boca aquel día. El monstruo reapareció con una rabia propia de un animal hambriento. Cerró la puerta principal con llave y, tomando a la niña del brazo, tiró tanto de ella como de su hermano. Lauren forcejeó con él y le rogó que los dejara en paz. Él ni siquiera la miró. Los llevó al sótano y los empujó como si fueran dos marionetas de papel.

—Habéis sido vosotros, ¿verdad? Carroñeros... —escupió con desprecio—. Os doy la vida, la comida, un techo bajo el que dormir, y traicionáis a vuestro padre.

—No, por favor —imploró su hermano—. Nosotros no hemos dicho nada.

Él le cruzó la cara tan fuerte que lo echó hacia atrás y lo hizo caer de culo en el suelo.

—¿Me tomas por estúpido? No os preocupéis, aquí nadie os va a oír. De ella me encargaré ahora —dijo señalando hacia arriba, refiriéndose a su madre—. Aprenderéis a comportaros muriéndoos de hambre —vaticinó.

Subió las escaleras y cerró la puerta dejándoles casi a oscuras. Solo unos diminutos rayos asomaban por debajo. Rápidamente, la niña fue hacia su hermano para ayudarlo a incorporarse, pero él no lo hizo, sino que abrazó a la pequeña y los dos se quedaron quietos.

—Si gritas, los mato —le escucharon decir.

Su hermano la abrazó más fuerte y se arrastraron hasta la esquina del sótano. Solo pensaba en sobrevivir. Al menos, allí no parecía hacer tanto calor como en el piso de arriba y,

además, acababan de comer. Podían aguantar un tiempo.

—¿Lo hará? —preguntó la niña en un susurro.

Notó que él negaba con la cabeza.

—Pero no sé si madre podrá aguantar mucho más...

Ella sí lo sabía. La respuesta era muy simple. No. Más allá del sótano, podía percibir el ruido de la pelea solo por los golpes y los llantos de su madre que, en una silenciosa promesa, había jurado no hacer ruido por la vida de sus hijos.

Maldijo a la vecina por haber ido a su casa. En su ingenuidad, había pensado que estaría de su parte y que les ayudaría a sobrevivir, cuando la realidad era que lo único que había conseguido había sido agravar la situación. En ese momento se le escapaba el concepto de amistad. Si tan amiga era de su madre, ¿cómo había sido capaz de provocar semejante tragedia? Y si era policía, ¿por qué no lo arrestaba?

Detestó ser una cría. Había tanto que su mente no abarcaba a comprender que la frustración le ardía en las entrañas. Tampoco su cuerpo ayudaba. Flacucha y sin fuerzas para enfrentarse a su padre. Miró a su hermano entre la penumbra y lo estrechó más fuerte. Anheló que todo acabara rápido, de la forma que fuese. No conocía más que aquella miserable vida, y comenzó a antojársele poco otra diferente. Estaba tan cansada de vivir con miedo y de mantener sus huesos y carnes en tensión permanente que el agotamiento le privaba de sus ganas de seguir viva.

¿Pensaría su madre igual? ¿Dejaría de seguir luchando? Probablemente sí. Supuso que en los últimos meses lo habría imaginado, pero su mirada cambiaba cuando se percataba de la presencia de ellos. De la ayuda constante de sus hijos. De las palabras de ánimo que fueron tornándose en un silencio compartido y cómplice entre los tres. Sus ojos brillaban cuando ellos entraban en su habitación y la calmaban. Si en algún momento había pensado en rendirse, abandonaba la idea por

sus hijos.

Por desgracia, se trataba de un sentimiento que la niña no podía comprender. No era madre, y dudaba de si seguiría viva el tiempo suficiente para llegar a serlo. En ningún momento había imaginado ese tipo de escenario, pero a esas alturas necesitaba un motivo para seguir queriendo respirar, para batallar como lo hacían su hermano o su madre cada segundo de su miserable vida.

Aunque algo había sacado en claro: si terminaban saliendo con vida del sótano, sabía que no aguantaría mucho más. Así que se prometió que si la policía no hacía algo ni nadie podía ayudarlos, haría lo necesario para que aquel infierno finalizara.

Y para ello tendría que acabar con su propia vida o con la de él.

32

Harry

Febrero de 2020

El día había amanecido gélido. Tanto, que incluso por una vez agradeció meterse en el metro, hasta que lo hizo y recordó lo horrible que era. Lo que más odiaba no era la gente agolpada en un vagón diminuto para todos los que pretendían entrar —eso también, por supuesto— sino que, cuando llegaba un nuevo tren, la gente, en vez de esperar a que salieran los pasajeros, empujaba para entrar al tiempo que los otros bajaban. Y claro, si no lo hacía él también, se quedaba sin sitio una vez dejaba salir a los demás. Y a todo esto se le sumaba que la línea central era la peor.

«La falsa educación del londinense», pensó con cierto fastidio. Bajó en la parada de Tottenham Court Road y anduvo a paso ligero hacia un edificio del tradicional ladrillo rojo. En la parte baja se situaba una librería preciosa que indicaba ser por y para brujas. En el escaparate, un cartel rezaba LA HISTORIA VIVA DE LA MAGIA, y en la puerta había un par de escobas de bruja en color marrón claro y oscuro. El local era de un turquesa vibrante y le resultó un lugar bastante curioso para un hombre de ciencia como él. Dos pasos a su izquierda, la cafetería que andaba buscando.

En ese preciso instante se percató de que no paraba de frecuentar cafeterías londinenses y, en consecuencia, de que en la última semana llevaba en el cuerpo más tés de los que quería

reconocer.

Al entrar, encontró a Luca sentado con una chica de pelo castaño. Intuyó que sería Charlotte. Esta estaba visiblemente nerviosa y sonreía impaciente a su hermano. Cuando Harry llegó hasta Luca, este se levantó para saludar, igual que la muchacha.

—Siento la tardanza. Había huelga en el metro y dos de ellos no han pasado —se quejó resoplando mientras caía en la silla.

Luca tomó el móvil y se lo pasó a Harry para que pidiera por la *app* del sitio en el que estaban.

—Oh, ¿en serio? Un día dominarán el mundo —contestó señalando el móvil—. Pídeme un té y un desayuno completo, sin habichuelas, por favor.

Luca se rio por lo bajo.

—No cambiarás nunca.

—Pues no le veo la desventaja —replicó divertido.

Charlotte los miraba en silencio. Seguía con la sonrisa nerviosa, y Harry se sintió mal por haber sido tan desconsiderado.

—Perdona, no estoy siendo profesional. Pero digamos que, en realidad, no estoy de servicio. Es un desayuno entre familia y amigos —le contó a la muchacha.

Luca le había puesto al corriente de la personalidad de su compañera y de las circunstancias en las que se encontraba en ese momento. Una mujer algo nerviosa e impulsiva, pero bromista y risueña. Esperaba que, si su entrada era informal, se sintiera más tranquila para relatarle aquello por lo que su hermano le había urgido que se encontraran. El problema era que quería hablar a solas con ella, sin Luca.

—No tiene importancia. Sois hermanos, comprendo que sería raro si te comportases de un modo más formal —repuso con un sonrisa dulce.

—Ya he pedido —anunció Luca.

—En realidad, me gustaría hablar con ella a solas —repuso el detective con la mayor delicadeza que le fue posible.

—Para serte sincero, Harry, lo había pensado. No quiero interponerme en tu trabajo, ni mucho menos. Pero no sé si Charlotte prefiere que me quede.

Él la miró esperando una respuesta. Ella dudó unos instantes y concluyó indicándole que estaría en buenas manos.

—Voy a la barra a decirles que me lo pongan para llevar y, cuando terminéis, me avisáis. Aprovecharé para comprar un par de plantas para casa.

—¿Tú también te has vuelto un loco de la jardinería? —preguntó Harry intrigado.

—Siempre viene bien un toque verde. Deberías probarlo —le aconsejó, al tiempo que le daba dos palmaditas en el hombro. Se despidió de Charlotte y se dirigió hacia la barra.

—No te robaré mucho tiempo, más bien el único que quieras para que me hables sobre Emily Baker.

Charlotte asintió al inspector y pareció que cogía todo el aire de la sala antes de hablar. Tomó el bolso y empezó a buscar dentro. Mientras tanto, llegó el desayuno a la mesa. Harry intentó no relamerse delante de su testigo.

—Esto me lo dejaron en el buzón de casa.

Le tendió un sobre con un papel que desdobló viendo lo que había en su interior.

SI CUENTAS ALGO AL DETECTIVE, SERÁS LA SIGUIENTE.

A Harry le pilló por sorpresa. Las letras recortadas de distintas revistas y con colores y formas diferentes hacían que la nota fuera escalofriante. Sin embargo, ya había vivido algo parecido en Bruselas cuando empezó allí como inspector, aunque las cartas iban dirigidas a él, no a los testigos.

—¿Crees que se refiere a mí? ¿Alguien sabía que ibas a

verme, aparte de tus compañeros de trabajo?

Charlotte negó con lágrimas en los ojos.

—¿Cuándo viste la nota?

—Anoche. Cuando llegué a casa, la encontré en el buzón. Llamé a Luca de inmediato, no sabía qué más hacer. En ese momento no tenía ni idea de que erais familia, me lo dijo cuando se la enseñé —le explicó Charlotte. Le temblaban las manos. Cuando ella se percató, intentó esconderlas posándolas en sus piernas—. Lo siento, es que me dio un pequeño ataque de ansiedad al ver la carta —terminó de relatar.

Harry asintió y le sonrió.

—Es normal, respira hondo —le pidió él.

Estuvo unos minutos intentando que se calmara. Le dio bastante pena. Le pasaba a menudo con algunas de las personas a las que entrevistaba. Muchas no podían aguantar el tipo, y más si pensaban que su vida estaba en peligro. Emily había amanecido ahorcada, y eso significaba que la advertencia le indicaba que podría acabar de la misma forma.

—Comamos un poco y, mientras lo hacemos, siéntete libre de comentarme lo que te apetezca, como si fuese mi hermano. Aunque ya sé que él es más apuesto y galán —bromeó guiñándole un ojo—, pero ya me entiendes.

Ella se relajó y tomó el tenedor con la mano izquierda. Harry parloteó y fue preguntándole temas triviales. Lo que odiaba el metro, o el frío que estaba haciendo en aquellos días. Terminó con su trabajo en *Stunned* y una Charlotte mucho más sosegada le relató lo que sabía.

A Harry le impresionó descubrir la aventura de James Wright con la joven Emily Baker a espaldas de su hermano. Ahí habría algo de lo que tirar y, a fin de cuentas, serían motivos suficientes para mandar la amenaza a Charlotte. Sin embargo, no tendría sentido que matara a la muchacha. Si la quería y mantenían una aventura, no era suficiente. Pensaría en ello

más tarde.

Sin embargo, no le sorprendió la discusión que mencionó Charlotte entre Walker y Baker. Ya tenía a Thomas en el punto de mira desde que le mintió la primera vez que se vieron y quizá tuviera motivos para matarla. Además, cuadraría con las voces que escuchó su querido testigo, el vagabundo. La voz de él denotaba enfado, pero la de ella no.

Los dos relatos le aportaban información muy valiosa para su investigación, y tanto James como Thomas habrían tenido motivos para no querer que Charlotte hablara con él sobre el tema. Además, ambos sabían con quién se encontraría, ya que habían pasado por Harry antes. Era el problema de haber investigado a media plantilla: podían poner información en común conforme pasaran los días. De todas formas, para el inspector también existía otra opción: la persona que mató a Emily no era la misma que mandó la amenaza a Charlotte. El que se escondía detrás de esa carta podía estar asustado por si algo le salpicaba. Solía pasar cuando algunos ya habían testificado y mentido en su relato creyendo que, aunque eran inocentes, la verdad podía hacerles parecer culpables.

El inspector tenía mucho en lo que trabajar y sopesar gracias a la mujer que estaba delante de él. Se sintió de mejor humor cuando se dio cuenta. En menos de doce horas había podido avanzar bastante en un momento en que se sentía muy frustrado. En consecuencia, Charlotte parecía haber imitado su estado de ánimo y se encontraba mejor una vez pudo soltar todo lo que llevaba dentro.

—No sabes lo valioso que ha sido este desayuno —le comentó Harry—. Eres una persona muy valiente, de veras —insistió él mientras ella negaba con la cabeza—. Charlotte, cuando alguien recibe un anónimo así, por lo general no suele ir a la policía. Por miedo, suele hacer exactamente lo que se le exige en la carta. Es normal, no les culpo. Si yo no fuese

inspector, tampoco sabría muy bien qué haría.

Se marcó un pequeño farol para realzar más aún la valentía de Charlotte. Sí sabía lo que haría. Acudiría a quien hiciese falta para que encontraran al dueño del mensaje. Había vivido tantos años amenazado por su padre de niño que se prometió que no dejaría que nadie pudiera volver a hacerlo. No obstante, eso no le restaba mérito a la muchacha. A pesar de sus visibles nervios, había hecho lo correcto.

—Eres muy amable —repuso ella.

—Espero que no te moleste, pero tengo un par de preguntas más. Antes de que me enseñaras esto, venía con ellas en mente y aún necesito esa información.

—Claro, ¿qué necesitas saber? —repuso ella al tiempo que daba otro sorbo a su café, que había rellenado un par de veces.

—¿Cómo era Emily Baker? Según tu opinión.

Ella levantó una ceja confusa.

—¿Es una pregunta trampa?

—¿Por qué debería serlo? —volvió a preguntar Harry.

Charlotte suspiró.

—Supongo que Olivia le habrá contado cómo era.

—Sí, la perspectiva de la señorita Musa la conozco. Me agradaría saber la tuya.

—Bueno, no era una persona agradable. Yo siempre le hacía broma a Luca de que no me pegaba con ella, o que al final terminaría llevándole «al lado oscuro» —esto último lo dijo con una media sonrisa—, ya me entiende. Era mimada, algo caprichosa y lo tenía todo a su alcance. No sé si alguien de la oficina le caía bien. Solo parecía que Luca, hasta que la vi con James. Tenía una doble cara.

—¿Y qué te decía Luca al respecto? ¿Cómo era mi hermano con ella?

—¿Lo preguntas como hermano o como inspector?

Harry suspiró. Que le preguntaran sobre su propia pregunta

nunca le gustaba.

—Como inspector.

—Me lo imaginaba —repuso sonriendo—. Creo que al principio Luca se estaba divirtiendo, no sé si estaba enamorado de ella. No lo conozco demasiado bien en ese aspecto. Pero no lo creo. Llevaban muy poco tiempo, y discutían bastante una semana antes de morir Emily. Le pregunté a tu hermano, pero no quería hablar de ello. Solo me dijo que estaba descubriendo a la verdadera Emily y no le agradaba en absoluto. —Al ver que Harry seguía callado y muy atento a lo que decía, tomó aire y prosiguió—: Yo le advertí. Adoro a Luca. No me malinterpretes, como amigo, claro. Creo que tiene muy buen corazón y no me gustaba la idea de que pudiera hacerle daño.

—Comprendo. ¿Luca sabía sobre el acoso de Emily a Olivia?

—Al principio no era consciente. Después presenció un par de escenas, como en la comida de Navidad, que le disgustaron mucho. De hecho, ahora que lo pienso, puede que ahí discutieran por primera vez.

—Gracias, Charlotte. De verdad, has sido de gran ayuda.

—No hay de qué... aunque, una pregunta.

—Dime.

—Ahora que he hablado... ¿cree que vendrá a por mí? Sinceramente, no quiero volver a casa.

—Claro, es lógico. ¿Tienes a alguien en las afueras con quien puedas irte unos días? Al menos hasta ver si puedo solucionar esto y hablar con Scotland Yard, por si pueden poner seguridad en tu zona. Intenta no salir de noche y nunca sola.

—Sí, claro...

Charlotte no estaba tan segura de las indicaciones de Harry. El miedo volvió a instalarse en sus ojos. Él no trabajaba de manera oficial, así que no podía hacer mucho más hasta hablar con la policía metropolitana.

—Lo siento, Charlotte, no puedo hacer nada hasta que no

hable con ellos. ¿Prefieres quedarte con Luca? No creo que tenga problema. Si quieres permanecer en tu casa, estaré más pendiente. Ya me dirás qué decides.

—Lo pensaré. Gracias, inspector —le dijo conforme se levantaba—. Supongo que revelar información conlleva una gran responsabilidad.

Harry sonrió al escuchar tergiversada la frase de Spiderman.

33

Harry

Febrero de 2020

La muchedumbre iba agolpándose en el paso de peatones mientras Harry paseaba por la iglesia de Westminster. Había dos tipos de personas: las que iban a trabajar y los turistas. A los segundos se les distinguía con facilidad por su imperioso deseo de fotografiar la iglesia y sus alrededores. Era imponente y preciosa. El estilo gótico fascinaba al inspector y le recordaba lo formidable que era el ser humano en una época en la que tenían menos recursos para crear tal belleza. Así que intentó empatizar con los sorprendidos turistas que pretendían inmortalizar el momento a toda costa. Llegó a Parliament Square y volvió a sorprenderle la cantidad de gente que estaba allí sentada haciendo fotos al Big Ben, también imponente.

Le sorprendía por las bajas temperaturas que estaban azotando la ciudad. Prefería andar a tener que estar sentado donde el viento y el frío no le dieran tregua. Cruzó la plazoleta y giró a la izquierda de camino a Scotland Yard. En la entrada encontró a dos compañeros con su característico gorro. Se había imaginado innumerables veces con él, y siempre había llegado a la misma conclusión: se vería tremendamente ridículo. Solo le quedaba con cierta dignidad a los actores que interpretaban a Hércules Poirot en la pequeña y gran pantalla, y lo peor era que el detective ficticio ni siquiera era inglés, así que su gorro era diferente. Lo saludaron con cordialidad y

entró sin hacer ruido. El calor de la calefacción lo sacudió y se quitó de inmediato la bufanda roja y el abrigo largo, dejando al descubierto un jersey azul marino de punto que, en ese momento, deseó que hubiese sido algo más fino. Fue directo con su pase —que le había dado la comisaria— y llegó hasta el despacho de su amigo Henry. Lo encontró entre una montaña de papeles.

—¿Vengo en mal momento?

—¡Moore! Tú nunca vienes en mal momento, amigo —respondió este alegre—. Hoy toca mucha burocracia, y ya sabes que no hay forense al que le guste eso.

—Ni inspector.

—Lo raro es que alguien estuviera contento con algo así de tedioso. De esa gente es de la que hay que desconfiar.

Harry estuvo totalmente de acuerdo con esa afirmación.

—Necesito un empujón, Henry.

—¿Desde cuándo? No me suena que tú seas de esos.

—Tengo información interesante, pero tú podrías aclararme las ideas.

—Pues cuéntame.

Y eso fue lo que hizo. Harry le explicó a su viejo amigo todo lo que sabía sobre el caso. Por su cara de sorpresa mientras le relataba la historia, era bastante más información que de la que disponía el forense.

—Nuestra víctima no era muy querida, por lo que puedo observar —reflexionó Henry—. ¿Tienes la carta?

Harry asintió y se la tendió.

—Veré si puedo encontrar alguna huella. Algo que pueda darte información, al menos.

—¿El inspector Hastings no está investigando?

—Sí, su equipo y él están con ello. Pero de momento no han obtenido nada. Según tengo entendido, en sus interrogatorios nadie dice nada, y están empezando a plantearse que sea un

crimen aleatorio.

—Aun así, ¿no van a buscar a quien lo hizo? ¿Van a esperar a que vuelva a asesinar?

Henry se limitó a asentir en silencio.

—Entiendo. Me parece muy poco profesional.

—También sensato... Si creen que puede ser aleatorio, volverá a asesinar.

—Sí, a costa de otra vida —repuso Harry mosqueado.

—Yo estoy contigo. Además, por lo que me cuentas, tanto James como Thomas tienen motivos, aunque aún no sepamos cuáles.

Eso pensaba él. Y eso es lo que haría, volver a hablar con ellos. Pero antes quería reunirse de nuevo con Liam Baker, aunque no entraba en sus planes que fuese en Scotland Yard en unos minutos.

—Por cierto, tengo algo para ti. Quería hacértelo llegar hace un par de días, pero no he tenido tiempo, y esperaba que Hastings estuviera distraído.

Harry levantó una ceja intrigado. Astwell le pasó un *pendrive*.

—Todo el contenido del móvil de la víctima. No se me permite sacar el teléfono del laboratorio ni tampoco copiarlo, pero se quedará entre nosotros por mis interminables noches de guardia.

Harry sonrió. Necesitaba algo así. Había pensado en pedirle el favor, pero comprendía que era llegar demasiado lejos sin estar oficialmente en el caso. Henry siempre iba más allá. Ojalá no tuviera problemas en el futuro. Y, como mínimo, tendría que invitarle a una buena cena después de aquello.

Harry entró en el despacho de Hastings con un aviso escueto

compuesto por un par de golpes secos en la puerta con los nudillos. No esperó a que le permitiera entrar, lo hizo sin más. Al principio le consternó la escena. El dueño del espacio no estaba solo, pero la estupefacción que le produjo fue al ver a la persona que le acompañaba. Harry no imaginó encontrarse con Liam Baker, visiblemente afectado y con el rostro enrojecido por la rabia.

—Perdón, ¿interrumpo algo? —preguntó a modo de disculpa, aunque no lo sentía en absoluto. Aquella situación solo le intrigaba más aún.

El inspector Hastings puso cara de pocos amigos. Por supuesto, no había sido el momento acertado para ir a pedir explicaciones, ¿o sí? Puede que tener allí a Liam le permitiera para sacar algo más de información de la que tenía Hastings.

—Inspector Moore, ¿qué hace aquí? —El hombre se quedó perplejo al ver allí a Harry.

—Venía a hablar con usted para esclarecer un asunto, pero por lo que veo está ocupado.

Liam lo miró suplicante.

—No, no lo está. El inspector desea decirle al juez que cierre el caso de Emily. Al parecer, no hay pruebas suficientes para pensar que fuera alguien cercano a ella.

—Oh, ¿en serio? —preguntó Harry irónico.

—No puedo hablar de la investigación con usted, señor Moore —concluyó tajante—. Los motivos ya se los he explicado al señor Baker, familiar directo de la víctima, y lo ha comprendido a la perfección. La policía metropolitana hace todo lo que está en su mano.

—Con «señor Baker» se refiere al cobarde de mi hermano —repuso el otro con desprecio.

Liam cogió su abrigo que estaba apoyado encima de la silla y se fue de allí dando un portazo. No se despidió, tampoco hacía falta. Harry quería ir detrás de él para tranquilizarle y

mencionarle que podía tener algo que le ayudase. Pero sus años de experiencia le habían enseñado a no prometer nada, y mucho menos a dar falsas esperanzas. Aun así, en cuanto hablara con Hastings buscaría a Baker como ya tenía pensado para demostrarle que él no había tirado la toalla.

—¿Qué quiere, Moore? No estoy de humor.

—¿A quiénes ha interrogado del círculo cercano a la chica?

—No puedo decírselo.

—Sí, sí que puede. La comisaria Larissa Hill me encomendó investigar el caso del ahorcamiento de forma extraoficial. Si quiere, podemos ir y preguntarle. No es algo que me haga especial ilusión y, sinceramente, al principio me negué en redondo. Después tuve la maravillosa sensación de ayudar a lo más necesitados —argumentó con tono irónico—. Me lo pensé dos veces y me sentí generoso con la causa.

Hastings bufó al escucharlo.

—Entre usted y yo, ¿por qué no le dejan investigar como es debido, inspector? —preguntó Harry.

El otro lo miró con inseguridad y algo de desprecio. Por supuesto, a nadie le gustaba que le ultrajaran en su puesto de trabajo, pero a un inspector de homicidios menos aún. Había un orgullo escondido en cada nuevo caso que salía de forma latente cuando se necesitaba.

—Tendrá que preguntarle a la comisaria. Yo solo cumplo órdenes.

Harry le mantuvo la mirada. No podía creer lo que estaba oyendo. Para él, la justicia iba mucho más allá de cualquier mandato, incluso si eso significaba pasar por sus superiores. La jerarquía y la burocracia nunca habían sido su fuerte. A lo mejor, por eso nunca quiso ascender y prefería dedicarse a resolver puzles.

—Me alegro —mintió—. Comprenderá entonces mi posición.

Después de pensárselo unos segundos y de exhalar un suspiro

eterno, el inspector Hastings enumeró algunos nombres: Jack Baker, el padre de Emily. Su tío, su jefe en el trabajo y a la persona que encontró el cuerpo.

—No son muchos.

—El padre de la víctima no quiere que se corra la voz. Intentamos ser discretos.

—Jack Baker está empezando a inquietarme —comentó Harry en voz alta—. ¿No hay nada escabroso en él?

—Es un hombre muy serio y bastante frío. Pero dudo que tenga algo que ver en la muerte de su hija.

—¿Cómo está tan seguro?

—Porque a pesar de querer acallar el asesinato, el hombre sufrió un ataque de ansiedad cuando se enteró de la muerte de su hija. Fui a verle al hospital. Estaba destrozado, junto a su hermano, y tengo entendido que desde que murió su hija no ha vuelto al partido. Lo tengo vigilado.

Vaya, algo que hacía bien el inspector. Le impresionó aquella muestra de lucidez por su parte. Al menos, no era tan tonto como parecía de primeras.

—¿Tiene algo relevante? —se aventuró a preguntarle a Harry.

—Puede, pero tengo que seguir con ello. No sabría decirle a dónde lleva.

—¿Quiere mi opinión? —preguntó el otro de nuevo.

No, no la quería. Pero se la iba a dar de todos modos, así que asintió con la cabeza a modo de afirmación.

—Por supuesto, sé que el asesino es alguien cercano a la chica, y quizá sea alguien a quien conozca toda esa gente que pretende dar carpetazo al asesinato, alguien a quien aprecie.

—Gracias por su postura. Es bastante razonable.

Hastings hizo un gesto con la cabeza agradeciendo el conciso cumplido. Harry se puso el abrigo y salió de Scotland Yard con la cabeza llena de incógnitas y nueva información. El frío le

golpeó la cara recordándole que se pusiera también la bufanda que llevaba en las manos. Tomó el móvil para llamar a Liam Baker, pero pensó que primero debía mantener informada a Mera para ver juntos el contenido del *pendrive*. Cuatro ojos y dos cabezas pensantes siempre eran mejor que la mitad; eso era lo que le había enseñado su compañera Katy durante años, aunque no lo fuese a reconocer jamás en voz alta, y menos delante de ella.

Como si sus mentes estuvieran conectadas, en cuanto estaba a punto de llamar a Mera, su nombre apareció en la pantalla. Descolgó y se maldijo por no haberse puesto los guantes.

—Mera —dijo con cierta alegría—, tengo mucho que contarte. Voy para tu casa y te pongo al día. Henry me ha dado algo valioso.

Al otro lado, el silencio fue latente. Al principio el inspector pensó que se había cortado o que ella no le oía bien. Sin embargo, al oír la respiración entrecortada detrás de la línea supo que no era así.

—¿Mera?

Los segundos se le hicieron eternos. Si alguien le hubiese preguntado a Harry, seguramente habría jurado que pasaron horas esperando la respuesta de ella al otro lado. Una respuesta que llegó como un dardo. Traspasó su cuerpo de tal manera que le arrebató de un plumazo la sonrisa y cualquier pensamiento sobre el caso. Todo se acabó cuando escuchó su voz.

—Harry, es Steve... mi abuelo —anunció ella en un susurro inquietante. No. Harry no quería que pronunciara las palabras. Por desgracia, ya sabía lo que seguía e incluso antes de escucharlo una lágrima cayó por su rostro sin previo aviso. Sin dejarle procesarlo, su cuerpo había comenzado a reaccionar antes que su mente—. Ha fallecido —sentenció.

Le vinieron a la cabeza muchas imágenes con Steve Clarke.

Las veces que le había recomendado un libro en su librería o las que le preguntaba por su abuelo, Alan, que había sido su mejor amigo antes de morir. La vez que se encontró a Steve días después de alejarse de Mera porque no quería hacerle daño, antes de que todo se tornase más intenso para ellos. Steve se dio cuenta de lo mucho que sufrió Harry al hacerlo, aunque fuese su nieta la que padeció su decisión sin explicaciones. El consuelo que este le ofreció con sus palabras fue un regalo inesperado.

No obstante, hubo una imagen de Steve que le llegó vívida a su recuerdo: el día que fue a conocer a Mera recién nacida y su abuelo Alan pronosticó que, en algún momento, Harry cuidaría de la niña. Steve era todo júbilo cuando nació su primera nieta, allí, en casa de su hija, rodeado de toda la gente que amaba. Era un hombre rebosante de felicidad, apreciado y querido. Decidió que así sería como le recordaría siempre.

Harry Moore se tapó la boca con la mano en un intento de contener el llanto. Padeció con tanto dolor aquella pérdida anunciada como si hubiera sido la de su propio abuelo.

34

Mera

Febrero de 2020, Torquay

El llanto de Emma al ver aparecer a su hermana mayor por el umbral y abrazarla despertó en Mera un instinto de protección inmediato. El dolor era insoportable. La casa se notaba más fría que nunca. Ella no pudo reaccionar. Aún con la maleta de viaje en la mano, se quedó petrificada en la entrada escuchando el gimoteo de su hermana en su hombro.

—Se ha ido, Mera, se ha ido para siempre... —sollozó con amargura.

Entonces reaccionó. Tiró la bolsa al suelo y estrechó a su hermana pequeña con fuerza. Mera aún no había soltado ni una lágrima. Había llegado a Torquay en un tren eterno acompañada por Harry y por Luca. El primero se veía visiblemente afectado, aunque Mera no había sido consciente de ello. De manera involuntaria, había creado una burbuja para intentar pensar en los pasos que debía seguir al llegar a Torquay para el funeral y realizar los diversos trámites. Sin embargo, en cuanto escuchó a Emma, el corazón se le partió en mil pedazos. La congoja era tan intensa como insostenible.

Intentó recordar cómo superó el día de la muerte de sus padres, pero no conseguía rescatarlo de su memoria. No era ni de cerca parecido. Por aquel entonces era una cría y no comprendía lo que sucedía. Por suerte, su hermana pequeña no era consciente de lo que ocurría y contaban con el cariño y el

amor de sus abuelos para suplir la falta de sus progenitores. Hasta ese momento. Su abuelo, el que había sido su padre en todos los sentidos, ya no estaba para consolarla y ya no volvería jamás.

¿Jamás? Eso era muchísimo tiempo. La muerte era lo único inmutable. Mientras seguía en brazos de su hermana, pensó en la risa de su abuelo, en su delicioso pastel de carne, en su tozudez, en sus eternos *honey* que se habían tornado caducos de un segundo a otro.

«Dios mío, no voy a poder afrontar esto», pensó con amargura.

Emma no encontraba consuelo, y rota de dolor junto a su hermana, se agacharon en el piso abrazadas. Mera no supo cuánto tiempo estuvieron así. Su abuela las encontró en el vestíbulo e intentó ponerlas en pie. La mujer que acababa de perder al amor de su vida tomó a sus dos nietas e intentó consolarlas como si volviesen a tener menos de cinco años.

A lo lejos, Mera pudo oír «Tranquilas, mis niñas» y «¿Os podéis creer? Vuestro abuelo no querría veros así. Por favor».

La última súplica hizo reaccionar a Mera, que miró a su abuela Harriet como si fuera un cachorro desamparado en mitad de la carretera bajo una tormenta torrencial.

—Lo siento —gimoteó.

Harriet meneó la cabeza de un lado a otro en señal de que no había nada que sentir. Mera apartó un poco a su hermana.

—Tenemos que seguir. La abuela tiene razón, él no querría esto. Hagamos que se sienta orgulloso.

Emma asintió y se limpió los mocos con la manga del jersey. Mera acarició la cara de su hermana y le retiró gentilmente las lágrimas que seguían cayéndole. Se levantaron y la mayor abrazó a su abuela.

—Lo siento, abuela —volvió a repetir.

—No digas tonterías. Si no estuvieras así, creería que me han

cambiado la nieta —repuso su abuela.

Mera observó su rostro. Hinchado y cansado. Ella tampoco había dormido. Supuso que había pasado la noche más horrible de su vida.

—No me mires así, cariño. Tu abuelo ahora está con tu madre, con nuestra amada Eleanor. El maldito me ha dejado a mí antes, pero uno de los dos tenía que quedarse con vosotras y no dejaros solas tan rápido.

A Harriet se le quebró la voz al decirlo. Mera abrazó a su abuela como acto reflejo y notó que Emma se les unía. Allí, en medio del llanto, el dolor y la desesperación, al final solo quedó el infinito amor de cada una de las mujeres que habían querido con locura a Steve Clarke.

Harry se acercó a Harriet durante el funeral. Del mismo modo lo hizo Luca, la madre de los dos, e innumerables amigos y conocidos de Torquay. La pena se apartó a un lado para inflar el pecho de Mera, en ese momento lleno de orgullo. Su abuelo había sido muy querido y apreciado, la gente sentía mucho pesar por su ida.

Después de haberse quebrado por completo en casa, se prometió tener el temple suficiente para aguantar todo lo que venía. Emma no había podido soportarlo, y el llanto de su hermana era intermitente a cada pocos minutos. A pesar de que su abuela había mantenido la compostura en casa, en el entierro fue diferente. Era irremediable al verle partir. La cabeza te advierte de que es el final, pero hasta que no lo ves con tus propios ojos, siempre permanece un resquicio de esperanza en lo más profundo de tu ser. Uno que se desvanece en cuanto llega la cruda realidad de ese instante devastador y,

a la vez, tan necesario para el ser humano. Todos necesitamos decir adiós y, al irse su abuelo en mitad de la noche, en paz y dormido, ninguna supo que sus últimas palabras significarían tanto.

Cuando no has podido despedirte de verdad, necesitas hacerlo de alguna forma. El entierro era una de ellas. Decirle unas palabras, a pesar de que el fallecido no pueda corresponderlas, podía aliviar el dolor. No de modo inminente, pero sí para paliarlo poco a poco. Era hora para dejarlo ir.

Llegó a casa tan cansada que decidió quedarse en el balancín del porche tapada con una manta. Su hermana entró para darse una ducha y su abuela decidió irse a dormir. A los pocos minutos, mientras miraba las estrellas, un coche aparcó en la entrada y una figura robusta salió de él y se dirigió hacia Mera.

—Hola —saludó.

Ella sonrió con una mezcla de tristeza y dulzura.

—No quería decirte nada allí, era demasiado abrumador —respondió.

Harry la miró desolado.

—¿Puedo sentarme?

Ella aceptó con un movimiento afirmativo de cabeza.

—Tu abuelo era la mejor persona que he conocido. Te lo habrán dicho hoy demasiadas veces, pero quería aportar mi grano de arena.

—Lo sé, no te preocupes. Él te quería mucho.

Harry se volteó a mirarla.

—Tuve la suerte de conocerlo años antes que tú. Lo vi con tu madre, Mera. —Ella le miró sin comprender por qué estaba diciéndole aquello. Empezaba a doler de nuevo—. Tengo

recuerdos de ella. Era una mujer tan preciosa e increíble... ¡No te imaginas cuánto te pareces a ella! —Las palabras de Harry iban cargadas de nostalgia y cierta felicidad—. Y él la quería tanto... Cuando los veía, me preguntaba por qué mi padre no era capaz de mirarnos con ese sentimiento tan puro a Luca y a mí...

Mera no sabía qué decir. No tenía fuerzas. Lo único que podía permitirse era seguir escuchando a Harry.

—La cuestión es que tengo recuerdos maravillosos de tu abuelo. Cuando me alejé de ti... —el inspector suspiró—, él estuvo ahí. Fue el único capaz de ver el dolor que me causaba haber tomado aquella decisión. Y la acató. Podía haberme recriminado que te hiciera daño, pero se limitó a escuchar mi decisión y a respetarme.

—¿El abuelo sabía...? —empezó a preguntar.

—Steve siempre lo sabía todo. Era como una de esas cotillas que se enteran de todo —rio—. Bueno, en realidad sospecho que era una de esas personas en las que todo el mundo puede confiar. Hoy lo ha demostrado cada una de las que se han acercado a mostrarle sus respetos. ¡Hasta la orgullosa de mi madre! Estoy seguro de que, donde quiera que esté, se sentía muy feliz.

Mera sonrió. Conocía bien a Harry. Era como ella, tampoco él creía que hubiera algo más allá de la muerte. Solo la nada. Te desconectabas de tu cuerpo y fin, fundido en negro. La historia había concluido. No obstante, parecía que aquello necesitaba creerlo de verdad. Que existía cierto consuelo al imaginar que Steve estaría en algún lugar riéndose de sus lágrimas y pensando que, en cuanto se vieran, se las recordaría.

—Gracias, Harry —respondió ella posando su mano sobre la de él.

Sus miradas se encontraron un segundo. Mera se fijó en los ojos vidriosos y claros de Harry que atenuaban su color por la

oscuridad. Sin embargo, el momento pasó rápido, ya que la puerta de la entrada se abrió de golpe.

—¡Mera! —exclamó su hermana.

Emma se quedó petrificada al ver la estampa. La mayor quitó la mano del inspector en un acto reflejo y miró a su hermana.

—¿Qué haces tú aquí? —preguntó la recién llegada señalando a Harry.

—Venía a compartir mis recuerdos de vuestro abuelo con tu hermana —argumentó él un poco a la defensiva—. Pero ya me iba, no quiero molestar en unos momentos tan delicados.

Harry se dispuso a levantarse, aunque para su sorpresa Emma le dio un pequeño empujón y le sentó de nuevo en el balancín.

—Quédate. Esto te incumbe—repuso ella enseñando un sobre que llevaba en la mano y del que Mera no se había percatado.

En la parte de delante se leía claramente PARA ALAN, y debajo, con una letra más pequeña, EN SU DEFECTO: HARRY Y LUCA MOORE.

Alan Moore había muerto hacía unos meses. Al darse cuenta de ese dato y echar la vista atrás, Mera comprendió que, desde entonces, su abuelo no había vuelto a ser el mismo. Desde que leyó una carta que el propio Alan le había dejado confesándole que su hijo —el padre de Harry y Luca—, Edward Moore, había asesinado a los padres de Mera.

—¿Qué significa esto? —preguntó Mera confusa.

—Estaba en el despacho. Es la letra del abuelo…

—¿La has leído? —volvió a preguntar ansiosa ella.

Emma negó con la cabeza.

—La verdad es que iba a hacerlo, pero al ver a Harry aquí…

Entonces la chica entregó la carta al inspector.

—Creo que no debería —respondió el aludido.

Mera miró el sobre, al inspector y de nuevo a su hermana. Inspiró todo el aire que pudo y sonrió.

—Esa carta es para ti, Harry. Mi abuelo estaba cuerdo y sabía

que Alan había fallecido. Además, ahí —dijo señalando la letra pequeña— pone tu nombre y el de tu hermano. Creo que sabía que este día llegaría más pronto que tarde.

Harry tomó la carta que le tendía Emma con cierta indecisión.

—¿Y si no es agradable lo que entraña? ¿Queréis saber lo que dice?

—Eso está en tu mano —respondió Mera—. Igual que lo estuvo en la mía contarte el contenido de la de tu abuelo. Confío en tu decisión.

—Yo no estoy muy segura, la verdad —soltó su hermana a disgusto.

Mera la miró con reproche y Emma se encogió de hombros, dando a entender que no pensaba cambiar de opinión. Aun así, la decisión estaba tomada. Harry y Luca eran los destinatarios de las últimas palabras que le quedaban de su querido abuelo. Del hombre que más había amado en sus veintinueve años.

Después de escuchar a Harry se dio cuenta de que había sido muy obtusa, y pensó que el rencor no servía para nada más que para estropear la búsqueda de la felicidad, que ya era complicada de encontrar en la vida de cada uno.

Así que sonrió al inspector y asintió a modo de consentimiento. Perplejo, este comenzó a abrir el sobre que contenía tres páginas en letra cursiva con la caligrafía digna de un artista. Mera no conseguía leerlas, pero tampoco quería. Creyó necesario dejar a Harry solo unos instantes. Se levantó del balancín y cogió a Emma del brazo para entrar en la casa.

Dijera lo que dijese esa carta, su abuelo les había dejado un último regalo y no pensaba estropearlo. No había nada tan eterno y bonito como la promesa de respetar a los que ya no estaban.

35

La carta de Steve

Querido Alan:

No estoy loco. Sé que no puedes leer esto, pero ayudará a mi conciencia en un intento por sacar el rencor que tengo dentro. Y eso me aporta cierto consuelo.

Mi nieta mayor, Mera, se fue hace un mes de casa y me siento más cansado que nunca. Harriet sospecha algo, aunque creo que tiene miedo de exteriorizarlo. La conozco bien, y ella aún mejor a mí. Sabe que cada día me cuesta más salir de casa, a pesar de seguir con una sonrisa en un intento de disimular.

No quiero asustarla más de lo que ya lo estoy yo. Y no porque tema a morir, pues siempre he creído que, cuando me llegue el momento, me iré con mi querida Eleanor, donde quiera que esté, y por fin podré darle todos los besos que he guardado durante estos veinte años. Y por supuesto, volveré a encontrarme contigo, querido amigo. Así que espero que estés pendiente de mi llegada.

Desde que leí tu confesión en aquella carta póstuma, la manera de ver la vida cambió para mí de forma radical. En un primer momento creí que no soportaría la realidad que me habías revelado. Quería ir a tu tumba y reprochártelo con la esperanza de que salieras del hoyo para darme una verdadera disculpa. Aunque, por descontado, eso era absurdo.

Después sentí una rabia inmensa al recordar que Edward continuaba vivo y tú habías seguido disfrutando de tu hijo, posibilidad que me había arrebatado él con mi preciosa Eleanor. No te voy a negar que deseé que tu hijo muriese en ese instante. Lo anhelé con tanta fuerza que, cuando se hizo realidad, me asusté. Asumí que había sido culpa mía —aunque sabía que no era así—, y una parte de mí se

responsabilizó de ello. Sin embargo, la cólera al pensar que él vivió veinte años más que mi niña me ardía por dentro y era frustrante. Hasta que pensé en ti y en todo el tiempo que estuviste alejado de mí y de mi familia.

Ahora lo comprendo. Tu hijo no murió como mi Eleanor, pero para ti fue peor porque sabías que habías criado a un monstruo y que tendrías que vivir con él hasta el final de tus días. El silencio se vio convertido en vergüenza y esta acabó transformándose en cobardía, y eso destrozó todo lo bueno que tenías, incluso a tus nietos.

No seré yo el que diga que no lo merecías, porque quizá sea así. Sin embargo, me he dado cuenta de que no sirve de nada sentirme de este modo. ¿Para qué? ¿Qué sentido tiene? Habías partido y estabas en paz. En cualquier caso, eso quería pensar. Y del mismo modo Edward había sido asesinado por su propia sangre. Irónico, ¿no?

A veces el destino acaba llevándonos por caminos retorcidos. Podría llamarlo karma, justicia poética... Tanto da.

Pese a todo, lo relevante para mí es que mis nietas son felices, y tus nietos, aunque con sus traumas, han sobrevivido. Tendrías que ver a Luca: tiene el temple de su madre y la alegría de tu mujer. Es un hombre compasivo y cariñoso, Alan.

Y Harry... ay, mi querido niño implacable. Lleva el tormento en la mirada. Se parece tanto a ti que me estremece sobremanera. Aunque todos los que han conocido a tu hijo le dicen —y con razón— que se parece a él, Harry es todo lo que una vez quisiste que fuera: honrado y trabajador. Ama a su familia y, cuando te fuiste, dejaste un vacío en esos críos que los rompió por completo a ambos.

Espero que no pase lo mismo con mis nietas. Anhelo que, cuando me vaya, tengan la fortaleza de recordar todo lo que un día les enseñamos Harriet y yo: que en los momentos en que se sientan solas busquen en su mente el mejor recuerdo que tengan y lo atesoren para seguir viviendo un día más. Eso hago yo cada día de mi vida, porque a cada segundo rememoro a mi niña, y ver que Mera es su viva imagen supone una tortura y a la vez una bendición.

Estoy delirando, lo sé. Pero me siento débil, amigo mío, y necesito quejarme un poco. Te extraño. Extraño esos momentos juntos; parece que haya pasado toda una vida. El otro día puse la televisión y al principio creí estar viendo un fantasma. Apareció Jack Baker, ¿lo recuerdas? Era aquel abusón que se metía conmigo en el colegio, aquel

del que me defendías. Ahí comenzó nuestra amistad. Estaba rejuvenecido, como si fuese un fantasma —creí que había fallecido hacía años—, hasta que me percaté de que era su hijo. ¡Su hijo está en el gobierno! Las vueltas que da la vida. Recuerdo cuando te hiciste con su empresa solo para darle otra lección. La verdad es que no era muy buena persona, y tú te encargabas personalmente de la gente de esa calaña.

Ver a ese muchacho me hizo más mayor aún. Pero no era un muchacho, ya estaba entrado en edad, y también tendría familia, como nosotros... Los años han pasado tan rápido que duelen y cansan al mismo tiempo.

Me siento agradecido, Alan, por nuestra amistad y por todo lo que hemos vivido de jóvenes. No te culpes por el monstruo de hijo que tuviste, no te martirices, estés donde estés. No sería justo. Tú no mataste a mi Eleanor, él lo hizo, y ya tuvo su castigo por ello.

Quédate en paz, como yo con esta carta. Tus nietos son buenas personas, cariñosos y responsables. Pese a que están resentidos con su madre, siempre han amado a sus abuelos.

Algo sí que me parece curioso. De algún modo, mi querida Mera ha terminado atada a tus chiquillos. A los dos. De alguna forma, contribuimos con nuestra amistad a que nuestras familias estuvieran ligadas. Veo cómo la miran. El inocente Luca y el sufridor Harry.

No sé si llegará a buen término, solo espero que sean felices. Que el día que yo tampoco esté ella no guarde rencor hacia ellos por lo que se hicieron sus padres.

No conozco lo suficiente al pequeño, pero Harry... Harry la ama. No sé en qué sentido, porque nosotros nos quedamos muy viejos, estamos chapados a la antigua, y ahora el amor se trata de muchas formas diferentes, aunque en esencia sé con certeza que es lo mismo. Al fin y al cabo, todos amamos alguna vez con intensidad. Lo que sí puedo decirte es que parece puro y sincero. De los que te dejan marchar para que seas feliz.

Eso es lo que todos merecemos en la vida: una persona que nos quiera lo suficiente como para entender que, si puede herirnos, tenga la decencia de dejarnos marchar.

Ahora comprendo que en parte es lo que hiciste conmigo y con mi familia, o al menos es lo que quiero pensar.

Solo me queda agradecerte la vida que pasamos juntos, amigo. Las

risas, los llantos, las dificultades. De eso se trata vivir.

El día que deje de hacerlo, mi conciencia quedará en paz pues te lo habré perdonado todo.

Siempre tu amigo. Tu hermano,

STEVE

P. D. Mis queridísimos Harry y Luca. Sé que algún día leeréis esto —o eso espero—, uno en que yo ya no esté. Deseo fervientemente que, con mis palabras, vuestra culpabilidad también cese y que podáis terminar siendo felices dentro de la dura vida que os tocó de niños. Mi consejo es que améis y os dejéis amar, porque nadie merece cargar a sus espaldas con las responsabilidades ajenas.

36

Harry

Febrero de 2020

Devastación. Así era como se definía lo que la carta de Steve había dejado a su paso. Al terminar de leerla, Harry se limitó a limpiarse con sus rudas manos el agüilla que caía por sus mejillas. No recordaba haberse sentido así en su vida. No era la muerte de Steve lo que le hacía reaccionar de aquella manera, sino que alguien desde fuera hubiese podido aliviar el dolor que no contemplaba que existiera en su interior. Pararse a afrontarlo no resultaba una opción, pero Steve, sin proponérselo, había logrado que identificara y aceptara las dolencias sentimentales que llevaba acarreando desde que era un crío.

Sonrió para sí. Estaba seguro de que su abuelo habría sido muy feliz al leer esas palabras. Habría supuesto un alivio para su conciencia, aunque sabía que la tranquilidad que le transmitían las palabras era, en cierta forma, un acto egoísta.

Miró hacia ambos lados del porche sin encontrar a las hermanas Clarke a su alrededor. Intuyó que seguirían en la casa. Como había estado tan concentrado en cada palabra, no había prestado atención a los ruidos externos.

¿Qué haría a partir de ese momento? De primeras, pensó en enseñarle la carta a las hermanas, aunque se sentía demasiado expuesto. Después, tendría que hacer lo mismo con Luca. A él también le pertenecían esas palabras de consuelo que, sin duda,

le ayudarían en su proceso de curación consigo mismo.

De modo que aprovechó el momento y, al ver que las hermanas no salían y que le habían regalado esa intimidad, fue hacia la casa de su infancia a buscar a Luca para mostrarle el contenido de la carta.

Luca estaba en su antigua habitación. Hacía años que Harry no entraba allí, y mucho menos imaginaba volver a ver a su hermano entre esas paredes. La moqueta se cernía impoluta, sin embargo el papel pintado de las paredes ya se veía desgastado y con años encima. Su madre, Diana, ya se había ido a dormir, cansada por el intenso día que habían tenido en el funeral, cosa que Harry agradeció. No pretendía dar explicaciones a su madre, pero tampoco deseaba que lo encontrara consternado. Su hermano lo miraba fijamente sin dar crédito a lo que estaba leyendo. Imaginó que esa podía haber sido la misma cara que se le había quedado a él al terminar la carta, y agradeció infinito que Mera y Emma no hubiesen estado presentes.

—Steve Clarke era mejor hombre que todos los de nuestra familia juntos —comenzó a decir con un nudo en la garganta —. El abuelo tuvo suerte de que lo considerara un amigo.

—Como un hermano —contradijo Harry.

Luca asintió.

—Ha sido un regalo para nosotros. Lo siento tanto por Mera y Emma… —se lamentó el rubio.

—Nuestro abuelo dejó una carta para el suyo. Después de todo, les regaló la verdad.

—Ese era un presente envenenado. Pero si quieres verlo así…

El inspector se mantuvo en silencio mirando a su hermano, que le tendió la carta de nuevo.

—¿La amas? —El silencio fue mortífero.

Luca mantuvo la mirada en él. Harry sabía lo que quería decir con aquella pregunta.

—Steve tenía una manera muy bonita de expresar los sentimientos. Era librero, está claro que escribir era lo suyo.

—Eso no contesta a mi pregunta, Harry.

Este se mantuvo en silencio. No iba a responderle. Era algo privado, aunque conocía el dicho a la perfección: «El que calla, otorga». Luca bajó la mirada que había sostenido y suspiró.

—Tus silencios siempre dijeron más que toda tu palabrería.

—¿Y qué dicen ahora?

—Nada que no supiera, ni Steve. —Volvió a mirar a su hermano—. No soy tan ingenuo como para no darme cuenta, pero miraba hacia otro lado cuando me convenía. Hay que ser muy crédulo para no percatarse.

—No sé a qué te refieres —mintió.

—Eres muchas cosas, hermano, pero mentiroso no es una de ellas. Además, se te da fatal. De todas formas, no voy a entrar en esto. Ya sé todo lo que tenía que saber.

Harry asintió aliviado por la respuesta de su hermano. Quería dejarlo estar, pero, ante todo, necesitaba sacar a relucir otro tema.

—¿Has leído bien la carta?

—Jack Baker —respondió el pequeño—. Sí. ¿Simple casualidad?

—Eso no existe. Y menos en nuestra familia. Mañana a primera hora tengo que volver a Londres y hablar con ese hombre y su hermano.

—Pero ¿qué tiene eso que ver con nosotros?

—Tengo una teoría —repuso Harry—, pero no quiero decir nada hasta no estar seguro.

—Iré mañana contigo —repuso Luca.

Harry negó vehementemente con un movimiento de cabeza.

—Quédate un día más y llévale la carta a Mera, que se la quede. Si ella decide volver a Londres, volved juntos. No la dejes sola —pidió con autoridad.

Luca puso cara de pocos amigos. Harry sabía que a su hermano no le gustaba acatar órdenes, y mucho menos si provenían de él.

—No necesita protección, Harry —afirmó un Luca cansado —. Le propondré volver juntos a Londres, pero por distraerla un poco y darle apoyo moral.

Al inspector le bastó con eso. Se despidió de su hermano y salió de aquella casa tan pronto como pudo. De noche, la mansión familiar le parecía más fría que de costumbre, como si estuviera en una casa de los gritos, con la certeza de haberlos oído a todo volumen durante su niñez. Antes de irse, en el umbral de la puerta se encontró con Carl, que aún servía a su familia con devoción. Quería despedirse de él.

—Buenas noches, señor.

¿Era una pizca de aprecio lo que había percibido en su voz? Carl y él nunca habían congeniado por la evidente lealtad que el primero había tenido durante años hacia su padre. Una que jamás había comprendido. Con el tiempo, quiso racionalizarlo y pensar en que, al fin y al cabo, su padre le había dado a Carl cobijo, trabajo y un lugar en el mundo, de modo que supuso en el hombre una eterna gratitud a pesar de las despreciables acciones de su patrón.

—Que pases una buena noche, Carl —dijo Harry cordialmente antes de salir para cruzar el jardín y llegar hasta su coche.

Condujo con apremio. Le había pedido a su compañera, la subinspectora Katy Andrews, que se encontraran en su casa en quince minutos. Comenzaba a extrañarla más de lo que nunca reconocería. Esa noche pretendía poner ideas en común y que le ayudara a aclararse. Tenía la certeza de un par de evidencias

que rondaban por su cabeza y esperaba que le ayudara el *pendrive* que le había dado su amigo Henry Astwell.

Cuando entró en casa, intentó adecentarla antes de que llegara su compañera, ya que llevaba varios días sin aparecer por allí, pero no tuvo mucho tiempo porque a los pocos minutos sonó el timbre.

Al ver aparecer a su compañera, la alegría le invadió y la abrazó con cariño. Ella hizo lo propio y bromeó.

—Oh, Dios mío, no recordaba lo mucho que odias la gran ciudad.

—¡Y dónde quedó el té!

—Sobre tu vuelta... —repuso ella sonriendo con cierta tristeza—, siento mucho lo del señor Clarke, Harry. Me hubiese gustado asistir al funeral, pero estaba de guardia. Sé lo mucho que querías a ese hombre.

Él se lo agradeció con una mirada cargada de cariño y la invitó a pasar. Mientras el inspector ponía a hervir el agua, iba empapando a su compañera con toda la información que podía sobre el caso Baker. Al sentarse, a Katy se le cayó una pequeña tarjeta del bolsillo.

—¿Aún sigues llevándolas? —le preguntó Harry interrumpiendo su relato.

Cuando Katy se convirtió en su compañera, un día le dijo que siempre llevaba una de esas encima por si hacía falta forzar una puerta en caso de urgencia. Su madre era cerrajera, y tenía algunas en casa. Más de una vez la habían sacado de un apuro.

Ella rio por lo bajo y, justo después de recogerla del suelo, la guardó en la gabardina de él, que colgaba en la entrada.

—Sí, y seguro que has perdido la que te di la última vez, así que te quedas con esta.

Harry sonrió, aceptó la ofrenda y continuó relatándole el caso. Ella escuchaba con atención y, de vez en cuando, le planteaba las preguntas que le iban surgiendo. Harry podía

contestar a algunas, pero a otras aún no era capaz.

—Toma —le dijo pasándole el *pendrive* que le había dado Astwell, que estaba sobre la mesa del salón—. Enciende el portátil. Veamos qué podemos sacar de ahí.

Ambos se sentaron a la mesa redonda de comedor una vez Harry sirvió las tazas de té. Esperaron pacientemente a que se abriera el contenido de la carpeta. En cuanto lo hizo, Katy fue directa a las últimas llamadas.

—James Wright es su última llamada. A las veintidós horas y cuarenta y dos minutos.

—Ahí ya no estaba con Luca —repuso Harry—. También hay muchas a su tío.

El inspector le pidió a su compañera que buscase entre los mensajes de texto.

Ahí vieron más de lo que Harry había podido imaginar. Encontró lo que iba buscando sin problema.

—Esto es... oro —comentó el inspector.

Katy lo miró sin entenderle muy bien, a pesar de estar leyendo lo mismo que él. Harry se lo explicó a su compañera y ella lo miró sorprendida.

—Aun así, eso no indica quién la mató. Solo da más motivos para hacer de Luca un sospechoso potencial, cosa que, entiendo, tienes más que descartada. Aunque permíteme que sea yo la que te lo diga: tu hermano siempre parece estar metido en asesinatos sin resolver. No dice mucho a su favor.

El inspector miró a su compañera con desaprobación y algo de reproche. Comprendía a dónde quería ir a parar, pero lo que había descubierto daba a entender por qué Emily se había comportado así con su hermano.

Siguieron leyendo mensajes y después pasaron a las fotos. Desconcertantes, sin lugar a dudas. Casi el noventa por ciento eran selfis de la propia Emily Baker, algunos más subidos de tono que otros. No había muchas fotos en las que apareciera

con gente. Algunos compañeros de trabajo que Harry ya conocía, Luca, su tío, paisajes y fotografías de platos de comida.

Harry decidió descargar las imágenes en su ordenador, por si acaso, e hizo lo mismo con el resto del contenido.

—Se te cierran los ojos, Harry —le advirtió Katy.

Era cierto. El cansancio y el sueño comenzaban a hacer mella en él. No recordaba cuándo había sido la última vez que durmió más de cuatro horas seguidas. Londres no le había ayudado a descansar, así que Katy decidió marcharse a casa y le pidió que se fuese a dormir, ya que al día siguiente debía coger el primer tren hacia la capital.

—Llámame si me necesitas. No hace falta que te lo diga —repuso Katy—. Ojalá hubiese podido ayudarte más.

—Quédate el *pendrive* —le pidió Harry—. Cuando puedas, míralo en casa con tranquilidad. Quizá haya más de un dato que se nos escape por culpa de este horrible cansancio. Pero hazme un favor, cuando termines y confirmes que no queda nada relevante, deshazte de él. Bastante malo es tenerlo en mi ordenador.

Katy asintió.

—Me estoy saltando demasiadas normas —dijo con mala conciencia.

—No saldrá nada de aquí —le prometió.

Esa vez le creyó. A pesar de los percances que habían tenido durante años porque Harry podía ser moralmente cuestionable respecto a las reglas y ella apostaba por el frío reglamento, en aquel instante el inspector supo que podía confiar en ella. Al fin y al cabo, no estaba de servicio.

Katy le dio un beso en la mejilla a modo de despedida y desapareció de la vista del inspector. Harry no recordó en qué momento se le cerraron los ojos, pero agradeció haber podido llegar a la cama antes de desvanecerse por el sueño.

37

Harry

Febrero de 2020

Había exigido con urgencia que tanto Liam como Jack Baker se reunieran con él. Al principio, el primero había puesto trabas a la presencia de su hermano. Dio una excusa tras otra para que se reuniese con ellos debido a su ajetreada agenda. En última instancia, el inspector recurrió a la amenaza. Si quería información sobre el asesinato de su sobrina, tendría que ser con la comparecencia de Jack.

Finalmente, accedió a regañadientes, y lo citó de nuevo en la peculiar y preciosa tienda de las reliquias que tanto le maravilló la vez anterior.

Harry empezaba a notarse cansado de verdad. A pesar de haber dormido en el tren, sentía el agotamiento acumulado recorriéndole cada músculo de su cuerpo. Pensó que ya rondaba los cuarenta años y, aunque se resistía a aceptarlo, la edad comenzaba a hacer estragos. Si renegaba de un buen descanso durante días, su mente y su cuerpo ya no respondían como siempre.

Llegó a la tiendecita. El mismo hombre de la otra vez le sonrió al verle allí y volvió a dejarle paso para que entrara en la trastienda. Harry se lo agradeció, y en esa ocasión, aprendiendo de sus errores, tuvo cuidado para no golpearse la frente con el techo al bajar las estrechas escaleras. A medida que descendía, oía una voz grave que destilaba cierto enfado y

otra, que ya conocía bien, que intentaba defenderse de los ataques. Cuando Harry apareció y se encontró con los hombres, estos estaban enfrascados en su conversación.

—Estoy cansado de tus tonterías —repuso el que Harry imaginaba que sería Jack.

Tenían cierto parecido, aunque Liam era más atractivo. Puede que fuese por las arrugas que ya asomaban en el rostro de su hermano y lo castigaban más, o que el enfado que reflejaba su cara la volviera mucho más siniestra.

El inspector terminó achacándolo a que no le gustaban los políticos y eso hacía que aumentase su simpatía por Liam, aun sin saber muy bien por qué discutían.

Entonces Liam se percató de la presencia de Harry y carraspeó con discreción, avisando así a su hermano. Fue sin demora hacia el inspector para saludarle con un apretón de manos.

—Inspector Moore, mi hermano, Jack Baker. —Directo, sin rodeos.

Harry afirmó con la cabeza.

—Señor Baker —se adelantó un par de pasos para saludarle del mismo modo—, es un placer.

—No puedo decir lo mismo. ¿Qué es todo esto? ¿Scotland Yard no se encargaba ya del caso?

—Por supuesto. Su hermano quiso contar con mis servicios de manera discreta, siguiendo una línea paralela a la de la policía metropolitana.

—Ya. Eso intentaba saber de boca de mi hermano. ¿Bajo qué criterio?

—El mío, Jack. —Liam salió en su defensa—. No están haciendo nada por culpa de esa estúpida idea tuya de no armar un escándalo.

El rostro del padre de Emily mostraba confusión.

—¿Qué estás diciendo? ¡Claro que quiero discreción! Pero

eso no tiene nada que ver con que no investiguen el caso hasta saber qué le ha ocurrido a mi niña.

Harry observó a Jack. Al mencionar a su hija Emily, su voz se transformó en un pequeño hilo sonoro que le ahogaba, lo que le hizo perder un poco la compostura.

—Pues es lo que están haciendo. O más bien, lo que no. Y según tengo entendido era porque tú lo habías ordenado así —le recriminó.

—No he hecho tal cosa. Solo pedí discreción y que no saliera a la luz información ni noticia alguna sobre el caso. Hablé con algunos medios también.

—¿Con qué medios? —quiso saber Harry.

—Pues la BBC, *The Daily, The Sun*... Básicamente, con todo The Daily News Building de London Bridge. Sé que es inevitable que salga algo, pero no quería que investigaran a fondo —explicó indignado—. Por su parte, la policía podía hacer lo que viera oportuno, por supuesto. ¿Cómo iba a oponerme a eso?

Harry los miró confuso. Eso no tenía sentido. El inspector Hastings tenía las mismas órdenes... Sin embargo, ¿él podía investigar a sus anchas?

—La comisaria Hill me dijo que, con discreción, llegarían al fondo del asunto —continuó diciendo Jack.

—Larissa —susurró Harry.

—¿Qué dice, inspector? —preguntó Liam.

—La primera vez que nos vimos usted me dijo que la comisaria no le parecía trigo limpio. Esas fueron sus palabras exactas.

—Sí, es cierto —afirmó.

—Llevaba razón. Ella creía que usted le estaba pidiendo el favor de contratarme porque su hermano así lo había solicitado, aunque en realidad no fuese así. Creo que...

Nunca había sentido un ápice de aprecio por Larissa ni

tampoco le gustaba su modo de hacer las cosas, pero hasta a él se le antojaba descabellado y fuera de lugar aquel razonamiento que se iba formando en su mente. Aun así, era lo único que le cuadraba al escuchar a Jack Baker.

—¿Qué ocurre? ¿Qué es lo que cree? —inquirió Jack.

—Creo que Larissa ha orquestado todo esto, y estoy seguro de que oculta algo. Si Jack no le ha propuesto que deje de investigar, lo está haciendo ella por su cuenta y nos está mintiendo a todos.

—¿Y el juez?

—Larissa sabe cómo hacer callar a la gente. Tiene muchos amigos en las altas esferas. No me extrañaría que hubiera utilizado su influencia para ello.

Los hermanos se miraron con cierta confusión. El inspector comprendió al observarles que no estaban muy seguros de lo que él les estaba diciendo, y lo entendía. Imaginar que la comisaria de Scotland Yard pudiera estar tramando algo era difícil de creer, hasta a él le costaba confiar en su propia teoría.

De todas formas, ese no era el motivo por el que les había pedido aquel encuentro lo antes posible. Como en ese instante se sentían confusos, debía aprovechar para soltarles todo lo que había descubierto en Torquay sobre ellos.

—Permítanme que les plantee la pregunta por la que les he pedido este encuentro tan peculiar. Y díganme, ¿cuál de los dos planeó que Emily tuviera una relación con mi hermano?

Liam miró a Jack. Ambos hermanos palidecieron.

—Tengo que decir que habría salido a las mil maravillas si no fuese porque Emily era algo insoportable, y Luca demasiado buena persona como para permitir el comportamiento de alguien como ella.

—¡Retire eso de inmediato! —exclamó Jack.

—¿Tengo que entender que fue usted, Jack?

—No. No fue él —repuso Liam con un hilo de voz—. Yo le

pedí a Emily que se acercara a su hermano.

—Sabía perfectamente quién era yo. No lo oyó decir en comisaría, como me hizo creer en nuestro primer encuentro.

—Oh, por supuesto. En realidad, me pareció increíble que creyera que escuché su nombre cuando visité Scotland Yard. Era bastante inverosímil, pero usted no puso ninguna pega.

Harry puso los ojos en blanco. En parte, llevaba razón. Aunque, por otro lado, el dato tampoco le pareció relevante.

—¿Alguien puede decirme lo que está ocurriendo aquí? —preguntó un Jack Baker bastante perdido.

—Sí, señor Baker —comenzó Harry—. Digamos que su padre, que tiene el mismo nombre que usted, fue compañero del colegio de mi difunto abuelo. A decir verdad, yo me enteré ayer. Pues mire la casualidad: de jóvenes, tuvieron algún que otro encontronazo. Viene de una familia emprendedora. Por lo que tengo entendido, mi abuelo y mi padre acabaron con su empresa. No se lo tomen como algo personal, se dedicaban a eso. Sin embargo, lo suyo sí lo fue.

—Mi viejo padre nunca olvidó que el sueño de toda su vida se fue al traste por culpa del suyo. Yo era un crío, pues nos tuvo muy mayor, pero siempre me decía lo que podríamos haber tenido si no hubiese sido por los Moore. Se fue de Torquay, comenzó de nuevo en Londres y, poco a poco, intentó que sus hijos tuvieran un futuro mejor.

—Liam, papá nunca estuvo del todo bien...

—Estaba depresivo, se suicidó por su culpa —repuso señalando a Harry—, por la de su familia. Lo tenía todo y se lo robaron.

—¿Y qué tiene que ver Emily en todo esto? —quiso saber Jack.

Liam miró a Harry con desagrado y acto seguido fijó los ojos en su hermano, como pidiendo compasión.

—Ahora es ridículo pensar en eso. Pero cuando Emily en una

de nuestras cenas me comentó que había entrado en la revista un chico nuevo de Torquay y me dijo su apellido, investigué un poco por si era una casualidad. Pero no. Además, hacía poco habían salido varios escándalos en las noticias. Su padre había sido asesinado, así que fue fácil encontrarlos.

—Sigo sin comprender para qué quería Emily acercarse a ese muchacho —inquirió el padre, impaciente.

Harry tomó la palabra en un intento de apaciguar las aguas entre los hermanos, aunque Liam no lo merecía.

—Señor Baker, su hermano le dio a elegir a Emily la opción que le pareciera mejor: enamorar a mi hermano y romperle el corazón para que cayera en depresión como su padre o, si así lo quería, dejarle sin una libra.

—¿Cómo sabe eso? —preguntó un sorprendido Jack. No daba crédito al razonamiento de Harry.

—Sí, ¿en qué narices se basa? —preguntó con sorna el tío de la muchacha.

—He tenido acceso a los mensajes que se escribía con su sobrina. Déjeme que le diga que dejarlo por escrito fue una estupidez por su parte. Aunque comprendo que no imaginara que Emily acabara así, y su móvil en manos de la policía. La cuestión es que pretendía hacer daño a mi familia a través de Luca.

—Pero Liam —comenzó a decir Jack, aún muy consternado —, ¿qué te pasa? ¿Convenciste a mi pequeña de ello?

—Oh, por favor, hermano. Emily no era una niña, ni mucho menos inocente. Estos juegos le encantaban. Le gustaba hacer daño a la gente, tenía malicia. Y un objetivo con el que jugar era un pasatiempo para ella. Tú no la conocías como yo. Siempre estabas trabajando, así que yo crie a esa muchacha. Y sabía lo hundido que estaba nuestro padre por culpa de los Moore. Solo quería cobrarse una pequeña venganza. No tuve que obligarla ni coaccionarla.

Harry observaba la escena desde fuera, y debía reconocer que con cierta diversión y sadismo. La carta de Steve Clarke le había ayudado más de lo que jamás hubiese imaginado. Liam Baker estuvo a punto de engañarle por completo y lo había tratado como un necio.

—Aclarado este punto —retomó Harry—, espero que jamás se acerque a Luca —le advirtió señalando con el dedo a Liam —. Si lo hace, le encontraré, y le aseguro que con todas las mentiras que ha soltado lo tiene todo en su contra. —Los hermanos no se movieron ni un ápice, y el inspector continuó hablando—. Seguiré investigando la desaparición de Emily porque, a pesar de toda esta pantomima, alguien la asesinó y lo están encubriendo. Y nadie, por retorcido que sea, merece que le quiten la vida. Y mucho menos de esa manera tan cruel. Además, ¿por qué me contrató si tanta inquina le tenía a mi familia?

—Me informé bien. Usted era el mejor. Y si conocer la realidad sobre lo que le ocurrió a mi sobrina significaba dejar de lado mi orgullo para trabajar junto a usted, estaba dispuesto a hacer ese sacrificio.

Harry asintió conforme. El amor producía que la vanidad quedara en un segundo nivel.

Entonces Jack Baker se le acercó con cautela. Tenía los ojos vidriosos y el rostro aún más envejecido que cuando el inspector le había visto por primera vez hacía solo unos minutos.

—Le estaré eternamente agradecido, inspector. Y créame que lo siento por todo este circo. Le garantizo que será recompensado —le prometió.

Harry hizo una mueca intentan < o que apareciera una media sonrisa, pero no tuvo mucho éxito.

—Yo no quiero una recompensa, señor Baker —le aseguró al padre de Emily—. Quiero descubrir la verdad.

38

Luca

Enero de 2020

La fiesta de Navidad no había acabado bien. La mezcla de risas y alcohol en un mismo local donde la tirantez entre compañeros podía palparse en el aire no era precisamente agradable. Luca había terminado sujetando del brazo a Emily y pidiéndole a Charlotte que hablase con Olivia para que enterraran el hacha de guerra. Aunque, la verdad, comprendía por qué la muchacha no quería hacerlo.

Al comienzo de la noche todo había sido fantástico, pese a algún que otro comentario que Emily no había podido callarse. Luca se mordía el labio para intentar no meterse en la conversación de las chicas. En la mesa donde cenaban se encontraba Charlotte al lado de Olivia y Ben, que ignoraba por completo el asunto mientras hablaba con compañeros de la mesa más próxima o estaba con su móvil jugueteando. Emily hablaba mostrando la misma posición que su padre, con unas ideas y opiniones estrictas y conservadoras, que no pasaban desapercibidas. Cuando llegaron al postre, fue aún peor de lo que podía esperar.

—Si el Brexit hubiese llegado antes, estoy segura de que gentuza así no hubiera entrado en nuestro país —repuso, aludiendo a Olivia de forma intencionada.

Luca no daba crédito a lo que acababa de oír. Primero pensó que había sido una broma de mal gusto, pero al comprobar la

seriedad en el rostro de Emily, sin que le acompañara alguna expresión facial o palabras que lo suavizaran, fue consciente de que lo decía en serio. Olivia se levantó ofendida y Charlotte se quedó blanca —más de lo que la muchacha ya era— mientras Luca sujetaba a su habitual compañera de cama.

—Ve a buscar a Olivia, por favor —le pidió Luca a Charlotte, que se encontraba a su otro lado. Y esta fue detrás de su compañera.

—Emily, confío en que sea una broma de mal gusto —le reprendió esperando que se retractara.

Ella lo miró como si no entendiese por qué la reñía.

—¿Cómo? No he dicho nada malo.

—Ya me has oído. No es solo que roce la xenofobia, es que te convierte en una jodida racista. Y no voy a permitir semejante insulto. ¿Te has dado cuenta de lo que acabas de soltar?

En ese instante Olivia volvió a la mesa, acompañada de Charlotte, y se sentó delante de ellos. Luca comprendió que había oído lo que le había dicho a Baker.

Las palabras habían salido con una rabia inusual por su boca. Tanta, que hasta a él le sorprendió su reacción. Había intentado ser cauto, aunque no lo había sido mucho hasta entonces. Luca siempre se había caracterizado por hacerse notar allá donde iba, y por ganarse a la gente con un par de minutos de charla, así que Emily abrió mucho los ojos, perpleja. Estaba claro que no esperaba aquel comportamiento por parte de Luca y, en cierto sentido, a él le agradó que así fuese. De ese modo comprobó lo poco que sabía de él y sintió que eso era algo a su favor.

—No era mi intención —repuso en voz baja dirigiéndose a él, en *petit comité*, pero sin mirar a Olivia—, de verdad.

—¿Y cuál era tu intención? Si puede saberse, por supuesto. Porque no me parece propio decir algo así de una compañera de trabajo.

Emily suspiró soltando todo el aire que parecía tener en su diminuto cuerpo. Cogió su copa de vino blanco y se la bebió de un trago. Acto seguido, se levantó de la mesa y se fue en dirección al baño. Todos los presentes se la quedaron mirando mientras se marchaba montando el numerito, pero Luca se quedó allí plantado. En la mesa seguían Charlotte y Olivia. Ben se había levantado hacía rato para charlar con los compañeros de la mesa de al lado. Olivia miró a Luca y le dio las gracias, o al menos eso fue lo que entendió al leerle los labios. Él negó con la cabeza para hacerle entender que no tenía importancia. Cuando Emily volvió, parecía mucho más relajada y, con genuina elegancia, le pidió a Luca si quería bailar con ella, pues la música había empezado a sonar.

Él se levantó a regañadientes. Ella le puso los brazos al cuello y posó la cabeza en su pecho.

—Lo siento —llegó a escuchar—. A veces me dejo llevar por las ideas de mi padre —se excusó.

—Pues piensa por ti misma. Si no —le recriminó él—, pregúntate cómo te sentirías si te dijeran algo así. Es horrible no solo decir algo así, sino planteárselo. No seré yo el que te dé un discurso moralista, joder, Emily. Pero no quiero acostarme con alguien que desprecia así a ciertas personas. Me da la sensación de que te crees superior a los demás y estoy cansado de esa forma de ser.

Emily asintió con docilidad y siguieron bailando. Así pasó la noche, entre canción y canción, hasta que él decidió ponerle fin e irse a casa. Se despidió de Charlotte, de Olivia y de su jefe, entre otros. Después fue hacia Emily y le dijo que se quedara. Aquella noche él prefería dormir y descansar. Ella no le puso ninguna objeción. Sabía que si decía algo más podía terminar con lo que ya se estaba tambaleando.

Los días transcurrieron. Luca decidió pasar las Navidades con su madre y con Harry. Era el primer año que su padre no

estaría con ellos, y aunque ninguno quería reconocer que suponía todo un alivio, su forma de comportarse lo decía por ellos. Se hicieron regalos y estuvieron todo el tiempo que pudieron con ella, haciendo actividades juntos. Hacía tanto que eso no sucedía que Luca ni siquiera podía recordar una Navidad tan feliz junto a su familia. Seguramente, la última había sido con sus abuelos, pero no con su madre y su hermano, y eso lo reconfortó.

Cuando volvió a Londres, la relación con Emily se había enfriado. Ella le había mandado varios mensajes, felicitaciones de Navidad y alguna que otra foto divirtiéndose por la City. Luca se había limitado a responder, pero no estaba interesado en mucho más allá de eso. Necesitaba espacio. No le agradaba la forma en la que Baker trataba a la gente y, sobre todo, a la que tenía a su alrededor.

Era 3 de enero. Luca había decidido tomarse el día para él. Se puso una camiseta y se echó una manta en el sofá para pasar toda la tarde viendo una serie. Cuando cogió el mando de la televisión, sonó el timbre. No el del portal, sino el de la puerta de su casa. Por un momento, pensó hacerse el loco y fingir que no había nadie. Sin embargo, la persona que llamaba insistió.

—Luca, sé que estás ahí. He visto luz desde la calle. Abre, por favor —se oyó detrás de la puerta.

La voz de Emily parecía hastiada. Luca se miró al espejo en un acto automático e intentó recolocarse los rizos sin éxito.

—¿Qué haces aquí? —preguntó al abrir la puerta.

—¿No te alegras de verme? ¡Feliz año nuevo! —exclamó ella lanzándose a sus brazos.

Luca la apartó con delicadeza, lo suficiente para que no sintiera que la estaba rechazando o que estaba siendo un maleducado.

—Feliz año —repuso—. ¿Qué haces aquí? —repitió.

Ella le mostró una bolsa de papel que contenía comida

basura.

—Sé que no acabamos bien el año, pero quería disculparme. Me porté fatal y, además, te echaba de menos.

Luca levantó una ceja algo confuso.

—No es conmigo con quien tienes que disculparte, Emily. Que me traigas comida por sorpresa no soluciona el mal rollo que tienes con nuestros compañeros.

—Ay, Luca, cariño —dijo cerrando la puerta tras de sí y entrando en el piso—. Llevas poco tiempo aquí, pero es que tengo un humor muy negro. A veces parece que digo las cosas con otra intención, pero te aseguro que no es así.

—Me confesaste que te dejabas llevar por las ideas de tu padre.

Ella pareció pensárselo antes de hablar. Mientras tanto, puso la bolsa encima de la isleta de la cocina y empezó a sacar la comida.

—Es verdad, y a veces no me doy cuenta de que pueden sentar mal. Pero la gran mayoría ni las pienso.

—Pues deberías. Sobre todo si son ideas tan extremistas.

—Lo siento, ¿vale? Además, me disculpé con Olivia cuando te fuiste, de verdad —le confesó poniendo ojos de cachorro.

Estaba tremendamente guapa. Su cabello rubio había crecido más durante los días que no se habían visto, y llevaba las mejillas sonrojadas por la diferencia de temperatura entre la calle y el piso de Luca.

—¿Me perdonas? —volvió a preguntar ella, ofreciéndole unas patatas fritas de la bolsa.

Luca intentó no ablandarse tan pronto, pero fue inútil. Salir de la ciudad y desconectar esos días le había ayudado a volver nuevo. Comenzó a pensar que la pelea de la cena de Navidad había sido absurda. Además, Emily no era la persona con la que quería pasar el resto de su vida. Solo se divertían, sin más compromiso que ese.

Sabía que había perdido aquella batalla y que estaba haciendo caso omiso a sus principios éticos. En su subconsciente, intuía que Emily tenía un lado oscuro que esta intentaba negar, pero parecía demostrárselo con pequeños detalles cada vez más. Luca los observaba en silencio y, sin contar la fiesta de Navidad de la empresa, no había saltado en contra de los intereses de Emily. No es que ella fuese en contra de él, pero sí de las personas que no eran de su agrado. Con ello conseguía que una parte de él quisiera alejarse de ella y de esa oscuridad. Pero esa misma sombra le estaba engullendo, de manera que le hacía olvidar todos los problemas que resurgían en su cabeza de los meses anteriores. Los pensamientos que lo consternaban cada noche y que iban a por él en forma de pesadillas o terrores nocturnos se disipaban cuando Emily decidía dormir a su lado.

Sabía que estaba siendo egoísta, pero también quería sobrevivir de alguna forma a aquella etapa de su vida, de la que fuese. Era un tipo de desesperación que no había experimentado jamás, y no tenía ni idea de cómo batallarla. Intentó explicárselo a la doctora Brown, su psicóloga, pero cuando su expresión se tornaba en preocupación latente, procuraba recular para no inquietarla y volver a una casilla de salida a la que no estaba dispuesto a regresar.

Comprendió que, con esa ambigüedad, ya había arruinado la oportunidad de ganar su guerra interna. Al fin y al cabo, cuando es con uno mismo, siempre se tiene algo que perder. Gane el bando que sea, el otro, el que acaba moribundo, torturado y sin posibilidad de seguir adelante, sigue siendo el tuyo. Así que, a pesar de que una parte de él resultase vencedora, sabía que la otra moriría, o peor aún, sufriría una pérdida que, con toda probabilidad, haría que se sintiera vacío y sin esperanza.

39

Julio de 2003

No sabían cuánto tiempo había pasado, pero los niños estaban muy débiles. Se abrazaban al oír el más mínimo ruido. El estómago comenzaba a rugirles y la sed resultaba insoportable. Notaban los labios resecos, y a pesar de que allí hiciera más fresco que en el resto de la casa, el calor de julio era notable, lo que les exigía más líquido en el cuerpo. Cuando ya habían perdido la esperanza de salir con vida, la puerta se abrió y dejó entrever un resquicio de resplandor insufrible para los ojos de los niños. Se habían adaptado a la oscuridad tan rápido que la pequeña pensó que se habían convertido en una especie de vampiros al ver los cegadores rayos de luz.

La voz titilante de una mujer se escuchó al otro lado:

—Niños, salid. ¿Dónde estáis?

Su madre, con voz temerosa, les llamaba. Se levantaron obedientes, aunque con cierto recelo.

—No está, podéis salir. ¿Estáis ahí?

Al oír que él no se encontraba en la casa, corrieron a abrazar a su madre con desesperación. Las lágrimas de ambos empaparon el camisón que esta llevaba. Al abrazar a su madre, la niña se percató de que estaba aún más delgada. Los huesos se le marcaban con descaro a través de la fina prenda, a pesar de lo grande que le quedaba.

Lauren les acarició la cabeza y se la besó con ternura. Hacía mucho que no mostraba tanto cariño a sus hijos. La niña se preguntó si en algún momento sus padres se habían amado, al

menos lo suficiente para que su madre siguiera allí aguantando todo el dolor que él le provocaba. Si en sus rostros le veía a él, dado el parecido, y si eso la torturaba o le hacía creer que había hecho algo bien entre tanto tormento.

—Ya está, ya pasó... —les dijo intentando calmarlos—. Subid, comed y bebed algo antes de que aparezca.

Los tres salieron del sótano, aunque los niños se taparon los ojos con las manos porque les molestaba la luz. Su madre les puso unos bollos, agua y un vaso de leche.

—Tenéis que iros —les dijo—. Id con la vecina. Ella os ayudará en todo. No podéis seguir viviendo este infierno. —Lauren miró a sus hijos con nostalgia.

La niña, que aún no había levantado la mirada de la comida, se fijó más en ella. Estaba demacrada. Dos grandes manchas se cernían como una sombra morada sobre sus ojos. Su pecho mostraba que le costaba respirar. Al verla así, la niña se dejó llevar por la pena. No parecía estar sufriendo, pero al mismo tiempo daba la sensación de que su cuerpo podía colapsar en cualquier momento. ¿Era por fin su oportunidad de escapar? Lo deseaba desde hacía tanto... Sin embargo, no quería dejarla allí. Peor aún, sabía que su hermano no lo haría, y ella no quería marcharse de la casa si no se iban los dos juntos.

—Coged una mochila, meted en ella todo lo que necesitéis y marchaos, ¿entendido?

La niña asintió.

—¿Y tú? —repuso el otro. Lo que se temía.

—Yo iré más tarde. Primero vosotros —dijo con una sonrisa en los labios.

—Pero no te dejará. Vente con nosotros ahora —insistió.

—Cariño —repuso su madre con dulzura mientras se dirigía hacia él y le acariciaba el cabello de nuevo—, estoy enferma y cansada. Solo sería una carga, como estos meses atrás. Os prometo que me reuniré con vosotros.

Ella sabía que mentía descaradamente, y supuso que su hermano también, pues le vio los ojos humedecidos por las lágrimas. Su madre le dio un beso en la frente, la miró a ella y les pidió que se fueran a sus habitaciones para recoger lo imprescindible.

Cuando llegó a su dormitorio, por unos segundos la niña se quedó bloqueada. No sabía qué debía coger. El material escolar ya no le haría falta, pero quería llevarse algunos libros, aunque pesaban demasiado y no tenía mucha fuerza. Cogió el diario y un par de ejemplares de la estantería, fue hacia el armario y, sin pensárselo mucho, tiró de algunas prendas que colgaban en las perchas y rebuscó en los cajones. Su madre le había dejado una maleta azul encima de la cama, la más grande que tenía. Allí fue guardándolo todo, pero cuando estaba a punto de meter su cepillo en uno de los bolsillos pequeños se dio cuenta de que en él había algo brillante. Al sacarlo, apareció un precioso colgante dorado con la letra L. De pronto, un recuerdo fugaz le vino a la mente: ya lo había visto alguna vez colgado del cuello de su madre, pero hacía un tiempo que esta no lo llevaba. Sonrió y pensó con cariño que ella se lo había puesto allí como regalo. A su lado, algo más que atesoró con ella y se guardó con delicadeza.

El destello de felicidad que le provocó aquel pequeño detalle fue fugaz. De repente empezó a oír unos gritos desgarradores que provenían de una de las habitaciones. Alguien lloraba y negaba entre gritos. Su piel se erizó y se debatió entre si salir o no de su cuarto. Estaba tan aterrorizada que su cuerpo no le respondía. Tomó todo el aire que pudo y, al oír que su hermano la llamaba con apremio, decidió huir de su santuario y, a la vez, de su cárcel.

Siguió los gritos de dolor que parecían salir de lo más profundo de su hermano. Contra su primer pensamiento, no venían de su habitación, sino de la de su madre. Cuando llegó

al umbral de la puerta, observó la escena con horror.

Su hermano, tirado sobre su madre, intentaba reanimar el cuerpo inerte que yacía en la cama, blanco como el mármol. Él se resistía a verla morir y, entre sollozos, le pedía que despertara.

—¡No! ¡Por favor! Despierta, mamá...

De pronto se dio cuenta de que su hermana estaba allí plantada, observando la secuencia que comenzaba a ir a una desesperada cámara lenta.

—¡Ayúdame! —le suplicó él.

Ella se acercó con premura a su plegaria y tocó a su madre. Se había ido. Abrazó a su hermano, que no dejaba de llorar. El aire salía y entraba en su cuerpo muy rápido, y pensó que iba a perderlo a él también, así que le pidió en un susurro que respirara.

—Ella sabía que pasaría, por eso no quería venir con nosotros —le respondió.

Él se apartó de su hermana y volvió a mirar a su madre. La abrazó desamparado.

No supo cuánto rato había pasado, pero no creyó que fuera demasiado. No sabía precisar cómo el paso de tiempo hacía mella en ese espacio, pues solo fue consciente de él al oír la puerta de casa. La noche se había echado encima y la luz había dejado de entrar por las ventanas. Se cabreó consigo misma por no haberlo advertido.

Su hermano al fin levantó la cabeza y la miró. Jamás lo había visto así. La rabia incontrolable en sus ojos y el dolor por la pérdida lo habían convertido en otra persona. En una que no reconocía. La cara desencajada por la angustia y el luto que estaba pasando hizo que, de un salto, se dirigiera hacia el recién llegado. Si le hubiesen preguntado, nunca hubiese apostado por que su hermano, en ese instante, tuviera fuerzas para enfrentarse a su padre. Estaba delgaducho, débil y no

pensaba con claridad. Sin embargo, cuando te arrancan lo que más amas y debes renunciar a ello por la fuerza, es cuando comienzas a ser otra persona. Para bien o para mal.

En los ojos de su hermano pudo ver que renunciaba a todo para lanzarse al abismo. Corrió tras él intentando apaciguarlo. Si se encaraba con su padre, estarían perdidos.

Miró la cara del otro, que se tambaleaba borracho y sin comprender qué le gritaba su hijo. Ni siquiera se percató de que ella estaba allí también.

—¡Mamá está muerta por tu culpa! ¡Hijo de puta, la has matado! ¿Estás contento? —preguntó aullando de dolor.

Ella se preguntó qué debía de estar pasándole a su padre por la mente. Puede que, de primeras, fuese la confusión por verlo fuera del sótano o por la reciente valentía y el descaro que demostraba su primogénito. En cualquier caso, decidió hacer algo que ninguno esperaba. Comprobar si lo que el niño decía era verdad.

Él siguió a su padre escaleras arriba y ella, dos pasos atrás, observando cada uno de sus movimientos con terror.

—¿Qué cojones? —repuso confuso.

Y lo que pasó a continuación fue algo que ella recordaría toda su vida. El rostro devastado de su padre, como si en algún momento hubiese amado a la que se suponía era su mujer y debía cuidar hasta el final de sus días. Había faltado a todas sus promesas y, ante todo, le había infligido un dolor indescriptible. Cada día de su desgraciada vida la fue matando poco a poco mientras los ojos de sus hijos lo pronosticaban con temor. Los había dejado sin madre. En algún punto de la historia, su padre se había disuelto para convertirse en la monstruosidad que tenían delante de ellos.

¿Cómo podía sentir dolor o llorar su pérdida? Si parecía ser lo que anhelaba... Su muerte.

A continuación, su hermano comenzó a pegarle. Los puños

intentaban atizar sin mucho éxito en algún lugar donde pudieran hacerle daño de verdad. Su padre lo miró con asco y, cuando se dio media vuelta, le profirió un puñetazo en el estómago que lo impelió hacia atrás. Ella fue corriendo en su ayuda mientras su padre entraba en la habitación para ver el cuerpo de la mujer.

—¿Qué has hecho? —le preguntó ella entre susurros.

Su hermano no pudo contestar a su pregunta porque su padre volvió con ira hacia ellos. Él también estaba roto de dolor. Aunque nadie lo comprendiera, pues él había sido el causante de toda la desgracia, parecía realmente afectado.

El bofetón llegó sin previo aviso. Al instante, sintió un dolor intenso y el calor hormigueando por su mejilla. Las lágrimas también aparecieron, junto al resentimiento que había estado guardando todo ese tiempo. La apartó de un manotazo y tomó a su hermano en volandas.

—¡No! ¡Por favor, no! —suplicó ella por primera vez.

Recordó las innumerables veces que la voz de su madre había gritado aquellas mismas palabras. No supo si eso fue lo que le hizo detenerse un instante antes de volverse hacia su hermano y cogerle por el cuello. Este empezó a toser y a sentir que desaparecía el aire de sus pulmones. Al ver que no paraba, ella se abalanzó sobre él, dándole a su hermano un respiro, un movimiento para liberarse. Mientras veía a cámara lenta cómo la muerte se había llevado a su madre, a toda velocidad, en un abrir y cerrar de ojos, su padre terminó en el suelo. La sangre había manchado la moqueta y el rojo se expandía poco a poco. Con terror, miró a su hermano, teñido de ese color vibrante.

La niña no comprendía nada hasta que vio el puñal en el suelo y varios agujeros en la camiseta de su padre, de los que provenía aquella ingente cantidad de sangre. Se dejó caer al suelo junto a él y su hermano.

—Ya, está, ya ha terminado —le dijo él, meciéndola—. Se

acabó.

La puerta de la casa se abrió de golpe. Unos pasos comenzaron a hacerse eco por el pasillo. La vecina apareció delante de ellos y, sin dar crédito a la escena, se echó las manos a la boca. Solo una pregunta lapidaria, rememorando el motivo de que hubieran acabado así.

—¿Vuestra madre...?

Su hermano negó con la cabeza y señaló hacia la puerta. Pero antes de ir a ver el cadáver de Lauren, se agachó junto al del hombre que tanto aborrecían.

—Oh, Dios mío... pero ¿qué has hecho, Charles?

40

Mera

Febrero de 2020

Había sido un viaje de vuelta muy duro. Anhelaba quedarse en Torquay con Emma y la abuela. Por un lado, quería asegurarse de que ellas estaban todo lo bien que podían en aquellos momentos de duelo y, por otro, sentía que si permanecía un minuto más allí, irremediablemente la casa se le vendría encima. Emma, que aquel día estaba con mejor ánimo, le aconsejó que se fuera. El abuelo lo hubiese querido así. En eso siempre había sido muy insistente, y su hermana se lo recordó más de una vez para que tomara el tren a los dos días del funeral. La veía más madura y disciplinada. No sabía si había sido la muerte de su abuelo o el inevitable instinto de supervivencia en cuanto la hermana mayor salió del nido y le tocó tomar las riendas. No obstante, el momento había sido muy inoportuno, pues tuvo que cuidar de Steve en sus horas más bajas. Ese pensamiento atormentaba a Mera: después de dudar durante años sobre si irse o no de casa, una vez que tomó la decisión, su abuelo comenzó a apagarse.

No podía sentirse culpable porque la naturaleza hubiera seguido su curso y se hubiese llevado de manera plácida a Steve. Aun así, la culpa que sentía en su interior era terrible.

Hubo otro motivo que inquietaba a Mera: Harry se había ido demasiado rápido, y eso le hizo pensar que quizá había algo en la carta que provocase su marcha. No pudo averiguarlo porque

él se la había llevado. Pero a la mañana siguiente Luca se plantó en la puerta de su casa por sorpresa y se la ofreció. Los ojos de este contenían pesar y pena. No conocía demasiado a su abuelo, pero sí lo suficiente para sentir por él un mínimo de cariño.

Ese era Steve. Así lo conocían en Torquay: amable, inteligente, entrañable, familiar y, sobre todo, una gran persona. Con su marcha repentina, se había acrecentado la necesidad de que algún día llegase a ser la mitad de gentil de lo que era él.

Luca no quería molestar, así que después de entregar el sobre se fue cual mensajero. Ella y su hermana leyeron el contenido de la carta con las manos entrelazadas. Era lo último que les quedaba de él. Era cierto que tenían las fotos y los innumerables recuerdos, pero el vestigio de la vida anterior de su abuelo estaba ahí, de su puño y letra. Uno que ya no podría relatarles ni contarles su experiencia, pero allí encontrarían ciertas revelaciones de las que nunca conocerían nada más. Al menos, no por él. Al terminar, Emma sonrió a su hermana y apoyó la cabeza en su hombro. Mera sintió una paz inigualable al leer las últimas palabras. No habían sido dirigidas a ellas, pero habían hecho mucho más que si hubiese sido así.

Mera y Emma —sobre todo ella— apenas tenían recuerdos de su madre. Era evidente que Steve estuvo todos esos años sufriendo en silencio. Las hermanas querían pensar que había encontrado paz y consuelo y que, ojalá, estuviera junto a su madre.

Mera agradeció que su hermana no mencionara el apartado en el que su abuelo hablaba del supuesto cariño de Harry hacia ella, e intentó desviar la atención.

—El abuelo ha dado con algo —le contó a Emma—. Creo que el hombre que menciona en la carta tiene alguna cosa que ver con el asesinato de la chica de Londres. Por eso Harry se ha ido

de esa forma.

Entonces, Mera le relató a su hermana lo que sabía hasta aquel momento. La situación, aun siendo peliaguda, ayudó a ambas a distraerse del duelo por un instante. Cuando a Emma se le acabaron las preguntas, le indicó:

—Luca me dijo que, cuando quisieras volver a Londres, le avisaras.

Mera asintió. Después de dar muchas vueltas al asunto, decidió marcharse, pero no sin antes asegurarse de que la abuela estaba bien. Había vuelto a hablar con su hermano —el padre de su primo Tom—, ambos habían ido a consolarla y llevaban varios días sin separarse de ella. Eso la alivió. A Harriet no le faltaba familia, pero perder a su compañero de vida era lo suficientemente devastador como para imaginar que en cualquier instante podían caer sus muros.

Llamó a Luca y decidieron viajar juntos a Londres. Ella conocía a un Luca hablador, extrovertido y con cierto descaro, pero el hombre que se encontraba frente a ella no era así. Podía ser por varias razones: una, la evidente, es decir, que la muerte de su abuelo también le había afectado; otra tenía que ver con ella y con la extraña relación que mantenían.

La realidad era que ni siquiera quería pararse a pensarlo. Aún le dolía el pecho, golpeándole la coraza con insistencia. Necesitaba centrarse en resolver aquel galimatías que Harry tenía entre manos. Lo demás vendría después; ya lo solucionaría cuando la oscuridad se adentrase en ella.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó él. Ya estaban a muy pocos minutos de Victoria Station.

Ella asintió con la cabeza sin apartar los ojos de la ventana mientras observaba el paisaje. Escuchó un suspiro de Luca, que le tocó la rodilla para que le prestara atención.

—Me tienes preocupado —repuso él.

—Estoy bien. Es normal sentirse un poco apagada, ¿no?

—Claro. Pero entonces no me digas que estás bien. Dime que estás rota, que estás triste, que no tienes ganas de moverte de la cama... —enumeró él—. No hace falta que disimules. Porque, como has dicho, es normal.

Mera sonrió. Al fin y al cabo, Luca sabía de lo que estaba hablando.

—Gracias.

—No me las des. Podemos distraernos. Estoy cansado de estar callados.

Ahí estaba. La sonrisa pícara de Luca y la parte de él que Mera conocía. Jamás había visto a aquel hombre más de dos horas en silencio. Aquello tuvo que ser un récord.

—¡Ha sonado fatal! —exclamó con una sonrisa brillante—. Me refería a poner puntos en común sobre lo de Emily.

Mera sonrió sinceramente por primera vez en varios días. Ese sinsentido que acababa de lograr Luca la sacó un poco de la oscura espiral en la que estaba cayendo.

Después de un largo camino en tren, ella se fue directa a casa. Luca se ofreció a acompañarla. Se lo agradeció, pero declinó la oferta. Necesitaba estar sola y deshacer la maleta. Desde Victoria Station aún tenía que hacer transbordo en Green Park para coger la línea gris que la dejaría en casa.

Cuando llegó, mandó un mensaje a Harry para decirle que ya estaba en Londres. Estuvo tentada de tirarse en la cama. En vez de eso, lanzó la maleta y comenzó a sacar la ropa.

Su móvil vibró, pero no era Harry. Era Charles.

—¿Sí?

—Hola, Mera. Perdona que no te haya llamado antes. No quería molestarte en estos momentos —suspiró—. Lo siento

muchísimo, de veras. Sé lo que es perder a la familia. Es una de las situaciones más dolorosas de la vida.

No lo vio venir. Las lágrimas comenzaron a brotar sin sentido y su pecho se movía con rapidez.

—¿Mera? Oh, Dios mío. ¡Lo siento! —exclamó su compañero —. Mera, por favor.

Ella le escuchaba desde la lejanía, y esa vez no era por su audífono, sino porque el llanto no dejaba espacio a nada ni a nadie más. Ahí estaba de nuevo. Sabía que tenía que llegar, pero no así de fácil y de esa forma.

—¿Estás en Londres?

—... Sssííí —alcanzó a decir.

—Voy para tu casa, joder. Tardo veinte minutos.

Mera quiso decirle que no, que tenía que pasar por aquello sola. Pero para cuando intentó articular otra palabra solo oyó que la línea comunicaba. Se tiró al suelo y, cogiéndose las piernas, siguió desahogándose. Intentó ser racional e imaginarse allí al abuelo, exigiéndole que se levantara e hiciera algo de provecho ese día. Que no malgastara ni un segundo más en él y continuara con su vida. Que se quedara con todos los buenos recuerdos juntos.

Sabía cuáles serían sus palabras porque eran las mismas que le decía a una Mera mucho más joven que acababa de perder a sus padres. Lo visualizó allí delante, con el ceño fruncido y los brazos cruzados y, por un momento, solo quiso abrazarse a esa bonita imagen. Cuando el abuelo mostraba su parte más cascarrabias por amor y compasión. Intentó respirar hondo una y otra vez hasta que se dio cuenta de que las lágrimas iban desapareciendo cuanto más se centraba en respirar el aire de su apartamento. Entonces llamaron a la puerta.

Charles ya estaba allí. Se levantó del suelo enmoquetado y fue hacia la puerta para abrirla. Su compañero, que parecía asfixiado, la abrazó con fuerza, algo que Mera no se esperaba.

Por norma, no eran las palabras lo que la hacían derrumbarse, sino los abrazos. El momento en el que una persona se da cuenta de que alguien le ofrece un hombro para desahogarse y que, con ese simple gesto, le está diciendo que no está sola y que puede refugiarte ahí.

Sin embargo, respiró de nuevo e intentó que no se repitiera la estampa de hacía unos minutos.

—Estás horrible —le dijo él entre risas, intentando relajar el momento.

—Yo tengo excusa, pero ¿y tú? —atacó ella en broma.

Charles se hizo el ofendido. En realidad, estaba muy guapo. Algo despeinado, pero con el mismo talante de siempre. Ella intentó verse desde fuera, desde los ojos de Charles. Con unos vaqueros desgastados, un jersey de punto maltrecho de color verde lima que le había hecho la abuela hacía años y el rostro demacrado. Imaginaba que tendría la cara roja por el llanto, y los ojos a juego con ella. Le escocían, así que supuso que estarían hinchados.

Oyó el móvil, que le alertaba de un mensaje, pero lo dejó estar. Le parecía de mala educación ir a por él con Charles en casa.

—¿Quieres una buena taza de café? —preguntó ella, aunque ya sabía la respuesta. Una de las primeras veces que tomaron algo, se dieron cuenta de que eran de los pocos ingleses que apenas tomaban té. Si era posible, preferían la cafeína. Ella lo achacaba a que su lado español ganaba al inglés en la guerra de las bebidas calientes.

—Pues café, no te preocupes. ¿Te ayudo con algo?

Ella negó con la cabeza y se disculpó por cómo estaba el apartamento, aunque más por educación que otra cosa, ya que no esperaba que ni Charles ni nadie se fuese a presentar allí.

Mientras hervía el café, su móvil empezó a sonar de nuevo. Era una llamada. Aprovechó que Charles iba a entrar en el

baño para mirar quién había sido tan insistente. Después recordó que tendría que haber avisado a Emma y a su abuela de que había llegado bien a casa, así que seguramente sería alguna de ellas. Sin embargo, al mirar quién la había llamado, vio que había sido Harry. El mensaje también era suyo:

Llámame cuanto antes

Qué pasa? Tengo visita

—¡Mera, el café se sale! —la avisó Charles.

Ella fue de inmediato hacia la cocina-comedor.

—¡Ay! Madre mía.

—No te preocupes, demasiado que puedes andar y hablar a la vez. Cuando murieron mis padres yo estaba en *shock*. Estuve mucho tiempo sin ser persona.

—¿Tus padres murieron? Lo siento mucho.

—Hace ya mucho tiempo. Yo era un niño.

—Conozco la sensación. —Mera se dio cuenta de que Charles sabía bastante más de su vida que ella de la suya. Él siempre había sido muy considerado y la había escuchado con cada anécdota. Sin embargo, aparte de sus ligues, poco más sabía de Charles y su pasado. Así que se sintió fatal al oír su confesión —. Lo lamento de veras.

—Gracias, fue hace mucho. De hecho, por eso quería investigar el tema de la drogadicción. Sé que mi padre andaba en algo así y quería comprender por qué la gente se hace eso a sí misma...

—Joder, Charles, tenías que habérmelo contado. ¿Y qué hiciste?

—Pues nos llevaron a una casa de acogida. Nuestra vecina, que era oficial de policía, pudo meter mano en el asunto y nos ofreció una vida mejor.

Mera lo miró boquiabierta. No podía imaginarse eso de Charles. Para un chiquillo, pasar por algo así tuvo que ser horrible. Y no solo por perder a sus padres, que ya era duro, sino por saber que tenían cierta adicción y que después nadie pudiera hacerse cargo de él durante sus peores momentos. Ella y Emma corrieron otra suerte.

—¿Y tus familiares cercanos?

Él se encogió de hombros.

—Pero estoy bien, ¿eh? Quiero decir, he tenido una vida feliz y he conseguido una profesión que me gusta. No voy a quejarme ni a llorar por ello ahora, faltaría más.

Mera sonrió con la respuesta de Charles. A pesar de su tono de voz confiado, su mirada no parecía decir lo mismo. Así que esa vez fue ella la que lo abrazó.

Antes de separarse, su móvil volvió a sonar y recordó los mensajes de Harry.

—Disculpa, voy a contestar un momento.

—Claro, no te preocupes. ¿Quieres que veamos una serie? —preguntó Charles.

Ella estuvo de acuerdo y fue a su dormitorio. Al coger el móvil, vio varios mensajes de Harry, uno tras otro.

—Pero ¿qué...? —susurró.

La piel se le erizó y la habitación empezó a dar vueltas al leer los mensajes. No, eso no podía ser real.

Mera, ya sé quién asesinó a Emily Baker
Necesito que me digas dónde estás
Tenemos que vernos

Mera?
...

Fue Charles, Charles Jenkins

—¿Mera? —se escuchó desde el salón.

La voz de él se había convertido en un sonido espeluznante. El asesino había estado delante de ella todo el tiempo y, por si fuera poco, estaba en el sofá de su casa, esperándola con una sonrisa.

41

Harry

El día anterior

El descubrimiento con los hermanos Baker había sido prodigioso. No esperaba aquel resultado. Aunque debía reconocer lo fructífero que fue el encuentro, le irritó averiguar que parte de todo el embrollo había sido por culpa de Liam Baker, la persona que le contrató.

Debía enfrentarse a algo mayor. Pero no quería plantarse en Scotland Yard, sino ir directamente a casa de la comisaria un día que no estuviera de servicio. No sabía dónde vivía, pero su amigo y compañero Henry Astwell tenía información privilegiada. Contar con amigos en los infiernos —como a él le gustaba decir al referirse a la morgue— siempre era un punto a su favor. Y en este caso le dio más que una dirección. Cuando Harry estaba a punto de llamarle, Astwell pareció leerle la mente y su nombre apareció en la pantalla del móvil del inspector. Tenía una coincidencia con la sangre. En la cuerda que rodeaba el cuello de la chica habían encontrado una gota. Minúscula, como si alguien se hubiera hecho un pequeño corte. Como Emily no había sangrado por la estrangulación, Henry se centró en el magnífico lazo. Y halló algo, pues hizo sus deberes antes de marchar a la batalla. Aunque no había podido averiguar lo que unía a esa persona con la comisaria, esperaba que ella pudiera decírselo.

Se plantó cerca de Green Park, en un edificio majestuoso que

se erguía con orgullo y belleza. Como era de esperar, el piso de Larissa era el ático. Harry entró y vio a un conserje haciendo su trabajo. Le saludó como si nada y subió en el ascensor. Al llegar a la última planta, respiró hondo. Aquello iba a ser duro. Debía demostrar a la comisaria que tenía pruebas de la verdad, aun sin estar seguro de cuál era esta. Ella debía delatarse.

La experiencia de ella era un punto a su favor, y hacía que la situación fuera aún más peliaguda. La primera mujer en ascender al puesto de comisaria de New Scotland Yard. Había estudiado en Oxford y Cambridge —como él— y había estado en la brigada antiterrorismo. Dama comandante de la Orden del Imperio británico —del mismo modo que él era caballero —. Había sido reconocida con honores por su trabajo policial. Larissa Hill era la mejor en lo suyo. Harry no dejaba de preguntarse si algún día su orgullo le permitiría reconocer que era mejor que él. Al fin y al cabo, contaba con más años de experiencia a sus espaldas. Tenía que enfrentarse a ella, pero dudaba de poder hacerlo como debía. Además, el inspector estaba tan confuso que le costaba pensar que la comisaria estuviera detrás de todo. Resultaba inconcebible.

Era cierto que siempre había policías corruptos, pero Larissa, tan recta y disciplinada en sus normas...

Harry suspiró antes de llamar a la puerta. La comisaria abrió de inmediato. Iba vestida de paisano y, aunque era normal porque estaba fuera de servicio, al inspector le pareció sumamente inusual.

—Inspector Moore —repuso ella sorprendida—, ¿qué hace aquí? ¿Quién le ha dado mi dirección?

—Necesito hablar con usted. Espero que esté disponible.

Ella frunció el ceño extrañada. Parecía más pequeña que de costumbre. Su pelo canoso brillaba sin el gorro de la policía.

—Le doy quince minutos, y espero que sea importante. ¡Para un día libre que me tomo!

Harry carraspeó. Si la comisaria Hill hubiese tenido la más mínima idea de la finalidad de esa visita, lo hubiera echado al rellano de un puntapié. Era pequeña, pero peleona como ninguna.

Al entrar en el ático, se detuvo a observarlo todo. El apartamento tenía una luz envidiable. No había muchas cosas, pero sí varias estanterías del salón llenas de libros. La cocina comedor era muy amplia, decorada con gusto. No tenía moqueta, y eso daba a la estancia un aspecto extenso e impecable. Por lo que sabía, Larissa no tenía pareja, así que vivía sola. Ella aún seguía de espaldas a él cuando comenzó a hablar.

—¿Por qué lo ha hecho? ¿Creía que no averiguaría que usted está detrás de todo?

Larissa se detuvo en seco y se dio la vuelta con lentitud para mirar al inspector a los ojos. Su cara era de póquer, pero sus ojos...

—¿Qué acaba de decir?

—No me tome por tonto, Larissa. Ya me he cansado de este juego.

—¿De qué juego me habla, inspector? —dijo ella con cuidado.

—Del de Emily Baker. Hay cosas que no sabe, pero, por suerte, yo sí.

—Ilústreme. —No lo pidió. Fue tan imperativa que decir que había sido una orden se quedaba corto.

—Liam Baker es más inteligente de lo que usted cree. La engañó, aunque a decir verdad usted también a él, y al resto de nosotros.

—Déjese de galimatías. Le he dicho que tiene quince minutos, y el tiempo corre.

No iba a soltar prenda hasta que él lo hiciera. Debía darle algo lo suficientemente bueno para que cayera.

—Cuando Liam Baker le pidió que me contratara de parte de su hermano, este no tenía ni idea. El astuto Liam lo hizo por su cuenta.

Ella cambió el peso de la pierna derecha a la izquierda y se cruzó de brazos.

—¿Y qué narices importa?

—Importa. Jack Baker quería averiguar qué le había pasado a su hija. Le pidió discreción, no que cerraran la operación con el juez. Usted creyó que era así y lo aprovechó a su conveniencia. Déjeme que la ilustre —repitió sus palabras de manera algo exagerada y un tanto dramática—: al creer que Jack había pedido discreción y que había contratado a un detective privado para investigar por su cuenta, usted intentó por todos los medios tapar el caso. Eso lo hacía todo más simple porque nadie hace preguntas indebidas si la orden viene de arriba.

—Oh, ¿de veras? Dígame qué pruebas tiene de ello. Mi equipo ha hecho todo lo posible, pero el asesinato fue aleatorio, y es muy complicado encontrar a alguien que actúa por impulso y sin motivos. Hasta que...

—Hasta que vuelva a matar, sí —terminó Harry. Sabía que daría ese argumento—. Sin embargo, como por ahora no ha habido un asesinato de las mismas características, no tienen ninguna prueba sobre el paradero del asesino.

—Exacto.

—Lo está ocultando.

—¿A quién?

—Al asesino —dijo sin pensar.

Larissa Hill montó en cólera. Su rostro encendido la delató.

—¿De qué está hablando? ¿Cómo se le ocurre?

—Entonces ¿por qué oculta que Charles Jenkins está detrás de todo?

La comisaria lo miró sin comprenderle. Parecía muy

confundida.

—La sangre encontrada en el lazo se corresponde en la base de datos con la de Helmer Jenkins. Hace unos diecisiete años estuvo en la cárcel por delitos menores. Además, el informe dice que se mató después de ver el cadáver de su mujer, a la que maltrataba. La cuestión es que está muerto y no pudo ser él. Pero su hijo, Charles, vive.

Larissa miró al suelo. Parecía cavilar algo, tal vez la forma de salir de aquello.

—Y casualmente es del mismo pueblo que usted, Larissa. Coincide el tiempo en que estuvo allí.

—Está bien —aceptó ella, para sorpresa del inspector.

—¿Está bien, el qué?

—No tiene pruebas irrefutables de que sea ese muchacho. No hay nada. Es difícil probar que la sangre coincide con la de Helmer. Luego tendrá que ver cuántos Charles Jenkins viven en Londres o en sus alrededores, pasaran su infancia allí y tengan la edad de su hijo. Dudo que sean pocos. Una vez lo identifique, interróguelo y, si no tiene una coartada decente, me pondré con el equipo para cotejar su ADN y ver si coincide.

Harry levantó una ceja.

—¿No le conoce?

—No voy a responder. Haré lo que debo. No voy a perder mi trabajo por este maldito caso, inspector. Creo que he cedido suficiente, dada la debilidad de su hipótesis.

El inspector no contestó. En parte tenía razón, pero estaba completamente seguro de que Larissa había hecho lo imposible para que no pillaran al culpable, e intentaba protegerlo a toda costa. Aun así, no iba a desaprovechar la oportunidad de descubrir quién era Charles Jenkins, ya que se trataba de la única prueba, aunque no totalmente compatible, en aquella torre de naipes que parecía tambalearse un poco más en ese momento.

Creía que Larissa Hill sería más guerrera, que lucharía por aquello que se había esforzado tanto en ocultar, lo suficiente para poner su carrera en peligro. Algo no encajaba, y eso no le gustaba.

42

Mera

Febrero de 2020

El temor no se había apoderado de ella. Era cierto que apenas conocía a Charles, pero jamás le había hecho daño. Así que, después de mandarle un mensaje de texto a Harry diciéndole que fuese para su casa, que Charles estaba allí, se dirigió al salón.

Debía reconocer que había empezado a observarle con cuidado. Desde unas gafas invisibles, intentaba ver detalles que antes podían haberle pasado desapercibidos por obviar que su compañero no podía ser un asesino. ¿Un asesino? Dios, le parecía ridículo incluso en su cabeza. Había ido a animarla sin vacilar ni un segundo.

Él, en contraste con todo lo que pasaba por la mente de Mera, estaba relajado, con la taza de café descansando en la pequeña mesita, sentado en el sofá. Mientras ella le observaba, Charles iba pasando con total tranquilidad diferentes series en la plataforma de *streaming* que había escogido.

—¿Qué te apetece ver? —preguntó él en voz más alta de la cuenta.

Quizá quería ser considerado con su anfitriona y su pequeña discapacidad, aunque esta se dio cuenta de que había sido porque esperaba que aún estuviera en su habitación. O por las dos cosas. Dio un pequeño salto por el susto al oírla detrás de él.

—Lo que prefieras —dijo encogiéndose de hombros—. Pero una serie no, mejor una película, que tiene final —argumentó ella.

Él estuvo de acuerdo y fue a la sección de películas.

—¿Vemos esta, *El rey*? La protagoniza ese chico que le gusta a todo el mundo... —dijo riéndose.

—Timothée Chalamet —repuso ella mientras se sentaba a su lado.

—¡Ese!

Mera asintió. Charles no tenía ni idea de nada, ni siquiera lo sospechaba. ¿Estaría Harry seguro de lo que le había escrito? Era cierto que no solía equivocarse, pero... Su compañero parecía una gran persona y acababa de hablarle de su pasado. ¿Casualidad? Tendría sentido. No había prestado mucho interés a la investigación de Emily, aunque también era verdad que en Scotland Yard hacían poco por averiguar nada, así que no parecía raro. Pero recordó algo que había dicho Charles hacía un rato: «Nuestra vecina, que era oficial de policía, pudo meter mano en el asunto y nos ofreció una vida mejor».

—Charles... —comenzó a decir. El chico se giró para mirarla después de darle al *play*—. Antes me has comentado que una oficial de policía os ayudó con lo de tus padres. —Él asintió en silencio, sin saber a dónde quería ir a parar—. ¿Llegaste a vivir con ella?

Él negó con la cabeza.

—No. Fui a la casa de acogida.

—¿Aún seguís en contacto? ¿Vive ahora en Londres? —insistió ella.

La cara de Charles comenzó a cambiar. No fue algo apreciable, solo pequeños tics en su expresión, pero mudaron su rostro de la duda y la confusión al nerviosismo. ¿Había apretado demasiado la soga? Ya no sabía si tendría que haber tomado ese camino.

«Debería esperar a Harry», pensó Mera con urgencia, si bien en ese momento ya no contemplaba el dar marcha atrás.

—Sí, trabaja aquí en New Scotland Yard. ¿A qué viene tanta pregunta?

Charles frunció el ceño y miró serio a Mera, que en ese instante estaba buscando una excusa lo suficientemente buena para encontrar una salida. En medio de ese silencio tan incómodo, el timbre la salvó. Ya no le importaba si era Harry o no, daba las gracias a quien hubiese llamado.

—¡Voy a abrir! —exclamó brincando del sofá.

—¿Esperabas visita? —preguntó Charles.

Su pregunta le llegó lejana. Ya no sabía si el audífono no le funcionaba o si era por el ritmo de su corazón, que latía con fuerza.

«Charles jamás te ha hecho daño, y ha tenido muchas oportunidades. ¿Por qué estás tan nerviosa? —se preguntó—. Joder, porque cuadra. Lo que te está diciendo y cómo está reaccionando te da motivos para creer que Harry lleva razón».

—Algo así —le contestó ella esquiva.

El inspector tuvo que darse una prisa estratosférica, porque no llegó ni a un minuto y ya estaba golpeando la puerta de su casa. Ella abrió de inmediato.

—Mera —dijo él en cuanto la vio. Miró por encima del hombro de ella y Mera se dio cuenta de que Harry tenía la vista puesta en Charles. El inspector tomó aire y entró cuando ella le hizo un gesto para que la siguiera.

—Charles, este es Harry Moore, un viejo amigo e inspector de policía en Torquay —lo presentó.

Él lo miró confuso y se incorporó rápidamente para tender la mano a Harry.

—Lo siento, no sabía que Mera esperaba visita. Me he presentado para animarla un poco, pero veo que no es necesario —se excusó con una leve sonrisa.

—Encantado de conocerle, Charles... Jenkins, ¿no es así?

—Sí. ¿Cómo sabe...?

—No he venido por Mera —cortó de raíz—, quería verle a usted. Necesito que me ayude con el caso de Emily Baker.

Charles se quedó anonadado. No había que ser muy inteligente para percatarse de que deseaba salir de esa casa.

—Bueno, ya le habrá contado mi compañera que poco he podido hacer. Desde New Scotland Yard no me han dado mucha información y, con toda probabilidad, usted sepa más que yo.

—La verdad, señor Jenkins —Harry retomó la compostura y cambió a su versión más profesional, sin tuteo, llamándole por su apellido, marcando cierta distancia—, las pistas me llevan a usted. Sé que vivían en Hertford, que su padre era Helmer Jenkins y que desgraciadamente murió en extrañas circunstancias. Lo encontraron junto al cuerpo de su difunta madre.

—¿Qué está insinuando? ¿Y cómo sabe todo eso?

—Señor Jenkins, podemos hacer esto por las buenas, que espero que sí, o por las malas. Solo quiero hablar con usted y, si no tiene nada que esconder, no debe preocuparse.

—Claro que no tengo de qué preocuparme —dijo con la voz temblorosa. Entonces miró a Mera que, hasta ese momento, no había sido más que una simple espectadora de aquella incómoda situación.

—No te preocupes, Charles —repitió ella con una voz mucho más suave y tranquilizadora que la del inspector—. Ayuda a Harry con todo lo que puedas y todo se aclarará —dijo creyendo en su inocencia.

Harry la miró de reojo sin entender por qué estaba siendo así de suave. La extrañeza en su rostro decía mucho más que cualquier palabra.

—¿Puedo acompañaros? —preguntó ella.

—En realidad, podemos hacerlo aquí. Antes quiero hacerle unas preguntas. Si no desea que la señorita Clarke esté presente, podemos hacerlo en cualquier otro lugar. En mi hotel, o en la cafetería de abajo si le parece.

Charles miró fijamente a Harry y luego a Mera.

—Está bien, bajemos a la cafetería, pero prefiero que estemos solos.

No supo por qué se sintió dolida al oír aquello. Quizá por una parte pensaba que podía confiar en ella, pero ¿por qué hacerlo? También Mera había comenzado a dudar de él al hacerle esas preguntas antes de que llegase el inspector. Su compañero no era idiota, y estaba segura de que ya habría empezado a atar cabos.

En consecuencia, solo pudo asentir ante su elección y miró a Harry.

—Me quedo aquí, así termino de hacer cosas en casa —dijo ella para amenizar el momento—. Harry, ven un segundo.

Mera le indicó que fuera hacia la habitación y, mientras vigilaba a Charles, que ya cogía el abrigo para salir, le susurró lo más discreta que pudo:

—Conoce a alguien de la policía, acaba de...

Fue todo lo que le dijo porque Charles no les quitaba los ojos de encima.

—¿Nos vamos, inspector? —soltó con un tono algo más despectivo.

—Gracias por venir, Charles —dijo Mera con una mezcla de sinceridad y sentimiento de culpa.

—Espero que haya merecido la pena —respondió él con una sonrisa triste.

—Después te escribo —se despidió Harry.

Ambos salieron del piso. Cuando la puerta se cerró tras ellos, Mera volvió a sentarse en la moqueta y se abrazó las rodillas.

No podía parar de preguntarse si estaba cargándose la

confianza de un amigo o si, por el contrario, por brutal que pareciese, había estado todo ese tiempo cayendo en el mismo error de la última vez. Descubrir que era la compañera de un asesino una vez fue un trauma del que aún tenía secuelas no solo físicas, sino también psicológicas, a niveles inimaginables. Sin embargo, si se estaba repitiendo la escena...

No sabía si volvería a sobrevivir.

43

Harry

Febrero de 2020

Cuando acabó de hablar con la comisaria, Harry volvió al hotel para investigar. Tiró de contactos y, sobre todo, de lógica. Había muchos Charles Jenkins, pero algunos no cuadraban con la edad actual del hijo de Helmer. Los candidatos se redujeron a una lista de cincuenta y, por suerte, solo dos habían estado en casas de acogida. Uno no vivía en Londres, sino en Birmingham desde hacía un año —al menos, eso decía el padrón—, de modo que lo descartó. Lo vio aún más claro cuando buscó a la persona que le quedaba: periodista en el mismo periódico que Mera. Cuando lo investigó, no podía creerlo. Era el autor de la pequeña crónica que salió publicada sobre la muerte de Emily. Por parte de ese medio no hubo ninguna otra alusión a la chica. Quizá fuera porque Jack Baker había pedido discreción y había recurrido a sus relaciones en las altas esferas. En cualquier caso, resultó muy conveniente para Jenkins.

Debía reconocerlo, había sido una jugada magistral y correspondía con el hecho de que el asesino siempre vuelve a la escena del crimen.

Pese a todo lo que indicaban las pruebas, Charles estaba nervioso. Habían bajado a una de las cafeterías de la cadena Pret a Manger que estaba cerca del edificio de Mera, en London Bridge. Harry pensó en aquel hombre matando a la muchacha, pero no le parecía un asesino. Sabía que aquellos de los que no

podías imaginar que fueran capaces de cometer un crimen eran los que mejor se escondían entre la muchedumbre.

—Dígame, señor Jenkins, ¿dónde estaba la noche que mataron a Emily Baker? ¿Y qué hizo durante el día?

Este le contó su día y su noche. Nada fuera de lo común, pero no tenía una coartada decente. Había estado en casa durmiendo, ya que al día siguiente tenía que madrugar. Casualmente, aquella noche su compañera de piso no estaba en casa.

—Sabe que es una coartada muy floja, ¿verdad? ¿Nadie puede corroborar que estuvo allí?

Él negó con la cabeza.

—Comprendo...

—¿Cómo de complicado lo tengo? —quiso saber Charles.

—Pues, con sinceridad, señor Jenkins, si usted sabe que no ha hecho nada malo, no le importará hacerse una prueba de ADN.

—¿Es necesaria? —No le gustaba la idea. En su defensa, Harry debía reconocer que, por lo general, a nadie le apetecía pasar por un estudio de compatibilidad genética.

—Lo es.

Entonces el móvil de Harry vibró y se lo quedó mirando.

—Tengo entendido que usted no está al mando de esta investigación. ¿Puede pedirme algo así?

Sin embargo, él oyó la voz de Charles bastante lejana. El mensaje de Mera le había dejado petrificado:

> Charles me ha confesado que conoce a una oficial de policía en Londres. Le ayudó de pequeño tras la muerte de sus padres y sigue en contacto con ella

En femenino. Una oficial de policía de Londres. En la jugada magistral de Charles, él iba a sacar sus cartas.

—Tiene razón, no soy la persona indicada para pedírselo. Sin embargo, la comisaria Hill así lo ha requerido si no tenía una coartada sólida, y no la tiene. Y la verdad, señor Jenkins, estoy seguro de que a la comisaria le costará ponerle en esa situación.

—¿La comisaria?

—Sí. Sé que tienen una estrecha relación. Ella ha intentado encubrir esto de una forma u otra. Si le profesa cierto aprecio, por favor, no lo ponga más difícil. Podría perder su puesto en New Scotland Yard, si es que no está ya en la cuerda floja.

—No pueden hacer eso, ella no ha hecho nada —estalló.

—Precisamente —apostilló Harry.

Charles se quedó mirando al inspector. Suspiró y se frotó la cabeza. Se debatía. Parecía un alma presa en plena guerra intentando llegar a un acuerdo interno para salir de aquello. Para su desgracia, el inspector no tenía la intención de dejarle ir hasta que no fuese con él para realizarse la prueba del ADN y compararla con la hallada en la escena del crimen.

—Yo no maté a esa muchacha —repuso.

—Si es así, le reitero que lo mejor es que venga conmigo a comisaría y veamos en qué puede ayudarnos para esclarecer el asunto. Entienda que, al haber escrito la crónica de su muerte y no haber querido indagar en ello para que su trabajo sobresaliera, la cuestión se tuerce un poco más.

No quería apretar más. No era el momento. Necesitaba que Charles fuera por su propio pie a hacerse la prueba. Primero, porque como él había señalado Harry no estaba en ese caso, ni siquiera trabajaba para la policía metropolitana, y segundo porque sus hipótesis eran vagas, y aunque para él tuvieran suficiente fuerza, sabía que un juez podría reírse de ellas y cerrar el caso. De hecho, si tuviera que escoger a un asesino al azar (menos mal que no entraba en sus planes), hubiese tenido más sentido que la hubiera estrangulado James Wright, el jefe

de Emily, o Thomas Walker. Tenían un motivo suficientemente fuerte como para señalarles.

—Apenas había información —comenzó a decir Charles, sacándole de sus pensamientos—. Además, quería investigar un caso que llevaba tiempo rondando por mi mente. Me interesaba. Mi padre era alcohólico, además de drogadicto, y estoy investigando sobre las adicciones en Inglaterra. Me gustaría entender por qué llegan hasta ese punto.

—Lo siento, señor Jenkins. —¿Le estaba pidiendo perdón por su infancia a un potencial asesino? Su paciencia había encontrado nuevos caminos insospechados para él, pero sabía que podía sentirse mejor que mucha otra gente—. Mi padre tampoco era buena persona. Lo recuerdo con un buen whisky en la mano. A veces nos limitamos a pensar que fue culpa de las circunstancias, pero la realidad es que ellos tuvieron otras opciones. Todos tenemos más de un camino que podemos elegir y que la decisión sea la mejor de las posibles.

Jenkins asintió aceptando las palabras de Harry.

—¿Conocía a Emily Baker?

—No, la verdad es que no la conocía de nada —dijo encogiendo los hombros—. Hasta que no me mandaron a escribir la crónica del crimen, no tenía ni idea de quién era.

—Aunaba un considerable número de seguidores en sus redes sociales. ¿Tampoco le suena haberla visto en ellas?

—Puede mirar mi perfil y ver que no la sigo y que no he interactuado con ella. Es lo bueno de la tecnología, siempre deja huella. A los periodistas nos ha servido de mucho, y estoy seguro de que a la policía también —dijo mientras se cruzaba de brazos. Parecía tranquilo, pero según el tema, mostraba un nerviosismo perceptible.

De todas formas, según lo que le comentaba, eso podía no significar nada. Una de las opciones era que el criminal que había estrangulado a Emily fuera la clase de asesino que

mataba aleatoriamente, como habían propuesto el inspector Hastings y la comisaria. Incluso él había barajado esa idea. A pesar de ello, era reticente por varios factores más verosímiles que ya había sopesado.

—Permítame que le haga una pregunta más personal.

—Usted dirá. No parece que tenga mucha más opción, ¿no?

—Le aseguro que tiene opciones, señor Jenkins —confesó el inspector—. Sé lo de la muerte de sus padres —empezó a decir, retomando el tema que le interesaba—, he encontrado la noticia en varios periódicos. Mencionaba que tenía una hermana. ¿Sigue en contacto con ella?

Él negó con la cabeza.

—Mi hermana murió hace años. Yo me fui a una casa de acogida y ella a otra. Cuando cumplí la mayoría de edad, quise ponerme en contacto y me dieron la noticia.

—Vaya... siento oír eso, tuvo que ser muy duro. —El inspector lo dijo con total sinceridad.

—No pasa nada, hace ya tiempo de ello.

—¿De qué murió?

—Se suicidó.

Harry se quedó en silencio. No esperaba ese giro en la historia.

—Ya le dije que no tuvimos una buena infancia.

Ese motivo encajaba con muchos de los psicópatas. Uno de los denominadores más comunes era que se sentían escudados en una infancia infeliz y sin ningún ejemplo de buen hacer. Aunque, por supuesto, se daban excepciones, había que reconocer que era un patrón.

—¿Me acompaña a New Scotland Yard?

—No tengo otro remedio —se rindió suspirando—. Solo espero que una vez entremos, no me traten como a un criminal.

—Como le he comentado, solo queremos esclarecer las circunstancias. Si no ha tenido algo que ver en todo esto, no

tiene nada que temer.

En los ojos de Charles vio lo poco que lo convencían sus palabras. A continuación, se levantó de la silla para ponerse en marcha.

Al inspector le vino a la mente la periodista. De alguna manera, deseaba que el individuo que tenía delante no fuera el ejecutor del crimen. Otra persona tan cercana a ella no podía ser bueno para su salud mental. No obstante, tenía que reconocer que estaba deseando que acabase aquella investigación, y la forma más rápida era esa. Ya lo tenía y lo llevaba a Scotland Yard. Eso le hacía pensar en su vuelta a Torquay, a casa, lo que lo reconfortó al instante.

Ahora bien, su subconsciente seguía martilleándole. Le advertía que iba por mal camino y que estaba bastante lejos de la verdad. Detestaba esa sensación. No conocía su origen y, sin embargo, de algo estaba seguro: si Charles Jenkins era el asesino, actuaba mejor que muchos de los mediáticos que habían resultado ser unos psicópatas sin precedentes. Pero si no, y eso era lo que le decía su vocecita interior, volvía estar en un callejón sin salida. Recordó que la última vez que estuvo en uno había sido la escena del crimen con una chica colgada en mitad del camino.

44

Mera

Febrero de 2020

El silencio que guardaba tronaba en sus oídos como una advertencia de lo que podía llegar a ocurrir. Había aprendido a la fuerza lo dura que era aquella quietud que la abandonaba con sus pensamientos.

A Mera se le había ocurrido la absurda idea de ir a ver a Luca y pedirle que la pusiera en contacto con James Wright para intentar entrevistarle con la excusa de que llevaba la crónica del caso de Emily Baker. De ese modo era más sencillo y efectivo hacer preguntas, como le había comentado a Harry. Un periodista podía permitirse el lujo de mostrar cierto descaro en algunos momentos. En su fuero interno, no creía que Charles fuese un asesino, así que, por su salud mental, anhelaba encontrar una solución lejos de la que Harry tenía entre manos. Aunque había sido ella la que le había facilitado la información que Charles le había dado por casualidad sobre la amistad que le unía con una oficial de la policía londinense, esperaba que el inspector barajase todos los datos para encarar y descubrir la verdad.

Ella y Luca se dirigieron al despacho de Wright, donde se habían citado. Su acompañante llevaba un rato intranquilo. Al principio no quería decirle nada, pero cuando entraron en el metro —a pesar de todo el ruido, para Mera muy lejano— y el incómodo y arrollador silencio entre ellos ganó la batalla, quiso

terminar con ese malestar.

—¿Sabes? Te recordaba más parlanchín —soltó ella.

Él la miró sin comprender.

—Desde que volvimos a vernos, pareces otro. Un alma en pena, y no es que yo sea la alegría de la huerta últimamente —argumentó.

Luca sonrió al escucharla y, con ello, recordó lo bonito que era ese gesto suyo.

—Tienes razón. Tampoco he tenido mis momentos más estelares.

—Eso no lo sé. Pero podrías contármelo. No me importa que estuvieras con Emily, si es lo que te preocupa. Lo entiendo. ¿Que me dolió? Pues un poco. A lo mejor en mi ego, no te voy a engañar —le confesó cogiendo aire para sacar fuerzas. La voz automática del metro anunció la siguiente parada y ella volvió a apretarse el audífono por inseguridad—. Ya no teníamos nada, y después de la muerte de mi abuelo, solo me importa tu amistad. No sabes cuánto has significado para mí, Luca. Me dolió mucho que nos separásemos, aunque fuese necesario para los dos.

La mirada de él cambió por completo. Mera podía ver en ella una mezcla de alivio y agradecimiento al escuchar sus palabras, incluso parecía algo más ligero.

—Mi psicóloga aguanta mis divagaciones —dijo él— porque es su trabajo. Nadie más aparte de mí merece cargar con mis problemas.

—Estoy de acuerdo— aceptó ella para sorpresa de Luca—. Que te pida que me cuentes tus historias no significa que me las eche a la espalda. Y si así fuese, sería cosa mía. Creía que esa era la gran diferencia entre Harry y tú.

—¿Cuál? —preguntó él algo indignado.

Ella suspiró.

—Que, al contrario que tu hermano, tú no decidías por los

demás por el mero hecho de sobreprotegerlos. Dejas que cada persona escoja su camino.

—¿Y crees que no lo hice cuando nos separamos?

—Lo hiciste, y me alegro por ello. Sin embargo, ahora pienso que tienes la absurda idea de que si me cuentas algo me perjudicará, y por eso no lo haces. —Mera le cogió de la barbilla con una mano para que la mirara a los ojos al ver que Luca los bajaba algo avergonzado—. ¿Puedes dejarte de tonterías y contarme qué ha ocurrido?

Luca asintió. Aún quedaban varias paradas hasta llegar a su destino, y mientras recorrían Londres bajo tierra, él empezó a desahogarse con Mera. Comenzó por el principio, por supuesto. Se sentía algo solo y fuera de lugar. Siempre había pensado que Londres era su hogar, más que el suyo propio. No obstante, esa vez le pareció diferente. Había perdido a tantas personas cercanas en su vida que, instintivamente, no podía tener a alguien más que pudiese perder de nuevo. Una parte de ella se rompió por dentro, no por lástima, sino por impotencia.

No había estado ahí para él. Creía que había pasado página pronto o que, con el carácter sociable y despreocupado que recordaba de él, tendría una extensa agenda de ocio donde ella no entraba. Intentó disimular su asombro a medida que Luca le relataba lo que había vivido esos meses. Cómo conoció a Emily y decidió empezar algo con ella. Más tarde, todo se torció. Supo que la chica no era el tipo de persona en la que él se fijaría. Al menos, no para una relación larga. A pesar de describirla como una muchacha arrebatadora, Luca lo decía con desgana. Como ser humano, dejaba mucho que desear. Entre otras cosas, era racista y clasista. Tenía un humor irritable y le encantaba ser el centro de atención. Él lo achacó a la exposición que tenía por el trabajo de su padre y a ser hija única en un sector de la sociedad privilegiado.

—Dirás que mira quién fue a hablar —dijo dirigiéndose a sí

mismo—. No es que yo sea de los bajos fondos. Pero espero que me comprendas —argumentó él.

Mera así lo hizo. Luca siguió contándole algunos desplantes de Emily en la oficina. Casi todos relacionados con Olivia Musa, otros con el trabajo.

—Charlotte y yo queríamos entrevistar a un nuevo diseñador que está haciéndose un hueco gracias a las redes sociales. Lo descartó, no quiso ni oír la propuesta. La cuestión es que el muchacho, cuando traje a colación el nombre de Emily Baker, dudó que fuese a hacerse el reportaje. Lo vi en su mirada, ¿sabes? Como si ya la conociera. Aún no había estado tanto tiempo con ella como para imaginarme algo así y, conforme pasó el tiempo, me di cuenta de que podía ser porque era latino.

—¿Lo dices en serio?

—Pues claro —respondió este—. Me da cierta lástima pensar así de ella, pero...

—La muerte parece hacer a alguien intachable e impecable a ojos de los que nos quedamos aquí, ¿verdad?

Él asintió a la periodista. Ella le dio un abrazo. Echaba de menos la cercanía de Luca, su calor, su voz, incluso sus impertinencias, aunque no había podido disfrutar de ellas, y esperaba que fuese cuestión de tiempo que resurgieran.

Los altavoces del vagón anunciaron por fin la parada que les tocaba. Luca se levantó y le ofreció su mano a Mera para ayudarla a levantarse. Ella la tomó y se apuntó mentalmente que, si la soltaba de nuevo, sería por poco tiempo.

Al llegar, en la oficina solo estaba el jefe de Luca. Este le había hablado también del malestar que le provocaba saber que

James mantenía una relación con Emily mientras estaba con él. Le advirtió de que la charla podría ser tensa. A ella no le importaba. De hecho, quería ver las respuestas que Wright le daba con Luca delante antes de confesarle que conocían el tipo de relación que mantenía con la muerta.

James la saludó con frialdad y le pidió que se sentara en la silla que había delante de su escritorio. Por el contrario, él se quedó de pie, un poco recostado en el mueblecito bajo que tenía detrás. Luca se sentó al lado de ella.

—Me sorprende su visita, señorita Clarke. Tenía entendido que ya me habían entrevistado en su periódico.

Esta asintió.

—Así es. Sin embargo, ha recaído en mí la crónica. Mi compañero ha... ha encontrado un tema que le satisfacía más.

—Un asesinato nunca es un tema amable, ni siquiera para los periodistas de sucesos.

—No, no lo es. Aunque hemos de reconocer que no solo en mi profesión, sino que un buen chisme siempre es bienvenido en todos los ámbitos. Y, por desgracia, cuando se produce un homicidio, suele serlo.

—¿Es amiga tuya, Luca? —preguntó a su subordinado, ignorando la respuesta de ella.

—Sí, es una gran reportera de Torquay y ahora trabaja aquí. Creo que podrías darle buena información, como te comenté. De todas formas, si preferís que me vaya...

—Si el señor Wright no tiene problema, por mí tampoco —repuso Mera.

El aludido aceptó en silencio y le hizo un ademán con la mano para que comenzara con la entrevista.

—Si no le importa, la grabaré, para después transcribir lo más importante —dijo, sacando el móvil y comenzando la grabación antes de que el otro aceptara esta condición—. Verá, señor Wright, tengo entendido que Emily no se llevaba bien

con sus compañeros de trabajo.

James miró a Luca con desaprobación.

—¿Eso le has contado?

Antes de que el aludido respondiera con indignación, Mera intervino:

—No, señor Wright. Luca no me había hablado hasta hoy de su relación con Emily Baker. En realidad, sus otros empleados hablaron con cierto desdén hacia la víctima.

—Despertaba envidias, era normal.

—No lo era —contestó Luca. Al soltarlo, de inmediato se arrepintió por la fulminante mirada que le echó Mera.

—Señor Wright, varios de sus empleados aseguran que Emily había estado usando términos racistas, además de desprestigiar el trabajo de otros y tratar con cierto desprecio a algunos de ellos.

—Emily tenía mucho temperamento y le gustaba imponer sus ideas, pero lo que usted expone se aleja de la realidad.

Luca sonrió con ironía al oír las palabras de su jefe. Mera advirtió que se le estaba acabando la paciencia, así que debía ser rápida.

—¿Sabe algo del anónimo que recibió su empleada, Charlotte?

Él negó con la cabeza en silencio.

—¿La amenazaron?

Mera afirmó con la cabeza, pero al comprobar la cara de perplejidad de James, decidió pasar a otro tema de manera directa.

—Señor Wright, me han comentado que, la noche que Emily murió, se peleó con ella.

—¿Cómo dice?

—Estaba en la pequeña reunión de empleados que organizó Thomas Walker, y nos han comentado que discutió con ella.

James palideció. Ya pensaba que algo así pasaría. Estaba

segura de que él no imaginaba que Mera dispusiera de toda la información. En su ignorancia, la vería como otra periodista más buscando cualquier dato que le sirviera para escribir su crónica.

—No sé de qué me habla.

—Solo hago mi trabajo, señor Wright. ¿Por qué discutió con ella?

—Le digo que no lo hice.

—Ya —cortó ella—. Entonces ¿qué hizo?

—Pasarme por allí.

—Entiendo que fuese para relacionarse con su personal. Sin embargo, ¿no le parecía arriesgado? Mantenía una relación con Emily a espaldas de todos.

—No sabía que Emily iba a ir.

—Me alegro de que no niegue lo de la relación. Comenzamos a dar pasos hacia delante.

Wright miró a Luca. No sabía dónde meterse. No parecía querer negarlo mucho más tiempo.

—No te preocupes por mí, James —saltó Luca—. No teníamos una relación exclusiva —dijo entre dientes—. Puedes contarle lo que necesite.

Intentó sonar profesional, pero estaba claro que el tema le molestaba más de lo que quería reconocer.

—Lo siento, Moore —repuso él. Parecía sincero—. Yo quería que te lo dijera, de hecho, quería hacerlo oficial. Le pedí que eligiera.

—¿Y no quiso hacerlo? —interfirió Mera.

James negó.

—Me dijo que lo vuestro terminaría. Que estaba contigo por motivos que nada tenían que ver con el amor. De hecho, cuando hablaba de ti —dudó antes de confesarlo—, lo hacía con desprecio. Yo no lo comprendía, se la veía tan acaramelada contigo. O interpretaba muy bien un papel o me estaba

engañando. Por supuesto, siempre he querido pensar lo primero.

—Si te refieres a que estuviera enamorada de mí o viceversa, no era así.

—Bueno, no lo sé. Solo puedo contarte lo que ella decía y lo que veíamos desde fuera. Sin embargo —suspiró—, yo la amaba. Estaba completamente enamorado de ella. A pesar de ser algo más joven que yo, se fijó en mí como ninguna otra mujer lo había hecho. Aunque, cuando la fui conociendo, pensé que quizá era porque le daba morbo la relación con el jefe. Desde que murió, me he replanteado muchas cosas.

—Entonces, y siento ser insistente, ¿por qué discutió con ella? —retomó Mera.

—Estaba cansado. Quería que dejara a Luca, pero ella no estaba dispuesta a hacerlo. No de momento, al menos. Ya no era solo porque quisiera que lo nuestro fuese exclusivo, sino porque no me parecía justo que te engañase —dijo señalando al rubio.

Mera los miró como si estuviese dentro de la pantalla de la televisión, protagonizando una telenovela. Le pareció divertido hasta que cayó en la cuenta de que una mujer había sido asesinada y no, no era ficción.

—Siempre me arrepentiré de esa discusión. Estaba muy enfadada. Acababa de llegar de tu casa y venía hecha una furia. ¡Yo no entendía el porqué! Y no quería contármelo... Entonces se fue de la fiesta y...

—¿Fuiste la última persona en verla con vida?

—Puede ser. Al menos, todos los que estuvimos en casa de Walker.

Mera estaba a punto de coger la grabadora para dar por finalizada la sesión, pero Wright volvió a hablar:

—¿Qué le pasó aquella noche en tu casa? Necesito saberlo, porque no puedo dejar de darle vueltas, imaginándome qué

pasaba por su mente.

—Terminé con lo que teníamos. Le dije que me limitaría a ser su compañero de trabajo, y ella no lo soportó. Supongo que los rechazos no eran lo suyo, aunque por lo visto tenía un hombro en el que llorar. —En la voz de Luca se notó cierto resquemor al mencionarlo. Mera pensó que razón no le faltaba.

—¿Por qué?

—Mierda, James, ¿tienes que preguntarlo? Era una persona horrible, trataba mal a todo el mundo. Aunque quieras tratar de convencerte, con lo que acabas de contarnos, tampoco eras la excepción. Puede que incluso empezara a cogerle asco —confesó Luca con culpabilidad.

Wright lo miró incrédulo. Mera también. No habría imaginado que a Luca nadie le causara repulsión. Puede que solo su padre.

—Señorita Clarke, me parece que tiene a su lado a la persona con más motivos para querer matar a la víctima. Vaya con cuidado, no sea que tenga al enemigo en casa.

45

Harry

Febrero de 2020

Había ido directamente a ver a Henry Astwell. Lo había llamado de camino hacia New Scotland Yard para asegurarse de que estuviera allí. Le habían tomado la prueba a Jenkins en cuanto tuvo oportunidad. La cuestión era que, si no conseguían más pruebas, hasta que los resultados no saliesen no podrían retenerlo contra su voluntad, así que dejaron que se fuese a casa en cuanto terminó de aportar aquella ayuda necesaria. No es que estuviera feliz, pero no opuso resistencia. Se le indicó que no podía salir de la ciudad y que debía estar localizable hasta que saliesen los resultados. Henry sopesó que tardarían unas veinticuatro o treinta y seis horas en obtenerlos, ya que debían enviárselos a la empresa encargada de recabar toda la información de la escena del crimen. Trabajaba codo con codo con ella.

Al irse el sospechoso, Harry decidió que era importante seguir otra vía.

—No parece que tenga alma de asesino, ¿eh? —le indicó Astwell.

—Ninguno la tiene. Por eso nuestro trabajo es tan complicado. No pensamos que la persona que tenemos al lado pueda cometer un crimen.

—Aun así, esperemos que dé positivo y todo esto se resuelva. ¿Ya sabes por qué la comisaria está metida hasta el cuello en

este caso?

Harry negó con la cabeza y Astwell le dio un par de palmaditas en el hombro a modo de motivación.

—Era vecina de los Jenkins antes de que estos murieran. Pero más allá de eso...

Astwell sonrió y buscó entre los numerosos papeles de su despacho hasta terminar sacando un recorte.

—Hice mi propia investigación y encontré esto junto a esto otro. —Astwell le mostró una fotografía del interior de Scotland Yard de hacía unos años.

El recorte era un escueto artículo que aportaba un detalle crucial que no cuadraba con el anterior que había leído sobre la muerte de los Jenkins. Después, miró la fotografía esperando encontrar algo interesante.

—No comprendo... —comenzó a decir.

—Fíjate bien, amigo... —le pidió Henry.

Un inexperto Henry sonreía a la cámara y pillaba desprevenido a todo el personal que tenía detrás. Entonces vio a Larissa, también más joven. Estaba en su mesa junto a una jovencita de pelo castaño. Por suerte, por aquel entonces las cámaras sacaban las fotografías con la fecha en la esquina. Enero de 2004.

—Larissa no tiene hijos, ¿verdad?

—Eso suponía yo. Nunca lo ha mencionado. Sin embargo, se me había olvidado que hubo una época en la que venía con la chica. Creo recordar que decía que era una prima pequeña o algo por el estilo.

Harry asintió y comenzó a hacer que su mente trabajara colocando ciertas piezas.

Al salir del edificio, vio a Charles, que había salido unos minutos antes que él, entrando en un coche negro que no era un taxi, aunque al principio creyó que lo era. El Mercedes lo conducía una mujer a la que no distinguió. Lo que le extrañó

fue que llevara gafas de sol, y eso lo puso en alerta. Intentó acercarse a paso rápido, pero para entonces el vehículo había comenzado a rodar por la carretera paralela al Támesis, en dirección a Trafalgar Square.

Harry se quedó con la matrícula y tomó el móvil para llamar a Mera. Necesitaba contarle todo lo que había averiguado aquel día. Al parecer, ella y Luca habían estado siguiendo la pista a James Wright, la hipótesis que más barajaba Harry al principio.

—No me gusta Wright, creo que tiene un motivo más que suficiente —anunció ella mientras se oía bastante ruido por la calle.

—Ya, pero no hay nada más.

—Además, quiso inculpar a Luca —argumentó de nuevo ella para sorpresa del inspector—. Me pareció un movimiento rastrero.

—A mí también —dijo este un poco sarcástico—. Pero creo que se vio acorralado.

Harry meditó la conversación hasta que decidió su siguiente movimiento.

—Quiero hablar con Thomas Walker. ¿Preguntasteis a Wright por el anónimo de Charlotte?

—Sí —le confirmó—. No parecía saber nada sobre el tema. Su cara era de desconcierto.

Harry se quedó pensando un momento. No quería descartar esa idea, pero confiaba en el instinto de la periodista.

—¿Cuál es vuestro plan?

—Creo que más tarde iremos a la calle donde murió Emily. Luca quiere verla.

—Perfecto, mantenme informado.

—Lo haré, ten cuidado —dijo ella con dulzura.

La voz de Mera le pareció tan maternal que sonrió al pensar que alguien se preocupaba por él.

Llegó al portal de Thomas Walker y, por suerte, alguien salía

del edificio, así que entró sin llamar. Cuando estuvo delante de su puerta, dio un par de golpes con los nudillos. Seguramente, Thomas no se molestó en mirar quién era, porque la sorpresa le resultó tan desagradable que no pudo contenerla en su rostro.

—¿Qué hace usted aquí? ¿Cómo...?

—Verá, señor Walker. Hoy vengo sin una pizca de paciencia. Podemos hacerlo por las buenas o por las muy malas, y le aseguro que me apetece mucho la segunda opción. Vamos a descartar toda la parafernalia de las excusas. Sé que me ha mentido, y tengo mucha información sobre usted y sobre la noche en que murió Emily Baker. Así que le propongo algo: me invita a pasar, le hago unas preguntas que contestará con sinceridad y después me iré de aquí un poquito más feliz sabiendo que tanto usted como yo hemos servido a la sociedad.

Walker parecía contener el aliento y, sin abrir la boca, hizo un gesto al inspector para que entrara en su casa. Aquello parecía una pocilga. Tenía la televisión encendida y el mando de la consola encima de la pequeña mesa. La moqueta estaba bastante sucia y el olor a cerveza era latente.

—Solo estaré unos minutos —le anunció. Si estaba más de lo necesario, posiblemente moriría colapsado por el desorden o por el intenso olor.

Le mostró el sofá con la mano. ¿Tenía que sentarse? Ni de broma. Tomó una silla de madera que estaba pegada a la pared y se sentó en ella, ignorando la propuesta de él.

—Dígame, ¿qué quiere?

—Por lo que veo, no vive con una mujer. De hecho, no parece que hayan pasado muchas personas por aquí desde hace tiempo.

—¿Qué quiere? —insistió mosqueado.

—¿Por qué me mintió aquel día? No solo en lo de su mujer, sino que se fue directo a ver a su compañero Ben.

—¿Me espió? Eso no debe de ser legal.

—Bueno, lo es si yo iba en la misma dirección que usted y me lo topé por casualidad.

—Claro —rio con ironía y nerviosismo.

—Solo quiero esclarecer el asunto, señor Walker. Me han hablado de la pequeña reunión de amigos que mantuvo en esta casa. También sé que iba detrás de Emily Baker, pero ella le rechazaba.

—Eso no hace que la matara.

—Le sorprendería la facilidad con la que se mata. He visto hacerlo por mucho menos.

Thomas Walker se encogió de hombros y se sentó en el sofá delante del inspector.

—¿Sabía que la señorita Baker llevaba un tiempo saliendo con su jefe?

—¡No me joda! —exclamó—. ¡Será guarra, con ese vejestorio!

Harry lo recriminó con la mirada. Tampoco sabía por qué le sorprendía la actitud del chico.

—No le mentí en todo. Emily no se llevaba bien con Musa.

—Ahí estoy con usted, no fue en todo.

—Tenía miedo de que supiera la verdad —dijo con la cabeza baja—. Sinceramente, siempre he estado enamorado de ella. Estaba buena. Me entiende, ¿no? Y se iba con todo el mundo menos conmigo. Uno tiene su orgullo. Comprendo que para ustedes, los policías, es un motivo de peso. Pero prometo que no la maté. De hecho, puse un poco de cordura en la reunión. Se la veía molesta con el jefe, y ahora que me dice eso ya entiendo por qué. ¿No fue él?

—No puedo adelantarle nada de la investigación.

—Es decir, no tienen una mierda. Una pena.

El teléfono de Harry sonó y al mismo tiempo lo hizo el timbre de la puerta de Walker. Mientras este se disponía a abrir, él miró su móvil. Katy.

En ese momento no comprendió por qué le mandaba aquella foto del teléfono de Baker. Hasta que vio el reflejo. Miró la casa de Walker. Había un pequeño espejo encima del sofá. Ahí podía verse a la persona que estaba tomando la fotografía. A alguien que nadie había mencionado que estuviera allí... ¿O a él se le había escapado?

Walker entró con la comida que le había traído el repartidor que acababa de llamar. Estaría esperándola cuando llegó el inspector y por eso no preguntó quién era cuando Moore se plantó allí.

—Una duda más —empezó a decir Harry mientras el otro abría la bolsa de la comida—. Al salir de aquí, ¿Emily se fue acompañada?

La respuesta hizo que Harry se maldijera. No había pensado en ello hasta ese momento, pero en cuanto vio la fotografía, su cabeza comenzó a divagar entre pequeños detalles. Por supuesto, la persona que había nombrado Walker resultaba ser la misma que había tomado la instantánea.

—Perdone, tengo que hacer una llamada —se disculpó Harry al tiempo que salía rápidamente y marcaba el número de la comisaria Hill.

46

Mera

Febrero de 2020

Desde que visitó por primera vez el barrio de Covent Garden, Mera se enamoró completamente de él. De día, por supuesto. Al recorrerlo con Harry a horas intempestivas, se percató de que las calles tenían un tono muy diferente al que recordaba. Ya de por sí, cuando caía la noche, Londres no era una ciudad benévola, sino que se mostraba fría, solitaria y sin piedad.

Aunque las calles seguían gélidas, había gente rondándolas. Algunos llevaban comida, otros charlaban por teléfono o entre ellos, pero, por descontado, estaba más animada que la última vez que Mera había estado allí.

Cuando le preguntó a Luca si había pasado por ese barrio, este le dijo que sí, aunque no después de la muerte de su compañera. Le había dado respeto acercarse al lugar.

Luego él le pidió ir al callejón donde habían encontrado el cuerpo de Emily. No sabía si estaba bien hacerlo, hasta que recordó que era mejor que fuese con alguien. En cualquier caso la compañía siempre venía bien.

Al adentrarse en el pasadizo de ladrillos asalmonados, el ambiente cambió por completo. Era bastante más denso, y a Mera le costaba respirar. Goodwin's Court era uno de los callejones más oscuros de Londres, en el que se inspiró el callejón Knockturn de la saga Harry Potter. Ella lo había comprobado después de visitar el sitio con Harry (el inspector,

no el mago ficticio).

Cuando alguien entraba en él, el mundo se silenciaba. Los ruidos de las calles que conectaban a sus extremos se convertían en un recuerdo lejano. Al adentrarse más, un farolillo incrustado en la pared destacaba en el pasadizo. Mera señaló el objeto a Luca.

—¿La colgaron ahí? —preguntó él.

Ella asintió despacio. Entre las tiendas que formaban el pasadizo, los ventanales se cernían pintorescos. Como la noche que había ido con Harry no pudo ver mucho, en aquel momento, con luz, se fijó en los detalles. Uno de los locales era un restaurante y el otro, que también estaba abierto, era una clínica dental. Los demás daba la impresión de que estaban cerrados. Intuyó que la policía ya habría trabajado en ello. La cámara de vigilancia que había allí no debía funcionar o apuntar al sitio que les convenía, porque no habían dicho nada sobre el tema. De cualquier forma, decidió entrar en el restaurante para comprobar qué le había pasado a la cámara o si la habían puesto allí después por miedo a que volviese a pasar algo así.

Entró con soltura y sin preámbulos, se acercó a la barra, preguntó por la cámara y una chica algo más joven que ella le contestó en un inglés con marcado acento latino.

—La volvimos a poner hace unos días. Se había estropeado.

—Oh, qué pena. Perdona, ¿hablas español?

Ella asintió con una sonrisa.

—Soy chilena.

—¡Oh! Yo soy medio española —respondió Mera en un español oxidado. Notó detrás a Luca, que con total seguridad tendría cara de no entender nada—. Podemos hablar en español, así practico —dijo con el propósito de ganarse su confianza—. Soy periodista y estoy intentando hacerme una idea de lo que ocurrió con la chica que apareció colgada.

—Oh, ¡Dios mío! Fue horrible... Yo la encontré —respondió ella—. Nunca había visto algo así. De hecho, hoy ha sido mi segundo día de trabajo. Me dieron unos días libres, y menos mal.

—Tuvo que ser terrible, no puedo ni imaginármelo. —Pero por desgracia, sí que podía—. ¿Hubo algo raro que vieses...?

—Nada. Me quedé en *shock*. Abrí la cafetería por allí —señaló la puerta que daba a la calle principal, en el lado opuesto del lugar por el que había entrado Mera—, y cuando comencé a organizar las mesas, vi el cuerpo por la ventana... Sé que llamé a emergencias, pero no recuerdo mucho más. Entré en una especie de...

—... *shock*, imagino. Es muy normal, no debes torturarte por ello —respondió Mera terminando su frase.

—¡Oh!, ¿qué hacéis por aquí? —exclamó Luca en inglés detrás de ella.

Mera se fijó en la chica con la que hablaba.

—¡Luca! —exclamó la otra—. Pues venimos bastante.

¿Venimos? Entonces Mera vio a la chica que había detrás.

—Hola, Charlotte —repuso él—, no lo sabía. Nosotros... bueno, Mera está con la crónica de Emily Baker para su periódico y la he acompañado.

A Mera no le hizo ni pizca de gracia que contara en qué andaban metidos, pero supuso que no había nada que ocultar. A fin de cuentas, su hermano los había interrogado a todos.

—Perdona, soy Olivia Musa —dijo la chica que no conocía Mera, y le dio la mano a modo de saludo—. Encantada, espero que tengas más suerte que el inspector.

—Yo también lo espero.

Intentó sonreír de forma cordial, pero la sonrisa le salió forzada. Quería seguir entrevistando a la camarera que, al parecer, ya se había ido de la barra para seguir trabajando.

—Aunque no creo que consiga mucho. ¿Os marcháis ya?

Las chicas asintieron, y ellos decidieron acompañarlas a la salida. Mera se mantuvo callada mientras los tres compañeros hablaban entre sí. Una parte de ella quería ver cómo se relacionaba Luca con su entorno y, por otro lado, no captaba muy bien la conversación cuando se producía entre más de dos personas en espacio abierto. Se resignó a intentar escuchar y observar lo máximo posible. En la acera no había hueco para los cuatro, así que ocupaban parte de la carretera. Por allí no solían pasar coches.

—¡Esa voz! —gritó alguien.

Mera dio un pequeño salto al oírlo con claridad. Por un instante, no supo de dónde venía la voz, hasta que bajó la mirada y, a su lado, vio al indigente al que había interrogado Harry días antes y que ella también había visto aquella noche.

—¡Es la de la mujer muerta! ¡Esa voz! —volvió a gritar, señalando al grupo que formaban los cuatro.

Mera miró a los otros sorprendida, con los ojos muy abiertos, y ellos se miraron extrañados, pero no con la misma sorpresa que ella, pues la suya se parecía más a la del hombre. Era como si se le hubiese ido la cabeza. Observó los labios de las dos chicas, aunque no sabía cuál había hablado. Sin embargo, ambas estaban calladas, aunque una se mordía el labio como si se hubiese arrepentido de hablar.

Recordó la conversación que Harry había mantenido con el hombre.

—Un segundo —dijo a sus acompañantes, y se agachó para intentar tranquilizar al sintecho—. Señor, no hay ninguna chica muerta. ¿A quién se refiere?

—¡Es ella! ¡Esa voz! La oí la noche que la ahorcaron, era su voz. ¡Y otra vez, estoy seguro de que era ella! Ya imaginaba que si alguien hacía preguntas...

—¿De qué voz habla? ¿De la mía?

El hombre miró con repugnancia a Mera, dejando claro que

no se refería a ella. Su mente iba tan rápido que no podía procesarlo todo. Quería mirar a sus acompañantes, pero en su mente solo había imágenes de las escenas que podrían haber ocurrido esa noche. El inspector le contó que el indigente había oído dos voces, la de un hombre y la de una mujer, y este dio por hecho que la mujer era Emily... Pero ¿y si no hubiera sido la de ella? Tampoco sabía si podía hacer caso a esa pobre alma. Nadie en su sano juicio daría credibilidad a alguien que gritase como un poseso en mitad de la calle, y además sin muchos recursos... Para desgracia de la periodista, que estaba segura de que aquel hombre había identificado la voz. Fuera de quien fuese.

Luego miró a las chicas. Luca estaba más cerca de Mera. En su inocencia, mostraba el rostro de un niño confuso que no comprendía qué estaba pasando. En ese instante no podía explicárselo. Porque, sin dudar, el hombre señaló a una de las muchachas.

Cuando Mera volvió la cabeza para mirarlas, lo tuvo claro. Olivia, que seguía mordiéndose el labio inferior, lo miraba con incredulidad. La periodista se sintió frustrada al comprobar que su deficiencia auditiva había sido una desventaja que, hasta entonces, no había querido reconocer. Sin embargo, en la mirada de la chica pudo atisbar algo más.

Se incorporó de nuevo y siguió la marcha junto a sus acompañantes, dando por sentado que la asesina de Emily estaba entre ellos.

47

Luca

Febrero de 2020

Luca percibió algo raro en Mera. Desde que aquel pobre hombre gritara como un condenado algo que él no alcanzaba a comprender, ella había actuado de forma extraña. Continuaron andando hasta la boca de metro. Mera iba en silencio. A decir verdad, Olivia tampoco hablaba como antes de encontrarse con el indigente.

—Charlotte, ¿podría pasarme en algún momento por tu casa? Es por el anónimo que recibiste, para mi crónica. Creo que sería útil. ¿Te importaría? —volvió a preguntar. Mera parecía impaciente, como si en Charlotte pudiera encontrar algo de cordura en aquel sinsentido.

—Claro, no hay problema. ¿Quieres venir hoy? —repuso con energía.

Mera asintió y miró a Luca.

—¿Te importa? Creo que estaría bien, ya que tengo a Charlotte aquí.

La cara de Luca mostraba su sorpresa; a pesar de intentar que sus emociones no se reflejaran, resultaba inevitable. Una vez más, él no era como el impasible de su hermano y, por desgracia, eso jugaba en su contra.

—Claro, no te preocupes. Iré a ver a Harry. ¿Hacia dónde vas tú, Olivia?

La muchacha, que los miraba en silencio, les comentó que se

iría a casa. Era la que vivía más lejos, en la zona tres del metro de Londres, y tardaba bastante en llegar.

Su hermano no tardó en enviarle la ubicación de un bar. Cuando Luca le llamó, le pidió que se encontraran allí, pues creía que tenía algo. Dio gracias a que el sitio se hallaba cerca de donde se había separado de Mera, así que en unos minutos entró y vio a Harry de pie, en la barra, saludando a un hombre al que no distinguía, ya que permanecía de espaldas a su hermano. Se acercó con paso seguro hacia los dos.

El local estaba tranquilo. Solo había algunas mesas ocupadas y una mujer pidiendo un café al final de la barra. A medida que Luca iba aproximándose a ellos, oía a su hermano con más claridad.

—... es extraordinario. Me sorprende no haberme dado cuenta antes —comentaba el inspector, aunque no parecía tan impresionado como advertían sus palabras—. No puede negármelo, Jenkins. De hecho, podríamos ir a casa de ella para que nos lo aclare.

El hombre comenzó a balbucear algo que Luca no llegó a comprender. Y, para cuando se situó a las espaldas de este, su hermano hizo un gesto con la cabeza a modo de saludo, en cuanto lo vio.

—¿Interrumpo algo? —preguntó, conociendo la respuesta.

Entonces el hombre se dio media vuelta y se topó con él. Luca lo miró con asombro. Su cara le parecía muy familiar. ¿Le conocía? No, estaba seguro de que no le había visto antes; sin embargo, le recordaba a alguien. La mirada, la nariz e incluso la forma de los labios.

—¡Luca! —repuso Harry saludándole—. Este es Charles Jenkins, compañero de nuestra querida Mera.

—Encantado —saludó Luca algo consternado, tendiéndole la mano a un Charles aún más atónito. Este le correspondió.

—¿No hay algo en Charles que te resulte familiar?

Harry lo preguntó con sorna, dando por supuesto que Luca lo averiguaría al instante.

—Para mí, es evidente. Sin embargo, imaginaba que tú lo tendrías más fácil que yo. Al fin y al cabo, es tu compañera.

Los ojos de Luca se abrieron como platos. Incrédulo, se llevó la mano con la que acababa de saludar a la cabeza y se alborotó el pelo.

—Sí —dijo Harry antes de que él respondiera—. Hermanos, si no me equivoco.

—Charlotte. —Luca soltó su nombre como un susurro. No podía creerlo—. ¿Eres el hermano de Charlotte? —No sabía por qué lo preguntaba, el parecido era notorio. Obviamente, había que fijarse. Charles tenía los rasgos más rudos, la mandíbula más prominente y, en general, un aspecto más tosco.

—Su hermana no murió, como me confirmó la última vez que nos vimos, ¿cierto? —La pregunta era por simple amabilidad. Su hermano ya lo tenía todo atado, o al menos era lo que parecía.

—¿Cómo narices...? —comenzó Charles.

—Eso no importa. Solo dígame, ¿por qué sigue mintiendo?

Charles se calló y el inspector continuó tirando de la cuerda. Luca seguía confuso, pero la cara del muchacho iba empeorando conforme corrían los segundos.

—La prueba de ADN de la sangre sigue dando un cincuenta por ciento con la suya. Al dárnosla, sabía que coincidiría.

El chico miró a Harry. Se sentó en el taburete de la barra y cogió la jarra de cerveza que le habían puesto delante. Dio un trago y, al volver a mirar al inspector, su semblante cambió a un tono cansado y abatido.

—Esperaba que no.

—Charlotte estuvo en esa fiesta-reunión de compañeros de trabajo. Sin embargo, nadie se dio cuenta de que se fue con Emily al acabar la noche. Estaban tan asombrados por la

discusión con su jefe y lo bebida que iba que supusieron que llamaría a un taxi y se iría a casa. Además, les alivió que Emily se fuera. No les gustaba que hubiese ido.

—Eso son suposiciones suyas —repuso indignado Charles.

—Cierto. Pero ahora le diré qué más supongo. Creo que usted no mató a Emily, porque no la conoce ni tiene nada que ver con ella. A no ser que sea un psicópata y mate a propósito, que por otro lado aún no lo descarto. Y esto es lo que pasó. Charlotte siguió a Emily. Ella iba tan alcoholizada que, cuando la estranguló, no pudo defenderse. Entonces usted la ayudó a escenificar el grotesco asesinato. La colgó y la subió a la farola del pequeño callejón y salieron de allí lo antes posible... Solo dígame, ¿le pareció bien lo que hizo su hermana y ya tenían planeado que la ayudaría?

—No.

—¿No qué?

A Luca le parecía estar viendo un partido de tenis, miraba a uno y a otro estupefacto. Entonces recordó la foto que Charlotte tenía en su piso en la que aparecía con un chico. Era Charles. De ese modo comenzaron a llegar a su mente otros pequeños detalles que se le habían pasado por alto hasta entonces. Las miradas que su amiga echaba a Emily cuando estaba con él, todas la veces que Emily insultaba a Olivia y él, en vez de fijarse en la ira de Charlotte, observaba embelesado el comportamiento de Baker.

—No me pareció bien —respondió entre dientes.

—Hubo algo en la noticia de la muerte de sus padres que me extrañó. Decía que su padre se había quitado la vida al ver a su mujer muerta, pero cuando indagué un poco más, en otro breve artículo decía que había muerto por varias puñaladas. Una persona puede apuñalarse, cierto, pero usted me contó qué tipo de padre era, así que no creo que se quitase la vida. ¿Lo mató usted o fue su hermana? Eso es lo que ha estado protegiendo

Larissa todo este tiempo. Del mismo pueblo que ustedes y, casualmente, su vecina. Encubrió el asunto para que su hermana y usted tuvieran una vida fuera de allí.

—¿Es eso cierto? —preguntó Luca, que aún no salía de su asombro. Harry no miró a su hermano cuando este formuló la pregunta, sino que siguió con los ojos clavados en Charles.

—Mi hermana no es una asesina. Lo hizo para protegernos —confesó al inspector con voz pausada—. Nuestro padre nos golpeaba, tanto a nuestra madre como a nosotros. Si hacía falta, nos encerraba en el sótano durante días, matándonos de hambre. Aquel día, cuando mi padre vio a mi madre sin vida en la cama —Charles tragó saliva antes de continuar—, vino a por mí. Creía que me mataría, y lo hubiese hecho si no hubiese sido por mi hermana. Ella me salvó. Fue en defensa propia.

A Luca le recorrió un escalofrío. Por un momento pensó en Harry y en él cuando su padre les golpeaba. Su hermano mayor siempre salía en su defensa. Si hubiese llegado hasta ese punto crítico, ¿habría hecho lo mismo que Charlotte?

Al mirar a su hermano, se encontró con sus ojos. El inspector parecía estar llegando a la misma conclusión que él. Como si ambos se hubiesen trasladado a un tiempo anterior, cuando aún eran críos. Sin embargo, Harry salió más rápido de la ensoñación.

—¿Y qué excusa tenía para matar a Emily Baker?

Charles negó con la cabeza.

—Ninguna. Ella no quería... Estaba en *shock* cuando ocurrió. No lo pensó.

—¿Me dirá que no persiguió a Emily con una cuerda en el bolso y que la mató de camino a casa sabiendo que ella no tenía fuerzas para defenderse? No me suena a accidente, la verdad.

Tenía razón. Charles parecía que necesitaba creer la versión en la que su hermana no tuviera nada que ver, y Luca ansiaba

tanto como él que esa realidad alternativa fuese verdad. Charlotte era amable y muy buena amiga... No le cabía pensar algo así de ella.

—Charles... —comenzó a decir Luca—. ¿Sabes por qué lo hizo?

El aludido lo miró titubeante. Luego se terminó la cerveza de un trago.

—Sé que Emily no le caía bien. La trataba mal tanto a ella como al resto de las personas que trabajaban con ella. Se sentía amenazada, igual que con nuestro padre...

—Al menos eso es lo que le ha dicho, ¿no? —Harry no parecía muy seguro—. En todo caso, esto como mínimo le convierte en cómplice de asesinato.

El inspector se acercó más a Charles. La mujer que estaba sentada al final de la barra se levantó y se dirigió hacia ellos. Del bolsillo, sacó unas esposas. Harry la miró y le hizo una señal para que se detuviera. El inspector se acercó aún más a Charles para concluir la conversación:

—Sé lo que es querer proteger a tu hermano a toda costa, incluso si eso significa perder tus principios, Charles. Y lo siento mucho, de veras. Sin embargo, no hay peor ciego que el que no quiere ver. Charlotte no era la desprotegida. Al contrario, ha demostrado defenderse muy bien y le ha arrastrado con ella.

—No, inspector. Sin mi hermana, yo no estaría hoy aquí. Así que, como mínimo, le debo la vida.

Harry asintió. Luca sabía que no estaba de acuerdo con él, pero no iba a hacerle razonar.

—¿Cómo has...?

—Henry Astwell —dijo Harry, aunque cuando vio que Luca ponía cara de no comprender nada, se lo explicó mejor—. Un amigo, me ha ayudado a atar cabos. Eso y que cuando llamé a Larissa hace un rato y la vi, llevaba el mismo coche en el que se

ha montado Charles hace unas horas. Pretendía protegerlos a toda costa. Le enseñé esta foto —dijo mientras sacaba una fotografía del bolsillo y señalaba a una jovencita que se parecía a Charlotte—. Otra cosa a la que no paraba de dar vueltas fue a lo que me dijo aquel indigente del callejón donde asesinaron a Emily. Había oído la voz de una chica y la de un chico. Dijo que la chica estaba tranquila y el chico, muy enfadado. Así que pensé que Emily ya estaba muerta y que, en realidad, un asesino y su cómplice discutían sobre qué hacer con el cuerpo —argumentó mientras Charles salía esposado por la puerta—. Te cuento después. Hay que buscar a Charlotte.

Luca miró a su hermano con pánico. Aún estaba asimilando que ella fuese capaz de asesinar a Emily Baker. Tanto que, hasta ese momento, no había recordado dónde estaba Mera.

—Mera está…

No terminó la frase. Los ojos de Harry estaban a punto de salírsele de las órbitas. Antes de que Luca pudiese reaccionar, su hermano cruzó la puerta del bar con la esperanza de que no fuese demasiado tarde.

48

Mera

Febrero de 2020

Mera había conseguido quedarse a solas con Charlotte. Era todo un éxito, pues Charlotte parecía conocer muy bien a Olivia y le permitiría hacerse una idea de cómo era la muchacha; quizá consiguiese algún indicio de por qué el indigente había reconocido la voz de Olivia. Y no solo eso, sino que cuadraba que ella le hubiese mandado el anónimo a Charlotte. La conocía, puede que fuera consciente de todo lo que sabía su amiga y hubiese podido amenazarla. Pero ¿por qué advertir a Charlotte cuando su discurso dejaba a Walker y a Wright en una posición peor que la suya? Puede que no supiera qué podría contar Charlotte sobre Emily o sobre su paradero aquella noche. Por otro lado, quizá el anónimo lo mandara, por miedo, alguien que no había perpetrado el crimen. Podía ser de Wright, aunque no matara a Emily.

Estaba segura de que las dudas se disiparían con la versión que iba a darle la chica que tenía al lado. Charlotte era muy guapa. Al estar tan cerca, se dio cuenta de que era más alta de lo que imaginaba. Aunque el primer encuentro con ella había sido extraño, suponía que estaba siendo un gran apoyo para Luca, así que, en general, solo tenía buenas sensaciones de ella.

—No nos conocemos mucho, pero te agradezco que me dediques tu tiempo, de verdad.

Charlotte le restó importancia.

—Cuanto antes mejor. Además, Luca no lo reconocerá, pero sé que le preocupa el tema.

—Mucho. Es verdad que estos meses lo ha pasado bastante mal, y esta nueva situación no ha ayudado.

—Comprendo —respondió.

Agradeció que la línea del metro estuviera casi vacía y pudiera oír a Charlotte con cierta normalidad, aunque en determinados momentos el ruido vibrante del vagón resultaba ensordecedor.

Charlotte no vivía lejos de allí. De hecho, solo había dos paradas. Al bajar, se dio cuenta de que el barrio de la chica era estupendo. Residía en una muy buena zona.

—¿Compartes piso? —preguntó Mera.

—Sí, pero ahora no están en casa, trabajan demasiado. —Lo dijo con una sonrisa burlona. Todo el mundo trabajaba mucho en la City.

El apartamento era algo estrecho, pero luminoso a pesar de la poca luz londinense. Charlotte le pidió que se sentara en una de las sillas que había en el salón junto a una mesa mediana de madera.

—Tuvo que ser horrible recibir ese anónimo —le dijo Mera mientras ella recogía un poco la casa e iba de un lado a otro—. No te preocupes, no voy a asustarme por una pizca de desorden.

—Oh, pero yo sí —respondió—. Mis compañeros son muy desordenados. Y sí, me asusté mucho. Fue un alivio contárselo a Luca.

—¿Tienes idea de quién pudo ser? He hablado con Wright y dice que no sabe nada de un anónimo. Parecía sincero.

Charlotte se detuvo en seco y miró a Mera.

—Ese hombre y la sinceridad no van de la mano. ¿Quién, si no, tendría motivos para hacerlo?

Mera se quedó pensativa. Charlotte seguía yendo de un lado a otro sin prestarle demasiada atención. Así que decidió levantarse, ya que la voz de la chica se perdía en la casa y no podía oírla bien. Le daba pudor decirle algo, como siempre. Así que, antes de tener que confesarle que, para escucharla, debía quedarse cerca de ella, prefirió ir detrás. De pronto Mera se dio cuenta de que un marco de fotos estaba boca abajo. Le extrañó, al haber visto a Charlotte recoger algo de ese mueble. Así que lo levantó para dejarlo bien colocado.

La instantánea impactó tanto en ella que tuvo que echarse hacia atrás. Ya podía hacerse una idea de por qué le sonaba tanto aquella chica. Al principio creía que tenía una de esas caras comunes que recordaban a otra. Pero no. Le rememoraba a solo una. Entonces observó la imagen con más detenimiento.

—Charlotte, ¿necesitas ayuda? —Su pregunta esperaba obtener una negativa para campar a sus anchas por el salón.

—¡No, voy enseguida, disculpa!

Su grito fue un susurro para la periodista, pero le sirvió. Miró en los cajones de la cómoda del salón donde estaba el marco sin encontrar nada destacable. Después se dirigió hacia la estantería que había cerca, lugar al que había ido la chica al entrar en casa. Comenzó a mirar cada balda con detenimiento sin éxito alguno.

A continuación se percató de algo. No parecía haber indicios de compañeros de piso. De hecho, lo había dicho en plural, pero la casa solo tenía dos habitaciones. Empezaba a no gustarle aquella situación. Algo era más raro de lo habitual.

—Mera... —dijo un susurro a su espalda.

Entonces lo comprendió. Justo antes de volverse todo negro a su alrededor, su mente la llevó a cuando el indigente dijo que

había oído la voz de una muerta. No se refería a Emily Baker. Tampoco a Olivia Musa.

Al recordar ese momento, ella estaba en una posición más alta que la del pobre hombre, que señalaba desde el suelo en el que estaba sentado. Desde su perspectiva, había apuntado a otra persona.

La voz acababa de delatar a la auténtica asesina de Baker.

Charlotte.

49

Mera

Febrero de 2020

La cabeza le daba vueltas y eso se sumaba a un timbre incesante y terriblemente angustioso en su oído. Desorientada y sin percepción de la realidad, empezó a comprobar su cuerpo. Estaba sentada, con las manos y las piernas atadas a una silla. Casi seguro que era en la que había estado antes. Estaba convencida de que su cabeza había sufrido algún tipo de traumatismo, porque le dolía mucho.

—Creí que te había matado... Me alegra que estés consciente —repuso Charlotte.

Su mirada se enfocó por fin y vio a una chica completamente distinta a la que había conocido. La fiereza de su rostro la convertía en una depredadora nata. La calma que reflejaba era perturbadora.

—¿Charlotte? ¿Qué está pasando? Desátame ahora mismo. —Lo dijo con menos seguridad de la que le hubiera gustado, pero debía intentarlo.

—La verdad es que nunca pensé que te tendría delante. Cuando Luca me hablaba de ti, imaginaba que sería difícil encontrarte. Ni siquiera él quería acercarse, así que no me daba muchas pistas para ir a por su querida Mera.

—Tú... mataste a Emily. ¿Qué tiene eso que ver conmigo?

—¿Sabes lo de la estúpida de Emily?

—¿No es por eso por lo que me has atado?

Charlotte se puso a reír. Era una risa diabólica que le daba un aspecto maquiavélico. ¿Cómo era posible?

—No. Estás aquí porque Luca me pertenece. Ya se interpuso Emily una vez y la quité de en medio. Sin embargo, tú siempre fuiste mi objetivo. Te tenía reservada porque imaginaba que aparecerías en cualquier momento. Y, para colmo, lo haces porque intentas descubrir qué pasó con Emily. Así que, como sé que Luca te tiene cariño, te lo diré y después te mataré.

—Charlotte... —repuso aún confusa, con un hilo de voz—. Yo no soy nada de Luca. Es mi amigo.

—Yo sé lo que eres para él. Lo que fue Emily. Aunque he de decir que ella se lo merecía. Era cruel. Se reía de nosotras y nos trataba como si fuéramos inferiores —argumentó con cierto odio en la voz—. Creo que lo hizo aposta. Sabía que Luca me gustaba. Oyó que se lo decía a Olivia en el baño de la oficina. Solo quería hacer daño y demostrar lo que podía conseguir.

—Pero... ¿y Charles? ¿Qué tiene que ver contigo?

Charlotte miró a su víctima con asombro. No se lo esperaba. De ese modo Mera se dio cuenta de que la chica decía la verdad. No la había retenido allí porque hubiese averiguado que era la asesina de Emily Baker. Solo lo hacía porque estaba esperando la oportunidad de matarla desde hacía tiempo.

—¿Qué sabes de él?

—He visto la foto, Charlotte. Os parecéis mucho, así que diría que sois... ¿hermanos?

—Somos mellizos. Es mi hermano mayor por unos minutos: Charles y Charlotte.

Lo soltó con sequedad.

—Están investigando a tu hermano, pero él es inocente. ¿No vas a hacer nada?

—¿Qué te importa a ti lo que le pase a Charles? Él siempre ha estado de mi parte.

—¿Sabe que fuiste tú?

Charlotte volvió a reír, en esa ocasión con amargura.

—Claro que lo sabe. La verdad es que entré en pánico cuando vi a Emily muerta en aquel callejón. No lo había pensado bien. Cómo y dónde dejaría el cuerpo... Solo se me ocurrió llamar a Charles. —Hablaba con tanta tranquilidad que consiguió desconcertar a Mera—. Mi hermano y yo hemos pasado por mucho. Desde el día que maté a mi padre para librarnos de él, siempre me ha protegido. Y cuando pasó lo de Emily no fue una excepción. La verdad, la idea era buena. Colgarla para que pareciera un suicidio... No lo vi venir. Será que ha visto todo tipo de cosas escribiendo en el periódico.

—¿Él colgó a Emily? —Aún no creía lo que estaba oyendo.

—Sí. Al fin y al cabo, él hizo parte del trabajo. Yo tenía la energía suficiente para estrangular a la rubia sin cerebro. Tengo fuerza, aunque no lo parezca, y soy algo más alta, así que no era un problema. Pero para colgarla... eso ya era otro tema.

—Charles...

—A favor de mi hermano tengo que decir que no estaba de acuerdo con lo que había hecho. Pero es sangre de mi sangre, y hemos sobrevivido a cosas inconcebibles en nuestra juventud. Pero ¿de qué narices conoces tú a Charles?

—Es mi compañero de trabajo... Al ver la foto me di cuenta de que...

—Oh, ya veo. Sí, y además compartimos ADN.

Mera no lo vio venir, o no quiso verlo. Charlotte sacó una cuerda del bolsillo trasero del pantalón. ¿Iba a hacer lo mismo con ella? Asustada, buscó el móvil con la mirada. Estaba justo a su lado, en la mesita. Sin embargo, no podía hacer nada, puesto que estaba atada. Hasta ese momento no se había dado cuenta de que la pantalla brillaba. Harry la estaba llamando, no sabía cuánto tiempo llevaba haciéndolo. Charlotte había corrido las cortinas para que nadie pudiera ver el interior de la casa desde

ningún ángulo. La muchacha se acercó a ella.

—Charlotte, no tienes por qué hacerlo. Me iré —le propuso —, me iré para que Luca no vuelva a verme jamás, ni tú tampoco.

Mentir no se le daba bien, ante todo porque nunca lo hacía. A pesar de intentarlo, en la mirada de Charlotte no hubo benevolencia. No existía amabilidad, ni siquiera un resquicio de duda.

—Lo siento, querida. Es la mejor manera, y así no me ensucias el suelo. —Charlotte se acercó y le colocó el lazó en el cuello—. Hasta tu último aliento.

Mera intentó resistirse. Al principio le costó ponérselo, pero Charlotte forcejeó hasta retenerle el cuello.

Esa vez no había nadie. Harry no tendría ni idea; Luca, aún menos. Adoraba a Charlotte. La inocente e ingenua chica que había conocido y que creía su amiga. Lo sintió tanto por él que se le rompió el corazón antes de ser consciente de que moriría.

La soga le ardía en el cuello. Comenzó a moverse y a patalear, pero atada a la dichosa silla poco podía hacer. Se planteó dejar de resistirse. Imaginó que, si su mente no se quedaba en calma, quizá en un rato estuviera con su abuelo y sus padres. Sería feliz. Al fin y al cabo, estaba cansada. Exhausta por luchar y perseguir imposibles. Por vivir por inercia. La idea de dejarse llevar la asustó tanto como la alivió. De una forma extraña, las pesadillas que la habían dominado cada noche se hicieron realidad. En ellas, siempre terminaba viendo su cuerpo tirado en el suelo. En esa ocasión, abrazó ese pensamiento deseando que se cumpliera y, por fin, deshacerse de él gracias a la ironía de vivirlo. Cuando notó que su tráquea se cerraba y su cuerpo desfallecería, comprendió que solo le quedaba eso. Dejarse ir y que todo acabase por fin.

Hasta que comenzó a oír golpes a lo lejos. Uno tras otro.

No sabía si Charlotte había acabado con ella, pero Mera

ansiaba el descanso.

50

Harry

Febrero de 2020

Comenzó a golpear la puerta sin cesar para asustar a Charlotte y luego recordó que llevaba en el bolsillo la tarjeta para abrir puertas que le había dado Katy. Esa chica se las sabía todas... Si no fuese por ella, ¿dónde estaría? Al pasar el fino plástico y dar un golpe bajo el cerrojo, la puerta se abrió de inmediato.

La imagen que tenía delante fue una de las peores de su vida. Verla allí maniatada y vulnerable, sin ninguna posibilidad de defenderse, hacía que Mera dejase de ser ella. Se acercó deprisa y le quitó la cuerda que tenía en el cuello. Le acarició la pequeña marca que le había provocado la lazada. Charlotte no estaba en la sala.

Harry entró en pánico. ¿Había llegado tarde? No. Se negaba a que así fuese. Zarandeó a Mera y esta movió la cabeza de un lado a otro como si fuese un muñeco.

—¡Mera! Vamos, Mera... —Le tomó el pulso y, para su alivio, lo encontró. Aunque fuese algo débil, le valía—. Mera, no me hagas esto, ¿eh? ¡Qué diría Steve! Que los Clarke están hechos de otra pasta, de una más dura.

La desató con rapidez y la llevó hasta el sofá. Pesaba menos de lo que imaginaba. No le dio tiempo a comprobar la casa, pero poco le importaba. Al ver la cortina medio corrida, comprendió que Charlotte habría escapado por allí. La acostó en el sofá y le dio un par de cachetadas en las mejillas.

Comenzaba a desesperarse, así que sacó el móvil para llamar a emergencias.

—Necesito una ambulancia de inmediato —dijo en cuanto descolgaron.

—Eres un exa... gerado —respondió Mera en un susurro entre toses.

—¡Eres idiota! —le gritó Harry con una alegría súbita—. Usted no, señora —repuso al teléfono y terminó de darle la dirección en la que se encontraban—. ¿Cómo estás? Ya vienen a auxiliarte, Dios.

—Charlotte... ¿dónde...?

—Pues si todo ha salido bien, Luca está abajo con ella. Intuyó que podría escapar, así que se quedó flanqueando la escalera de emergencia. Menos mal que había estado en esta casa.

Mera asintió. Parecía algo ida, pero Harry nunca se había alegrado tanto de verla. Su voz estaba algo rota, así que cuando ella se dispuso a hablar, no la dejó.

—No lo hagas. Te habrá dañado las cuerdas. Será mejor que te vea el médico.

—Sorda... y muda —dijo con una sonrisa burlona—, to... do... el pack.

Harry la miró con desaprobación.

—He dicho que no hables. Y no estás ni una cosa ni la otra. Cállate y guarda fuerzas —le ordenó. Ella sonrió de nuevo y Harry la abrazó sin pensarlo. Por un instante, creyó haberla perdido y hasta que no la vio inconsciente no se imaginó el dolor que eso podría causarle. Algo parecido le había pasado al ver así a su hermano hacía unos meses, por culpa del bote de somníferos que se tomó—. Creía que te habías ido.

Notó que sus mejillas estaban húmedas y reconoció sus propias lágrimas. Unas que no habían salido en muchísimo tiempo. Siempre le había avergonzado llorar. Sabía a la

perfección que la culpa de ello era la forma estúpida en que su padre le había criado: le transmitió la absurda idea de que llorar hacía débil ante cualquiera. Por eso las mujeres lo hacían. Sin embargo, ellos no podían permitirse el lujo de mostrar esa faceta. Por supuesto, su padre era un misógino de manual. Harry no era consciente de todo lo que le había inculcado y había traspasado su piel, sin quererlo. Por una vez, dejó que sus lágrimas brotaran delante de la persona a la que amaba.

Mera le apartó un momento para observarlo y siguió sonriendo. Fue entonces cuando, en un arrebato de impulsividad, la besó en los labios. No iba a pararse a pensar si era lo correcto o si solo era fruto del momento, porque temía que pudiera perderla de verdad. Fuera como fuese, la realidad era que Mera no se había apartado y, después de todo, sintió que aquello era justo lo que debía hacer.

No supo cuánto tiempo estuvieron así. A lo lejos, empezaron a oír una sirena. La felicidad del momento siguió latente en el aire hasta que, por suerte, llegó la ambulancia para llevarse a la chica.

Mera sonrió con dulzura cuando se separaron: sabía que él no quería dejarla, pero aún tenía mucho que hacer.

—Promete que no te meterás en más líos hasta que yo termine esto —repuso él. Esperaba que asintiera con la cabeza y dejara de ser tan orgullosa.

—Dejaría de ser yo —sentenció antes de que la tumbaran en una camilla y se la llevaran escaleras abajo.

Harry maldijo, no había nada más agotador en el mundo que una persona que siempre tenía razón.

Estaba con Henry Astwell en su despacho. Su viejo amigo, lejos de parecer cansado, tenía una vitalidad arrolladora. Dormía poco, comía mucho y disfrutaba tanto de su trabajo como de su familia. Era inevitable que el inspector se sintiera un tanto celoso.

—Lo resolviste —dijo con una sonrisa de oreja a oreja.

—No fue fácil. Cuando me dijiste que la coincidencia del ADN era de más del cincuenta por ciento, lo comprendí. Solo los hermanos comparten eso. Sumado a la fotografía de Katy en la que se veía a Charlotte tomando la instantánea en el reflejo del espejo, y que no encontrábamos al responsable del anónimo que le enviaron, comprendí que ella misma lo escribió. Un movimiento muy inteligente, a mi parecer.

—La muchacha era ágil de mente, sí. Pero débil, en cualquier caso.

Harry estuvo de acuerdo. Se sentó abatido en el sillón de Astwell, quien le había dejado una taza de té sobre la mesa.

—¿Qué te preocupa, muchacho?

—Hill. Me dio mucha pena. No caí hasta que, al repasar la información de Charlotte, vi su apellido. Charles dijo que su hermana estaba muerta y no era verdad. Larissa la adoptó y le puso su apellido, y el chico se quedó con otra familia. Decidieron separar a los críos, aunque aún no sé por qué.

—Pero ahora vivían juntos, ¿no es así?

—Exacto. Los hermanos se fueron a vivir juntos hace un par de años. A pesar de todo no perdieron el contacto. En cuanto lo descubrí, Charles lo contó todo. Solo pretendía proteger a su hermana.

—Puedo llegar a comprenderlo, pero eso lo convierte en cómplice de asesinato.

—Lo sé —respondió con cierta lástima—. Y a Larissa también.

—Ya está suspendida, ahora le queda un largo juicio.

—Esto hará daño a Scotland Yard.

—Nos recuperaremos —repuso Astwell—. Además, aún estamos a la espera de que nuestro más querido inspector se una a nuestra plantilla. Podría ayudarnos a recuperar la dignidad de nuestra imagen internacional.

Harry le dio un largo sorbo a su té y, al terminar, dejó la taza encima de la mesa. Se levantó y, sonriendo, concluyó:

—Aún no es tarde.

51

Charlotte

Febrero de 2020

Desde el día que Charles asumió la culpa de la muerte de mi padre, mi realidad cambió. Nunca pensé que podría matarle, pero lo hice. La rabia se apoderó de mí. El odio y el rencor acumulados durante años se convirtieron en mi arma. No podía dejar que matara también a mi hermano. A pesar de que dijeran que mi madre había fallecido por muerte natural, yo sabía que había sido por él. Por no haberla dejado salir de casa, por propinarle palizas cada vez que podía e impedirle que se fuera.

Charles es como mamá, amable y dulce. Siempre dispuesto a ayudar a los demás. Por eso cuando Larissa nos dijo que solo podía adoptar a uno, él no se lo pensó dos veces. Por supuesto, para ella, Charles asesinó a nuestro padre, y a pesar de que intentara convencerla de que no había sido culpa suya —y no lo era, porque como digo, fui yo la que lo apuñaló—, cuando le miraba sentía cierto temor hacia mi hermano, algo que nunca le sucedió conmigo. Supongo que por eso no intuyó lo que tenía en casa.

Charles siguió con el apellido de mis padres a pesar de que otra familia lo adoptara. Yo, para liberarme de todo lo que nos ató a aquel monstruo de mi infancia, preferí quedarme con el de Larissa. Además, ella amaba a mamá más de lo que nunca sospechamos, de manera incondicional, y eso me reconfortaba.

Pero ¿cómo me convertí en una asesina? Bueno, supongo que lo era desde que decidí quitarle la vida a mi padre, aunque fuese de manera instintiva y para defendernos. Era él o nosotros. Además, estuve un tiempo en *shock*, sin ser consciente de lo que había hecho. Que Charles cargara con la culpa no ayudó a que recuperara la memoria de lo que había ocurrido. Pero cuando conocí a Emily Baker esa parte de mí resurgió. Era cruel con mis amigas y compañeras y, además, tenía un aire de superioridad que me recordaba a mi padre. Había que acatar sus leyes o no habría forma de salir de allí. Aunque no imaginé que podría hacerle daño de esa forma.

Cuando llegó Luca, todo cambió. Nunca me había enamorado. Había eliminado a los hombres —y a las mujeres— de mi lista de cosas que hacer en la vida. A los hombres sobre todo. Me daba escalofríos que un chico se me acercase, menos mi hermano, claro. Hasta que llegó Luca. No imaginé que surgiera en mí ese instinto de posesión. Puede que fuese porque me recordaba a mi hermano: seguro de sí mismo, pero con muchos demonios en su interior. Cuando comenzamos a intimar y me relató parte de su vida, lo supe. Mera Clarke sería mi primera víctima en cuanto tuviese la oportunidad. Nadie podría hacerle daño a Luca, y él estaba sufriendo por esa ridícula muchacha.

Sin embargo, Emily Baker era una abusona. Machacaba sobre todo a Olivia, de la que inesperadamente me hice amiga. Siempre había pensado que los amigos estaban sobrevalorados, pero en ella encontré algo parecido a la amistad. La consolaba en los baños cuando Baker la hacía llorar o cuando no valoraban su trabajo. Sabía lo que era el maltrato psicológico, aunque desde una perspectiva muy diferente, así que, en cierto modo, empatizaba con Olivia.

Un día se me ocurrió decirle a Olivia que Luca me atraía. Fue un comentario sin más que resultó en la lapidación de Baker.

Como la rata sarnosa que era, en aquel instante estaba justo a nuestras espaldas. Su carcajada me retumbó en lo más profundo de mi ser. Me despreció y me subestimó, la muy idiota.

La seguía bastante a menudo para identificar la oportunidad de acabar con ella, pero esta vez no derramaría sangre. No quería repetir lo que le había hecho a mi padre. Tendría que ser más silenciosa.

Averigüé el tonto desliz que se traía Emily con James. Vaya cliché más aburrido. La chica guapa con el jefe. Y eso me hizo preguntarme por qué estaba con Luca. Creo que fueron diversos motivos. Le gustaba comprobar que podía conseguir lo que quisiese y, al oírme, le apeteció aún más. Sin embargo, era mucho peor de lo que esperaba.

Una de las tardes en las que cerrábamos un reportaje, me quedé con Emily en la oficina. Estábamos solas, pero, por supuesto, ella no lo sabía. La oí hablar por teléfono con alguien que, por lo que pude entender, quería hacerle la vida imposible a Luca. Buscaba venganza por el pasado, aunque ni siquiera iba con ella. A partir de ese momento, ya no lo dudé más.

Al día siguiente la seguí hasta casa de Luca. Luego salió de allí y se dirigió a la fiesta de Walker, a la que yo también estaba invitada. Rápidamente, cambié de rumbo. Para que la gente no sospechara, decidí integrarme en la fiesta y subí minutos más tarde. Nadie se percató de que yo estaba allí, aparte de Thomas, que me abrió la puerta pero que, seguramente, ni siquiera se acuerda de haberlo hecho. Emily comenzó a beber muy rápido. Parecía muy enfadada y pronto terminó ebria. Eso me lo facilitaba mucho. Cuando estaba a punto de irse, el bobalicón de Thomas quiso hacer una foto, pero fui más inteligente —o eso creí— y preferí tomarla yo para no aparecer.

Después, seguí a Emily y esperé hasta que pasara cerca de

Goodwin's Court. Olivia y yo solíamos ir al bar de ese callejón a menudo y sabía por la camarera que la cámara de seguridad estaba estropeada y la habían mandado al servicio técnico. Para mi suerte, la otra cámara que había no apuntaba a ese lado. Era mi oportunidad. Fue tan fácil que me pareció absurdo. Creí que se resistiría, pero supongo que era mucho más débil de lo que imaginaba.

Aun así, la duda me corroyó. Al ver a Emily allí inerte, vinieron a mí todas las imágenes de mi infancia. Mi padre tirado en el suelo, Charles intentando calmarme...

No supe qué hacer, y me odio por no haberme podido controlar. Llamé a Charles, que vino tan pronto como pudo para ayudarme a colgar a Emily y hacerlo pasar por un suicidio. Mi querido hermano siempre ha intentado protegerme. En algún momento, mientras apretaba con la soga el cuello de Baker con todas mis fuerzas, tuve que rasparme con la cuerda y dejar algo de mi sangre. Qué irónica es la vida.

Mi sangre, la de mi padre, terminó por delatarme.

Justicia poética, lo llaman... Yo me lo tomé como la venganza del mismo diablo.

Fue peor castigo encontrarme con la mirada apesadumbrada de Luca. Creí que había terminado con Mera, pero apareció el inspector y comenzó a aporrear la puerta de casa. Hui por la escalera de incendios hasta la calle. Luca estaba abajo. Con los nervios, no lo vi hasta que lo tuve delante. No expresaba asco ni odio.

Era algo peor.

Lástima y decepción. Sus por qué a todo lo que había hecho tenían una respuesta: había sido por él.

Luca me sujetó por los brazos para retenerme y ya no pude escapar. Su voz se escuchó como un susurro escalofriante:

—Eres una asesina, y de eso eres la única culpable.

52

Luca

Finales de febrero de 2020

Mera siempre tenía razón. Esa afirmación debía repetirse más a menudo. Comenzaba a hacer eco algo llamado «coronavirus» que empezaba a asustar a Europa. Hacía unas semanas que ella había escrito un artículo sobre el tema en el que afirmaba que estaba segura de que se iba a convertir en un problema más grande de lo que la gente imaginaba.

Mientras tanto, él andaba recuperándose de los acontecimientos sucedidos. Lo de Charlotte había sido un golpe arrollador. Cuando la pilló huyendo de su propia casa, comprendió que nadie más que Charlotte era responsable de la muerte de Emily —con la ayuda de su hermano—, al igual que había pasado meses antes con John Barton y Daniel.

Había estado culpándose hasta tal punto que le había consumido. Dejó de ser él durante un tiempo, y eso era lo que le torturaba. Al ver a Charlotte con la cara desencajada y la hipocresía que mantenía a pesar de lo que había hecho, comprendió que sentía pena por cada una de las personas que habían llegado a ese extremo.

Lo había hablado con su psicóloga, la doctora Brown. Después de tantas sesiones, la consideraba indispensable —¡quién se lo iba a decir!—. Tenía que quedarse con todo lo bueno. Y en aquel instante lo único que importaba era que Mera estaba sana y salva.

Harry también. Y con eso, de momento, tenía más que suficiente.

Había grabado a fuego en su mente las palabras que le dedicó Steve en la carta a su abuelo:

> Deseo fervientemente que, con mis palabras, vuestra culpabilidad también cese, y que podáis terminar siendo felices dentro de la dura vida que os tocó de niños. Mi consejo es que améis y os dejéis amar, porque nadie merece cargar a sus espaldas con las responsabilidades ajenas.

Lo convertiría en su mantra. Decidió dejar su trabajo en *Stunned* y comenzar de nuevo. Quiso renovarse, así que abrió un pódcast sobre deportes y empezó a escribir para diferentes medios como *freelance*. El apartamento de Londres era suyo, solo tenía que pagar los gastos, así que podía seguir viviendo con comodidad y arriesgarse por lo que quería y ansiaba. Sonrió al pensar que, si lo viese su padre, odiaría cada paso que había dado y que estaba dando en su vida. Por eso se sentía tan orgulloso de lo que hacía. Era el camino correcto. Alejado del sufrimiento y del pasado.

Mera y él habían retomado su relación de amistad. No era ideal, pero sabían que podían contar el uno con el otro siempre que quisieran, y eso ya resultaba suficiente.

La vida parecía más agradable. No es que Luca Moore volviera a ser él mismo, sino que se convirtió en algo mucho mejor.

53

Mera

Finales de febrero de 2020

Querido abuelo:

Has estado tanto tiempo en mi vida que escribirte algo que sé que no leerás nunca es aterrador. Aunque tengo que confesarte que, en el fondo, quiero pensar que estás en alguna parte, que me ves junto a mamá y papá, y que os reís a mi costa.

He estado pensando en cómo escribir estas palabras, buscando la mejor manera de despedirme. Necesito hacerlo así, porque ya sabrás que para mí las palabras son eternas. En esta familia llena de libreros y periodistas, nos hemos dado cuenta de que dejar cartas es una de nuestras pasiones ocultas.

No ha sido un tiempo fácil. Desde que te fuiste, todo fue a peor. No sé si estuviste a mi lado cuando ocurrió lo de Charlotte, pero voy a contártelo por si, cuando morimos, la nada nos engulle y no hay un resquicio de esperanza. Como digo, quiero imaginar que hay algo y que estás aquí de alguna forma que desconozco.

Creí que moriría. De hecho, pensé en dejarme llevar. Desde hace unos tres meses es una idea recurrente. Mi pérdida auditiva no me ayudó a sanar esas heridas invisibles. A veces, me presionaba tanto con que no podía estar mal, que me metía en algo mucho peor. Solo pensé en que se acabara toda la amargura y tristeza que a veces me consumía.

Siempre decías que tanto Emma como yo éramos la alegría que inundaba nuestra casa. Por más que lo pienso, veo que no es cierto. El regocijo de nuestro hogar ha sido siempre cosa tuya y de la abuela Harriet. Mi hermana y yo solo intentábamos reflejar lo que nos

inculcasteis.

Por eso luché, me quedé aquí por todos los motivos que nos enseñaste y que no se pueden apreciar. Por suerte, es algo que conservo para mí. Así que gracias por el abuelo que fuiste y por ser el padre que siempre necesité.

Basta de sentimentalismos, sé que quieres buenas noticias. Y estas te encantarán. Decidí quedarme en Londres y demostrar mi valía, aunque estoy segura de que eso ya lo sabías.

Luca está genial, redescubriéndose, y sorprende la cantidad de luz que emite alguien que ha tenido una vida tan dolorosa.

Por otro lado, a base de caídas he aprendido que, como decía Agatha Christie —¡cuántas veces la leía escondida en la trastienda de la librería!—, «En la vida hay que correr necesariamente ciertos riesgos». Por eso estar con el inspector más famoso de Scotland Yard se convierte, como mínimo, en una apuesta interesante. Cuando Harry por fin comprendió que no podía cargar con el peso del mundo, se percató de que había un hueco para no dejar ir a todo lo que quería. O eso me gusta pensar, porque aquí estamos los dos. Me mira de reojo mientras mantengo el bolígrafo en la mano. Hace como que toma su taza de té, pero en realidad está deseando saber qué estoy escribiendo.

¿Crees que mamá estaría molesta por seguir al lado de los Moore? Es una pregunta estúpida, lo sé. No puedo dejar de pensar qué diría si viese a la persona en que me he convertido. Solo puedo mostrarle lo bien acompañada que estoy de personas que nunca me han soltado la mano.

Y mucho menos tú, abuelo. De lo único que puedo arrepentirme es de no haber estado junto a ti en tus últimos momentos. Pero deseo con todo mi ser que esto no sea un adiós definitivo y, por supuesto, que aún no sea tarde para un gran comienzo.

Agradecimientos

Vaya aventura. Este libro ha supuesto todo un reto para mí. Cerrar etapas tiene cosas buenas y malas. Siempre será mi primera trilogía, mis primeros libros, y eso lo guardo en un lugar muy especial en mí. Con *A ojos de nadie* pude comprender lo que significaba arriesgarse. Gracias a *Asesinato de un culpable* supe que podía ser constante y mejorar. Con este libro he aprendido a cerrar una época de mi vida.

Gracias a todo el equipo de Penguin, en concreto al sello de Ediciones B, por haberme dado la oportunidad de cumplir un sueño, y sobre todo a Clara Rasero, por creer en esto ciegamente. Si vuelvo atrás, no me imagino con mejor editora que ella. Gracias, Clara, por enviarme ese e-mail y preguntarme qué pensaba hacer con mi carrera como escritora. No sabes lo mucho que te debo.

Gracias a mi familia, que me lo ha dado todo y me ha convertido en una lectora voraz. A mi madre, que me recuerda lo duro que es luchar y lo satisfactorio que es conseguir lo que te propones, pero no sin antes pelearlo. A Pancho y Valeria, por recordarme que un abrazo es necesario para espantar, aunque sea por un rato, las preocupaciones.

Como en cada libro, quiero dar las gracias a mis tíos María José, Tony, Inma y Edu; y a mis primos, Alexia y Tony júnior. No me importa si leen o no mis libros, pero espero que cuando los vean en la librería recuerden que, si se esfuerzan por algo y eso se mezcla con una pizca de suerte, podrán conseguir todo lo que se propongan.

Mis abuelos están en la dedicatoria del libro. Es algo que le

regalé a Mera —lo único, la verdad, porque no se parece en nada a mí—: el amor incondicional que existe con sus abuelos. Lo guardo y atesoro en mí como un presente maravilloso. Este libro es el mío para ellos. Sé que no es suficiente, pero espero que les guste.

Quiero dar las gracias a mis amigas, que están conmigo casi desde que aprendí a escribir: Luisa, Cristi y Marina. La risa es la mejor arma, la mayor medicina y el mejor recuerdo. Gracias por no dejar de transmitirla.

A Paloma. Ya vivimos el segundo libro juntas, pero el tercero ha sido una aventura digna de un Grand Prix de verano con vaquilla incluida. Lo que venga —que vendrá, porque la vida es jodidamente bonita, una montaña rusa de emociones—, lo viviremos juntas.

A Marina, la amistad más reciente e intensa de mi vida. Cuando alguien llega solo para aportar y ayudar sin reproches, y por simple generosidad, es tan inesperado como excepcional. Marina me llevó por cada rincón de Londres, recorrió conmigo cada callejón, fotografió cada uno de los escenarios y vivió conmigo cada trama que me volvía loca. Gracias por obligarme a disfrutar de Londres. Este libro no hubiese sido lo mismo sin ti.

A Sergio y Ainhoa. A pesar de que ha sido el primer año separados, no se ha sentido tan lejano. Gracias, chicos, por apoyarme siempre y estar en las buenas y en las malas, incluso a tantos kilómetros de distancia.

Hay muchos compañeros y amigos de redes que me dejo por el camino. Aunque no los mencione aquí, ellos saben quiénes son. En los libros anteriores también están. Solo deciros que no me olvido de ninguno. Os quiero mucho.

Por último, quiero dar las gracias a Enrique. Aunque siempre digo que no puedo decirle nada que no sepa, termino encontrando algo nuevo y él lo lee y escucha en silencio y con

amor en la mirada. Gracias. Es muy probable que, sin ti, estos libros no hubiesen visto la luz. La causa de todo esto ha sido tu fe inquebrantable en mí, en lo que hago y en lo que crees que puedo llegar a hacer. Este libro concluye con una nueva etapa en mi vida y estoy deseando que llegue junto a ti. Me haces mejor persona y mejor escritora.

Y a ti, lector, por los sueños que se cumplen, que se luchan, que se pelean. A ti que le has dado una oportunidad a este libro, a otro de la trilogía o a los tres. ¡Eso es una pasada!

Gracias por querer tanto como yo a Mera, Harry y Luca. Aunque me ha costado más de lo que imaginaba dejarles marchar, deseo que os quedéis con un buen recuerdo de ellos, con uno especial.

Gracias por todo.

Con un desenlace sorprendente, Paola Boutellier cierra una trilogía que ha cautivado a miles de lectores.

Un secreto escondido en la niebla

En un oscuro callejón del centro de Londres aparece ahorcada la hija de un importante político. A la mañana siguiente, los periódicos anuncian que se trata de un suicidio y la policía, sospechosamente, intenta dar el caso por cerrado. Ese mismo día, el inspector Harry Moore recibe un misterioso encargo: alguien quiere contratarlo como investigador privado y está dispuesto a todo con tal de conocer la verdad.

Un asesino entre la multitud

Después de los terribles sucesos que sacudieron el pasado de su familia y la pequeña ciudad de Torquay, la joven periodista

Mera necesitaba alejarse y empezar de cero. Sin embargo, poco después de comenzar una nueva y tranquila rutina en la capital inglesa, los hermanos Harry y Luca Moore vuelven a su vida y, una vez más, necesitan su ayuda para desenterrar un tenebroso misterio.

Nunca es tarde para descubrir la verdad

Tras el éxito de *A ojos de nadie* y *Asesinato de un culpable*, Paola Boutellier nos traslada a las calles de Londres, donde cualquiera puede pasar desapercibido, incluso aquellos que guardan grandes secretos. Con una trama brillantemente adictiva, esta novela es el desenlace perfecto de una trilogía que nos obliga a dudar de todo y de todos hasta el final.

Paola Boutellier (Málaga, 1993) es graduada en Comunicación Audiovisual y está especializada en posproducción de vídeo y sonido. En 2017 decidió trasladarse a Madrid para realizar el máster en Dirección de Marketing y Comunicación Digital de la CEREM International Business School. Su pasión por el cine, las series y, sobre todo, los libros, la llevó a crear en 2016 la comunidad Bicheando Libros. En la actualidad cuenta en sus redes sociales con más de 190.000 seguidores con los que comparte la pasión por la lectura.

A ojos de nadie, su primera novela, *Asesinato de un culpable* y *Aún no es tarde* conforman una trilogía que ya ha enamorado a miles de lectores.

DESCUBRE EL UNIVERSO DE PAOLA BOUTELLIER

PAOLA BOUTELLIER
ASESINATO DE UN CULPABLE

PAOLA BOUTELLIER
AÚN NO ES TARDE
BEDFORDBURY

Primera edición: marzo de 2023

© 2023, Paola Boutellier
© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Agustín Escudero Pérez
Imagen de portada: composición fotográfica a partir de imágenes de © Dreamstime

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-666-7423-2

Compuesto en: www.acatia.es

Facebook: penguinebooks
Twitter: @penguinlibros
Instagram: @edicionesb_es
Spotify: penguinlibros
YouTube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»
EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Aún no es tarde

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2. Mera

Capítulo 3. Luca

Capítulo 4. Mera

Capítulo 5. Harry

Capítulo 6. Harry

Capítulo 7. Mera

Capítulo 8. Harry

Capítulo 9

Capítulo 10. Mera

Capítulo 11. Harry

Capítulo 12. Luca

Capítulo 13. Luca

Capítulo 14. Mera

Capítulo 15. Harry

Capítulo 16

Capítulo 17. Mera

Capítulo 18. Luca
Capítulo 19. Harry
Capítulo 20. Luca
Capítulo 21. Mera
Capítulo 22. Harry
Capítulo 23. Mera
Capítulo 24. Harry
Capítulo 25
Capítulo 26. Mera
Capítulo 27. Luca
Capítulo 28. Luca
Capítulo 29. Harry
Capítulo 30. Mera
Capítulo 31
Capítulo 32. Harry
Capítulo 33. Harry
Capítulo 34. Mera
Capítulo 35
Capítulo 36. Harry
Capítulo 37. Harry
Capítulo 38. Luca
Capítulo 39
Capítulo 40. Mera
Capítulo 41. Harry

Capítulo 42. Mera

Capítulo 43. Harry

Capítulo 44. Mera

Capítulo 45. Harry

Capítulo 46. Mera

Capítulo 47. Luca

Capítulo 48. Mera

Capítulo 49. Mera

Capítulo 50. Harry

Capítulo 51. Charlotte

Capítulo 52. Luca

Capítulo 53. Mera

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Paola Boutellier

Créditos